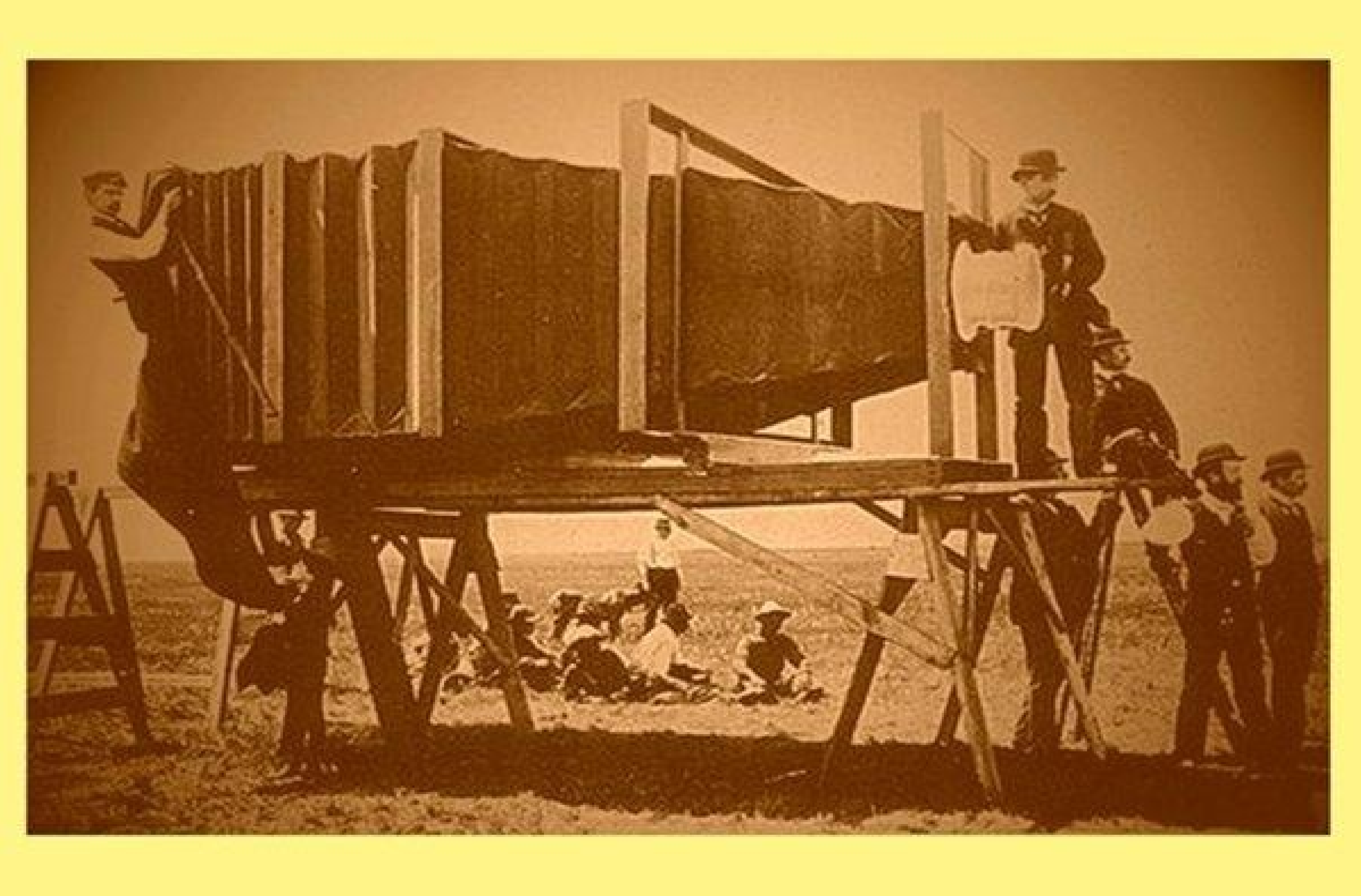
EVELYN WAUGH

¡ Noticia bomba !

Novela de periodistas



Lord Copper, un magnate de la prensa de Fleet Street, se enorgullece de su olfato para descubrir talentosos reporteros. Sin embargo, a causa de una confusión de apellidos, envía a «cubrir» la guerra civil en una república africana a uno de los periodistas más improbables para tal misión. A partir de ese equívoco, Evelyn Waugh se lanza a una feroz y desopilante sátira sobre el mundo del periodismo, los enviados especiales, la información, la desinformación y la confusión…

«*¡Noticia bomba!* es el libro más divertido que haya leído jamás. Lo releo cada año». (Gore Vidal).

Lectulandia

Evelyn Waugh

¡Noticia bomba!

Novela de periodistas

ePUB r1.2
Ledo 07.07.13

Título original: *Scoop*
Evelyn Waugh, 1938
Traducción: Antonio Mauri

Editor digital: Ledo
ePub base r1.0

Para Laura

PRÓLOGO

Este alegre cuento fue fruto de una época de ansiedad y desgracia generales que, sin embargo, resultó para el autor un momento de singular felicidad personal.

En sus anteriores ediciones llevaba el subtítulo de «Novela de periodistas». Ahora me parece superfluo. Los corresponsales en el extranjero disfrutaban, en la época en que fue escrita esta historia, de una fama tan poco merecida como sin precedentes. Hay otros temas secundarios, entonces muy al día, que están pasados de moda, especialmente la «guerra ideológica», aunque todavía podrían encontrarse paralelismos en el Lejano Oriente.

Cuando estaba escribiéndola, el interés del público se había apartado de Abisinia para centrarse en España. Lo que hice fue organizar una combinación de estas dos guerras. Acerca de la última yo no tenía datos de primera mano. En Abisinia había trabajado como enviado especial de un diario inglés. Aunque carecía de talento para este trabajo, disfruté estudiando las excentricidades y los excesos de mis colegas. La posición geográfica de Ismailía, aunque no su constitución política, es idéntica a la de Abisinia, y la descripción de la vida de los periodistas en Jacksonburg se aproxima mucho a la que yo presencié en Adis Abeba en mil novecientos treinta y cinco.

Lo más anacrónico es la vida doméstica de Boot Magna. Hoy en día todavía existen pálidos fantasmas de Lord Copper, Lady Metroland y Mrs. Stitch. No queda ni rastro de ningún Boot. Los lectores más jóvenes tendrán que aceptar mi palabra en cuanto a la existencia real de esa clase de personas y sus criados, que no son pura fantasía. También pensarán que las sumas de dinero mencionadas aquí son muy pobres, y tendrán que multiplicarlas por una cifra bastante elevada a fin de poder evaluar las diversas transacciones.

E. W.

Combe Florey, 1963

LIBRO PRIMERO

Los favores de Mrs. Stitch

Capítulo primero

Aunque todavía fuese un hombre joven, John Boot había alcanzado, como proclamaba su editor, «una envidiable y segura posición en las letras contemporáneas». Vendía quince mil ejemplares de sus novelas en el primer año, y entre sus lectores había personas cuya opinión era muy respetada por John Boot. Entre una novela y la siguiente mantenía vivo su nombre en los círculos intelectuales con nada lucrativas pero elegantes obras históricas y de viajes. Sus primeras ediciones firmadas se cotizaban en ocasiones a uno o dos chelines por encima del precio de librería. Había publicado ocho volúmenes (empezando por una biografía de Rimbaud escrita a los dieciocho años, y terminando, de momento, con *Horas de ocio,* una estudiadamente modesta descripción de los horribles meses que había pasado entre los indios de la Patagonia), tres o cuatro de cuyos títulos eran perfectamente recordados por las personas que almorzaban con Lady Metroland. Eran muchas sus encantadoras amistades, pero la más valorada de todas ellas era la de la adorable esposa de Mr. Algernon Stitch.

Al igual que todos los miembros de su círculo, John Boot acostumbraba a contarle a ella sus problemas, a fin de obtener una solución a ellos. Fue con este propósito que, una fresca mañana de junio, John Boot atravesó el parque y se presentó en casa de ella (una soberbia creación de Nicholas Hawksmoor, modestamente escondida en un callejón sin salida próximo a St. James's Palace).

Algernon Stitch se encontraba en el vestíbulo; tenía puesto su sombrero hongo; su mano derecha, que sujetaba una cartera carmesí engalanada con el blasón real, emergía por la manga izquierda de su gabán; su otra mano hurgaba malhumoradamente el bolsillo del pecho. El paraguas que sostenía bajo su brazo izquierdo le creaba una incomodidad adicional. Hablaba confusamente, pues sostenía entre los dientes un ejemplar doblado del periódico de la mañana.

—No consigo ponérmelo —parecía decir.

El hombre que había abierto la puerta acudió en su ayuda, retiró el paraguas y la cartera, y los depositó sobre la mesa de mármol; le quitó el gabán y lo sostuvo detrás de su mano. John cogió el periódico.

—Gracias. Muchas gracias. Infinitamente agradecido. Has venido a ver a Julia, ¿no?

Desde lo alto, descendiendo por las mayestáticas curvas de la gran escalinata, llegó una voz tan escasamente potente como preternaturalmente resonante.

—Procura no llegar tarde a la cena, Algy; vendrán los Kent.

—Está arriba —dijo Stitch. Ahora llevaba puesto el gabán y tenía todo el aspecto de un ministro de1 gobierno inglés; largo y delgado, con una nariz larga y delgada, y largos y delgados bigotes; el modelo ideal para los caricaturistas de la prensa del

continente europeo—. La encontrarás en cama —añadió.

—Su discurso de anoche queda magnífico en letra impresa.

John se mostraba siempre cortés con Stitch; como todo mundo; los diputados laboristas le adoraban.

—¿Discurso? ¿Mi discurso? Ah. Queda bien, ¿eh? A mí me pareció horrible. Gracias de todos modos. Muchas gracias. Infinitamente agradecido.

De modo que Stitch se fue al Ministerio Imperial de Defensa y John subió a ver a Julia.

Tal como le había dicho su esposo, y aunque ya eran más de las once, ella se encontraba aún en cama. Su normalmente móvil rostro parecía, revestido de arcilla, tan rígido y amenazador como una máscara azteca. Pero no estaba descansando. Su secretaria, la señorita Holloway, estaba sentada a su lado con libros mayores, facturas y correspondencia. Mrs. Stitch firmaba cheques con una mano; sostenía con la otra el teléfono al que, en este momento, dictaba detalles del vestuario de un ballet benéfico. Un elegante joven encaramado en lo alto de una escalera estaba pintando en el techo castillos en ruinas. Josephine, de ocho años de edad y niña prodigio de los Stitch, estaba sentada al pie de la cama, traduciendo su fragmento diario de Virgilio. Brittling, la doncella de Mrs. Stitch, le iba leyendo las definiciones del crucigrama de la mañana. Llevaba realizando con ahínco esta labor desde las siete y media.

Cuando John entró, Josephine abandonó sus estudios para propinarle un par de patadas.

—*Bota* —dijo la niña con brutalidad—. *Bota*. —Y le alcanzó primero en una rótula y luego en la otra. Era un viejo chiste[1].

Mrs. Stitch volvió su cara de arcilla, en la que sólo los ojos insinuaban una bienvenida, hacia su visita.

—Pasa —dijo—. Ahora mismo voy a salir. ¿Por qué veinte libras para Mrs. Beaver?

—Eran para el regalo de bodas de Lady Jean —informó Miss Holloway.

—Debió de cogerme un ataque de chifladura. En cuanto a la cabeza de león para el peto del centurión, hay uno precioso encima de la verja de Twisbury Manor, una casa que está cerca de Salisbury, cópiala lo mejor que puedas; telefonea a *Vida campestre* y pide por «números atrasados», hace un par de años publicaron una fotografía. Pones demasiada hiedra en ese torreón, Arthur; la lechuza no se verá a no ser que esté posada sobre la piedra desnuda, y siento un cariño especial por la lechuza. *Munera*, nena, como frontera; en los plurales neutros siempre la terminación en *a*. Seguro que es algún anagrama; mira a ver si encaja «Terracota». *Encantada* de verte, John. ¿Dónde te habías metido? Puedes acompañarme a comprar alfombras; he encontrado una tienda nueva en Bethnal Green; es de un interesantísimo judío que no habla ni una palabra de inglés; y a su hermana le ocurren las cosas más

extraordinarias. ¿Por qué tengo que ir al Campo de Menesterosos de Viola Chasm?; ¿acaso vino ella a mi Manicomio Modelo?

—Oh, sí fue, Mrs, Stitch.

—Entonces, imagino qué tendrán que ser dos guineas. *Pérdida de tiempo* me ha parecido maravillosa. La leímos en voz alta en Blackewell. Ese fraile sin cabeza es fantástico.

—¿Fraile sin cabeza?

—No en *Pérdida*. Me refiero al que pintó Arthur en el cielo raso. Lo puse en el dormitorio del primer ministro.

—¿La ha leído?

—Bueno, me parece que apenas lee.

—Terracota es demasiado largo, señora, y no hay *r*.

—Prueba a ver si «hotentote» va bien. Es una palabra de esas. No puedo hacer anagramas si no los veo. *Twisbury* no es de los que leen. Seguro que ya lo has oído comentar.

—*Floribus Austrum* —entonó Josephine— *perditus et liquidis immisi fontibus apros*; habiéndose perdido entre las flores en el Sur y dirigido a las líquidas fuentes; *apros* quiere decir jabalíes, pero no acabo de entender qué significa ahí.

—Mañana lo terminaremos. Ahora tengo que irme. ¿Sirve «hotentote»?

—No hay *h*, señora —dijo Brittling, inefablemente triste.

—Vaya por Dios. Tendré que mirarlo en el baño. No tardaré más que diez minutos. Quédate y charla con Josephine.

Salió de la cama y de la habitación. Seguida por Brittling, Miss Holloway recogió los cheques y papeles. El joven de la escalera siguió dando industriosas pinceladas. Josephine rodó hasta la cabecera de la cama y se quedó mirando fijamente a John.

—Es muy trivial, ¿verdad, Boot?

—Me gusta mucho.

—¿Ah sí? Yo opino que toda la obra de Arthur es muy trivial. He leído *Pérdida de tiempo*.

—¡Ah! —John se abstuvo de solicitar su opinión.

—Me ha parecido muy trivial.

—Parece que todo lo encuentras trivial.

—Es una palabra nueva cuyo uso correcto acabo de descubrir —dijo Josephine con dignidad—. He comprobado que puede aplicarse a casi todo; a Virgilio y a Brittling y a mis clases de gimnasia.

—¿Qué tal van tus clases de gimnasia?

—Soy, con gran diferencia, la mejor de mi curso, a pesar de que hay varias niñas mayores que yo y dos niños de clase media.

Cuando Mrs. Stitch decía diez minutos, quería decir diez minutos. Regresó

puntualmente, vestida para salir a la calle; su encantador rostro, libre de arcilla, aparecía ahora rebosante de vida y atención.

—Josephine, encanto, ¿te ha aburrido mucho Mr. Boot?

—En realidad, no. Yo he sido la que más ha hablado.

—Enséñale cómo imitas al primer ministro.

—No.

—Cántale esa canción napolitana que has aprendido.

—No.

—Haz la vertical. Sólo una vez, para que lo vea Mr. Boot.

—No.

—Vaya por Dios. Bueno, si queremos ir a Bethnal Green y regresar a tiempo para el almuerzo, mejor será que nos vayamos inmediatamente. El tráfico está imposible.

Algernon Stitch acudía a su oficina en un Daimler de sombrío color y bastante anticuado. Julia siempre conducía personalmente; un coche pequeño, el último modelo de fabricación en serie; dos veces al año estrenaba coche, invariablemente de negro brillante, diminuto y reluciente como un coche fúnebre en miniatura. Se subió al bordillo y avanzó rápidamente por la acera hasta la esquina del Palacio, donde un agente de policía tomó nota de su matrícula y le ordenó que bajara a la calzada.

—Es la tercera vez en esta semana —dijo Mrs. Stitch—. Ojalá se abstuvieran de hacerlo. No sabes lo que le fastidian estas cosas a Algy.

Una vez embutidos en la circulación, que estaba atascada, paró el motor y dirigió su atencion al crucigrama.

—Era «denotado» —dijo, escribiendo las letras.

El viento del Este barría la calle, arrastrando consigo los gases del tubo de escape de cientos de motores, junto con gruesas partículas de estucado de la época de la Regencia procedentes de una antaño bonita fachada de Nash, que estaba siendo demolida en la otra acera. John se estremeció y se frotó un ojo, sin conseguir otra cosa que introducir un poco más la arena. Ocho minutos de atenta dedicación bastaron para terminar el crucigrama. Mrs. Stitch dobló el periódico y lo tiró por encima de su hombro al asiento trasero; luego echó una resentida mirada a la estacionaria circulación.

—Esto es inaguantable —dijo; puso el motor en marcha, volvió a girar bruscamente el volante para subirse al bordillo y avanzó hacia Picadilly empujando a un elegante y calvo joven delante del coche, a paso presuroso, hasta que pudo refugiarse en la entrada de Brook’s. Cuando este se encontró en lugar seguro se volvió para quejarse, reconoció a Mrs. Stitch, e hizo una profunda reverencia a la parte de atrás del diminuto coche negro, que salía disparado hacia la esquina de Arlington Street.

—Una de las cosas que me gustan de estos coches tan absurdos —dijo Mrs. Stitch

— es que puedes hacer con ellos cosas que serían imposibles con un coche de verdad.

Desde Hyde Park Corner hasta Picadilly Circus había una larga e inmóvil cola de coches, tan quietos como en una fotografía, ininterrumpida y no estorbada más que en algún que otro cruce estratégico en donde, desde sus barricadas, a modo de puestos avanzados de las líneas defensivas del proletariado, unos cuantos peones desgarraban la calle con taladros mecánicos, buscando en el fondo de sus excavaciones los cables y tuberías que controlaban la vida de la ciudad.

—Quiero irme de Londres —dijo John Boot.

—¿Hasta ese punto ha llegado la situación? ¿Y todo por tu norteamericana?

—Bueno, casi todo.

—Ya te lo advertí antes de que empezara. ¿Tan mal se ha portado?

—Tengo los labios sellados. Pero si no me voy muy lejos acabaré volviéndome loco.

—De acuerdo con mis informaciones, absolutamente dignas de crédito, esa chica ya ha conducido al desastre a tres hombres. ¿A dónde piensas irte?

—De eso precisamente quería hablar.

La fila de coches experimentó una sacudida que le permitió avanzar diez metros, y luego volvió a descansar. Ya estaba en la calle la edición de mediodía de los periódicos de la tarde, el viento del Este agitaba los carteles que anunciaban:

CRISIS ISMAILÍ
y
DURA NOTA DE LA LIGA

—Ismailía sería un lugar apropiado. Había pensado que quizá Algy pudiera enviarme allí en calidad de espía.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Por tus predecesores. Algy lleva semanas viéndose obligado a despedir diariamente a diez espías. Es una profesión supersaturada. ¿Por qué no vas como corresponsal de prensa?

—¿Podrías arreglarlo?

—No veo por qué no. Al fin y al cabo, has estado en la Patagonia. Creo que se pelearán por obtener tus servicios. ¿Estás completamente seguro de que quieres irte?

—Completamente.

—Bien. Veré lo que puedo hacer. Hoy almuerzo en Margot's con Lord Copper. Intentaré plantear la cuestión.

*

Cuando Lady Metroland decía la una y media, quería decir las dos menos diez. Fue precisamente a esta hora, y al mismo tiempo que su anfitriona, cuando llegó la señora Stitch (tras haberse visto obligada por la circulación a dejar su cochecito en un garaje a mitad de camino de Bethnal Green, y regresar a Curzon Street por medio del ferrocarril subterráneo). No obstante, Lord Copper, que almorzaba normalmente a la una, estaba bastante impaciente. Diversos caballeros y damas que parecían conocerse mucho y que no conocían a Lord Copper, habían ido haciendo acto de presencia para luego no prestarle la menor atención. Los subordinados de Lord Copper en la Empresa Periodística Megalopolitan hubiesen experimentado dificultades para reconocer la inquieta figura que se ponía en pie cada vez que abrían la puerta y que luego volvía a sentarse sin que nadie se hubiese fijado en él. En estos ambientes era un desconocido; y había sido un irreflexivo deseo de participar en una de las organizaciones benéficas de Lady Metroland lo que le había expuesto, en un atareado día, a esta horrible experiencia; en este momento hubiera estado dispuesto a pagar el doble de lo que había prometido por comprar su libertad. De modo que cuando Mrs. Stitch le dirigió uno de sus penetrantes rayos de encanto seductor, le encontró primero aturdido, luego deslumbrado y por fin extravagantemente receptivo.

Desde el momento en que ella entró, el almuerzo benéfico experimentó para Lord Copper una gran transformación; ahora lo veía todo con otros ojos. Sabía quién era Mrs. Stitch; de vez en cuando la había visto de lejos; y ahora se encontraba por primera vez completamente perplejo, mesmerizado, embriagado. Los que compartían con ellos la mesa, conocedores de esta clase de procesos, empezaron a conjeturar —en voces que Lord Copper no pudo percibir debido al trance que estaba experimentando— qué podía ser lo que Julia deseaba de él. «Será por lo de su Manicomio Modelo», decían algunos; «Quiere que los caricaturista dejen en paz a Algy», decían otros; «Ha perdido dinero», pensaba el segundo lacayo (siguiendo órdenes de Lady Metroland, estaba a régimen de adelgazamiento, y a la hora del almuerzo solía encontrarse de un humor especialmente escéptico); «Algún trabajo para alguien», era lo que más se aproximaba a la verdad, pero a nadie se le ocurrió pensar en John Boot hasta que Mrs. Stitch sacó su nombre a colación. A partir de ese momento todos se comportaron con fidelidad.

—Sabe —dijo Mrs. Stitch, tras haber engatusado a Lord Copper hasta arrancarle una brutal denuncia de la honestidad pública y privada del primer ministro—, quizá sea todo lo que usted dice, pero es un caballero con gustos mucho más refinados de lo que jamás podría usted imaginar. Siempre duerme con Boot al lado.

—¿Boot? —preguntó Lord Copper, confiado pero un poco sorprendido.

—Uno de los libros de John Boot.

El grupo de comensales ya sabía lo que tenía que hacer.

—El maravilloso John Boot —dijo Lady Metroland—, ese hombre *tan* inteligente

y divertido. Ojalá lograse que viniera a verme más a menudo.

—Tiene un estilo realmente divino —dijo Lady Cockpurse.

Toda la mesa era una alabanza de John Boot. Para Lord Copper era un apellido desconocido. Y resolvió pedirle información a su secretario de asuntos literarios. Le preocupaba Boot.

Mrs. Stitch cambió de terreno y empezó a preguntarle de forma muy aduladora acerca de las posibilidades de paz en Ismailía. Lord Copper dijo que en su opinión la guerra civil era inevitable. Mrs. Stitch comentó que ya habían muerto casi todos los corresponsales de guerra.

—¿No hay uno que se llama Sir No-sé-cuántos Hitchcock? —preguntó Lady Cockpurse. (Este era un paso en falso porque el noble en cuestión había abandonado últimamente a Lord Copper, tras una acre discusión sobre la fecha de la batalla de Hastings, y se había pasado al campo del *Daily Brute*).

—¿A quién piensa enviar a Ismailía? —preguntó Mrs. Stitch.

—Estoy estudiando el asunto con mis jefes de sección. Creemos que esta es una guerrita muy prometedora. Podría decirse que será un microcosmos del gran drama mundial. Tenemos intención de hacer un gran despliegue informativo. El funcionamiento de un gran periódico —dijo Lord Copper, sintiéndose por fin plenamente integrado en la reunión— tiene una complejidad que raras veces sabe apreciar el público. El ciudadano casi no se entera de la gigantesca maquinaria que se pone en funcionamiento para él a cambio de su penique matutino. —(«Dios mío», dijo Lady Metroland con voz débil pero audible)—. Utilizaremos nuestros expertos en los ejércitos de tierra, mar y aire, nuestro equipo de fotógrafos, nuestros especialistas en el reportaje con una nota de color, y analizaremos la guerra desde todos los puntos de vista y en todos los frentes.

—Sí —dijo Mrs. Stitch—. Naturalmente… Si yo estuviera en su lugar, enviaría a una persona como Boot. No creo que lograse convencerle a *él* para que fuera, pero al menos alguien como él.

—Querida Mrs. Stitch, he podido comprobar a lo largo de mi experiencia que el *Daily Beast* puede obtener la colaboración de los mayores talentos. La semana pasada, por ejemplo, el Poeta Laureado escribió para nosotros una oda a las variaciones estacionales de nuestras ganancias netas. La publicamos a toda plana en las páginas centrales. Y él ha admitido que es la obra más poética y mejor pagada de toda su vida.

—Bueno, si consiguiera convencerle, Boot es, naturalmente, el hombre que usted necesita. Es un escritor brillante, ha viajado a todas partes y conoce la situación ismailita de cabo a rabo.

—Boot lo haría divinamente —corroboró con lealtad Lady Cockpurse.

Media hora más tarde Mrs. Stitch telefoneó y dijo:

—Ya está, John. Creo que te lo he arreglado. No acepte ni un céntimo menos de cincuenta libras a la semana.

—Dios te bendiga, Julia. Me has salvado la vida.

—Ya sabes que siempre puedes pedirme un favor. Mrs. Stitch nunca falla —dijo ella animadamente.

*

Esa noche Mr. Salter, jefe de la sección internacional del *Beast*, fue convocado a una cena en la residencia campestre de su jefe, en East Finchley. La invitación no pudo ser más fastidiosa; Mr. Salter solía trabajar en la redacción hasta las nueve. Esa noche tenía intención de distraerse yendo a la ópera; hacía semanas que él y su esposa esperaban entusiasmados la llegada de este día. Cuando se dirigía en coche a la horrenda mansión de Lord Copper, pensó entristecido en aquella época alegre y despreocupada en la que era jefe de la Página Femenina, o, mejor incluso, cuando se dedicaba a escoger chistes para uno de los semanarios de humor de Lord Copper. La empresa Megalopolitan tenía por costumbre mantener despierto al personal a base de frecuentes cambios de puesto. La mayor ambición de Mr. Salter era hacerse cargo de los Concursos. Pero, de momento, era jefe de Internacional, y la suya era una vida de perro.

Cenaron solos los dos. Comieron sopa de apio, pescadilla, ternera asada, y budín de frutas; bebieron whisky con soda. Lord Copper explicó qué era el nazismo, el fascismo y el comunismo; más tarde, en su espantosa biblioteca, hizo un esbozo de la situación en el Lejano Oriente.

—El *Beast* es partidario de que haya gobiernos fuertes y muy enemistados entre sí en todas partes —dijo—. Autosuficiencia en nuestro país, agresividad en el extranjero.

La participación de Mr. Salter en la charla se limitó expresiones de asentimiento. Cuando Lord Copper acertaba, él decía, «Sin duda, Lord Copper»; cuando se equivocaba, «Hasta cierto punto».

—Veamos, ¿cómo se llama esa ciudad…, la capital del Japón? ¿Yokohama?

—Hasta cierto punto, Lord Copper.

—Y Hong Kong es nuestro, ¿no?

—Sin duda, Lord Copper.

Al cabo de un rato:

—Así que hay guerra civil en Ismailía. Tengo intención de informar a fondo. ¿A quién pensaba usted enviar?

—Bueno, Lord Copper, hemos de decidir si mandamos a un redactor de plantilla

que logrará mandarnos las noticias pero cuyo nombre no le sonará de nada al público, o a alguien de fuera del periódico que tenga cierta reputación como experto en asuntos militares. Verá, desde que perdimos a Hitchcock…

—Ya, ya. Él era nuestro único redactor famoso en toda Europa. *Lo sé*. Zinc le enviará. *Lo sé*. Pero se equivocó en lo de la batalla de Hastings. Fue en el año mil sesenta y seis. Lo he comprobado, Y no pienso contratar a un tipo que no tiene la talla suficiente como para admitir que se ha equivocado.

—Quizá podríamos compartir un corresponsal con algún diario norteamericano…

—No. ¿Sabe a quién quiero mandar? A Boot.

—¿Boot?

—Sí, Boot. Es un joven en cuya obra estoy muy interesado. Su estilo es notable, y ha estado en la Patagonia, y el primer ministro tiene sus libros en la mesilla de noche. ¿Lo ha leído usted?

—Hasta cierto punto, Lord Copper.

—Cítelo mañana para una entrevista. Sea amable. Invítelo a cenar, Consiga su colaboración a cualquier precio. Bueno, a un precio razonable —añadió, porque últimamente se había producido una desdichada situación después de que hubiera dado, en un momento de expansividad, esta clase de instrucciones, que luego fueron observadas demasiado literalmente con el resultado de que un ciclista de pega, que había atraído momentáneamente la atención de Lord Copper, había sido contratado para dirigir la Página de Deportes por cinco años a razón de cinco mil libras al año.

*

Mr. Salter llegó al trabajo a mediodía. Sr encontró al redactor jefe sumido en el pesimismo.

—El periódico de esta mañana nos ha salido horrible —anunció—. Le pagamos al profesor Jellaby treinta guineas por un artículo, y no hay modo de entender una sola palabra. El *Brute* nos ha sacado la delantera en todas las ediciones en el caso de la Eutanasia en el Zoo. Y *mira la Página de Deportes*.

Avergonzados, leyeron los dos juntos la Página Deportiva que dirigía el ciclista de pega.

—¿Quién es Boot? —preguntó finalmente Mr. Salter.

—Ese nombre me suena —dijo el redactor jefe.

—El patrón quiere mandarle a Ismailía. Es el escritor favorito del primer ministro.

—Entonces no es el que yo creía —dijo el redactor jefe.

—Bueno, tengo que localizarle. —Hojeó desmayadamente las páginas del

periódico de la mañana—. Boot —dijo—. Boot. Boot. Boot. ¡Hombre! *Boot*…, aquí está. ¿Por qué no me dijo el patrón que formaba parte de nuestra redacción?

En la última página del diario, ignominiosamente embutido entre Pip y Pop, los animalitos de compañía, y la receta de un plato llamado «Buñuelos refritos», se encontraba la media columna quincenal dedicada a la Naturaleza: *EXUBERANCIA, por William Boot, hacendado*.

—¿Crees que es este?

—Seguro. Al primer ministro le chifla todo lo que se refiera a la Inglaterra rural.

—Se supone que tiene un estilo muy elegante: «*Con aleve paso cruza el estero siempre alerta el campañol*…». ¿Seguro que es este?

—Sí —dijo el redactor jefe—. Seguro que eso debe de ser escribir con elegancia. Es a lo único que me suena. Ahora que lo dices, este apellido me resulta muy conocido. Aunque nunca le he visto en persona. No creo que haya venido nunca a Londres. Manda las cuartillas por correo. Todas ellas escritas a pluma.

—Tengo que invitarle a cenar.

—Dale sidra.

—¿Es lo que bebe la gente del campo?

—Sí, dale sidra y salmón en conserva. Es la comida básica del estamento agrícola.

—Le enviaré un telegrama. Es curioso que el jefe quiera mandarle a Ismailía.

Capítulo segundo

—No veo a mi alrededor más que transformación y decadencia —canturreó tío Theodore, mirando por la ventana de la salita. De este modo, con voz notablemente estentórea, acostumbraba a aliviar sus poco frecuentes ataques de depresión; pero era la decadencia, más que las transformaciones, lo que caracterizaba la perspectiva más inmediata.

Todos los inmensos árboles que rodeaban la mansión Boot Magna proyectaban su sombra en sus paseos y avenidas, y (dispuestos con magnífico gusto según el capricho de algún olvidado y provinciano predecesor de Repton) se erguían solitarios o en grupos por todo el parque, sufrían algún achaque: algunos por culpa de la hiedra, otros del rayo, otros de las diversas plagas a las que está expuesta la vegetación, y todos, sobre todo, a causa de la vejez. Los había sostenidos por armazones y muletas de hierro, otros que habían sido rellenados de cemento; algunos, incluso ahora, en el mes de junio, no podían mostrar en sus extremidades más que un puñado de hojas. La savia corría lenta y escasa por sus troncos; y las noches ventosas siempre producían una cosecha de ramas muertas.

Extrañas mareas agitaban el lago. A veces, como en este momento, se encogía hasta quedar reducido a un pequeño estanque opaco rodeado por un desierto de barro y juncos; otras, crecía e inundaba dos hectáreas de pastos. Antaño hubo en una de las casas de los guardas un hombre que entendía el funcionamiento del sistema de desagües; ocultas entre los juncales había algunas compuertas, y, dispersas por puntos que sólo él conocía, tapas de registro provistas de grifos y espitas. Aquel hombre era capaz de controlar una cascada ornamental y de hacer salir por la boca del delfín de la terraza Sur un chorro de agua. Pero hacía quince años que estaba en la tumba, y el secreto había muerto con él.

La casa era grande pero en absoluto excesiva para la familia Boot, de la que ahora formaban parte ocho miembros. En la línea directa estaban: William, dueño de la casa y de los terrenos; Priscilla, hermana de William, que afirmaba ser dueña de los caballos; la madre de William, viuda, que era dueña del contenido de la casa y ejercía ciertos mal definidos derechos sobre el jardín; y la abuela de William, viuda también, de la que se decía que era dueña de «el dinero». Nadie sabía cuánto poseía. Desde que William tenía memoria, se encontraba postrada en cama. Era ella quien facilitaba los cheques que de vez en cuando se hacían necesarios para equilibrar las cuentas de esta hacienda, así como para pagar las ocasionales y desastrosas visitas de tío Theodore a Londres. Tío Theodore, el mayor de los varones de las ramas colaterales, era, con mucha diferencia, el más alegre de todos ellos. Tío Roderick era, en muchos sentidos, el menos excéntrico. Había administrado las propiedades y la casa durante la minoría de edad de William, y seguía haciéndolo con un pequeño pero regular

déficit que era compensado anualmente por uno de los cheques de la abuela. Lady Trilby, viuda, era la hermana mayor del padre de William, y él la llamaba tía-abuela Anne; era dueña del automóvil, que había sido adaptado a sus necesidades; estaba dotado de una bocina que podía ser accionada desde el asiento de atrás, su expedición semanal a la iglesia resonaba por todo el pueblo como si fuese la Venida del Señor. Tío Bernard se dedicaba a la erudición, pero en general su obra apenas había sido reconocida pues sus investigaciones, aun siendo profundas, apenas si tenían trascendencia ya que sólo trataban de su propio *pedigree*. Había encontrado la pista de los antepasados de William a través de tres linajes diferentes y desde los remotos tiempos de Ethelred el Desprevenido, y sólo la falta de fondos le impidió, afortunadamente, reclamar judicialmente la baronía de De Butte, vacante por esas fechas.

Todos los Boot, de uno u otro modo, disponían de unas cien libras al año para sus gastos. Debido a ello les iba muy bien a todos residir en Boot Magna, donde los sueldos y gastos de manutención iban a cargo del déficit anual de tío Roderick. El miembro más rico de la casa, hablando en plata, era el aya Bloggs, que llevaba postrada en cama desde hacía treinta años; y que guardaba sus ahorros en una bolsa de franela roja que escondía en el cabezal. Tío Theodore intentaba arrebatársela de vez en cuando, pero ella era una anciana muy lista y, como sumaba a su antiquísima aversión por tío Theodore una aptitud preternatural para salir jactanciosamente con dobles combinadas durante la temporada hípica, su tesoro escondido no dejaba de crecer. La Biblia y la Guía Hípica eran sus únicas lecturas. Siempre se divertía muchísimo diciéndole a cada uno de los miembros de la familia, por separado y en secreto, que él o ella era su heredero.

En otras habitaciones de la casa reposaban: el aya Price, diez años más joven que el aya Bloggs, y postrada en cama aproximadamente desde la misma edad que aquella. Tenía por costumbre entregar su sueldo a las Misiones de la China y apenas si tenía influencia en la casa; la enfermera Watts, y su subordinada la enfermera Sampson, ambas a cargo del cuidado de Mrs. Boot; Miss Scope, ama de llaves de tía Anne, veterana inválida, que aventajaba incluso a la propia Mrs. Boot en años pasados en la cama; y Bentinck el mayordomo; James, el primer lacayo, llevaba algún tiempo confinado en su habitación, pero los días templados podía levantarse y pasar un rato sentado en un sillón junto a la ventana. La enfermera Granger todavía se sostenía en pie, pero como entre sus tareas se incluía el cuidado de los ocho enfermos, todo el mundo opinaba que no sobreviviría a esta situación por mucho tiempo. Diez criados atendían a las necesidades de la casa y a sus necesidades mutuas, pero lo hacían de modo desganado, porque apenas les sobraba tiempo después de haber tomado las cinco comidas que, de acuerdo con la tradición, les estaban permitidas. Dadas las circunstancias, los Boot nunca tenían invitados, y en la

comarca se decía de ellos indulgentemente que eran «más pobres que una rata de iglesia».

El famoso John Courteney Boot era un primo lejano, o, como prefería decir tío Bernard, miembro de una rama cadete. William no le conocía personalmente; de hecho, conocía personalmente a muy poca gente. No se podía decir, como había afirmado el redactor jefe del *Beast,* que no había ido nunca a Londres, pero sus visitas habían sido tan poco frecuentes como para dejar cada una de ellas un recuerdo específico y perennemente aterrador en su memoria.

—No veo a mi alrededor más que transformación y decadencia —canturreó tío Theodore. Tenía por costumbre cantar una y otra vez este mismo verso. Estaba esperando los periódicos de la mañana. Al igual que William y tío Roderick. Se los llevaba el carnicero, manchados a menudo de rojo, entre las once y el mediodía, y luego, si nadie los interceptaba, desaparecían en las habitaciones de los enfermos para regresar a la hora del té irremediablemente mutilados, pues tanto Bentinck como Mrs. Boot coleccionaban recortes, y la enfermera Sampson acostumbraba a quedarse los cupones y perderlos entre las sábanas. Esta mañana tardaban bastante en llegar. Lo cual le produjo a William una gran ansiedad. Nunca había visitado la redacción de la Megalopolitan ni conocido a nadie que estuviera relacionado con el *Beast*. Su labor como autor de *Exuberancia* le había sido legada por la viuda a la muerte del anterior redactor, el rector de Boot Magna. William había adaptado cuidadosamente su estilo al del fallecido rector, primero con grandes esfuerzos, y últimamente casi con facilidad. Este era un trabajo de la mayor importancia para él: le pagaban una guinea por artículo, y le proporcionaba una inmejorable excusa para vivir de modo permanente en el campo.

Y ahora todo esto estaba en peligro. El jueves pasado había ocurrido una cosa horrorosa. Basándose en las observaciones de toda su vida, y tras contrastarlas debidamente y durante una hora y media con los datos de la enciclopedia, William había redactado una visión lírica pero muy exacta de las costumbres del tejón; uno de sus artículos más acabados. Priscilla, que tenía un día travieso, encontró el manuscrito y lo alteró, poniendo «somormujo cuellirrojo» allí donde él había escrito «tejón». Sólo el sábado por la mañana, cuando el artículo, con estas modificaciones, apareció en el *Beast*, William tuvo por fin noticia de aquel atropello.

Había recibido muchísima correspondencia, algunas cartas eran escépticas; otras, burlonas; una dama le escribía preguntándole si había leído bien, si era cierto que a él le parecía adecuado atormentar con terriers a estas raras y bellas aves, así como destruir sus hogares en tierra; ¿cómo podía tolerarse una cosa así en el llamado siglo XX? Un teniente coronel de Gales le desafiaba de la forma más categórica a que presentase un solo caso comprobado de somormujos cuellirrojos que hubiesen atacado a los conejos. Todo resultó insoportablemente doloroso. Durante todo el fin

de semana William estuvo esperando que llegara la notificación de su despido, pero pasaron el martes y el miércoles sin que nadie del *Beast* dijera nada. Redactó y echó al correo una leve disertación sobre los lucios, y esperó lo peor. Quizá los jefes del *Beast* estuvieran tan enfurecidos que ni siquiera se dignarían a devolverle su manuscrito; imaginaba que cuando llegase el periódico del miércoles, vería que *Exuberancia* estaba ocupado por un nuevo inquilino. Y llegó. Buscó frenéticamente su media columna. Y allí estaba, como un gran oasis entre «Buñuelos refritos» y Pip y Pop. «Con aleve paso cruza el estero siempre alerta el campañol…». Se había salvado. Gracias a algún milagro, el escándalo del sábado había quedado enterrado.

Sus tíos le reclamaron displicentemente el periódico; y él lo cedió de modo sumiso. Se quedó junto a la puerta de la terraza, haciendo guiños ante el paisaje veraniego; los caballos brincaban y retozaban al otro lado de la zanja divisoria.

—Voto al chápiro —dijo tío Roderick a su espalda. No encuentro el cricket por ningún lado. Parece que dedican toda la página a no sé qué maldito campeonato de ciclismo disputado en el estadio de Cricklewood.

A William no le importó. Plenamente agradecido decidió darles un descanso este fin de semana a los roedores (pese a que sentía especial aprecio por ellos) y escribir en lugar de eso acerca de las flores silvestres y el canto de los pájaros. Incluso podía quizá atreverse a citar algún que otro poeta.

Despierta ya, no sigas en cama
Oye a los pájaros saludar a la mañana,

cantó, desde el fondo de su corazón, pensando en las figuras yacentes del piso superior. Y luego, con su respiración sibilante, la boca llena de migas, cruzando pesadamente la salita, llegó Troutbeck, el avejentado «chico», con un telegrama. La curiosidad y el resentimiento pugnaban entre sí por dominar el porte de Troutbeck; curiosidad, porque en Boot Magna los telegramas eran infrecuentes; resentimiento, debido a la interrupción de su descanso de las once, que era una generosa y perezosa pausa que ocupaba a los criados desde las diez y media hasta las doce.

El rostro de William le tranquilizó enseguida: era evidente que no le habían hecho abandonar la mesa por algún pretexto frívolo.

—Malas noticias —pudo decir—. Malísimas noticias para el señor William.

—Es imposible que sea un fallecimiento —dijo la tercera doncella—. Toda la familia está aquí.

—Sea lo que sea, pronto lo sabremos —dijo Troutbeck—. El señor William se ha quedado de una pieza. Te agradecería que me pasaras la salsa picante.

¡Malas noticias, sin duda! Olvidado del sol y de los caballos y de los estertores de la respiración de su tío Theodore, William leyó de nuevo el horrible golpe con el que

le había castigado el destino:

REQUERIDA SU INMEDIATA PRESENCIA AQUÍ. URGENTE. POR EXPRESO DESEO LORD COPPER. SALTER. BEAST.

—¡Espero que no sea nada grave! —dijo tío Theodore, para quien los telegramas habían sido, antiguamente, portadores de tan malas noticias como suelen serlo para todo el mundo.

—Sí —dijo William—. Me dicen que vaya a Londres.

—¿Ah sí? Qué interesante. Precisamente había pensado ir a pasar allí una noche…

Pero tío Theodore le hablaba al aire. William ya estaba trabajando, tratando de hacer que funcionase la maquinaría casera que, demasiado pronto, ay, le pondría en camino.

Después de almorzar temprano, William fue a despedirse de su abuela. Ella le miró con expresión lúgubre y enloquecida. ¿Así que te vas a Londres, eh? Bueno, dudo mucho que yo siga viva a tu regreso. Abrígame bien.

En el soleado dormitorio de Mrs. Boot siempre era invierno.

Todos los miembros de la familia que no se encontraban incapacitados para la utilización de sus piernas esperaron desde la escalera de la fachada la partida de William; Priscilla, bañada en lágrimas de penitencia. El aya Bloggs le mandó desde arriba tres soberanos de oro. El automóvil de tía Anne se lo llevó. En el último momento tío Theodore intentó subir desde el otro lado, pero fue detectado y disuadido.

—Sólo quería ver a un tipo de Jermyn Street para un asunto de negocios —dijo, muy apenado.

Para los Boot ir a Londres era siempre un acontecimiento solemne; y, esta tarde, solemne como un funeral para William. Un par de veces mientras iba camino de la estación, y otro par en las paradas del tren que avanzaba hacia Paddington, William estuvo tentado de interrumpir el viaje, presa de la desesperación. ¿Por qué tenía que ir a esa abominable ciudad, sólo para oír quejas y, a juzgar por lo que sabía del temperamento de Lord Copper, ser víctima de malos tratos físicos? Pero prevalecieron otras ideas más firmes. Quizá lograría engañarles. Lord Copper era hombre de ciudad, y provinciano por añadidura, y no cabía la menor duda de que desconocía la diferencia que hay entre un somormujo cuellirrojo y un tejón. Sería la palabra de William contra la de unos cuantos lectores malhumorados, y todo el mundo sabe que la gente que envía cartas a los periódicos suele ser desequilibrada.

Cuando llegó a Westbury ya había esbozado toda la escena, en la que él atacaba resueltamente ante el consejo de administración la doctrinaria teoría zoológica de Fleet Street; Boot de pies a cabeza, descendiente por tres ramas de Ethelred el Desprevenido, legítimo Barón de Butte, altanero como un jefe de tribu, honesto como un campesino.

—Lord Copper —decía—. No permitiré que quede sin castigo nadie que se haya atrevido a llamarme mentiroso. El somormujo cuellirrojo *hiberna*, y no hay más que hablar.

Fue al vagón restaurante y pidió whisky. El camarero le contestó:

—Estamos sirviendo el té. Whisky a partir de Reading.

Al salir de Reading volvió a intentarlo.

—Estamos sirviendo la cena. Ya le llevaré la copa a su vagón.

Cuando le llegó, William la derramó en la corbata. Y le dio al camarero uno de los soberanos del aya Bloggs, creyendo que era un chelín. La moneda fue despectivamente rechazada, y todos los ocupantes del departamento se quedaron mirándole.

—¿Me permite verlo? —dijo un caballero con sombrero hongo—. Hoy en día ya no se ven casi nunca. ¿Sabe qué le digo? Se lo juego a cara o cruz. ¿Qué quiere usted?

—Cara —dijo William.

—Ha salido cruz —dijo el hombre del sombrero hongo, guardándose el soberano en el bolsillo del chaleco. Después siguió leyendo su periódico, y todo el mundo lanzó miradas más severas incluso en dirección a William. El desánimo empezó a apoderarse de él; el momento desafiante quedó atrás. Siempre le ocurría lo mismo; en cuanto abandonaba Boot Magna se encontraba metido en un mundo extraño y hostil. Había un tren de regreso a las diez de esa misma noche. Ni una manada de caballos salvajes le impediría tomarlo. Vería a Lord Copper, le explicaría cabal y francamente la situación, apelaría a su misericordia y, triunfante o derrotado, tomaría el tren de las diez. A la altura de Reading ya había elaborado este nuevo y humilde plan. Hablaría a Lord Copper de las lágrimas de Priscilla; es proverbial que los grandes hombres son vulnerables a esta clase de apelaciones. El hombre que iba sentado enfrente de él le miró por encima de su periódico:

—¿Le queda más dinero suelto?

—No —dijo William.

—Qué lástima.

A las siete llegó a la estación de Paddington, y se sintió sitiado por la atroz ciudad.

El edificio de la Megalopolitan, que ocupaba los números 700 al 853 de Fleet

Street, era desconcertante. Al principio William creyó que el taxista, viendo que era un rústico, le había llevado a un lugar que no correspondía a las señas que él le dio.

No era experto en oficinas. Cuando llegó a la mayoría de edad estuvo varias mañanas con el abogado de la familia, en King's Bench Walk. En su pueblo había trabajado en la agencia inmobiliaria local, en el banco y en el ayuntamiento. En una ocasión había visto en Taunton una película casi ininteligible que contaba la vida de un periódico de Nueva York, y en donde unos neuróticos en mangas de camisa y con visera corrían del teléfono al magnetófono, insultándose y traicionándose mutuamente en un escenario de inmitigada miseria. Estos recuerdos suscitaron ciertas confusas expectativas que se vieron brutalmente conmocionadas ante el vestíbulo bizantino y el salón sasánida de Copper House. Al principio tuvo la sensación de haber entrado en un nuevo y menos exclusivista rival del Real Automóvil Club. Los seis ascensores parecían estar en movimiento perpetuo; con deslumbradora frecuencia sus puertas se abrían bruscamente para mostrar ahora a la izquierda, luego a la derecha, y luego dos o tres a la vez, como si se tratara de ganado, una serie de jovencitas con uniforme caucasiano. «Arriba», exclamaban con acentos de polichinela, y, antes de que pudiese entrar nadie, cerraban las puertas y desaparecían de la vista. Un centenar aproximadamente de hombres y mujeres de todas las condiciones y edades desfilaban ante los ojos de William. Los únicos objetos estáticos eran una efigie criselefantina de Lord Copper vestido como para acudir a una ceremonia de coronación y que se elevaba por encima de la muchedumbre sobre un pedestal poligonal de malaquita, y un conserje, de tamaño superior también al natural, que permanecía sentado en el interior de un recinto acristalado, como un pez en un acuario, y que contemplaba la agitada multitud con ojos abesugados y arrogantes. A su inmediato cuidado había una docena de botones con uniforme azul celeste, que, entre un mandado y otro, se pellizcaban furtivamente los unos a los otros mientras aguardaban sentados en un largo banco. En el pecho del portero brillaban medallas de más batallas que las que se hayan librado en toda la historia. William descubrió una ventanita en este tanque y se dirigió a él con marcada timidez.

—¿Está en casa su señoría?

—Tenemos un total de seis nobles en la empresa. ¿A cuál de ellos se refiere usted?

—Quiero ver a Lord Copper.

—Eh, Cyril, acompaña a este caballero a un asiento y dale un impreso.

Una diminuta figura azul condujo a William hasta una mesa y le entregó un pedazo de papel. William lo rellenó. «*Mr. Boot desea ser recibido por Lord Copper. Asunto: somormujos cuellirrojos*».

Cyril llevó el papel al conserje, quien lo leyó, lanzó una penetrante mirada a William, y dijo:

—Ve a por el caballero.

William fue conducido a su presencia.

—¿Desea usted ver a Lord Copper?

—Sí.

—Ja. Pues no. Para tratar de somormujos cuellirrojos, no.

—Y también de tejones —dijo William—. Es una cuestión bastante complicada.

—Desde luego que sí. Sabe lo que le digo, cruce la calle y vaya a contárselo a Lord Zinc, en el edificio del *Brute*. Seguro que le irá igual de bien, ¿no le parece?

—Tengo una cita —dijo William, y mostró el telegrama.

El conserje lo leyó reflexivamente, lo alzó a la luz, y dijo, «Ah»; luego volvió a leerlo y dijo:

—La persona con la que tiene usted que hablar es Mr. Salter. Cyril, dale otro impreso a este señor.

Cinco minutos más tarde William se encontraba en la oficina del jefe de internacional.

Fue un encuentro muy embarazoso para ambas partes. A William le parecía que le había llegado la hora del justo castigo; bajo el peso de la culpa, estaba dispuesto a enfrentarse al duro destino que le correspondía. Mr. Salter participó de forma más activa en la aproximación. Tenía órdenes de mostrarse cordial y lanzar el ofrecimiento de Lord Copper en cuanto se hubiese ganado la confianza del pobre rústico por medio de la charla intrascendente y la generosa hospitalidad.

Sus conocimientos de la vida campesina eran escasos. Había nacido en West Kensington y estudiado en una masificada escuela londinense. Cuando no desempeñaba alguno de los diversos cargos que había tenido en la enorme organización de la Megalopolitan, llevaba una vida de intachable carácter hogareño en Welwyn Garden City. Pasaba, casi siempre, sus vacaciones anuales en su propia casa. Y las dos o tres veces que Mrs. Salter se quejó de aburrimiento, visitaron las prósperas poblaciones de veraneo situadas en la costa Este. «El campo» era para él lo que se ve yendo en tren de la estación de Liverpool Street hasta Frinton. Si un psicoanalista, poniendo a prueba sus asociaciones, hubiese pronunciado repentinamente ante Mr. Jalter la palabra «granja», la sorprendente respuesta hubiera sido «¡Pum!», pues una vez cuando había buscado refugio en una granja de los Países Bajos, estalló una granada que le sepultó bajo los escombros. Esta era la única relación que había tenido con la tierra. Y de ahí había surgido su obstinada —y reconocidamente irracional— idea de que la agricultura era una cosa extraña y sumamente peligrosa. La vida normal, desde su punto de vista, consistía en una serie de viajes regulares en tren eléctrico, cheques mensuales, distracciones de barrio, y confortables horizontes de tejados de pizarra y chimeneas; «el campo» le parecía una cosa nada inglesa y notablemente incorrecta, debido sobre todo a su soledad y su

autosuficiencia, a sus cruentos pasatiempos, a su oscuridad y su silencio, y a sus ruidos repentinos e inexplicables; para él era un lugar en el que, de un momento a otro y sin tiempo para prevenirlo, uno podía ser acosado por un toro o pinchado por un gañán o revolcado y destrozado por una jauría de sabuesos.

Mr. Salter había rondado por la redacción haciendo una encuesta acerca de los temas de conversación apropiados para la gente del campo.

—Háblale de la remolacha forrajera y no tendrás ningún problema —le habían aconsejado—, pero no uses ese nombre. Es un tema en torno al cual los campesinos son muy suspicaces. Ellos la llaman betarrata…

Mr. Salter saludó a William de la forma más cordial.

—Ah, Boot, ¿qué tal está usted? Creo que no había tenido hasta ahora el placer de… Aunque conozco muy bien su obra, claro. Siéntese. Tome un pitillo —¿había metido la pata?—, ¿o prefiere a lo mejor una tagarnina?

William aceptó un cigarrillo. Él y Mr. Salter se habían sentado frente a frente. Entre los dos, en la mesa, había un atlas abierto en el que Mr. Salter estaba hasta ahora buscando sin éxito Reikiavik.

Hubo una pausa durante la cual Mr. Salter decidió abrir la conversación de manera franca y conciliadora.

—¿Qué tal están sus betarratas, Boot?

Pero le salió del revés y en realidad dijo:

—¿Qué tal están sus botas, betarrata?

William, que esperaba sombríamente ser objeto de una fulminante reprimenda, se sobresalió y dijo:

—Disculpe, ¿decía usted?

—Quiero decir sus brotes… —dijo Mr. Salter.

William prefirió dejarlo correr. Mr. Salter prefirió dejarlo correr. Se quedaron mirándose el uno al otro, fascinados, desesperanzados. Luego:

—¿Qué tal las cacerías? —preguntó Mr. Salter, buscando un nuevo terreno—. ¿Abunda el zorro?

—Bueno, no sé si sabe que en verano no cazamos.

—¿Ah sí? Claro, todo el mundo se va de vacaciones.

Otra pausa.

—¿Mucha glosopeda? —preguntó esperanzadamente Mr. Salter.

—De momento no, por fortuna.

—Ah.

Los dos bajaron la vista. Y se encontraron con el atlas.

—¿No sabrá usted por casualidad dónde se encuentra Reikiavik?

—No.

—Lástima. Creí que a lo mejor lo sabría. No hay en toda la redacción nadie que

lo sepa.

—¿Era por esto que quería usted hablar conmigo?

—No, no. En absoluto. Todo lo contrario.

Otra pausa.

William comprendió lo que le aguardaba. Este honrado hombrecillo había recibido el encargo de despedirle, y no lograba reunir fuerzas suficientes para decírselo. De modo que trató de ayudarle.

—Imagino que de lo que quería usted hablar es del somormujo cuellirrojo.

—Santo Dios…, no —dijo Mr. Salter, instintivamente horrorizado, y añadió en tono muy cortés—: A no ser que así lo desee *usted*.

—No, no, en absoluto —dijo William—. Sólo me había parecido que a lo mejor *usted* quería hacerlo.

—No. Desde luego que no —dijo Mr. Salter.

—Entonces, de acuerdo.

—Sí, de acuerdo… —Con desesperación—: Por cierto, ¿le apetece un vaso de sidra?

—¿Sidra?

—Sí. Estoy seguro de que en este momento debe de apetecerle un buen trago de sidra, ¿verdad? Podemos ir a un bar de por aquí.

Los periodistas de la película eran adictos al whisky de centeno. Silenciosa pero extrañadamente, William siguió los pasos del jefe de internacional. En el mismo ascensor que ellos bajó un hombre realmente extraordinario, calvo, joven, tan descarnado como una momia, con un traje a cuadros pardo y blanco, y con un cigarro entre los labios.

—Es el nuevo jefe de la página deportiva —dijo Mr. Salter en tono de disculpa en cuanto se alejaron de él lo bastante como para que no pudiera oírles.

En el bar de la esquina, centro de reunión de los reporteros del *Beast*, la camarera se sorprendió cuando le hicieron su pedido.

—¿Sidra? Veré si hay.

Luego sacó un par de botellas de un líquido dulzón y burbujeante. William y Mr. Salter dieron un receloso sorbo.

—Siento que no esté a la altura de la que acostumbra a tomar usted en la granja.

—A decir verdad, no suelo beber sidra. Se la damos a los jornaleros, claro, y a veces tomo un poco de la de ellos. —Luego, temiendo que su frase hubiera podido parecer altanera, añadió—: Mi tío Bernard bebe sidra para su reúma.

—¿Está seguro de que no preferiría otra cosa?

—No, no.

—¿Seguro?

—Bueno, sí.

—¿En serio?

—En serio. Preferiría cualquier otra cosa.

—Magnífico —dijo Mr. Salter, y a partir de este momento sus relaciones adquirieron un tono nuevo y mucho más humano; la conversación distaba mucho de ser fácil, pero ya tenían una cosa en común: a ninguno de los dos les gustaba la sidra.

Mr. Salter se aferró a ella con todas sus fuerzas.

—Es muy interesante que no le guste a usted la sidra —dijo—. A mí tampoco me gusta.

—Pues no, no —dijo William—. Nunca me ha gustado desde que una vez me mareé en el campo, de pequeño.

—A mí me revuelve las tripas.

—Igual que a mí.

—El whisky, en cambio, jamás le ha hecho daño a nadie.

—Cierto.

El interés por la cuestión parecía empezar a decaer. Mr. Salter hizo un nuevo intento.

—¿Hacen ustedes mucho vino de chirivía en su zona?

—No mucho… —Evidentemente, ahora le tocaba el turno a él. Tomó un sorbo, se lo pensó, y finalmente dijo—: Qué, mucho trabajo en la redacción, ¿no?

—Sí, mucho.

—Dígame una cosa… A menudo me he preguntado… ¿tienen ustedes su propia maquinaria, o lo mandan todo a una imprenta?

—Tenemos nuestra propia maquinaria.

—¿Ah sí? Seguro que debe de funcionar a una velocidad increíble.

—Sí.

—Quiero decir que…, tienen ustedes que tenerlo escrito, impreso y corregido y lo demás, y todo en un solo día, ya que de lo contrario las noticias empezarían a oler a rancio. Bueno, quiero decir que la gente ya se habría enterado de ellas por la radio.

—Sí.

—¿Trabaja usted muchas horas en la imprenta?

—No. Verá usted, yo soy el jefe de internacional.

—Supongo que es por eso que quería encontrar Reikiavik.

—Sí.

—Vaya que no será poco difícil saber dónde están tantos sitios diferentes.

—Lo es.

—Habiendo tantísimos…

—Sí.

—Yo no he estado nunca en el extranjero.

Este tema parecía una oportunidad demasiado valiosa como para despreciarla.

—¿Le gustaría ir a Ismailía?

—No.

—¿Tajantemente no?

—Tajantemente. Para empezar, porque no podría pagarme el billete.

—Oh, se lo pagaríamos nosotros —dijo Mr. Salter, con una sonrisa indulgente.

De modo que se trataba de eso. Un traslado. La sensación persecutoria que había estado abrumando a William durante las tres últimas horas adquirió ahora una forma palpable y grotesca. No podía tolerarlo. Consciente de que su causa era justa y de que él era un hombre libre, cobró fuerzas y se enfrentó a la pesadilla.

—La verdad —dijo enérgicamente—. Me parece injusto. Reconozco que di un patinazo con lo del somormujo cuellirrojo, un tremendo patinazo. De hecho, la culpa no fue mía. He venido aquí dispuesto a ofrecer explicaciones, a pedir disculpas y, en caso necesario, a dar cualquier clase de satisfacción que se me exigiera. Pero ustedes no han querido escucharme. Cuando le brindaba ahora mismo una explicación, me ha contestado usted, Santo Dios, que no quería hablar de eso. Y ahora propone usted con toda la tranquilidad del mundo enviarme al extranjero, y sólo por un error trivial y, en mi opinión, perfectamente justificable. ¿Quién se ha creído Lord Copper que es? Me pasma tanta vanidad. Si decide olvidarse de mis dieciocho meses de esfuerzos entregados y constantes a su servicio, admito que tiene todo el derecho a despedirme…

—¡Pero, Boot… Boot! —exclamó Mr. Salter—. Está usted, completamente confundido. Con la sola excepción del primer ministro, no tiene usted ningún admirador más ardiente que Lord Copper. Lo que él quiere es que usted *trabaje* para el periódico en Ismailía.

—¿Estaría dispuesto a pagarme también el billete de vuelta?

—Desde luego que sí.

—Bueno, esto es un poco diferente… De todos modos, me parece un plan bastante necio. Quiero decir que, ¿en qué va a quedar la sección *Exuberancia* en cuanto empiece a escribir sobre tormentas de arena y leones y vaya usted a saber qué otras cosas que existen en Ismailía? Mire, creo que va a quedar demasiado *Exuberante*…

—Permítame que se lo cuente mientras cenamos.

Tomaron un taxi y se dirigieron por Fleet Street y el Strand hacia un restaurante especializado en asados que era el que utilizaban los redactores del *Beast* siempre que tenían que invitar a alguien y pasar la factura al periódico.

—¿*Seguro* que quiere salmón en lata?

—No.

—¿Seguro?

—Completamente.

Mr. Salter contempló a su invitado con renovada aprobación y le pasó el menú.

La estima que William se había merecido gracias a su nula preferencia por la sidra y el salmón en lata siguió vigente después de que hubiera pedido su cena. Pese a que pareciese lo más probable, William no eligió nueces en conserva y pastelitos de Cornualles; ni tampoco, como hiciera el corresponsal en Budapest, último invitado de Mr. Salter en este mismo local, llamó la atención solicitando exóticos platos magiares y, viendo que no había nadie que estuviera capacitado para preparárselos, empeñándose en cocinar personalmente, provisto de escalfador y hornillo de petróleo, ante una congregación de atónitos camareros, una nauseabunda salsa de pimientos dulces, miel y almendras. William pidió un plato de carne a la parrilla, y mientras se la comía Mr. Salter intentó, ingeniosamente, atizar su entusiasmo por el nuevo proyecto.

—¿Ve a ese caballero de ahí? Es Pappenhacker.

William miró y vio.

—¿Y…?

—El tipo más inteligente de todo Fleet Street.

William volvió a mirar. Pappenhacker era joven y moreno, con anchas gafas de concha, breve mentón y barba de tres días. Estaba sosteniendo un altercado con algunos camareros.

—¿Y…?

—Va a ir a Ismailía, enviado por *The Twopence*.

—Parece estar de muy mal humor.

—En realidad no lo está. Siempre se pone así con los camareros. Verá, es comunista. Como la mayor parte de los redactores de *The Twopence*. Es que son universitarios, sabe. Pappenhacker dice que cada vez que nos mostramos amables con un proletario no hacemos más que contribuir a reforzar el sistema capitalista. Es muy inteligente, claro, pero no cae demasiado bien.

—Pone cara de estar a punto de liarse a tortas con ellos.

—Sí, a veces lo hace. Hay muchos restaurantes que no le admiten. Ya verá como conoce a muchísima gente interesante cuando llegue a Ismailía.

—¿No será un tanto peligroso?

Mr. Salter sonrió; para él era como si un explorador del Ártico hubiese expresado el temor a que refrescase un poco el tiempo.

—Completamente distinto a todo lo que pueda haber experimentado en este país —dijo—. Le sorprenderá ver lo lejos que se mantienen los corresponsales de guerra de los combates. Por ejemplo, Hitchcock cubrió la campaña de Abisinia desde Asmara, y sin embargo pudo enviarnos las crónicas más vívidas y directas que hemos publicado en toda nuestra historia. Además, el periódico le hará un seguro de vida por valor de cinco mil libras. No, Boot, no, creo que por lo que respecta al riesgo no hay

motivos de preocupación.

—¿Y seguirán pagándome ustedes mi sueldo?

—Desde luego.

—¿Y mi billete de ida, y el de vuelta, y mis gastos?

—Sí.

William meditó detenidamente la cuestión. Al cabo de un rato dijo:

—No.

—¿No?

—No. Es muy amable su ofrecimiento, pero me parece que prefiero quedarme aquí. No me gusta la idea, en absoluto. —Se miró el reloj—. Tendré que irme enseguida a Paddington para llegar a tiempo de tomar el tren.

—Escúcheme —dijo Mr. Salter—. Creo que no acaba de comprender usted nuestra oferta. Lord Copper está especialmente interesado por su trabajo y, para serle franco, está empeñado en que vaya usted. Estamos dispuestos a pagar un sueldo muy generoso. La suma que se ha sugerido es de cincuenta libras a la semana.

—¡Caray! —dijo William.

—Y piense en todo lo que le sobrará de la factura de gastos —dijo Mr Salter en tono apremiante—. Como mínimo, otras veinte. Vi por casualidad la factura de gastos que nos pasó Hitchcock cuando trabajaba para nosotros en Shanghai. Sólo por los camellos la cuenta subía trescientas libras.

—Ya, pero me parece que yo no sabría qué hacer con un camello.

Mr. Salter comprendió que no estaba explicándose bien.

—Piense en un solo ejemplo —dijo—. Supongamos que usted quiere ir a cenar. Bien, va usted a un restaurante y pide usted una comilona, lo mejor de lo mejor. La cuenta puede subir digamos que unas dos libras. Bien, pues usted pasa una factura de cinco libras. Total, que se pega usted la gran cena y encima gana por las buenas tres libras, y todo el mundo tan contento.

—Entiendo, pero, verá, a mí no me gustan los restaurantes, y nadie me pagará nada por cenar en casa, ¿no? Me la traerán los criados, y listo.

—Pues supongamos que quiere enviarle flores a su novia. Entra usted en una tienda, envía un enorme ramo de orquídeas y en la cuenta de gastos incluye esa partida como «Información».

—Ya, pero yo no tengo novia, y mi casa está repleta de flores. —Volvió a mirar su reloj—. Bien, lo siento, pero tendré que irme. Es que he comprado billete de ida y vuelta, sabe. Le diré lo que voy a hacer. Consultaré a mi familia y le comunicaré mi decisión dentro de una o dos semanas.

—Lord Copper quiere que salga usted mañana mismo.

—Ah, pero eso es completamente imposible. No he hecho las maletas ni nada. Y supongo que necesitaría ropa nueva. Nada, nada, completamente imposible.

—Podríamos ofrecerle un sueldo mayor incluso.

—Oh, no, gracias. No es eso. Sencillamente, no quiero ir.

—¿Seguro que no hay alguna cosa que usted desee fervientemente?

—Sabe, me parece que no. Sólo deseo conservar mi empleo como redactor de *Exuberancia*, y seguir viviendo en mi casa.

Era un deseo muy conocido; a lo largo de sus quince años al servicio de la empresa Megalopolitan, Mr. Salter lo había oído expresar a innumerables colegas suyos, todos igualmente desdichados; lo había manifestado incluso él mismo. En un momento de compasión recordó la mañana en que, cuando estaba en su mesa de la página de *Humor Blanco*, fue llamado, para no regresar jamás allí. Era un puesto que le enorgullecía y divertía; creía incluso tener especiales aptitudes para desempeñarlo… Primero abría el correo de la mañana y seleccionaba los chistes que enviaban los lectores (uno de ellos remitía treinta o cuarenta cada semana), clasificándolos de acuerdo con si eran conocidos, indecentes, o bien si merecían la media corona por giro postal, pagadera en el momento de su publicación. Después se pasaba una o dos horas mirando la colección encuadernada de *Punch*, buscando temas que estuvieran de moda. A continuación empezaba el ingenioso juego consistente en encajar estos textos repescados con las ilustraciones humorísticas que anteriormente había elegido para él el director del departamento gráfico. ¡Un sereno y delicado amanecer para un día tempestuoso! Porque de esta tarea de ordenada discriminación fue arrancado y arrojado luego al implacable, asesino y pendenciero mundo de la Página Femenina del *Beast*. De allí, machacado y hecho trizas, fue trasladado a la butaca de jefe de la sección de Noticias Imperiales e Internacionales… Su corazón sangraba de dolor por William, pero era un hombre fiel a las austeras tradiciones de su oficio. Y contestó con la respuesta que había silenciado tantas veces a los novatos resentidos.

—Ya, pero Lord Copper da por supuesto que su personal estará dispuesto a trabajar allí donde sea necesario para mejor servir a los intereses del periódico. Creo que no estaría dispuesto a tener bajo contrato a ninguna persona de cuya lealtad, *en cualquier puesto*, pudiera dudar.

—¿Quiere decir que si no voy a Ismailía me despedirá?

—Sí —dijo Mr. Salter—. Eso es literalmente lo que yo…, lo que Lord Copper piensa hacer. ¿No quiere una copita de oporto antes de volver a la redacción?

Capítulo tercero

Una ventana cuadrada, extrañamente situada a más de metro y medio de altura con respecto al bajo entablado, enmarcada de hiedra por fuera, acariciada por las ramas de una araucaria gigante; o una extensión de empapelado oculto en parte por una acuarela de la iglesia parroquial pintada en sus años más activos por Miss Scope, más un pequeño anaquel con libros de variada índole y un hurón disecado, cuya muerte por consumo de raticida le estropeó de punta a cabo unas vacaciones de Pascua cuando iba al colegio, eran, según se despertara mirando a derecha o izquierda, las imágenes que saludaban diariamente a William en Boot Magna.

La mañana siguiente a su entrevista con Mr. Salter abrió los ojos, aliviado por abandonar una noche en la que había sido perseguido por Lord Copper en cien espantosas formas, para encontrarse en la más negra oscuridad; su primera idea fue que todavía quedaban algunas horas antes del amanecer; luego, al recordar la estación del año y los largos períodos de semi-inconsciencia que había sufrido, a modo de intermedios entre los momentos en los que vestido con la vistosa librea del somormujo cuellirrojo era perseguido por estrechas tejoneras, aceptó la otra y más angustiosa alternativa de la ceguera; luego pensó que estaba loco, pues un timbre sonaba con insistencia a pocos centímetros, al parecer, de su oreja. Se sentó en la cama y comprobó que estaba desnudo hasta la cintura; totalmente desnudo, como pudo averiguar cuando investigó más a fondo. Estiró el brazo y encontró un teléfono, cuando lo descolgó, el timbre dejó de sonar; una voz dijo:

—Mr. Salter al aparato.

Entonces recordó la horrible velada de la noche anterior.

—Buenos días —dijo Mr. Salter—. He pensado que sería mejor llamarle temprano. Seguro que hace horas que ya está usted en pie, ¿no? Ustedes están acostumbrados a ordeñar y salir a entrenar a los nuevos cachorros desde primera hora, ¿verdad?

—No —dijo William.

—¿No? Bueno, yo no suelo llegar a la redacción antes de las once o las doce. Me preguntaba si ha quedado todo claro respecto a su viaje, o si hay algún detalle que querría discutir…

—Sí.

—Ya me lo parecía. Bien, pase por la redacción en cuanto esté listo.

Tanteando, William encontró uno de los doce o más interruptores que controlaban la iluminación de las diversas partes del dormitorio. Encontró el reloj y vio que eran las diez en punto. Localizó una fila de pulsadores y accionó el correspondiente al servicio de camareros.

La noche anterior estaba demasiado saturado de nuevas impresiones como para

mirar con especial interés la habitación a donde finalmente le condujeron. Cuando Mr. Salter le dejó eran las dos; tras la cena habían pasado de nuevo por el edificio Megalopolitan; allí le habían conducido de despacho en despacho; le habían presentado al redactor jefe, al jefe del departamento gráfico (que le había proporcionado la cámara), al director administrativo, al consejero de contactos en el extranjero, y a una multitud de hombres y mujeres que evidentemente gozaban de medios de vida pero carecían de ocupación fija, y que habían asomado de vez en cuando la cabeza en los despachos de los directivos con los que William habló. Firmó un contrato, una solicitud para el seguro de vida, y varios recibos por la cámara, la máquina de escribir, una carpeta repleta de billetes para varios medios de transporte, y un talonario de cheques de viajero por valor de mil libras esterlinas. Cuando llegó al hotel todavía estaba aturdido, la gerencia ya estaba advertida de su llegada; le condujeron a un ascensor y luego, una vez arriba, le llevaron por un pasillo blanco y antinaturalmente silencioso, y le dejaron en su habitación, donde sólo sintió deseos de dormir para finalmente despertar de esta pesadilla en el conocido y poco elegante ambiente de Boot Magna.

La habitación era grande e impecable. Un psicólogo, contratado en Cambridge, había supervisado la decoración, toda ella en magentas y amarillo de Camboya, ya que —según había sido demostrado después de su experimentación con aves de corral y ratones— estos colores inducían un humor alegremente digno. Cada día inspeccionaban la alfombra, las cortinas y la tapicería por si existía alguna necesidad de reparación. Una suave nota quejumbrosa que se oía en todo el cuarto procedía de una planta que al parecer «acondicionaba» el ambiente. La arrugada ropa de William estaba amontonada sobre la alfombra de color magenta; el portero de noche había ocultado de su vista la cámara y la máquina de escribir. El tocador estaba provisto de una lámpara de «luz diurna» a fin de que las damas, antes de retirarse a dormir, pudieran pintarse la cara de forma adecuada para la luz del amanecer; pero estaba en cambio desprovisto de cepillos.

Al poco rato entró un lacayo, descorrió cinco o seis capas de cortinas y reveló la ventana: todo un ejemplo de ingenio, ya que su diseño permitía impedir que les llegasen los ruidos de la circulación pero dejaba paso a los elementos terapéuticos de la luz solar. El lacayo recogió la ropa de William, se inclino graciosamente en dirección a la cama en un ademán que era una típica forma de conciliación anglicana entre la inclinación de cabeza y la genuflexión, y desapareció del cuarto dejándolo privado de todo vínculo con la vida anterior de William. Luego se presentó un camarero con un menú, y William pidió su desayuno.

—Quiero un cepillo de dientes.

El camarero comunicó esta necesidad al conserje y poco después llegó un botones con cara de demonio eternamente joven, llevando el cepillo en una bandeja.

—Son cinco chelines —dijo—. Y otros dos por la carrera del taxi.

—Me parece excesivo.

—Venga, venga —dijo el sabiondo enanito—. Si no paga usted…

William señaló el suelto que había en la mesilla de noche. El chico se lo quedó todo.

—También necesitará un pijama —dijo—. ¿Quiere que le traiga unos cuantos?

—No.

—Como usted guste —dijo este malvado muchacho abandonando la habitación.

William desayunó y llamó al lacayo.

—Quiero mi ropa, por favor.

—Aquí tiene sus zapatos y sus gemelos, señor. He enviado la camisa y la ropa interior a la lavandería. Y están limpiándole el traje. Una de las doncellas le está planchando la corbata.

—Pero si yo no le he dicho que hiciera nada de eso.

—Señor, no me dio usted instrucciones para que hiciera lo contrario. Naturalmente, *siempre* lo mandamos *todo* a lavar y limpiar, a no ser que se nos ordene específicamente que no lo hagamos… ¿Alguna cosa más, señor?

—Quiero algo que ponerme, ahora.

—Estoy seguro de que el conserje podrá conseguirle todo lo necesario.

Al cabo de otro rato el abominable muchacho se presentó con una serie de paquetes.

—Ropa de confección —dijo—. Personalmente, jamás me pondría estas cosas. Pero no he podido encontrar nada mejor. Veinte libras. ¿Se lo dejo todo ahí?

—Sí.

—Está bien eso del periodismo. Quizá algún día me dedique a esa profesión.

—Estoy seguro de que lo harías muy bien.

—Sí, creo que sí. No le he traído navaja de afeitar. El barbero está seis pisos más abajo.

*

Las campanas de St. Bride estaban dando las doce cuando William llegó a Copper House. Encontró a Mr. Salter en un estado de gran agitación.

—Dios mío, Dios mío, llega usted tarde, Boot, y hasta el propio Lord Copper en persona ha pedido dos veces por usted. Iré a ver si todavía puede recibirle.

William fue abandonado en el pasillo. Las puertas metálicas se abrían y cerraban bruscamente. «Arriba», «Abajo», gritaban las ascensoristas caucasianas; por todas partes iban y venían sus colegas de la gran empresa, abriéndose paso a empujones

cuando él les estorbaba. Hombres ojerosos que se habían pasado toda la noche en vela, elegantes jovencitas con bandejas de leche, aceitosas figuras en mono que eran portadoras de piezas de maquinaria. William estaba aturdido, y acariciaba con los dedos las tiesas costuras de su nueva ropa.

—Eh, oiga —dijo, al cabo de un tiempo, una voz que se dirigía a él—. Despierte.

—Ojalá pudiese —dijo William.

—¿Cómo?

—Nada.

El hombre que hablaba con él pertenecía exactamente al tipo de los que salían en la película que William vio en Taunton; un sujeto bajito, greñudo y en mangas de camisa, con pechera postiza y visera, el bolsillo del chaleco repleto de lápices, y el índice apuntándole a él de forma acusadora.

—Usted es el nuevo, ¿no?

—Bueno, supongo que sí.

—Pues bien, aquí tiene una oportunidad. —Y metió un papelito escrito a máquina en la mano de William—. Vaya rápidamente a esta dirección. Tome un taxi. Olvídese de su sombrero. Ahora trabaja usted en la redacción de un periódico.

William leyó la nota: «*Mrs. Stitch. Urinario de Caballeros, Sloane Street*».

—Acaba de telefonearnos con este aviso el agente de guardia en la zona. Averigüe qué está haciendo ahí esa señora. ¡Rápido!

Junto a ellos se abrió la puerta de un ascensor.

—¡Bajando! —gritó una caucasiana.

—Adentro.

La puerta se cerró de golpe; el ascensor bajó como una bala; y pronto se encontró William en un taxi, camino de Sloane Street.

Una densa multitud rodeaba los urinarios públicos. William brincaba desesperadamente en su periferia; no veía por encima de las cabezas nada que no fueran más cabezas, y sombreros que, en el centro, daban paso a unos cascos. Nuevos espectadores se amontonaron tras él; de repente notó un empujón más intencionado que los demás, y una voz dijo:

—Paso, por favor. Paso a la prensa. Paso, paso. —Un hombre provisto de una cámara se abría camino a empellones—. Prensa, por favor, prensa. Abran paso a la prensa.

William se pegó a su espalda y siguió a esos estrechos pero irresistibles hombros, y llegó así hasta la escalera. Finalmente se encontraron junto a la verja, rodeados por todos lados de policías. El tipo de la cámara les dirigió un saludo amable y empezó a bajar por la escalera. William le siguió.

—Eh, usted —dijo un sargento—. ¿A dónde va?

—Prensa —dijo William—. Soy del *Beast*.

—Yo también —dijo el sargento—. Adelante. La encontrará ahí abajo. No comprendo cómo lo ha hecho, ni menos que haya quedado ilesa.

Al pie de la escalera, en feliz —para el fotógrafo— contraste con el blanco de los azulejos, se perfilaba un pequeño cochecito negro. En su interior, con las manos pacientemente enlazadas sobre el regazo, se hallaba sentada la mujer más bella que William hubiera visto en su vida. Ahora charlaba amistosamente y sin el menor nerviosismo con el círculo de reporteros y policías de paisano que la rodeaba.

—No comprendo por qué tienen ustedes que armar tanto alboroto por tan poca cosa —decía Mrs. Stitch—. No es más que un caso de confusión respecto a la identidad de una persona. Hace semanas que quería hablar con un caballero, y he creído que era él el que entraba aquí. De modo que he girado el volante y bajado a por él. Al final ha resultado que no era el que buscaba pero su reacción ha sido maravillosa y, en fin, ahora no consigo salir; llevo aquí más de media hora y tengo muchísimas cosas que hacer. Creo que, en lugar de estar ahí preguntando tonterías, podrían ayudarme.

Seis de los presentes cogieron el cochecito y, sin esfuerzo, lo levantaron hasta cargárselo sobre los hombros. Una cerrada salva de aplausos brotó de la multitud cuando el negro ala de cuervo del coche empezó a emerger entre las puntas de las rejas. William les siguió, apoyando la mano en el estribo. Dejaron a Mrs. Stitch en la calzada; la policía intentó abrirle paso.

—Una encantadora noticia —dijo uno de los competidores de William—. Y justo a tiempo para animar la edición vespertina.

La muchedumbre empezó a dispersarse; los policías se guardaron su propina en el bolsillo; los fotógrafos salieron a toda prisa en dirección a sus cámaras oscuras.

—Boot, Boot —exclamó una voz apremiante aunque un poco displicente—. De modo que estaba aquí. Regrese inmediatamente. —Era Mr. Salter—. Cuando he ido a buscarle para llevarle ante Lord Copper me dijeron que había salido. Menos mal que he tenido la suerte de averiguar a dónde se había ido. Ha sido una horrible confusión. Alguien pagará el error. Seguro. Dios mío, Dios mío, suba al taxi. Corra.

Veinte minutos más tarde William y Mr. Salter atravesaron la primera de las grandes puertas que dividían las oficinas personales de Lord Copper del resto del edificio. Aquí las alfombras eran más gruesas, las luces más suaves, las expresiones de la gente más preocupadas. Las máquinas de escribir eran de un tipo especial; sus teclas hacían menos ruido que los dedos de un obispo sobre un reclinatorio acolchado; los timbres de los teléfonos estaban asordinados y ronroneaban como gatos calentitos. Las secretarias privadas caminaban con muelle paso por las sucesivas antecámaras y les acercaban cada vez más a la presencia. Por fin llegaron ante unas enormes puertas revestidas de palo de rosa neozelandés, que por su peso,

brillo y depravado diseño proclamaban de forma inconfundible: «Sólo nosotras te separamos de Lord Copper». Mr. Salter se detuvo un instante, y accionó un botón de marfil sintético.

—Enciende una luz que está en la mesa de Lord Copper —dijo en tono reverente. Supongo que tendremos que esperar un buen rato.

Pero casi inmediatamente se encendió una luz verde encima de la puerta, franqueándoles el paso.

Lord Copper estaba sentado en su despacho. Despidió a algunos de sus satélites y cuando William se le acercó se puso en pie.

—Pase, Mr. Boot. Es para mí un placer. Hace mucho tiempo que quería conocerle. No es frecuente que el primer ministro y yo estemos de acuerdo, pero coincidimos absolutamente en lo que se refiere a su estilo literario. Un estilo verdaderamente encantador… Siéntese usted también, Mr. Salter. ¿Está Mr. Boot preparado para su viaje?

—Completamente, Lord Copper.

—Magnífico. Los corresponsales en el extranjero tienen que seguir dos reglas valiosísimas: viajar con poco equipaje y estar siempre a punto. No poseer nada que en caso de emergencia no pueda ser llevado encima. Pero recuerde que siempre puede ocurrir lo inesperado. Cosas sin importancia que en nuestro país damos por consabidas, como… —miró a su alrededor con la esperanza de encontrar un ejemplo feliz; la sala, aunque espaciosa, estaba casi desprovista de mobiliario; su mirada reposó en un busto de Lady Copper; eso no servía; luego, demostrando ser hombre de recursos, prosiguió—; … como un rollo de cuerda o un pedazo de hojalata, pueden salvar la vida del corresponsal cuando se encuentra en un país salvaje. Yo de usted me llevaría unos cuantos clavos ardiendo. Recuerdo que Hitchcock (Sir Jocelyn Hitchcock, un hombre que había trabajado para mí; bastante listo a su modo, pero *limitado*, con pocos conocimientos históricos), recuerdo haberle oído decir que en África siempre enviaba sus crónicas agarrándose a un clavo ardiendo. Me pareció un consejo muy útil. Llévese todos los que pueda.

»En cuanto a la línea editorial, imagino que usted ya se ha formado su propia opinión. Nunca me entrometo con las ideas de mis corresponsales. El público británico quiere ante todo, por encima de todo y en todo momento, Noticias. Recuerde que los Patriotas llevan la razón y que acabarán triunfando. El *Beast* les apoya absolutamente en todo. Pero deben obtener una rápida victoria. Al público británico no le interesan las guerras que acaban siendo interminables y donde ningún bando parece capaz de decidir el resultado. Unas cuantas victorias aplastantes, algunos actos de valentía y heroísmo por parte de los Patriotas, y una pintoresca y animada entrada en la capital. Esta es la línea editorial del *Beast* para esta guerra.

»Veamos Llegará usted allí dentro de unas tres semanas. En su lugar, yo dedicaría

uno o dos días a echar un vistazo y enterarme de los orígenes de la contienda. Luego, envíe una crónica detallada que podamos publicar con su firma. Creo que eso es todo, ¿no le parece, Mr. Salter?

—Indudablemente, Lord Copper.

Mr. Salter y William se pusieron en pie.

No era de esperar que Lord Copper se levantara de su silla dos veces en una misma mañana, pero se inclinó sobre la mesa y tendió su mano.

—Adiós, Mr. Boot, le deseo mucha suerte. Confiamos en que nos lleguen noticias de la primera victoria a mediados de julio.

Después de atravesar la última antecámara y de nuevo en las zonas más humildes y frecuentadas del gran edificio, Mr. Salter emitió un leve suspiro.

—Es extraño —dijo—, pero cuanto más trato a Lord Copper, menos me parece conocerle.

La afabilidad con que William había sido tratado carecía de precedentes, al menos en la experiencia de Mr. Salten. Casi con timidez insinuó ahora:

—Es la una; para tomar el avión de primera hora de la tarde, convendría que empezase a preparar su equipo, ¿no le parece?

—Sí.

—Supongo que, después de haber hablado con Lord Copper, ya no habrá nada más que desee usted saber…

——Bueno, sí. Una cosa. Verá, no suelo leer la prensa. ¿Podría explicarme quién lucha contra quién en Ismailía?

—Creo que son los Patriotas contra los Traidores.

—Ya, pero ¿cuáles son cuáles?

—Oh, *eso* sí que no lo sé. *Eso* es cuestión de la línea editorial, y no tiene nada que ver con mi departamento. Tendría que habérselo preguntado a Lord Copper.

—Parece que es una guerra entre Rojos y Negros.

—Sí, pero no es tan fácil como parece. Verá, allí son todos negros. Y los fascistas no quieren que les llamen negros porque también tienen mucho orgullo racial, y por esta razón les llaman Blancos, como los Rusos Blancos. Mientras que los bolcheviques, debido a su orgullo racial, quieren ser conocidos con el nombre de Negros. De modo que cuando decimos negros queremos decir rojos, y cuando queremos decir rojos decimos blancos y cuando el bando que se llama a sí mismo negro habla de traidores se refiere a los que nosotros llamamos negros, pero no sabría decirle a usted a quién nos referimos cuando hablamos del bando de los traidores. Pero desde su punto de vista será muy sencillo. A Lord Copper sólo le interesan las victorias de los Patriotas, y ambos bandos dicen de sí mismos que son patriotas y, naturalmente, ambos bandos afirmarán haber obtenido victorias. Aunque, desde luego, se trata de una guerra entre Rusia y Alemania e Italia y Japón que, por

patriotismo, están los unos en contra de los otros, ¿me explico?

—Hasta cierto punto —dijo William, al que no le costó nada adquirir esta costumbre.

*

El consejero de asuntos extranjeros del *Beast* telefoneó al emporio donde tenían que facilitarle el equipo a William, y les avisó de su llegada; fue así como el general Cruttwell, miembro de la Royal Society, le esperó en persona ante la puerta del ascensor. Un tipo imponente: el Glaciar Cruttwell en Spitzbergen, las Cataratas Cruttwell en Venezuela, el Monte Cruttwell en el Pamir, y el Salto Cruttwell en Cumberland eran los hitos dejados tras sus viajes; la Locura de Cruttwell, un campamento sin agua y de imposible defensa, situado en las cercanías de Salónica, era muy conocido para todos los que estuvieron a sus órdenes durante la guerra. La tienda le pagaba seiscientas libras al año más comisión, suma con la que, entre otras cosas, tenía que pagar —de acuerdo con el contrato— sus cuotas de socio de la Real Sociedad Geológica así como el tratamiento eléctrico que le permitía conservar todo el año el apergaminado tono moreno de su piel.

Antes de que hablara ninguno de los dos, el general midió con la vista a William, en cualquier otro departamento le hubieran tachado inmediatamente de mamón; pero aquí, en medio de los arreos de la aventura, fue, con mayor caballerosidad, calificado de bisoño.

—Así que será su primera visita a Ismailía, ¿eh? Entonces, quizá yo pueda resultarle útil. Tal como sin duda ya sabe usted, estuve allí en el noventa y siete, con el pobre «Sardineta» Larkin…

—Necesito unos cuantos clavos ardiendo, por favor —dijo William con firmeza.

La actitud del general cambió bruscamente No sería la primera —ni la única— vez que le tomaban el pelo. La semana pasada, sin ir más lejos, un necio jovenzuelo disfrazado de misionero…

—¿Para qué diablos…? —preguntó ásperamente.

—Nada…, para enviar mis crónicas, ya sabe.

Fue exactamente con esta misma expresión de simpleza que el bromista le pidió un fusil de color fucsia, un martillo de herejes y un paño de lágrimas.

—Miss Barton le atenderá —dijo, y girando sobre sus talones se fue con gesto amenazador a inspeccionar un recién llegado cargamento de látigos de cuero de rinoceronte.

Tratar con Miss Barton no fue tan difícil.

—Creo que podremos encontrarle algunos remaches —dijo animadamente—.

Cuando los haya seleccionado, se los mandaremos a nuestro incinerador.

—William, que no sabía si quedarse roblones o pernos, se quedó con media docena de cada; y un empleado se los llevó al taller. Después Miss Barton le condujo a través de los departamentos de aquellos enormes almacenes. Cuando terminó con él, William había adquirido una tienda muy bien —o quizá incluso excesivamente— pertrechada, raciones para tres meses, una canoa plegable, un asta articulada con una bandera nacional, una bomba manual y un equipo de esterilización, un astrolabio, seis trajes de lino tropical más un sueste, una mesa de quirófano de campaña junto con un juego de instrumentos quirúrgicos, un bote humectativo portátil que garantizaba su capacidad para mantener habanos en perfecto estado incluso en pleno Mar Rojo, y una cesta completa de Navidad que incluía un disfraz de Papá Noel, un trípode para colocar el muérdago, y un bastón para golpear serpientes. Sólo la ansiedad que empezó a sentir cuando vio que le quedaba poco tiempo puso punto final a estas compras. En el último momento añadió un rollo de cuerda y un poco de hojalata; y finalmente se fue, contemplado con expresión funesta por el general Cruttwell.

*

El viaje había sido organizado de modo que William se trasladara en avión a París para, una vez allí, tomar el Tren Azul de Marsella. Llegó justo a tiempo. Su equipaje, que seguía al taxi en un pequeño camión de mudanzas, le convirtió en una figura destacada cuando se presentó en las oficinas de la compañía aérea.

—Tendrá que pagar un suplemento de ciento tres libras —le dijeron después de pesar su equipaje.

—No seré *yo* quien lo pague —dijo muy alegre William, sacando su talonario de cheques de viaje.

Telefonearon a Croydon y dispusieron las cosas de modo que despegara un avión suplementario.

Mr. Pappenhacker, del *Twopence*, viajaba con él. Era un pasajero poco importante pues no llevaba consigo más que la máquina de escribir y una única maleta de tipo ligero; sólo las etiquetas de las *Messageries Maritimes* le distinguían de los hombres y mujeres de negocios que iban en el mismo autocar. Estaba leyendo una pequeña gramática árabe, que sostenía muy pegada a la nariz, y permanecía ajeno a todo lo que le rodeaba. El centro de interés del vehículo era William, cuyo corazón experimentó una creciente y agradabilísima excitación. Sus nuevas posesiones crujían y traqueteaban en el techo: la canoa contra el astrolabio, el bote humectativo contra la caja de ropa a prueba de hormigas; los clavos ardiendo los llevaba muy a mano, en el asiento de enfrente; los bosques del Sur de Londres se deslizaban rápidamente.

William permanecía en su asiento, presa de un feliz estado de estupor. Jamás había deseado ir a Ismailía ni, si vamos a eso, a ningún otro país del extranjero, ganar cincuenta libras a la semana o ser propietario de un asta articulada o de una mesa quirúrgica de campaña; pero cuando le dijo a Mr. Salter que no quería más que conservar su empleo y seguir viviendo en su casa, había de hecho ocultado una remota y secreta ambición que llevaba quince o más años guardando para sí. Sentía, intensamente, unos enormes deseos de viajar en avión. Para un residente en Boot Magna, este era un deseo tan improbable de cumplirse, que William no hablaba nunca de él; y casi nunca lo meditaba conscientemente. En casa sólo había una persona que estuviera enterada de ello, el aya Bloggs. Esta le había prometido pagarle un vuelo si ganaba la lotería de Irlanda, pero después de varios fracasos sucesivos llegó a la conclusión de que aquello era una trampa papista y se negó a seguir comprando billetes, con lo cual las posibilidades de William parecieron alejarse hasta más allá del último horizonte. Pero todavía tenía ese deseo presente en sus sueños y lo sentía, con especial fuerza, en los minutos de transición entre el sueño y el momento de despertarse del todo, sobre todo cuando estaba físicamente agotado y espiritualmente satisfecho, regresando a casa a la hora del crepúsculo tras un buen día de caza, o mientras paladeaba el oporto en los no infrecuentes cumpleaños que se celebraban en casa de los Boot. Y ahora su inminente realización empezaba a asomar, gigantesca, por entre la neblina que le envolvía, como el único elemento real y significativo. Muy por encima de las chimeneas y de la araucana gigante, muy por encima de las nubes y los arco iris y los claros espacios azules, cuyos sucesivos juegos y sustituciones mutuas figuraban de forma tan destacada y poética en *Exuberancia*, muy por encima de la más extasiada alondra, muy por encima del somormujo cuellirrojo y el tejón, lejos de la gente y las ciudades, remontándose a una región de luz y vacío y silencio, empezaba a perfilarse el destino que aguardaba a William mientras se dirigía al aeropuerto en el autobús de la compañía aérea. Y él permanecía en su asiento, mudo, arrobado, despreocupado de los clavos ardiendo y la máquina de escribir.

En Croydon le recibieron con reverencias, un empleado especial había sido designado para que le atendiera. «Buenos días, Mr. Boot… Por aquí, Mr. Boot… Los mozos se ocuparán de su equipaje, Mr. Boot…». En el patio de cemento al otro lado de la terminal se encontraba su avión, con sus tres motores en marcha, una hélice girando lentamente, otra más rápida y la tercera completamente invisible, rugiente.

—Buenas tardes, Mr. Boot —saludó un hombre vestido con un mono.

—Buenas tardes, Mr. Boot —dijo un hombre con una gorra de visera.

Pappenhacker y los empresarios estaban siendo conducidos como un rebaño hacia el avión. William vio cómo embarcaban sus cajas de embalaje. Unos hombres que parecían profesores de gimnasia empujaban de dos en dos las carretillas provistas de

neumáticos de caucho.

—Ya está todo, Mr. Boot —le dijeron, llevándose la mano a la gorra. William distribuyó monedas entre todos ellos.

—Disculpe, Mr. Boot —dijo un hombrecillo tocado con un desaseado sombrero flexible que sólo alcanzaba hasta el codo de William—. Todavía no he tenido el placer de sellar su pasaporte.

Capítulo cuarto

—Válgame Dios —dijo Mr. Salter—. Mire, me parece que sería mucho mejor que Lord Copper no se enterase de este problema. El *Twopence* nos llevará un día de ventaja, quizá más. Y a Lord Copper no le hará ninguna gracia. A lo peor el consejero de asuntos internacionales, o algún otro miembro del personal, tendría que cargar con las consecuencias.

El equipaje de William estaba amontonado en el vestíbulo bizantino; incluso allí, bajo las altas y doradas bóvedas, parecía enorme. Él y Mr. Salter lo contemplaban cariacontecidos.

—Ordenaré que se lo envíen a su hotel. Hay que evitar que lo vea el personal que trabaja en la oficina de Lord Copper. Tenga, este es el impreso de solicitud urgente de pasaporte. El departamento gráfico se encargará de hacerle una foto, y el archidiácono que trabaja en nuestro departamento religioso hará de testigo. Luego, creo que lo mejor será que se mantenga alejado de la redacción hasta el momento de la partida. Con este retraso, me temo que habrá perdido usted el buque en el que irá toda la prensa, pero creo que al día siguiente zarpa otro de la Peninsular & Oriental rumbo a Adén. Podrá cruzar desde allí a Ismailía. Y, recuérdelo; oficialmente, ha salido usted esta tarde.

Hacía una tarde agradable, aunque el aire apestaba a gasolina. Entristecido, William regresó a su hotel y tomó de nuevo la misma habitación. La última edición de los diarios ya había salido a la calle. «*La bella dama que bajó a los urinarios públicos*», decían. «*Otra vez Mrs. Stitch*».

William se fue andando a Hyde Park. Desde lo alto de un pequeño estrado, un negro explicaba a un pequeño auditorio los motivos por los cuales los patriotas de Ismailía tenían razón, y los traidores no la tenían. William dio media vuelta. Notó sorprendido que un diminuto coche negro se deslizaba por el césped; avanzaba velozmente, sorteando con destreza las parejas de amantes; William se descubrió ante ella, pero la conductora estaba muy concentrada en lo que estaba haciendo. Mrs. Stitch acababa de enterarse de que un mandril que se había escapado del zoológico estaba encaramado en un árbol de Kensington Gardens, y se dirigía hacia allí para capturarlo.

—¿Quién construyó las pirámides? —exclamó el orador ismailí—. Un negro. ¿Y quién descubrió la circulación de la sangre? Un negro. Damas y caballeros, como miembros imparciales del magnífico pueblo británico, yo les pregunto, ¿quién descubrió América?

Y William siguió desdichadamente su camino para cenar solo y acostarse temprano.

A la mañana siguiente le dijeron en la oficina de pasaportes, que necesitaría un visado para entrar en Ismailía.

—De hecho, seguramente necesitará dos. Hay un grupo que acaba de abrir aquí una legación rival. Naturalmente, no la hemos reconocido de forma oficial, pero no hay duda de que le será muy útil visitarla. ¿A qué zona irá usted?

—A la zona de los patriotas.

—En ese caso, será mejor que se lleve dos visados —aconsejó el funcionario.

William fue a las señas que le habían indicado. Se encontraban en el barrio de Maida Vale. Llamó al timbre y al cabo de unos momentos abrió la puerta una mujer desgreñada.

—¿Es esta la legación ismailí? —preguntó William.

—No, es la consulta del doctor Cohen, y el doctor ha salido.

—Oh… Yo quería un visado para Ismailía.

—Será mejor que pase en otro momento. Estoy segura de que el doctor Cohen podrá dárselo, lo malo es que no viene casi nunca por aquí, y cuando lo hace es para echarse en cama.

La mitad inferior de otra mujer apareció en el rellano del primer piso. William alcanzaba a ver sus zapatillas y parte de un batín de franela.

—¿Qué ocurre, Effie?

—Un hombre.

—Sea lo que sea, dile que no nos interesa.

—Dice que el doctor le dará no sé qué.

—Primero tiene que pedir hora.

Las piernas desaparecieron y una puerta se cerró de golpe.

—Esa es Mrs. Cohen —dijo Effie—. Ya ve usted qué clase de gente son. Judíos.

—Vaya por Dios —dijo William—. En la oficina de pasaportes me han dicho que era aquí.

—¿Seguro que no busca en realidad al negro ese del sótano?

—Quizá.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? Ahora está en casa.

En ese momento William se fijó, por primera vez, en una banderita que ondeaba en la verja del edificio. Una bandera con una hoz y un martillo rojos sobre fondo negro. Bajó la escalera que conducía al sótano y allí, entre dos cubos de basura, encontró una puerta con un cartel que decía:

REPÚBLICA DE ISMAILÍA
LEGACIÓN Y CONSULADO GENERAL

Si no hay nadie, dejen el recado
en el estanco de la esquina.

William llamó con los nudillos y le abrió la puerta el mismo negro al que había visto antes perorando en Hyde Park, Sus rasgos, para la poco afinada óptica de William, eran como los de cualquier otro negro, pero su forma de vestir era inolvidable.

—¿Podría ver, por favor, al cónsul general de Ismailia?

—¿Es de la prensa?

—Sí, supongo que en cierto sentido lo soy.

—Pase. Soy el que busca. Ya ve que de momento andamos un poco escasos de personal.

El cónsul general le condujo hacia lo que antaño fuera la sala de los criados de la casa. De las paredes colgaban fotografías de negros uniformados y en traje de ceremonias al estilo europeo. La mesa y los anaqueles eran una exposición de productos tropicales. Había también un mapa de Ismailía, un conjunto de muebles de despacho formado por un total de ocho elementos, y una radio. William se sentó. El cónsul general desconectó la música y se puso a hablar.

—La causa patriótica de Ismailía —dijo— es la causa del hombre de color y del proletario del mundo entero. El obrero ismailí se ve amenazado por una coalición corrompida y extranjera de explotadores capitalistas, curas e imperialistas. Tal como escribió con su característica nobleza aquel gran negro que se llamaba Karl Marx… —Estuvo hablando unos veinte minutos. Las manos de dorso negro, palma rosa y forma de aleta que asomaban por los puños de camisa de color violeta no cesaron de agitarse y dar palmadas—. ¿Quién construyó las pirámides? —preguntó—. ¿Quién descubrió la circulación de la sangre…? África para el obrero africano, Europa para el obrero africano, Asia, Oceanía, América, el Ártico y la Antártida para el obrero africano.

Por fin hizo una pausa y se secó el hilillo de espuma que se le había formado en los labios.

—He venido a por un visado —dijo tímidamente William.

—Oh —dijo el cónsul general, volviendo a conectar la radio—. Tiene que dejar un depósito de cincuenta libras y rellenar un impreso.

William declaró que nunca había estado en la cárcel, que no padecía enfermedades contagiosas ni escandalosas, que no buscaba trabajo en Ismailía ni pretendía derribar sus instituciones políticas; pagó el depósito y fue premiado con un sello de goma en la primera página de su flamante pasaporte.

—Espero que tenga un viaje agradable —dijo el cónsul general—. Me han contado que es un país interesantísimo.

—Pero ¿no es usted de Ismailía?

—¿*Yo*? Naturalmente que no. Soy un graduado del colegio universitario baptista de Antigua. Pero la causa del obrero de Ismailía es la causa de los obreros negros de todo el mundo.

—Sí —dijo William—. Supongo que sí. Muchísimas gracias.

—¿Quién descubrió América? —preguntó el cónsul general cuando él ya se había vuelto de espaldas y se alejaba hacia la puerta, con semejante vozarrón que sus palabras sonaron muy por encima del concierto de la radio—. ¿Quién ganó la Gran Guerra?

La legación rival tenía unas oficinas más amplias en un hotel de South Kensington. Una esvástica dorada sobre fondo blanco ondeaba orgullosamente en una ventana. La puerta de la suite fue abierta por un negro vestido con camisa blanca de seda, calzones de ante y botas de caza, que hacía tintinear sus espuelas y dirigió un saludo romano a William.

—He venido a por un visado.

El pseudo-cónsul le condujo a la oficina.

—Tendré que hacerle perder unos minutos. Verá usted, la legación acaba de ser inaugurada, y todavía no nos ha llegado todo el material. Esperamos que nos entreguen el sello de goma de un momento a otro. Entretanto, permítame que le explique la situación ismailí. Hay mucha confusión al respecto. Por ejemplo, los judíos de Ginebra, gracias a los fondos del oro ruso, han difundido la falacia según la cual nosotros pertenecemos a la raza negra. Y son tan tremendos la ignorancia, la credulidad y los prejuicios que vician a los Estados europeos, que ese bulo tan absurdo ha sido publicado por la prensa. Debo pedirle que se encargue usted de desmentir ese infundio. Tal como podrá comprobar personalmente, somos de pura raza aria. De hecho, somos los primeros colonizadores blancos del África Central. Lo que Stanley y Livingstone hicieron el siglo pasado, nuestros antepasados ismailíes lo habían hecho ya en la edad de la piedra. Con el transcurso de los años el sol tropical nos ha dado un bronceado saludable y en algunos casos casi atezado. Pero todos los antropólogos que hablan con conocimiento de causa…

William manoseó su pasaporte y empezó a inquietarse pensando en el retraso de su almuerzo. Ya eran más de la una.

—… el llamado «gobierno» actual está decidido a destruir nuestro gran legado histórico… —Hubo una interrupción. El pseudo-cónsul se dirigió a la puerta.

—Vengo de la papelería —dijo una voz con acento cockney—. Son cuatro chelines y ocho peniques.

—Gracias. Esto es todo.

—Son cuatro chelines y ocho peniques, de lo contrario me lo llevo.

Hubo una pausa. El pseudo-cónsul regresó.

—Tendrá que pagar los cinco chelines que cuesta el visado —dijo.

William se los pagó. El pseudo-cónsul regresó con el sello de goma, haciendo tintinear los cuatro peniques en el bolsillo de sus calzones de cuero.

—Tendrá usted oportunidad de ver en Ismailía los monumentos de nuestro glorioso pasado —dijo, cogiendo el pasaporte—. Le envidio.

—Pero ¿no es usted de Ismailía?

—Naturalmente. Por línea paterna y materna. Mis antepasados emigraron de allí hace algunas generaciones. Yo fui criado en Sierra Leona.

Entonces abrió el pasaporte.

*

Las campanas St. Bride daban las cuatro cuando, tras un pesado almuerzo, William regresó al edificio Megalopolitan.

—¡Boot! ¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Mr. Salter—. Tendría que estar ya en el aeropuerto. ¿Qué diablos le ha ocurrido?

—Me quemó el pasaporte.

—¿Quién?

—El cónsul patriota.

—¿Por qué?

—Porque llevaba el sello de los traidores.

—Ya. Qué mala suerte. Lord Copper se sentiría muy trastornado si llegara a enterarse. Me parece que lo mejor será que vayamos a consultar a los consejeros de contactos internacionales.

La tarde del día siguiente, provisto de dos pasaportes, William despegó del aeropuerto de Croydon en su avión especial.

*

Pero no iba solo.

Los motores rugían; el piloto tiró el pitillo y se ajustó el casco; la azafata envolvió con una manta las piernas de William y depositó suavemente en su regazo una bolita de algodón, un frasco de sales aromáticas y una bolsa de papel vacía; habían empezado a recoger la escalerilla. Pero en ese momento tres figuras salieron corriendo de las oficinas. Una de ellas iba sobremanera abrigada con un úlster de tono

cremoso; una gorra a cuadros le cubría la cabeza hasta casi los ojos, y se había subido y abrochado el cuello para contrarrestar el vendaval de las hélices. Era un hombre pequeño y con prisas, y a pesar de su apresuramiento y de ir abotonado de arriba a abajo, se notaba que era un caballero muy importante, que irradiaba a su alrededor una categoría que recordaba la dignidad de un pequinés de concurso. Esta impresión quedó acentuada por la deferencia con la que le trataban sus acompañantes, uno de los cuales era un gigantesco tipo de porte militar que llevaba una cartera diplomática, y el otro un alto empleado de la compañía aérea.

Este empleado se acercó a William y, por encima del ruido del motor, solicitó su autorización para incluir a un pasajero más y su criado. El nombre de la personalidad se perdió en el estruendo de las hélices.

—Es Mr… No hace falta que le diga de quién se trata… es el único vuelo… petición de las altas esferas… infinitamente agradecido si… hasta Le Bourget.

William dio su consentimiento y los dos hombres le hicieron sendas reverencias silenciosas y tomaron asiento. El funcionario se retiró. El hombrecito se tapó delicadamente los oídos y se arrebujó más incluso en su cuello levantado. Cerraron la puerta; el personal de tierra se apartó. El avión empezó a rodar, tomó velocidad, traqueteó y brincó por la irregular pista de hierba, dejó de traquetearse, flotó, ascendió y se remontó por encima del humo y la circulación rodada, y muy pronto quedó colgado, aparentemente inmóvil, en el cielo del Canal de la Mancha, sobre cuyas brillantes aguas destacaba la columna de humo de un vapor, muy abajo, como una raya de humo en un amanecer en calma. El corazón de William se alzó con la máquina y disfrutó, como una alondra, de las alturas.

*

Tomaron tierra demasiado pronto. El hombrecito y su criado desaparecieron rápidamente por entre la multitud y William se vio rodeado de extranjeros por todas partes. Los paquetes y las cajas de embalaje parecieron llenar por completo el hangar, y los funcionarios de aduanas, tan curiosos como era de esperar, se instalaron cómodamente para proceder a una detallada revisión.

—*Tous sont des effets personnels…, tous usés* —dijo William amablemente, pero las cajas fueron abiertas de una en una con martillos y palancas, y su absurdo contenido extendido en los mostradores.

Era una de esas ocasiones poco frecuentes en las que la monótona vida del aduanero se eleva del tedioso contrabando de sedas vegetales y literatura subversiva, al reino de la aventura; una ocasión de esas que hubieran podido inspirar las escenas de selva que pintó Rousseau. Desde que una dama egipcia había sido atrapada

acunando a un bebé artificial relleno de hashish, los funcionarios de aduanas de Le Bourget no tropezaban con un bingo como este.

—*Commons dit-on* «bote humectativo»? —exclamó desesperado William—. *C'est une chose pour guarder les cigares dans la Mer Rouge… Et dedans ceci sont les affaires de l'hospitale pour couper les bras et les jambes, vous comprenez… Et ça c'est pour tuer les serpents et ceci est un bateau que collapse et ces branches de mouerdagoi sont pour Noël, pour baiser dessous, vous savez…*

—*Monsieur, il ne faut pas se moquer des douanes*.

Lo único que no despertó sospechas fue el paquete de clavos ardiendo, para los que sólo hubo comprensión.

—*Ils sont pour porter les depéches*.

—*C'est un Sport?*

—*Oui, oui. Certainement… Le Sport*.

Tanto allí como en la Gare de Lyon gastó enormes sumas; parecía que todos los mozos de cuerda de París hubiesen trabajado para él, y que todos los funcionarios de la ciudad necesitaran su firma en sus montones de documentos. Por fin llegó a su tren y, cuando salían de París, buscó el vagón restaurante.

La mesa a donde le dirigieron estaba ocupada por un hombre maduro que en este momento estaba muy atareado dirigiéndole una homilía al camarero en un francés rebosante de argot y al parecer muy significativo. Su cabeza, de forma extrañamente cónica, estaba completamente calva por la parte de arriba; en los lados y por detrás llevaba el pelo muy corto, teñido de un tono moreno rojizo. Iba vestido pulcra y quizá demasiado formalmente para la época del año, y muy enjoyado; una esmeralda de corte cabujón, enorme y opaca, adornaba su corbata; en sus dedos lanzaban destellos los rubíes, al igual que en los puños de la camisa, que asomaron por la chaqueta cuando alzó los brazos a fin de subrayar la culminación de su frase; entre los bolsillos laterales de su chaleco se extendía un puente de perlas y platino. William se preguntó cuál podía ser su nacionalidad, e imaginó que quizá tuera turco. Después habló, en un tono que no era exactamente norteamericano ni oriental ni euroasiático ni latino ni teutón, sino una mezcla de todos ellos:

—En cuanto reconocen a un inglés se creen que pueden tomárselo a chirigota —dijo con esta voz—. Ese camarero es suizo. Son los peores. Pretendía obligarme a comprar agua mineral. El agua que sirven en jarra es excelente. He bebido a lo largo de los años enormes cantidades sin que jamás me haya sentido gravemente afectado…, y mi estómago es especialmente delicado. ¿Quiere usted un poco?

William dijo que prefería vino.

—¿Le interesan los claretes? Tengo un pequeño viñedo en Burdeos…, en la ladera opuesta de los de Château Mouton-Rothschild, cuyas tierras son, en mi

opinión, un poco menos delicadas que las mías. Me gusta tener algo que regalar a mis amigos. Y son muy amables los que lo encuentran soportable. Nunca lo he comercializado, naturalmente. No es más que una pequeña afición personal.

Tomó dos pastillas, la una redonda y blanca, y la otra elíptica y negra, de una cajita de rapé de estilo rococó, y las depositó en el mantel, junto a su plato. Se sacó del bolsillo un pañuelo de *crépe de chine* con una corona de marqués bordada en un extremo, secó con mucho detenimiento el vaso, lo llenó hasta la mitad del enlodado líquido que contenía la jarra de agua, se tragó sus medicinas y dijo:

—¿Le sorprende que le haya dirigido la palabra?

—En absoluto —contestó cortésmente William.

—Pues *debería* sorprenderle. Tengo por principio no hablar nunca con la gente que viaja conmigo. De hecho, en general prefiero cenar en mi compartimiento. Pero esta no es la primera vez que nos encontramos. Tuvo usted a amabilidad de cederme una plaza en su avión, esta misma tarde. Y es un favor por el que le estoy muy agradecido.

—De nada —dijo William—. De nada. Me alegro mucho de haber podido prestarle un servicio.

—Ha sido un acto digno de un inglés, de un compatriota —dijo sencillamente el hombrecito—. Espero ser capaz algún día de devolverle el favor… Y probablemente lo sea —añadió con cierta tristeza—. Uno de los agradables, aunque onerosos, deberes de un caballero de mi posición consiste en tener que devolver los favores que se le hacen…, y generalmente en una escala desproporcionadamente extravagante.

—Por favor —dijo William—. Le ruego que olvide para siempre el asunto.

—Es lo que siempre hago. Suelo tratar de permitir que se alejen de mi memoria, como si no fueran más que uno de esos fugaces placeres de los viajes. Pero mi experiencia me dice que tarde o temprano me son devueltos esos hechos a la memoria por mi benefactor… ¿Se dirige usted a la Côte d'Azur?

—No. Me quedo en Marsella.

—Yo disfruto mucho de la Côte d'Azur. Siempre trato de ir al menos una vez al año, pero muchas veces no lo consigo. Estoy más atareado de la cuenta, y en invierno, claro, están los deportes. Tengo una buena jauría de perros de caza en los Midlands.

—Ah. ¿En dónde exactamente?

—Seguramente no habrá oído hablar de nosotros. Estamos en Fernie. Es el mejor coto de caza de toda Inglaterra. Es una pequeña afición personal, pero a veces, cuando hiela, me paso el día soñando en mi casita de Antibes. Mis amigos tienen la amabilidad de decir que he logrado convertirla en un sitio cómodo. Espero que algún día me haga el honor de visitarme allí.

—Parece encantador.

—Dicen que bañarse en mi playa es delicioso, pero a mí no me interesa. Tengo algunas plantaciones de árboles florales que los especialistas en horticultura han tenido la amabilidad de observar con interés, y también al mayor pulpo en cautividad de todo el mundo. También el chef, a su sencillo estilo marinero, es uno de los mejores que tengo. A mí siempre me han bastado estos simples placeres… ¿Seguro que no estará mucho tiempo en Marsella?

—No. Mañana mismo zarpo con rumbo al África Oriental. Hacia Ismailía —añadió William con acento ligeramente jactancioso.

El efecto que esto produjo en su compañero de viaje fue gratificante. Parpadeó dos veces y preguntó con contenida cortesía:

—Discúlpeme; creo que no le he entendido bien. ¿A dónde dice que va?

—A Ismailía. Ya sabe, ese país donde dicen que hay una guerra.

Hubo una pausa. Finalmente:

—Sí, el nombre me suena un poco. Debo de haberlo visto en los periódicos. —Y, tomando un volumen de poesía alemana prehitleriana de la rejilla que había encima de él, empezó a leer, articulando las palabras con los labios a la manera de una mujer rezando, y volviendo lentamente las páginas.

Siguiendo su camino tan en línea recta como el tren, la cena siguió su incambiable curso empezando por el consomé y terminando por la *bombe glacée*. El compañero de William comió poco y no dijo nada. Junto con el café se tomó dos sellos de color rojo. Luego cerró su libro de poemas amorosos e hizo una seña con el mentón hacia el otro extremo del vagón restaurante.

El criado de aspecto militar, que había estado cenando en la mesa contigua, se levantó para irse.

—Cuthbert.

—¿Señor?

El criado permaneció firmes junto a su amo.

—¿Le ha dado mis sábanas al mozo de nuestro vagón?

—Sí señor.

—Compruebe que ha hecho bien la cama. Luego puede ir usted a acostarse. ¿Sabe la hora a la que me tiene que llamar por la mañana?

—Sí señor. Gracias señor. Buenas noches señor.

—Buenas noches, Cuthbert… —Luego se volvió hacia William, y, en una entonación muy especial, le dijo—: Hombre valeroso donde los haya. En la guerra sirvió a mi lado. Jamás me abandonó, de modo que le recomendé para que le condecorasen con la Cruz Victoria. Ahora tampoco me abandona nunca. Y va adecuadamente armado.

William volvió a su vagón, permaneció un rato despierto, dormitó a ratos y por fin descorrió las cortinas para contemplar un paisaje de vides y olivos y polvorientos

matojos aromáticos.

Una vez en Marsella pudo observar, aunque estaba demasiado atareado para reflexionar sobre esta circunstancia, que su compañero de la velada anterior también bajaba del tren. Se fijó en su atildada y ligeramente rotunda figura que cruzaba la barrera unos cuantos pasos por delante de su lacayo, pero las fabulosas responsabilidades del equipaje registrado a su propio nombre le obligaron de modo inmediato a dedicarse a otras preocupaciones.

Capítulo quinto

Los buques que se le habían escapado a William eran modernos, cómodos y veloces; ninguna de estas cualidades tenía en cambio el *Francmaçon*, en el que finalmente se vio obligado a embarcar. Había sido construido en una época ya superada de navegación a vapor, y equipado en consonancia con el estilo de esos tiempos, para cubrir una ruta sometida al alto oleaje y los gélidos vientos del Atlántico Norte. Los últimos días de junio en el Golfo de Suez no eran ni la estación ni la zona más apropiadas. En los puentes no había espacio para tumbonas; los camarotes, desprovistos de ventilador, sólo estaban aireados por diminutas portillas, construidos de modo que fueran capaces de resistir las acometidas de un mar más bravío. Los pasajeros se tumbaban lánguidamente en las afelpadas butacas rojas del salón, encerrados por paneles de caoba, bajo un amenazador techo de decoración heráldica, y con la escasa iluminación procedente de detrás de unas falsas ventanas de emplomado cristal también heráldico, junto a la deslumbrante blancura que asomaba por la puerta, siempre abierta, que dejaba penetrar asimismo los ruidos de los cabrestantes, los olores de la carga y del hierro recalentado, los pasos de pies desnudos, y la tosca voz regañona del segundo oficial.

William estaba sentado en un caluroso y blando butacón, con un mapa de Ismailía abierto sobre las rodillas, los ojos cerrados, la cabeza cayéndosele sobre el pecho de forma rítmica, completamente dormido, y soñando con el colegio de pago al que fue de pequeño y que ahora, tal como pudo notar sorprendido, estaba poblado de negros y dirigido por su abuela. Una dolorosa percusión de bronce vibró a pocos centímetros de su oreja. Una voz suave dijo:

—El almuelso, señol.

El javanés armado del gong siguió llevando a cabo su apocalíptica misión, dejando a William asfixiado y húmedo de calor, sin apetito, y fastidiado por estar despierto.

El funcionario de la administración colonial francesa que había estado cuidando a sus dos hijos en el sillón contiguo al de William, se puso prestamente en pie. Era la primera vez en este día que se veían cara a cara, de modo que se estrecharon la mano y comentaron el calor que estaban sufriendo. William había podido comprobar que cada mañana había que estrechar la mano de todos los demás pasajeros.

—¿Y la señora?

—Se lo pasa muy mal. Veo que sigue usted estudiando el mapa de Ismailía… —Se volvieron juntos y bajaron la escalera que conducía al comedor; el funcionario sujetaba en cada mano a uno de los tambaleantes críos—. Es un país sin el más mínimo interés.

—¿Ah sí?

—No es en absoluto rico. Si fuera rico, ya pertenecería a Inglaterra. ¿Por qué quieren ustedes conquistarlo?

—Yo no tengo ningún interés por hacerlo.

—No tiene petróleo, no tiene aluminio, no tiene oro ni hierro… Nada de nada —dijo el funcionario, mostrándose cada vez más enojado ante tan insensata rapacidad —. ¿Qué quieren hacer con él?

—Yo voy allí como periodista.

—Ah, bueno. Para los periodistas no hay países pobres.

Estaban solos en su mesa. El funcionario colocó cuidadosamente la servilleta en torno a su cuello, sujetó el extremo inferior en la faja de su traje de etiqueta y se puso un niño encima de cada rodilla. Siempre se instalaba así para las comidas, y llenaba exageradamente a los dos críos, alternativamente, utilizando para ello la comida de su propio plato. Limpió el vaso con el mantel, metió unos cubitos de hielo, y lo llenó del rasposo vino granate que servían gratis con la comida. La niña tomó un buen trago.

—Es magnífico para el estómago de los niños —dijo el funcionario, volviendo a llenarlo para el chico.

En aquella mesa había tres plazas sin ocupar. La de la esposa del funcionario, la del capitán y la de la esposa del capitán. Estos dos últimos se encontraban en el puente, dirigiendo la descarga. El capitán llevaba una vida desvergonzadamente familiar; la mitad de la cubierta del buque le estaba reservada; en sus habitaciones, se veía a través de las portillas una enorme cama de latón y gran variedad de mobiliario inapropiado para la vida marinera. La esposa del capitán había acotado para su uso personal una zona de la cubierta adornada con macetas de palmeras y alambres donde tendía a secar prendas recién estrenadas de ropa interior. Solía pasarse el día ahí, cosiendo, planchando, entrando y saliendo de su casita de cubierta en zapatillas planas, armada de un plumero, o emergiendo con frecuencia envuelta en un denso aura de perfume asiático para cenar en el salón; un diminuto perro pelón brincaba a sus pies. Pero una vez en los puertos siempre estaba al lado de su esposo, saludando educadamente a los agentes de la naviera y a los inspectores de sanidad, y organizando el contrabando a pequeña escala.

—Y en el supuesto de que en Ismailía hubiera petróleo —dijo el funcionario, reanudando la conversación que le había ocupado ininterrumpidamente desde la primera noche de viaje—, ¿cómo pretenden sacarlo?

—A mí no me interesa el comercio. Voy a informar sobre la guerra.

—La guerra no es más que comercio.

El dominio que William tenía del francés apenas le servía para tratar de informaciones generales y saludar cortésmente, no servía para sostener una discusión complicada, de modo que ahora, al igual que en las demás comidas, permitió que el francés se saliera con la suya, contestó con un «*peut-être*», que confiaba que fuera

una versión francesa del escepticismo, y desvió su atención al plato que tenía ante sí.

Era un pescado grande y blanco, frío y con guarnición; los niños lo habían rechazado con cara de asco; extendía sus considerables dimensiones en una bandeja de plata de imitación; los castaños dedos del camarero penetraban en el círculo de la mayonesa; cuadraditos y circulitos de verduras de diversos colores cubrían su glaseado dorso dispuestos en forma simétrica. William lo miraba con expresión cariacontecida.

—Es muy peligroso —dijo el funcionario—. En los trópicos se contraen fácilmente enfermedades de la piel…

… Muy lejos de allí, en los ríos de su país, las truchas se escondían entre las frías piedrecillas, con el hocico apuntando corriente arriba, vacilantes; sobre sus cabezas flotaba la mosca traicionera, antinaturalmente brillante; o yacían, azules y pardas, cicatrizadas por la parrilla, con ojos semejantes a blancas cuentas, en castas bandejas de plata, «El verde vivo de la orilla —pensó William—; el terracota desteñido del empapelado del comedor, colores del lejano Canaán, del abandonado Edén, ¿seguís ahí? ¿Volveré algún día a visitar todos esos lugares conocidos…?».

—*… Il faut manger, il faut vivre* —decía el francés—. *Qu'est ce qu'il-y-a comme viande?*

Y en ese momento, repentina, miasmáticamente, surgió en el ardiente desierto una aparición.

—Si no le importa a nadie, me aparcaré aquí —dijo una voz en inglés.

Y un desconocido se instaló en su mesa, como si hubiera sido conjurado por el inexpresado deseo de William; como si, efectivamente, hubiese sido conjurado por un duende que no hubiese entendido del todo bien sus instrucciones.

El recién llegado era británico pero, a primera vista poco atractivo. Su traje de franela a rayitas, tal como observara con orgullo su sastre, se le ajustaba perfectamente a la cintura. Las mangas habían sido diseñadas de acuerdo con cierta moda anticuada, y eran más bien estrechas. Ahora, con el calor del mediodía, se habían convertido en una serie alternada de arrugas y retazos húmedos y adherentes que humeaban de forma visible. El chaleco cruzado no estaba abrochado y dejaba ver la camisa y los tirantes.

—No he venido preparado para este clima —observó, innecesariamente, el joven —. Salí a toda prisa.

Se dejó caer pesadamente en la silla contigua a la de William y se pasó la servilleta por la nuca.

—¡Uf! ¿Qué se puede beber en este barco?

El francés, que le miró con resentimiento desde que hizo acto de presencia, se inclinó ahora hacia delante y habló con acritud.

El acalorado joven sonrió como si le animara a seguir, y se volvió hacia William.

—¿Qué está diciendo el viejo paterfamilias?

William se lo tradujo literalmente:

—Dice que ha ocupado usted la silla de la esposa del capitán.

—Mala suerte. ¿Qué tal está? ¿Es guapa?

—Muy voluminosa —dijo William.

—Arriba, junto al capitán, he visto a una mujer enorme. Tipo matrona, como suelo decir. ¿Es posible que fuera esa?

—Sí.

—Entonces, seguro que no sirve. Al menos para Corker.

El francés se inclinó hacia William.

—Esta es la mesa del capitán. Su amigo no debe sentarse aquí a no ser que le inviten.

—Yo no le conozco —dijo William—. Y por otro lado, eso es asunto suyo.

—El capitán tendría que presentárnoslo. Esta es una mesa reservada.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo el inglés.

El camarero le ofreció el pescado; él examinó sus adornos todavía intactos y se sirvió.

—Si quiere saber mi opinión —dijo animadamente, con la boca llena—, lo encuentro un poco pasado de color, pero la verdad es que la cocina francesa nunca me ha llamado la atención. Eh, tú, Alphonse, ¿*comprenez* una jarra de cerveza?

El camarero se quedó mirándole a él, luego al pescado, y luego a él otra vez.

—¿No gustar? —dijo al fin.

—No gustar en absoluto, pero no estábamos hablando de eso. Yo querer una gran jarra de Bass, Worthington o la marca que tengáis. Mira, *comme ça* —hizo ver que bebía—. Por cierto, ¿cómo se dice cerveza en francés?

William trató de ayudarles.

El camarero lanzó una mirada agradecida y asintió con la cabeza.

—¿Whisky-soda?

—De acuerdo, Alphonse, tú ganas. Que sea whisky-soda. *Beaucoup* whisky, *beaucoup* soda, *toute-de-suite*. Tengo que admitir —añadió, dirigiéndose a William— que se me ha oxidado bastante el francés. Usted es Boot del *Beast*, ¿no? Supuse que me tropezaría con usted. Yo soy Corker, de la Universal. Acabo de subir a bordo. Imagínese; el martes estaba en Fleet Street; me dieron la orden de partida a las diez, pillé el avión de El Cairo, me he pasado toda la noche viajando en coche, y aquí estoy, entero y, espero, presentable. Dios mío, no entiendo cómo han sido ustedes capaces de comerse este pescado.

—No lo hemos sido —dijo William.

—Lo han encontrado un poco fuerte, ¿eh?

—Exacto.

—Eso me ha parecido a mí desde el primer momento —dijo Corker—. Oye, Alphonse, *mauvais poisson, parfume formidable, prenez…, et portez vite le whisky*, negro de mierda.

El francés siguió alimentando a sus hijos. Para un hombre que cuida a dos niños de dos y cinco años y que, además, son malos comedores, no es fácil mantener además una actitud arrogante, pero el francés lo intentó, y Corker se fijó.

—¿Entiende aquí la mamá nuestro idioma? —le preguntó a William.

—No.

—Menos mal. Poco dado al compañerismo, ¿eh?

—Exacto.

—¿Le gusta la *belle France*?

—La verdad es que no puedo decir que la conozco. Sólo he estado allí el tiempo suficiente para embarcarme en este buque.

—Es curioso, yo tampoco he estado. Sólo he salido de Inglaterra una vez, cuando tuve que ir a Ostende para informar sobre un campeonato de ajedrez. ¿Juega al ajedrez?

—No.

—Yo tampoco. Dios mío, qué noticia tan poco interesante.

El camarero depositó en la mesa un sifón y una botella de whisky en cuya etiqueta decía «Edouard VIII: Very old Genuine Scotch Whisky: André Bloc et Cje. Saigon»[2], con un dibujo en color de un varón de la época de la regencia que observaba con escepticismo al consumidor a través de un monóculo.

—Me sorprendes, Alphonse —dijo Corker.

—¿No gustar?

—¡Qué coño va a gustar!

—Whisky-soda —explicó el pobre hombre paciente y casi tiernamente, como si estuviera tratando con un niño—. Bueno.

Corker llenó su vaso, lo probó, hizo muecas de desagrado, y luego reanudó el interrumpido interrogatorio.

—Dígame honradamente si había oído hablar de Ismailía alguna vez antes de que le enviaran allí de corresponsal.

—Bueno, sólo vagamente.

—Lo mismo me ocurre a mí. Y me pareció que estaba bastante lejos del canal de Suez. Mire, cuando empecé a trabajar de periodista siempre creía que los corresponsales en el extranjero hablaban todos los idiomas del mundo y se pasaban la vida estudiando la situación internacional. Pero, hermano, ¡fíjese en nosotros! El lunes por la mañana yo estaba en East Sheen dándole a una viuda la noticia de que su esposo acababa de dar un salto literalmente mortal con una campeona de ciclismo…, aunque luego resultó que me había equivocado de viuda. El marido regresó del

trabajo cuando yo estaba todavía con ella, e interrumpió nuestra conversación con muy malos modos. Al día siguiente me llama el jefe y dice, «Corker, sales inmediatamente para Ismailía». «Eso debe de estar fuera de Londres, ¿no?», le digo yo. «En África Oriental», dijo él, así, como si nada. «Haga las maletas», añadió. «¿De qué va el asunto?», le pregunté. «Hay un montón de negros liados en una guerra. Por mi parte, no veo dónde está la noticia, pero todas las demás agencias están mandando corresponsales, de modo que nosotros no podemos quedarnos atrás. Quiero tener noticias de primera línea de fuego —dijo—, y también algunos reportajes con una nota de color. Modera tus gastos». «¿Y por qué están en guerra?», pregunté. «Eso tendrás que averiguarlo tú mismo», dijo, pero aún no he conseguido enterarme. ¿Y usted?

—Yo tampoco.

—Bueno, imagino que tampoco tiene tanta importancia. Personalmente opino que las cosas del extranjero no son nunca noticia. No son noticias *de verdad*, como las que suele dar la Universal.

—Disculpe —dijo William—, pero no entiendo mucho de periodismo. ¿Qué es eso de la Universal?

—¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio —dijo William.

—¿No ha oído hablar nunca de la Agencia Universal?

—Lo siento, pero no.

—Bueno, no voy a decirle que somos la mayor agencia de noticias del país (algunos de los periódicos más envarados no nos compran material), pero no hay duda de que somos la más escandalosa.

—Y…, ¿le importaría explicarme qué es una agencia de noticias? —dijo William.

Corker se lo explicó.

—¿Quiere decir que todo lo que escribe usted llega al *Beast*?

—Bueno, ese es un asunto un poco peliagudo, hermano. Últimarnente hemos tenido problemas con ustedes. No sé qué asunto de una demanda de difamación que le han metido al *Beast* por culpa de uno de nuestros muchachos. Pero ustedes compran material de todas las demás agencias, naturalmente, y estoy seguro de que tarde o temprano volverán a entenderse también con nosotros. A mí me van a publicar en su diario en calidad de «servicio especial».

—Entonces, ¿qué necesidad tenían de enviarme a mí?

—Todos los diarios mandan enviados especiales.

—¿Y todos los diarios tienen además las informaciones que les venden tres o cuatro agencias?

—Sí.

—Pero, si vamos a mandar todos la misma crónica, ¿no es un despilfarro?

—Como mandemos las mismas, seguro que habrá jaleo.

—¿Y no será muy confuso si enviamos informaciones diferentes?

—Bueno, así tienen oportunidad de escoger. Cada diario tiene su propia línea editorial, de modo que todos darán noticias diferentes.

Se dirigieron al salón y tomaron el café juntos.

Los cabrestantes habían enmudecido; las escotillas habían sido cerradas. Los agentes estaban despidiéndose ceremoniosamente de la esposa del capitán. Corker se tumbó despatarrado en su sillón afelpado y encendió una gruesa tagarnina.

—Me la dio un aborigen al que le compré algunas cosas —explicó—. ¿Ha comprado usted muchas cosas?

—¿Qué cosas?

—Cosas orientales…, ya sabe. Curiosidades.

—No —dijo William.

—Yo soy coleccionista…, a pequeña escala —dijo Corker—. Este es uno de los motivos por los que me alegró que me enviaran a informar sobre esta noticia. Seguro que encontraré por allí un montón de cosas útiles. Pero, por lo que he oído contar, va a ser una tarea difícil. Habrá una competencia asesina. En esto sí que le envidio. Es una suerte trabajar para un diario. No tiene que preocuparse por nada que no sea tener su crónica a punto para la primera edición. Los demás tendremos que pasarnos el día haciendo carreras, tratando de adelantarnos a ustedes.

—¿Por qué? Los diarios no pueden imprimir sus crónicas antes, porque no hay ediciones anteriores a la primera.

—No, pero suelen publicar la primera que les llega.

—Ya, pero ¿y si dice exactamente lo mismo que la que llega en segundo lugar, y que la tercera y la cuarta…, y todas llegan a tiempo para la misma edición…?

Corker le dirigió una mirada entristecida.

—Sabe una cosa, todavía le queda mucho que aprender sobre periodismo. Mírelo de este modo. Una noticia es aquello que le interesa a un tipo al que nada le importa apenas. Y sólo es noticia hasta el momento en que lo ha leído. Después ya no lo es. A nosotros nos pagan por dar noticias. Si un colega ha enviado la noticia antes que nosotros, la nuestra ya no lo es. Naturalmente, queda la nota de color. Los reportajes con una nota de color no son más que mucho alboroto por nada. Son fáciles de escribir y fáciles de leer, pero como cuestan muy caros de telégrafo, no podemos enviar más de la cuenta. ¿Entiende?

Durante esa tarde Corker le explicó a William muchos detalles acerca del oficio de periodista. El *Francmaçon* levó anclas, avanzó balanceándose por entre colinas de tono ocre, cruzó el estrecho y salió a mar abierto mientras Corker seguía contando las leyendas heroicas de Fleet Street; se refirió a los ejemplos clásicos de primicias mundiales y grandes mistificaciones; a las confesiones arrancadas por la fuerza a

sospechosos histéricos; a las indirectas y complicadas tergiversaciones, a los inventos lujosamente detallados que formaban la historia contemporánea; a las mentiras atrevidas con las que ciertos tipos habían conseguido subir de categoría; le contó de qué modo Wenlock Jakes, el periodista mejor pagado de los Estados Unidos, se adelantó a todo el mundo con un sensacional notición el día en que escribió un testimonio presencial del hundimiento del *Lusitania*, cuatro horas antes de que lo alcanzaran los torpedos; y cómo Hitchcock, el Jakes de la prensa británica, consiguió hacer una crónica diaria de los horrores del terremoto de Mesina sin salir de su despacho de Londres; y de cómo él mismo, Corker, hacía apenas tres meses, había tenido la extraordinaria fortuna de encontrarse con la viuda de un aristócrata con un pie atrapado debajo de un ascensor.

—Fue gracias a eso que me han enviado aquí —dijo Corker—. El jefe me prometió que me daría la primera gran oportunidad que apareciera. Jamás se me hubiera ocurrido pensar que sería esta.

Muchas de las anécdotas de Corker se referían al fabuloso Wenlock Jakes.

—Sus artículos los compran periódicos de todo su país. Gana mil dólares a la semana. Si aparece en algún lugar, puedes apostar lo que sea a que mientras él esté ahí, ese será el centro de noticias más importante del mundo entero.

»Sin ir más lejos, en una ocasión Jakes fue enviado a informar acerca de una revolución que se había producido en una de las capitales balcánicas. Se quedó dormido en el coche-cama, se pasó de estación, no se enteró de su error, salió, se fue directamente al hotel, y mandó por cable una crónica de diez folios sobre las barricadas, las iglesias en llamas, las ametralladoras que respondían como un eco al tecleo de su máquina de escribir, mientras un niño yacía muerto, como una muñeca rota, al pie de la ventana de su habitación… Bueno, ya sabe.

»En la redacción se quedaron bastante sorprendidos al ver una crónica así procedente del país vecino al de la revolución, pero confiaban plenamente en Jakes y seis periódicos nacionales sacaron la noticia en primera y a toda plana. Ese mismo día todos los enviados especiales que estaban en Europa fueron advertidos de la nueva revolución. Se presentaron a montones. Aparentemente todo estaba tranquilo, pero se jugaban el empleo si ellos contaban que no ocurría nada mientras Jakes seguía enviando sus diez folios diarios llenos de sangre y estruendo, de modo que se hicieron eco de sus crónicas. Bajó el precio del papel del Estado, hubo pánico en la bolsa, se declaró el estado de emergencia, el ejército fue movilizado, la gente empezó a pasar hambre, hubo amotinamientos, y menos de una semana después se produjo en ese país una auténtica revolución, tal como había estado diciendo Jakes. ¿Todavía duda de que la prensa es el cuarto poder?

»A Jakes le dieron el Premio Nobel de la Paz por sus angustiosas descripciones de la carnicería…, pero eso eran solamente reportajes con una nota de color.

Cuando se acercaba al final de su discurso —William apenas participó, como no fuera para expresar de vez en cuando su enorme asombro—, Corker empezó a agitar nervioso los hombros, a rascarse el pecho y la espalda, y luego se arremangó un brazo y se miró fijamente la piel, por la que se extendía con rapidez la hinchazón y un extraño moteado.

Era el pescado.

Durante dos días la urticaria de Corker estuvo agravándose, pero luego empezó a bajar.

William solía verle a través de la puerta abierta de su camarote; permanecía sentado en la cama, desnudo hasta la cintura, con sólo el pantalón del pijama, mecanografiando largas cartas informativas a su esposa y frotándose con una mezcla de agua y vinagre tal como le había recomendado el médico de a bordo; frecuentemente su desfigurado rostro se asomaba al comedor para pedir de muy mal humor una botella de agua de Vichy.

—Está sufriendo mucho —comentaba el funcionario colonial francés, mostrando una gran satisfacción.

Sólo cuando se aproximaban a Adén remitió un poco la urticaria y Corker pudo bajar a cenar. Cuando lo hizo, William se apresuró a consultarle acerca del significado de un radiograma que había llegado esa misma mañana y que le había dejado terriblemente perplejo. Decía así:

> OPOSICIÓN DESPLIEGA FRENTE URGENTÍSIMO STOP ADÉN DÍCESE PIEDEGUERRA NOTICIAS YA BEAST

—No lo entiendo —dijo William.

—¿No?

—Lo único que tiene sentido para mí es Stop Adén.

—¿Si? —El rostro de Corker, a pesar de la multitud de signos que mostraba, permanecía, metafóricamente, mudo.

—¿Qué cree usted que sería lo más recomendable?

—Haga lo que le dicen.

—Sí, supongo que será lo mejor.

—Sin duda.

Pero William no estaba del todo convencido.

—Por mucho que lo lea, no entiendo qué sentido tienen todas esas palabras. Seguro que el radiotelegrafista se ha confundido —dijo por fin.

—Entonces, pregúnteselo a él —dijo Corker, rascándose—. Y ahora, si no le

importa, tengo que volver junto a mi botella de vinagre.

La actitud de Corker, pensó William, había sido esta vez muy poco amistosa. Quizá fuera por el picor.

*

A primera hora de la mañana siguiente arribaron al Cabo Steamer. Los camareros, en un frenesí de avaricia de última hora, trataron de expiar el descuido de los diez días de crucero haciéndoles una multitud de servicios innecesarios a los pasajeros. El equipaje empezó a subir a cubierta. La escala de popa estaba dispuesta, en espera de la llegada del bote oficial. William se quedó acodado en el pasamano de la borda observando el desnudo montículo de escoria que se encontraba a media milla de distancia. No parecía un lugar agradable para una estancia prolongada. Ni daba la sensación de que se hubiese desplegado allí ningún frente. El mar estaba encalmado y la basura del buque lo rodeaba por todas partes —como los restos que quedan en los parques después de un día de fiesta—, agitada solamente cuando pasaba el bote de remos desde el que unos árabes trataban de vender elefantes de marfil sintético. Junto a William, Corker regateaba tacañamente el precio del mayor ejemplar.

Al cabo de un rato el chico de la radio del buque se presentó con un mensaje para Corker.

—Le concierne a usted —dijo, y se lo dio a William.

Decía lo siguiente:

COOPERACIÓN BEAST EVITEN REPETIR CON BOOT AULLIDOS

—¿Qué quiere decir?

—Que nuestros jefes se han puesto de acuerdo. Que su diario nos compra el servicio especial de la guerra de Ismailia. En fin, que ahora resulta que usted y yo podemos trabajar juntos.

—¿Y los aullidos?

—«A» por Agencia. «U» por Universal. Es nuestro nombre telegráfico.

Corker finalizó su compra, volvió a discutir por el cambio de francos a rupias, fue maravillosamente estafado, e izó su elefante a bordo con una cuerda. Luego, despreocupadamente, dijo:

—Por cierto, ¿guarda todavía el telegrama de anoche?

William se lo mostró.

—¿Quiere que le explique lo que dice? «Oposición despliega» quiere decir que los diarios rivales están haciendo un gran despliegue informativo. «Frente

urgentísimo»: vaya al frente por los medios más rápidos que encuentre. Stop. Punto. Adén, según las informaciones que circulan por Londres, se dispone a ponerse en pie de guerra. «Noticias ya» significa que tiene que informar inmediatamente acerca de estos preparativos.

—Santo Cielo —dijo William—. Gracias. Es increíble… Quedarme en Adén hubiera sido un error, ¿verdad?

—Verdad, verdad.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo ayer noche?

—Tenga un poco de sentido común, hermano. Ayer noche éramos rivales. Era una magnífica oportunidad de dejarle a usted atrás. Porque entonces el *Beast* no hubiese tenido más remedio que publicar nuestras noticias. ¿Que si me reí de usted? Me tronchaba de sólo pensarlo. Bien, pero ahora todo está arreglado. Me alegro de trabajar a su lado, hermano. Y mientras esté conmigo, no vaya enseñando por ahí los telegramas que recibe al primero que pase, ¿eh?

Acunando felizmente su elefante de baquelita, Corker se fue dando saltos a su camarote.

Los funcionarios de pasaportes subieron a bordo e instalaron su tribunal en el fumador de primera clase. Los pasajeros que tenían que desembarcar se congregaron en espera de que les llegase el turno. William y Corker no tuvieron dificultades. A codazos, se abrieron paso hacia la puerta, atravesando el tapón de gentes de todas las razas y lenguas que habían emergido de las profundidades del buque. Entre ellos se encontraba un tipo rechoncho y atildado que apestaba a champú del pelo, crema de afeitar y perfume caro; hubo un destello de joyas en las sombras, un centelleo de luz solar reflejada en el desnudo y cónico cuero cabelludo. Era el compañero de mesa que tuvo William en el tren de Marsella. Se saludaron afectuosamente.

—No le he visto a bordo —dijo William.

—Ni yo a usted. Ojalá hubiese sabido que venía con nosotros. Le hubiese invitado a cenar conmigo en mi pequeña suite. Acostumbro a mantener cierta intimidad cuando viajo por mar. De lo contrario, entablamos amistades superficiales de las que luego nos arrepentimos.

—Estamos muy lejos de Antibes. ¿Qué le ha traído por aquí?

—El calor —dijo sencillamente el hombrecillo—. La llamada del sol.

Hubo una pausa y, aparentemente, cierta incertidumbre por parte de los funcionarios de la mesa.

—¿Cómo crees que debe de pronunciarse el apellido de este tipo? —dijo uno de ellos.

—A mí que me registren —contestó el segundo.

—A ver, ¿hay por aquí alguien que lleve pasaporte costarricense? —dijo el primero de los funcionarios de pasaportes, dirigiéndose con voz estentórea a toda la

sala.

Un hindú que no tenía pasaporte intentó colar que era suyo, pero fue detectado y detenido para ulteriores interrogatorios.

—¿Y el costarricense? —volvió a gritar el funcionario.

—Disculpe —dijo el amigo de William—, tengo que resolver un pequeño asunto con esos caballeros —y, acompañado por su lacayo, se adelantó hacia la mesa.

—¿Quién es el marica ese? —preguntó Corker.

—Tanto si lo cree como si no —contestó William—, no tengo ni la más remota idea.

La resolución del asunto pareció entretenerle bastante tiempo. No le vieron en la escalerilla cuando empezaron a desembarcar los pasajeros, pero cuando avanzaban haciendo pop-pop y con extrema lentitud en el atestado bote que les conducía a tierra, una lancha rápida pasó como una flecha cerca de ellos, envuelta en un aura de espuma centelleante, rebotando contra la superficie del mar y lanzándoles una rociada de agua que les dejó inundados. Allí pudieron ver a Cuthbert, el lacayo, y a su enigmático amo.

*

Tuvieron que pasar dos noches en Adén esperando al barquito que tenía que llevarles a África. William y Corker fueron a ver la sirena disecada y los pozos de Salomón. Corker se compró unos chales japoneses y un juego de bandejas de Benarés; anteriormente había adquirido unas cuantas pitilleras, un collar de ámbar y una copia del sarcófago de Tutankamen durante las escasas horas que pasó en El Cairo; su habitación del hotel era un bazar de arte oriental.

—El Oriente tiene un no-sé-qué que me cautiva —dijo—. Mi costilla no va a reconocer nuestra casa cuando haya terminado de colocarlo todo.

Estos eran sus pasatiempos. En sus horas más serias intentó entrevistar al gobernador militar, sin éxito; probó fortuna con el capitán de una corbeta británica que estaba tomando carbón para un crucero por el golfo Pérsico; y volvió a fracasar; y finalmente se pasó dos horas conferenciando con un guía árabe que por veinte rupias le proporcionó material suficiente para enviar una detallada crónica sobre el sistema defensivo de la plaza.

—No vale la pena que informemos los dos —le dijo a William—. Su crónica debería tratar más bien de la falta de preparación británica. Si les interesa, en la redacción se encargarán de darle la debida forma a la información. Ya sabe: «Adén, el punto neurálgico de la seguridad británica en la zona amenazada, sigue sumergido en su letargo burocrático…» o algo así.

—Santo Cielo, cómo voy a atreverme a escribir una cosa así…

—Nada más fácil, hermano. Basta con que ponga un telegrama que diga: ADÉN EN LA LUNA.

La tercera mañana zarparon rumbo a un puertecillo italiano desde el que partía el ferrocarril que conducía a los montes de la Ismailía independiente.

En Londres se celebraba esa noche el baile de gala de la duquesa de Stayle. John Boot acudió porque confiaba encontrar allí a Mrs. Stitch. Era la clase de fiestas que le gustaban a ella. Durante media hora buscó su pista por entre columnas y arcadas, Por todas partes había animados y solemnes grupos formados por miembros de la generación más madura. Ancianas princesas permanecían en el centro de pequeños estanques de buenos modales, mientras que las personas pertenecientes a las generaciones más jóvenes alternaban sus estancias en el bufete y el salón de baile, siempre formando tímidas y recatadas parejas. El baile no era la parte más importante de la distracción; a las once en punto el comedor estaba repleto de viejos y hambrientos comensales.

John Boot buscó a Mrs. Stitch por todas partes; pronto sería demasiado tarde, pues ella acostumbraba a irse a su casa a la una; precisamente estaba diciendo que ya se iba cuando finalmente John Boot consiguió localizarla en el vestidor del duque, sentada en una cama y comiendo foie-gras con un calzador de marfil.

Tres admiradores entrados en años la miraban deslumbrados.

—John —dijo ella—, que *extrañísimo* encontrarte aquí. Creía que te habías ido a la guerra.

—Bien, Julia, lo sentimos pero tenemos que retirarnos —dijeron los tres abuelitos.

—Esperadme abajo —dijo Mrs. Stitch.

—Supongo que no te olvidarás de ir el viernes a la ópera —dijo uno de ellos.

—Confío en que a Josephine le guste el caballo de jade —dijo otro.

—¿Estarás el domingo en la fiesta de Alice? —preguntó el tercero.

Después de que se fueran, Mrs. Stitch comentó:

—Yo también tengo que irme. Dime en cuatro palabras qué ha ocurrido. Mis últimas noticias son del propio Lord Copper. Me telefoneó diciéndome que ya te habías ido.

—Ni siquiera me ha llamado. Ha sido todo muy desagradable.

—¿Por lo de esa chica americana?

—Sí. Exacto. Hace quince días que nos despedimos. Ella me regaló un cerdito de la suerte para que me lo colgara del cuello a modo de amuleto. Está hecho de roble de turberas de Tipperary[3]. Los dos estábamos profundamente emocionados. Pero desde

ese día no me atrevo ni siquiera a contestar al teléfono. Si he venido aquí ha sido porque estaba seguro de que ella no vendría.

—Pobre John. No entiendo qué es lo que ha podido fallar… Eso del cerdito me ha encantado.

LIBRO SEGUNDO

Piedras: 20 libras esterlinas

Capítulo primero

Ese hasta ahora feliz país llamado Ismailía carece de accesos fáciles, sea cual sea la parte del mundo desde la que se intente ir. Se encuentra en el cuadrante Nordeste de África, y por su situación y su forma da verosimilitud a la metáfora con la que se le suele designar: «el corazón del Continente Negro». Los desiertos, los bosques y los pantanos, frecuentados por furiosos nómadas, protegen sus accesos desde aquellas otras regiones más favorecidas que los estadistas de Berlín y Ginebra han colocado bajo la severa disciplina de unos amos europeos. Una raza escasamente hospitalaria de hacendados de poca monta cultiva las tierras altas y lleva allí esa vida de ocio perfecto que sólo disfrutan los pueblos a los que no turba la comezón especulativa o artística.

En la década de los setenta del siglo pasado, varios valerosos europeos llegaron a Ismailía, o cerca de allí, provistos de un adecuado equipaje formado por relojes de cuco, fonógrafos, sombreros de copa, proyectos de tratados y banderas de los Estados que se habían visto obligados a abandonar. Llegaron en calidad de misioneros, embajadores, comerciantes, prospectores, biólogos. Ninguno de ellos regresó. Fueron comidos, todos y cada uno de ellos; algunos crudos, otros cocidos y sazonados, según las costumbres locales y la fecha del año (pues los mejores ismailíes son cristianos desde hace muchos siglos y durante la Cuaresma no comen en público carne humana sin haberla cocinado previamente, a no ser que cuenten con una dispensa tan especial como cara de su obispo). Las expediciones de castigo sufrieron más daños de los que causaron, y en la última década del siglo acabaron prevaleciendo actitudes más sensatas. Las potencias europeas decidieron, independientemente, que no les interesaba ese pedazo de territorio improductivo; que si era malo ver que uno de sus vecinos se establecía allí, peor incluso resultaba hacer el esfuerzo de ocuparlo. En consecuencia, y por consentimiento de todas las partes, fue tachado de los mapas y su inmunidad quedó garantizada. Como los pueblos segregados de este modo no tenían ninguna forma común de gobierno, ni tampoco vínculos idiomáticos, históricos, de costumbres ni creencias, fueron calificados de República. Un comité de juristas procedentes de diversas universidades redactó una constitución por la que se establecía un poder legislativo bicameral, una representación proporcional por medio del voto único y transferible, un poder ejecutivo que podía ser disuelto por el Presidente por recomendación de ambas cámaras, un poder judicial independiente, la libertad religiosa, la enseñanza laica, el *habeas corpus*, el libre comercio, un sistema bancario formado por sociedades anónimas, una legislación que obligaba a las empresas a redactar unos estatutos, así como otras numerosas características no menos agradables. Un beato y anciano negrito de Alabama llamado Mr. Samuel Smiles Jackson fue elegido primer Presidente; esta elección fue una demostración de

sabiduría que luego confirmó la historia, pues al cabo de cuarenta años un tal Mr. Rathbone Jackson ocupaba el puesto de su abuelo como sucesor de Pankhurst Jackson, su padre, mientras que los cargos más importantes dentro del Estado estaban en manos de los señores Garnett Jackson, Mander Jackson, Huxley Jackson, tío y hermanos del Presidente, y por Mrs. Athol (*née* Jackson), tía del mismo. Tan intenso era el amor que sentía la República por esa familia que solían llamar «Jackson Ngomas» a las elecciones generales, siempre y dondequiera que se celebraban. De acuerdo con la constitución hubieran debido organizarse de forma quinquenal, pero como en la práctica se pudo comprobar que las dificultades de comunicación hacían imposible que todas las circunscripciones votaran simultáneamente, al final acabó estableciéndose la costumbre de que el funcionario encargado del control de las votaciones y el candidato de los Jackson visitaran por turnos las zonas de la República a las que se podía viajar, y convidaran a los jefes de las tribus vecinas a un banquete de seis días en su campamento, tras lo cual los aborígenes, embrutecidos por la cogorza, ejercitaban su derecho a voto de la manera secreta y solemne que imponía la constitución.

Con el tiempo se comprobó la conveniencia de fundir las funciones de la defensa nacional y el fisco en un solo ministerio, que ahora se encontraba en las capacitadas manos del general Gollancz Jackson; sus fuerzas estaban distribuidas en dos compañías principales, la Fuerza Recaudadora de los Mulos Ismailíes, y los Fusileros Fiscales, complementadas por un pequeño Cuerpo de Artillería Funeraria que solía utilizarse contra los herederos de los nobles más poderosos; la tarea de estas fuerzas armadas consistía en obtener los fondos cuya sabia administración había hecho aumentar tan significativamente el prestigio del presidente Jackson entre los escasos visitantes extranjeros que pisaban su capital. Cuando se aproximaba el fin de cada año fiscal, las columnas del general avanzaban pesadamente por todo el país, pisándoles los talones a los fugitivos, para regresar justo a tiempo del día de presentación de los presupuestos generales cargadas con el botín capturado a los menos ágiles; café y pieles, monedas de plata, esclavos, ganado y armas de fuego se clasificaban y distribuían en los almacenes gubernamentales; luego se pagaban los salarios, se depositaban en especie las reservas que respaldaban la banca nacional, y, en presencia del cuerpo diplomático, se hacían donativos a las Escuelas Técnicas No-sectarias de Co-educación Jackson así como a otras instituciones igualmente humanitarias. Cuando se fundó la Liga de Naciones, Ismailía se convirtió en uno de los países miembros.

Puede decirse que bajo este régimen progresista y liberal la República prosperó, en cierto sentido. Es cierto que la capital, Jacksonburg, creció desproporcionadamente y que sus caminos y chozas estaban atestadas de pobres de sangre aborigen y extranjera, mientras que la región que rodeaba la urbe iba

quedando despoblada de manera que el general Gollancz Jackson no tenía más remedio que empezar su campaña de recaudación de impuestos cada vez más pronto, para luego llevarla hasta más lejos; pero en la calle mayor había delegaciones de muchas importantes firmas norteamericanas y europeas; había, además, un ferrocarril que iba a la costa del Mar Rojo y que llevaba a la capital una ininterrumpida corriente de importaciones manufacturadas que libraban a los ismailíes de la necesidad de practicar una serie de complicados oficios, mientras que la negativa balanza de pagos quedaba enderezada gracias a la elasticidad de la ley de quiebras. En las provincias más remotas, las que estaban fuera del alcance del general Gollancz, los ismailíes practicaban sus vocaciones tradicionales de bandidaje, esclavitud o aristocracia ociosa según los casos, felizmente ignorantes de su vinculación a una ciudad de la que sólo unos pocos habían oído, vaga e incrédulamente, hablar.

De vez en cuando, algún que otro político viajero llegaba a Jacksonburg, era objeto de atenciones y llevado a dar un paseo por la ciudad, y regresaba a su país con un informe muy favorable. Los deportistas aficionados a la caza mayor se perdían alguna vez en la República procedentes de las colonias vecinas y, en caso de que regresaran para contarlo, tenían experiencias para animar las veladas del resto de sus vidas. Hasta pocos meses antes de la partida de William Boot, ningún europeo tenía noticia de las poderosas corrientes subversivas que minaban la política ismailí; de hecho, tampoco en Ismailía había muchos que estuvieran enterados de su existencia.

Todo empezó durante las Navidades, con una discusión doméstica en el seno de la familia Jackson. Cuando llegó la Pascua, la ciudad, hasta entonces modelo de amistad interna, ya estaba amenazada por la guerra civil.

Se decía que los fascistas estaban encabezados por un tal Mr. Smiles Soum. Este era Jackson sólo en un veinticinco por ciento (pues se trataba de un nieto por línea femenina del presidente Samuel Jackson), e ismailí puro en un setenta y cinco por ciento. Así, por derechos de parentesco, cobraba un salario del erario público, pero tenía bajo rango dentro de la jerarquía familiar y su puesto, poco lucrativo, era el de vicedirector general de Moral Pública.

No eran infrecuentes las disputas internas de la familia gobernante, especialmente después de las bodas, funerales y demás acontecimientos y festejos familiares, pero generalmente quedaban resueltas por medio de un reajuste en los cargos administrativos. En los bazares y tabernas era muy bien sabido que Mr. Smiles no estaba satisfecho con su cargo en el ministerio de Moral Pública. Pero constituía una ruptura con la tradición y, según algunos, un anuncio de que se estaba entrando en una nueva época de la política ismailí, el hecho de que después de armar un gran alboroto desapareciera de Jacksonburg e hiciera público un manifiesto que, según opinaban aquellos que mejor le conocían, era imposible que hubiese sido redactado por él mismo.

El movimiento de las Camisas Blancas creado por él no tenía nada en común con las mejores tradiciones de la política ismailí. En pocas palabras, su tesis era la siguiente: los Jackson eran personas decadentes, tiránicas y extranjeras, y los ismailíes eran una raza blanca que, dirigida por Smiles, tenía que purgarse de su mancha negra; los Jackson habían mantenido a Ismailía apartada de la Gran Guerra, privándola así de los frutos de la victoria; los Jackson habían puesto el país bajo el control de las grandes finanzas internacionales de los negros así como del bolchevismo secreto y subversivo de los negros, al unirse a la Liga de Naciones; los Jackson eran los culpables de las diversas enfermedades, pestes endémicas y plagas que afectaban a las cosechas, el ganado y los ciudadanos; todos los ismailíes que padecían las consecuencias de la imprudencia o la mala suerte en sus asuntos económicos o matrimoniales eran víctimas del jacksonismo internacional; Smiles era su líder.

Los Jackson superaron estos embates. La vida de Ismailía siguió desarrollándose como hasta entonces, y el comerciante armenio de la Calle Mayor que acababa de importar una enorme remesa de camisas de algodón blanco se vio imposibilitado para sacársela de encima. En Moscú, Harlem, Bloomsbury y Liberia, no obstante, brotaban pasiones más exaltadas. Cientos de revistas progresistas y Círculos de Estudios Izquierdistas hicieron suya la polémica, y la causa de los Jackson volvió a tomar cuerpo en forma ideológica.

Smiles representaba, según estos últimos, los grandes capitales internacionales, la subyugación del obrero, el clericalismo; Ismailía, decían, era negra, los Jackson eran negros, y la seguridad colectiva y la democracia y la dictadura del proletariado eran negras. La mayor parte de toda esta palabrería sonaba nueva a oídos de los Jackson, pero tuvo consecuencias tangiblemente ventajosas. En Londres se abrió una cuenta de donativos que obtuvo el apoyo de iglesias y universidades; y se dio gran publicidad a la llegada a Ismailía de tres sellos de penique sin usar, enviados al Presidente por «la hija de un obrero de Bedford Square».

En las principales ciudades europeas surgieron una serie de «Consulados Patriotas» dedicados a la anti-propaganda.

Gran número de periodistas se presentó en Jacksonburg. Esto ocurría en plena estación de las lluvias, época en la que los negocios solían estar paralizados; pero este año todos hicieron su agosto, mes cuyo final coincidía cada año con el fin de las lluvias. Todos los observadores de la situación de Ismailía afirmaban que justo en ese momento empezaría la guerra. Pero con la alegre predisposición característica de su raza, los ismailíes se dispusieron tranquilamente a explotar el conflicto y disfrutar de su pasajera buena estrella.

El Hotel Liberty de Jacksonburg estaba amodorrado en la paz de los sábados por

la tarde, que pronto sería destruida por llegada del tren semanal procedente de la costa; pero, de momento, a las cuatro de la tarde, mostraba un aspecto tranquilo y sereno. La central de telégrafos estaba cerrada y los quince periodistas hacían la siesta. Mrs. Jackson entró silenciosamente en el salón, pisando con sus pies embutidos en medias las tablas desnudas, en busca de una colilla de puro de tamaño adecuado; encontró lo que buscaba, metió la colilla en la cazoleta de su pipa y se instaló en el balancín de las oficinas del hotel a leer su biblia. Afuera —y también en algún que otro rincón del interior del edificio— la lluvia caía a raudales. Golpeaba sonoramente el techo metálico produciendo una monótona e ininterrumpida melodía; hacía remolinos y gorgoteaba en los canales que ella misma se había abierto en la contigua terraza; goteaba frente a la puerta principal formando un opaco estanque. Mrs. Jackson fumaba su pipa, se lamía el pulgar y volvía de vez en cuando una página de las Sagradas Escrituras. El ambiente no podía ser más agradable cuando todo aquel montón de ruidosos blancos se encerraba en sus respectivas habitaciones; igual que en los viejos tiempos; estos periodistas traían unas divisas nada despreciables —¡era fantástico lo que les estaba cobrando!— pero causaban muchísimos problemas; y además arrastraban consigo a unos clientes muy desagradables: hindúes, ismailíes de las montañas, blancos y mestizos pobres de los peores barrios de la ciudad, agentes de policía, toda la escoria de las tabernas y los salones de dominó, intérpretes, confidentes y guías, en fin, la clase de personas que menos se parecía a la clientela que Mrs. Jackson gustaba de ver en su hotel. Además, entre lavar y beber y telefonear y andar de acá para allá en taxi por las enlodadas calles y revelar películas y someter a interrogatorios a sus huéspedes, la verdad es que parecía que no le dejaban ni un momento de paz.

Ni siquiera ahora se habían quedado todos quietecitos; viciados por su austero oficio, habían olvidado las artes del ocio.

Arriba, en su habitación, Mr. Wenlock Jakes dedicaba la tarde a escribir su próximo libro, *Bajo el armiño*, que tenía que consistir en un análisis de las corrientes subterráneas de la vida política y social de Inglaterra. «*Jamás olvidaré* [mecanografió] *la noche de la abdicación del rey Edward. Yo me encontraba cenando en el Savoy Grill, invitado por Silas Shock, del* New York Guardian. *Había elegido muy bien a sus invitados, que eran seis de las personalidades más influyentes de toda Inglaterra; hombres y mujeres de un tipo que sólo se encuentra en ese país, que raras veces aparecen en las noticias, pero que manejan los hilos del pulso nacional. A mi izquierda se sentaba Mrs. Tiffin, esposa del famoso editor; enfrente estaba Prudence Blank, de la que me dijeron una vez que era el equivalente inglés de Mary Selena Wilmark; y junto a ella John Titmuss, cuya mesa del* News Chronide *guarda más secretos de Estado que la de todos los embajadores juntos… Las altas finanzas estaban representadas por John Nought, agente de la compañía de seguros*

Credencial S. A. Yo planteé inmediatamente el problema del momento. Ninguno de los presentes expresó su opinión. Ahí tienen ustedes, concentrada en este pequeño ejemplo, la esencia de Inglaterra: su grandeza…, y su pequeñez».

Jakes cobraría un adelanto de veinte mil dólares por este libro.

En la habitación contigua se encontraban cuatro furiosos franceses. Iban vestidos como para posar ante las cámaras con sus calzones, camisas abiertas, y sus recién estrenadas botas de montar de color chocolate, anudadas de arriba a abajo; cada uno de ellos llevaba cruzada en el pecho una cartuchera, y en la cadera una funda de revólver. Tres de ellos permanecían sentados mientras el cuarto andaba a grandes zancadas delante de ellos, haciendo tintinear sus espuelas cuando daba media vuelta o propinaba aquellos tremendos pisotones a las desnudas tablas del piso. Estaban redactando una lista de quejas.

Los abajo firmantes, enviados de la prensa francesa a Ismailía, habían escrito, *protestamos categóricamente y con la mayor energía en contra de la discriminación de que hemos sido objeto por parte de la Oficina de Prensa Ismailí, y por la descortés falta de cooperación demostrada por nuestros llamados colegas*…

En la siguiente habitación, sentados en torno a una mesa redonda, se encontraban Shumble, Whelper, Pigge, y un gigantesco y divertido sueco. Shumble y Whelper y Pigge eran enviados especiales; el sueco era corresponsal fijo de un grupo de periódicos escandinavos y, además, vice-cónsul sueco, cirujano-jefe del Hospital de las Misiones Suecas, y propietario de la tienda de té, biblias y productos farmacéuticos que constituía el centro de la vida europea en Jacksonburg; en fin, un residente anterior a la crisis y hombre de gran categoría. Todos los periodistas querían hacerse amigos de él; todos lo conseguían; pero como fuente de noticias resultó decepcionante.

Los cuatro estaban ahora jugando a las cartas.

—Voy a cuatro sin corazones —dijo Erik Olafsen.

—No se puede.

—¿Y por qué no? No tengo corazones.

—Pero…, si acabamos de explicarle que…

—¿Tendrían la amabilidad de explicármelo otra vez?

Se lo explicaron; todos echaron las cartas a la mesa y el paciente sueco las recogió en su enorme manaza. Shumble empezó a dar.

—¿Dónde se ha metido hoy Hitchcock? —preguntó.

—Debe de estar tramando algo. He intentado abrir su puerta, y estaba cerrada con llave.

—Pues las persianas de su habitación llevan todo el día abiertas.

—Yo he mirado por el ojo de la cerradura —dijo Shumble—. Seguro que trama algo.

—¿Creéis que habrá encontrado el cuartel general de los fascistas?

—Le creo perfectamente capaz. Cada vez que ese tipo desaparece, puedes apostar cualquier cosa a que está a punto de saltar la gran noticia.

—Disculpen, pero ¿quién es Hitchcock? —preguntó el sueco.

Mr. Pappenhacker, del *Twopence*, estaba jugando con un trenecito, reliquia de su estancia en el Colegio Universitario de Winchester, que le acompañaba en todos sus viajes. De joven hablaba con su tren de juguete en versos alcaicos latinos, y había inventado nombres griegos para todas las partes de su mecanismo. Ahora le servía de sedante para sus momentos de inquietud.

El *Twopence* no le animaba a que cultivase su costumbre de despilfarrar el dinero en telegramas. Aquel día había redactado un «profundo análisis» sobre la situación ismailí, y luego lo echó al correo absolutamente convencido de que, mucho antes de su llegada a Londres, la situación habría cambiado completamente.

Otros seis periodistas de otras tantas nacionalidades disfrutaban de su día de descanso en este hotel. El tiempo transcurría lentísimamente para todos ellos. El tren correo de la noche les aliviaría en parte del tedio.

En el anexo situado a cincuenta metros del hotel, y separado del edificio principal por el inundado jardín, se encontraba Sir Jocelyn Hitchcock, profundamente dormido. La habitación estaba en penumbra; la puerta y las ventanas habían sido atrancadas. En la mesa, junto a su máquina de escribir, tenía su hornillo portátil. En un rincón se levantaba una pila de latas y botellas. De las paredes colgaba el mapa oficial —terriblemente engañoso— de Ismailía; una banderita clavada en el centro de Jacksonburg señalaba la situación actual de Hitchcock. Dormía tranquilamente; bajo su fino bigote blanco, sus labios se curvaban en una casi imperceptible sonrisa de satisfacción. Por motivos que sólo él sabía, se había retirado de toda actividad.

Y el cielo de granito no dejaba de llorar.

*

Durante la estación lluviosa no había modo de adivinar, ni con una aproximación de sólo doce horas, cuándo llegaría el tren. Hoy había tenido buen viaje. Todavía no había anochecido completamente cuando sonó el teléfono del despacho de Mrs. Jackson para informarle que acababa de salir de la última estación y que pronto llegaría a la capital. Al instante, el Hotel Liberty cobró vida. El botones se puso su gorro en forma de cucurucho y se fue con Mrs. Jackson a buscar a los clientes. Shumble, Whelper y Pigge abandonaron la partida y se enfundaron sus

impermeables; los franceses se anudaron al cuello sus aparatosos capotes africanos. Los otros seis periodistas emergieron de sus habitaciones y empezaron a llamar a gritos a los taxis. Paleologue, el chacal de Jakes, se presentó en la habitación de su jefe y fue enviado a observar a los recién llegados. La mayor y más temible parte de la población de Jacksonburg se había congregado en el andén para recibir a William.

Él y Corker habían tenido un viaje de constantes incomodidades. Durante tres días habían avanzado reptando lentamente desde la tórrida zona costera a los sombríos y empapados montes. En su tren había cuatro compartimientos de primera clase; uno de ellos estaba reservado para un suizo, revisor de los ferrocarriles. En los otros tres, y dolorosamente amontonados, viajaban veinticuatro europeos, diez de los cuales eran la avanzadilla de la expedición enviada por el Noticiario Cinematográfico Sonoro Excelsior, de los Estados Unidos. Los demás eran periodistas. Todos tuvieron que almorzar, cenar y dormir en las posadas de la línea ferroviaria. Durante el primer día, cuando atravesaban la calcinada llanura costera, se encontraron con que no había hielo; la segunda noche, en plena selva, que no había mosquiteras; la tercera, ya en la montaña, que faltaban las mantas. Sólo el suizo disfrutó de relativo confort. Sus colegas le llevaban refrescos en todas las paradas: cerveza helada, café humeante, cestos de fruta; en los restaurantes le servían platos especiales y disponían para él de balancines en donde hacer la digestión; sus dormitorios siempre tenían camas con cabezal de latón y baños de agua caliente. Cuando Corker y sus amigos descubrieron que no era más que un revisor, todo aquello les sentó muy mal.

A mitad de la segunda jornada de viaje, el vagón del equipaje se desenganchó del resto del tren. Su pérdida no fue descubierta hasta la noche, cuando los pasajeros pidieron sus mosquiteras.

—Ahora sí que nos podría servir de ayuda ese tipo —dijo Corker.

Él y William fueron a pedirle ayuda. Se encontraba instalado en su balancín, fumando un delgado habano, con las manos entrelazadas sobre la pequeña cúpula de su estómago. Se le acercaron y le contaron sus problemas. Él les dio las gracias y les dijo que le parecía muy bien.

—Es corriente que ocurran cosas así. Yo siempre viajo con todas mis pertenencias en el mismo vagón que ocupo.

—Pienso escribir al Director de la Compañía para protestar —dijo Corker.

—Sí, es lo más aconsejable. Cabe siempre la posibilidad de que encuentren la pista del furgón.

—Llevo en mi equipaje algunas curiosidades y recuerdos valiosísimos.

—Mala suerte. Porque siento decirle que eso es bastante más difícil de recuperar.

—¿Sabe usted quiénes somos?

—Sí —dijo el suizo, con un leve estremecimiento—. Lo sé.

Al final del viaje Corker había acabado odiando a este personaje. Y volvía a tener

urticaria. Cuando llegó a Jacksonburg estaba de muy mal humor.

Shumble, Whelper y Pigge conocían a Corker; habían haraganeado juntos en muchos portales, y se habían colado por la fuerza, colectivamente, en muchos hogares castigados por el infortunio.

—Imaginaba que llegarías en este tren —dijo Shumble—. He visto tu nombre en la lista de beneficiarios de las facilidades colectivas en la central de telégrafos. ¿Qué tal el viaje?

—De espanto. ¿Cómo andan las cosas por aquí?

—De espanto. ¿Quiénes vienen en tu tren?

Corker se lo explicó, y añadió:

—¿Quiénes han llegado ya?

Shumble los enumeró.

—La pandilla de siempre.

—Sí, y además hay un judío pedante del *Twopence*…, pero ese no cuenta.

—No. Por ese lado no hay competencia.

—No se puede decir del *Twopence* que sea en realidad un *periódico*… De todos modos, basta con la gente que hay para que el asunto nos esté dando mucho trabajo, y las cosas irán a peor. Parece que esta noticia les vuelve locos a los de Londres. Jakes está enviando una crónica diaria de ochocientas palabras, y por vía urgente.

—¿*Está aquí Jakes*? Entonces, seguro que el asunto es muy interesante.

—¿Quién es ese tipejo que se da tantos aires de importancia…, el de la barba? —y se volvieron todos hacia el barracón de aduanas, a través del cual estaban acompañando obsequiosamente al suizo.

—Cualquiera diría que es un embajador —dijo Corker, rencorosamente.

El conserje del Hotel Liberty les interrumpió. Corker empezó a describir detalladamente el elefante que había perdido. Shumble desapareció entre la muchedumbre.

—Mala suerte, mala suerte —dijo el conserje—. Hombres muy malos en ferrocarril.

—No lo entiendo. Lo facturé directamente aquí.

—Quizá luego aparecer.

—¿Es frecuente que se pierdan cosas en ese maldito ferrocarril?

—Casi siempre.

A su alrededor, otros periodistas se quejaban también de haber perdido pertrechos.

—… diez kilómetros de película —dijo el jefe de la expedición del Noticiario Cinematográfico Sonoro Excelsior—. ¿Cómo voy a colarles esta a los del departamento de gastos?

—Hombres muy malos en ferrocarril. Gustar mucho película…, hacer muy buen

fuego.

El único que aceptó el desastre fue William; sus bastones huecos habían quedado muy atrás; era como si, en un día caluroso, se hubiese desprendido de un enorme sobretodo forrado de piel.

*

En la medida en que su profesión les daba tiempo para tales sentimentalismos, Corker y Pigge eran amigos.

—… Era muy grande y artístico —decía Corker, describiendo su elefante—, justo del estilo de los que más le gustan a Madge.

Pigge escuchaba atentamente sus amargas quejas. El bullicio había cesado. William y Corker consiguieron una habitación doble en el Hotel Liberty; abrieron su reducido equipaje de mano y lo distribuyeron en los armarios. Luego pasó Pigge a tomarse una copa con ellos.

—¿Cómo está la situación? —preguntó William después de que a Corker se le agotara la información (aunque no el resentimiento) sobre sus chales y pitilleras.

—De espanto —dijo Pigge.

—A mí me han ordenado que me dirija al frente.

—Eso es lo que todos nosotros pretendemos hacer. Pero en primer lugar, no existe ningún frente, y en segundo, aunque lo hubiera, tampoco podríamos ir. No hay forma de salir de la ciudad sin una autorización, y no hay nadie que conceda autorizaciones.

—Entonces, ¿qué clase de crónicas estás enviando? —preguntó Corker.

—Reportajes con una nota de color —dijo Pigge, denotando su aversión—. Preparativos en la capital amenazada, mercenarios y aventureros, tipos misteriosos, influencias extranjeras, voluntarios…, porque lo que es *noticias* de verdad, ni una. El cuartel general de los fascistas está en algún rincón remoto de las tierras altas. Nadie conoce su ubicación exacta. Y los fascistas atacarán en cuanto cesen las lluvias, dentro de diez días. No hay modo de que el gobierno dé la más mínima información. Ni siquiera admiten que exista una crisis.

—¿Cómo pueden negarlo? Pero…, ¡si Jakes y Hitchcock están aquí! —dijo asombrado Corker—. Por cierto, ¿qué tal es el presidente?

—De espanto.

—Oye, y, ¿dónde está Hitchcock?

—Eso es lo que todos querríamos saber.

*

—¿Dónde está Hitchcock? —preguntó Jakes.

Paleologue sacudió tristemente la cabeza. Jakes estaba resultando un amo poco agradable. Hacía más de una semana que trabajaba a su sueldo, y ya le parecía como si hubiese estado toda la vida. Pero era un sueldo muy respetable y Paleologue era un buen cabeza de familia; tenía que mantener a un par de esposas además de una innumerable cantidad de hijos de los colores más extraños, a los que amaba profundamente. Hasta la llegada de los periodistas —esa época tan decisiva de la historia social ismailí— había trabajado de intérprete en la legación británica, donde cobraba un sueldo que —pese a que estaba complementado de vez en cuando por la venta a los colegas del ministro de todos los papeles rotos y estrujados que encontraba en las papeleras de la legación— apenas bastaba para las necesidades de su hogar; de vez en cuando se sacaba un dinero de más buscando diversiones para los agregados solteros; otras, vendía objetos de arte local a las esposas de los casados. Pero aun así no le alcanzaba para nada. Ahora cobraba cincuenta dólares americanos a la semana. Era un sueldo que excedía con mucho sus más disparatados sueños…, pero Mr. Jakes era un tipo perentorio que se cobraba a cambio una dolorosa exacción.

—¿Quiénes han venido en el tren?

—Solamente los caballeros periodistas y M. Giraud.

—¿Quién es ese?

—Trabaja en el ferrocarril. La semana pasada bajó a la costa con su esposa, que se iba de regreso a Europa.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Esa fue la crónica de «Los refugiados huyen presa de pánico». ¿Nadie más?

—No, Mr. Jakes.

—Bien, ve a averiguar dónde está Mr. Hitchcock.

—Sí, señor.

Jakes volvió su atención al tratado que estaba escribiendo. *El hombre más influyente del nuevo gobierno*, mecanografió, *era una personalidad muy peculiar, Kingsley-Wood*…

Nadie supo exactamente por qué canales ni a qué hora corrió en el Hotel Liberty la voz de que Shumble tenía una noticia. William se enteró por Corker, que a su vez se había enterado por Pigge. Pigge lo había deducido por cierta extraña actitud que había captado en Shumble durante la cena: cierto abstraimiento, cierta excitación contenida a duras penas. Al verlo, le comentó a Whelper:

—Desde que ha regresado de la estación, le encuentro francamente raro. ¿Te has fijado?

—Sí —dijo Whelper—. Se le nota a la legua. Si quieres saber mi opinión, seguro que esconde algo en la manga.

—Eso mismo pensaba yo —comentó sombríamente Pigge.

Y antes de la hora de acostarse ya se había enterado todo el hotel.

Los franceses estaban furiosos, y acudieron en masa a su embajada.

—Es intolerable —protestaron—. Shumble está recibiendo información secreta del gobierno. Pero como Hitchcock es pro-británico, para desaparecer naturalmente ha elegido justo este momento en el que en su calidad de presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros debería formular una protesta oficial.

—Caballeros —dijo el embajador—. Caballeros. Estamos a sábado por la noche. Ningún funcionario ismailí podrá ser localizado hasta el lunes a mediodía.

—¡La oficina de prensa actúa de forma draconiana, arbitraria y venal; está en manos de una camarilla; exigimos justicia!

—Naturalmente que sí, y la obtendrán, sin falta, el lunes por la tarde…

—Permaneceremos en vela toda la noche, por turnos —propuso Whelper—, a ver si alguien oye alguna cosa. Quizá hable en sueños.

—Supongo que habrás registrado sus papeles, ¿no?

—Es inútil. Jamás toma notas…

Paleologue alzó las manos en un ademán desesperado.

—Consigue que su criado te pase su crónica cuando la lleve a la central de telégrafos.

—Mr. Shumble la lleva siempre en persona.

—Tenemos que averiguar de qué se trata. Estoy muy atareado…

Shumble estaba sentado en el salón, consciente de su importancia. A todo lo largo de la velada siempre se había sentado a su lado alguno de sus colegas para ofrecerle whisky y recordarle, como quien no quiere la cosa, algún antiguo rasgo de generosidad. Él guardaba silencio. Hasta al sueco le llegó la onda de lo que estaba ocurriendo, y abandonó su casa para visitar el hotel.

—Schombol —le dijo—. Tengo entendido que tiene usted buenas noticias, ¿no es así?

—¿Yo? —dijo Shumble—. Ojalá.

—Pero, discúlpeme usted… Todo el mundo dice que tiene noticias muy buenas. Yo tengo que telegrafiar ahora a mis periódicos de Escandinavia. ¿Le importaría decirme cuáles son esas noticias que sabe?

—No sé nada de nada.

—Qué lástima. Hace muchísimo tiempo que no mando ninguna noticia a mis

periódicos.

Y montó en su motocicleta y se alejó meditabundo bajo la lluvia.

*

En un banquete dado en su honor, Sir Jocelyn Hitchcock atribuyó modestamente sus enormes éxitos a su costumbre de «levantarme más temprano que nadie». Pero esto era en parte metafórico, en parte falso y en cualquier caso absolutamente relativo, pues lo corriente entre periodistas es que todos se levanten tardísimo. Cuando estaban en Inglaterra y residían en esos refugios nocturnos a los que ellos llamaban «mi casa», Shumble, Whelper, Pigge o Corker muy pocas veces acostumbraban a entrar en el baño antes de las diez. Tampoco lo hacían en Jacksonburg, porque en el Hotel Liberty no había baños; pero tanto él como sus demás colegas estaban despiertos desde el amanecer.

Este hecho se debía a diversos motivos: palpitaciones, náuseas, boca reseca, profundas ojeras, y demás síntomas de auténticas resacas pues, animados de diferentes emociones, todos ellos habían estado bebiendo exageradamente la noche anterior debido a la ansiedad que les producía la noticia que Shumble les había pisado; aunque también debido a los defectos de la estructura del edificio. La lluvia se presentó puntualmente con el amanecer, y todos los dormitorios tenían alguna gotera en su techo metálico. Y con la lluvia y el goteo llegó también el golpeteo de la máquina de escribir de Jakes, que, a la enorme velocidad acostumbrada, estaba escribiendo otro capítulo de *Bajo el armiño*. De modo que poco después los oscuros pasillos empezaron a estremecerse a los gritos de «¡Botones!», «¡Agua!» y «¡Café!».

Por el hecho de haber llegado entre los primeros, Shumble, Whelper y Pigge hubiesen podido, como los franceses, tener habitaciones individuales, pero preferían estar cerca los unos de los otros y vigilar así sus respectivos movimientos. Los del noticiario cinematográfico apenas habían tenido dónde elegir. Quedaban dos habitaciones libres; una de ellas fue ocupada por el director de coordinación de contactos y relaciones pioneras; los demás se quedaron con la otra.

—¡Botones! —exclamó Corker, que estaba descalzo y ocupaba la única zona seca del final de la escalera—. ¡Botones!

—¡Botones! —gritaba Whelper.

—¡Botones! —gritaban los franceses—. Es increíble. Estos tipos sólo atienden a los ingleses y norteamericanos.

—Les han sobornado. Ayer vi a Shumble dándole dinero a uno de los chicos.

—Tenemos que protestar.

—Yo ya he protestado.

—Tenemos que volver a protestar. Tenemos que hacer una manifestación.

—¡Botones! ¡Botones! ¡Botones! —gritaban todos los que estaban alojados en el hotel. Pero nadie acudía.

En el anexo, Sir Jocelyn Hitchcock se puso un impermeable encima del pijama y se coló como un gato por entre los matorrales.

*

Por fin llegó Paleologue para darle el informe matinal a su amo. Se encontró con Corker en lo alto de la escalera.

—En este país hay que tener criado propio —le dijo.

—Sí —admitió Corker—. Parece que sí.

—Yo le busco uno. Un buen muchacho de la misión adventista, que sepa leer, escribir y cantar himnos en inglés…, todo.

—¡Menudo infierno!

—¿Cómo dice?

—Oh, nada, no importa. Mándamelo.

De este modo, Paleologue consiguió abastecer de criados a todos los recién llegados. De modo que, más tarde, los pasillos estaban atestados de ismailíes de cara redonda educados en la misión. Estos muchachos tenían múltiples responsabilidades. Cada mañana y cada tarde tenían que informar a la policía secreta de las actividades de sus amos; tenían que robar copias de las crónicas de sus amos para dárselas a Wenlock Jakes. El salario corriente de los empleados domésticos era de un dólar a la semana: los periodistas pagaban cinco, pero Paleologue se embolsaba la diferencia. Entretanto formularon nuevas e ingeniosas peticiones de dinero adelantado: para comprarse ropa nueva, para funerales, bodas, multas e impuestos municipales absolutamente imaginarios pero Paleologue se enteraba de todo lo que obtenían, y les cobraba su comisión.

*

Dentro del dormitorio reinaba una atmósfera sin sol, atravesada de corrientes de aire, y muy húmeda; por todas partes se oían traqueteos y gritos y chapoteos, junto con el monótono repiqueteo y gorgoteo de la lluvia. La ropa de Corker estaba esparcida por toda la habitación. Corker se había sentado en su cama y revolvía la leche condensada que acababa de echarse en el té.

—Ya sería hora de que se levantara, hermano —dijo.

—Sí.

—La verdad es que ayer noche estábamos todos bastante bebidos.

—Sí.

—¿Qué? De espanto, ¿eh?

—Sí.

—En cuanto se ponga en pie, se le pasará. ¿Ha visto por ahí alguna de mis cosas?

—Sí.

Corker encendió su pipa y la habitación empezó a oler apestosamente.

—No es gran cosa este tabaco —dijo—. Cultivado aquí. Se lo compré a un negro cuando veníamos para acá. ¿Quiere probarlo?

—No, gracias —dijo William, que se levantó de la cama y sintió inmediatamente unas náuseas terribles.

Mientras se vestían, Corker expuso la situación con un pesimismo inusual en él.

—No estoy acostumbrado a trabajar en esta clase de noticias —confesó—. De momento no vamos a ninguna parte. Tenemos que organizar un sistema de trabajo, establecer contactos, buscar fuentes de noticias, animar un poco a los aborígenes. Todavía no me encuentro a gusto.

—¿No es mi cepillo de dientes ese que está usando?

—Espero que no. ¿Tiene el mango blanco?

—Sí.

—Entonces, es el suyo. ¡Qué equivocación tan tonta! El mío tiene el mango verde… Pero, como le iba diciendo, tenemos que entablar amistades en esta ciudad. Es raro, pero encuentro a faltar la popularidad que esperaba despertar a mi llegada. —Se miró detenidamente en el único espejo de la habitación—. ¿Suele tener caspa?

—No.

—Yo sí. Dicen que es culpa de la acidez. Es un fastidio. Se te llena la americana de caspa, y en nuestra profesión tenemos que parecer elegantes. Si tienes buen aspecto, ya has ganado la mitad de la batalla.

—¿Le importa dejarme mis cepillos?

—En absoluto, hermano, ahora mismo termino y se los doy… Entre nosotros, ese ha sido siempre el problema de Shumble: el mal aspecto. Aunque, naturalmente, a los periodistas siempre nos reciben bien en todas partes, incluso a Shumble. Y esto es lo que encuentro raro en esta ciudad. En nuestra profesión hay una cosa que no falla nunca: siempre somos muy populares. Es cierto que es un oficio con muchas desventajas, pero como mínimo siempre nos sentimos apreciados y respetados. Podemos llamar a la gente a cualquier hora del día o de la noche, entrometernos en sus casas sin que nadie nos haya invitado, forzarles a que nos contesten toda una serie de preguntas estúpidas cuando querrían estar dedicándose a cualquier otra cosa más

urgente…, y siempre les gusta. Y siempre reciben con una sonrisa y ofrecen lo mejor que tienen a los caballeros de la prensa. En cambio, aquí no encuentro nada de eso. Más bien me parece que la acogida es exactamente lo contrario de lo que podía esperarse. Me pregunto si se nos reconoce, si se nos ama, si se confía en nosotros, y la respuesta es: «No, Corker. No».

Hubo una llamada a la puerta, apenas audible por encima del estruendo ambiental, y entró Pigge.

—Buenos días, chicos. Un cable para Corker. Llegó ayer noche. Siento que esté abierto. Me lo entregaron a mí y no me fijé en que estaba dirigido a tu nombre.

—¿Ah no? —dijo Corker.

—Da lo mismo, no dice nada. A Shumble le pidieron lo mismo ayer noche.

Corker leyó: GENDARMERÍA INTERNACIONAL PROPUESTA EVITAR CHOQUE COMPROBAR REACCIONES AULLIDO.

—Seguro que en Londres andan mal de noticias. ¿Qué es eso de gendarmería?

—Una forma cursi de decir policía —dijo Pigge.

—Bueno, asunto rutinario. Tendré que actuar, supongo.

—Acompáñeme… Quizá consigamos establecer algunos contactos —dijo, no muy esperanzadamente.

Mrs. Jackson estaba en el salón.

—Buenos días, señora —saludó Corker—. ¿Qué tal se encuentra?

—Tengo dolores —dijo Mrs. Jackson con sencilla dignidad—. Tengo dolores de tanto estar sentada. La humedad…

—La prensa ansía conocer su opinión respecto a una cuestión, Mrs. Jackson.

—Pues vaya a preguntarle a otro. Vendrán a reparar el techo en cuanto puedan, y por mucho que ustedes sean de la prensa, hasta que no vengan no vendrán.

—Lo que le decía, hermano. No somos bien recibidos. —Luego, volviéndose de nuevo a Mrs. Jackson y utilizando sus modales más refinados, añadió—: No me ha entendido usted, Mrs. Jackson. Se trata de un asunto de gran trascendencia pública. ¿Qué piensan las mujeres de Ismailía acerca de la propuesta de introducir una fuerza de policía internacional?

La pregunta le sentó fatal a Mrs. Jackson.

—No soporto que nadie me llame mujer en mi propia casa —contestó—. Y en este hotel la policía no ha entrado más que una sola y única vez, y fue porque yo misma la llamé para que se llevaran de aquí a un cliente que se volvió loco y se ahorcó. —Y se fue llorando de rabia a su despacho y su balancín.

—Firmemente anti-intervencionista —dijo Corker—. La decana de las anfitrionas de Jacksonburg estima que el provecto de policía es una interferencia intolerable, un entrometimiento en el sagrado e inviolable solar patrio ismailí… Pero no estoy acostumbrado a que me traten así.

Salieron a la puerta principal para llamar a un taxi. Había media docena esperando en el patio de entrada; los conductores, envueltos en mantas empapadas, dormitaban en sus asientos. El guardia del hotel le dio un culatazo a uno de ellos. El bulto se agitó; un rostro negro hizo su aparición, y luego les regaló con una brillante sonrisa. El coche avanzó a trompicones por el barrizal.

—La ronda matutina —dijo Corker—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Por qué no pasamos primero por la estación para preguntar por el equipaje?

—¿Por qué no? A *la estación* —le rugió al conductor—. ¿Entiende…? ¡Estación! Chu-chú…

—Bien —dijo el taxista, y aceleró a velocidad suicida bajo el diluvio.

—Me parece que no se va por aquí —musitó William.

Se deslizaban como una bala por la calle mayor de Jacksonburg. En el centro de la calzada había una estrecha franja asfaltada; a ambos lados se encontraban los enlodados caminos para mulas, personas, ganado y camellos; más allá, se veían confusamente los edificios del barrio comercial: un banco de empapado cemento, una tienda griega de madera y hojalata, el Café de la Bourse, la Biblioteca Carnegie, el Ciné-Parlant y numerosas ruinas de otros locales, reliquias de una epidemia de incendios ocurrida algunos años antes, cuando una empresa de seguros tuvo la imprudencia de abrir una sucursal en la ciudad.

—Maldita sea, seguro que no es por aquí —dijo ahora Corker—. ¡Eh, tú! ¡*Estación*! Hemos dicho estación, pedazo de mastuerzo negro.

El pícaro taxista se volvió y sonrió:

—Bien —dijo.

El coche abandonó la franja asfaltada y empezó a pegar peligrosos brincos por entre las caravanas. El taxista se volvió, lanzó un oprobioso insulto a un camellero, y subió de nuevo al asfalto.

Bajo la lluvia, y a toda velocidad, fueron quedando atrás las tiendas de licor armenio, papelería francesa, maquinaria italiana, fontanería suiza, mercería india, la estatua del primer presidente Jackson, el Centro Benéfico Norteamericano, y la última y mejor acogida novedad de la vida ismailí: el Salón de ping-pong Popotakis. Los mulos tiraban pesadamente de sus carros cargados de sal mineral, municiones y parafina para los pueblos del interior.

—Nos han secuestrado —murmuró Corker—. Nos han secuestrado. ¡Menuda noticia!

Pero finalmente el taxi se detuvo.

—Eh, mastuerzo, que esto no es la estación.

—Sí. Bien.

Se encontraban ante el consulado sueco, que al mismo tiempo era tienda de té y biblias y ambulatorio. Erik Olafsen salió a recibirles.

—Buenos días. Tengan la bondad de pasar.

—Le hemos dicho a este mandril que nos llevara a la estación.

—Ya, comprendo. Miren, la costumbre de aquí es que cuando no entienden lo que dice un blanco, me lo traen a casa. Luego le explicaré al taxista a dónde quieren ir. Pero, pasen, por favor. Precisamente ahora íbamos a empezar a cantar nuestros himnos dominicales.

—Lo siento, hermano. Quizá el domingo que viene. Tenemos mucho que hacer.

—He oído decir que Schombol tiene noticias.

—¿Ah sí?

—Sí. Se lo pregunté a él…, pero, en fin, aquí no se puede trabajar los domingos. Todo está cerrado.

Y eso fue lo que posteriormente pudieron comprobar. Visitaron una docena de puertas atrancadas y regresaron desconsoladamente al hotel para almorzar. Un aborigen al que hicieron unas preguntas huyó disparado en cuanto oyó la palabra «policía». Eso fue todo lo que pudieron averiguar respecto a la reacción local.

—Por hoy habrá que dejarlo —dijo Corker—. De todos modos, no es difícil ver cuál es la reacción. Diré sencillamente que el gobierno cooperará con las democracias mundiales con cualesquiera medidas que traten de fomentar la paz y la justicia, pero que confía en su propia capacidad de mantener el orden sin necesidad de una intervención extranjera. Este va a ser un día de descanso para mí.

Shumble se guardó la noticia para sí, y envió furtivamente una larga crónica aprovechando un momento en que no había colegas en la central de telégrafos.

De modo que la lluvia siguió cayendo y pasó la tarde y la noche y luego volvió a amanecer.

*

William y Corker se dirigieron a la Oficina de Prensa. El doctor Benito, su director, estaba ausente pero el encargado de la oficina tomó nota de sus nombres en el libro mayor y les entregó sendas tarjetas de identidad. Se trataba de pequeños documentos de color anaranjado, impresos originalmente para el registro de las prostitutas. El espacio para la huella dactilar estaba ocupado ahora por una foto de pasaporte, sobre la que habían escrito en pulcros caracteres ismailíes la palabra «periodista».

—¿Qué clase de tipo es este Benito? —preguntó Corker.

—Un tipo espantoso —dijo Pigge.

Fueron a visitar su consulado, situado a casi diez kilómetros de la ciudad, en el recinto de la legación. También allí tuvieron que registrarse y, además, comprar una póliza de una guinea. El vice-cónsul era un joven de desaseado cabello pelirrojo. Cuando tomó en sus manos el pasaporte de William se quedó mirándolo fijamente y dijo:

—¡Dios Santo! Hola, Bestia.

—Hola, Burro.

Se conocían de la época del internado de lujo. Corker no entendió nada de nada.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —preguntó el vice-cónsul.

—Se supone que soy un corresponsal.

—Increíble, divertido. ¿Cenas conmigo?

—Bien.

—¿Esta noche?

—Bien.

—Fantástico.

Una vez en la calle, Corker le dijo:

—Hubiese podido invitarme a mí también. Es el tipo de contacto que me resolvería muchos problemas.

*

Ese mismo día, a la hora del almuerzo, se supo la noticia de Shumble.

En Jacksonburg, la entrega de telegramas era irregular y bastante caprichosa debido a que ninguno de los mensajeros sabía leer. El método corriente consistía en esperar a que se acumulase media docena, y luego enviar a un chico a pasear por ahí con ellos hasta que alguien los reclamaba. Enviado precisamente a una de estas misiones, un viejo guerrero armado de un arco se presentó en el comedor del Hotel Liberty y les ofreció a William y Corker unos cuantos sobres.

—Quieto, muchacho —dijo Corker—. Yo me haré cargo de todo eso.

Entregó una propina al tipo, recibió un beso en la rodilla a modo de agradecimiento, y procedió a estudiar los telegramas.

—Uno para usted, otro para mí, y uno para cada uno de los miembros de la pandilla.

William abrió el suyo. Decía lo siguiente: MALAMENTE DISFRAZADO EMBAJADOR SOVIÉTICO NOTICIAS RÁPIDO BEAST.

—¿Le importaría traducírmelo?

—Malas noticias, hermano. Fíjese en el mío. LLEGADA AGENTE ROJO PRIMERA ECHO ENTREVISTA URGENTE AULLIDO. Veamos los otros.

Antes de que le sorprendieran tuvo tiempo de abrir seis. Todos trataban del mismo tema. El del *Twopence* decía: INVESTIGUE AUTENTICIDAD SUPUESTA DELEGACIÓN SOVIÉTICA STOP CABLEGRAFÍE TARIFA A PLAZOS. El de Jakes contenía más detalles que ninguno: ECHO DE LONDRES INFORMA ENVIADO RUSO LLEGÓ SÁBADO DISFRAZ FERROVIARIO STOP MOSCÚ NIEGA STOP CONFIRME O DESMIENTA CON DETALLES. El de Shumble decía: ECHO PISA NOTICIA MUNDIAL FELICIDADES SIGA ASÍ ECHO.

—¿Lo entiende ahora? —dijo Corker.

—Creo que sí.

—Nos ha jugado una mala pasada en nuestras propias narices. Ya sabía yo que nos crearía problemas.

—Pero, de hecho, ese hombre es un funcionario del ferrocarril. Esta mañana le he visto en la taquilla cuando he ido a preguntar por el equipaje.

—Claro que lo es. Pero ¿de qué nos sirve eso a nosotros? Shumble ya ha difundido la noticia. Ahora no nos queda más remedio que encontrar a un agente soviético o inventarnos lo que sea.

—O explicar que se trata de una confusión.

—Muy arriesgado, amigo, y muy poco profesional. Eso puedes hacerlo una o dos veces, cuando te encuentras en una situación verdaderamente de emergencia, pero no compensa. No les gusta publicar desmentidos. Es lógico. Destruye la confianza que la gente ha depositado en la prensa. Además, da la sensación de que no estemos trabajando bien. Sería demasiado fácil que cada vez que un tipo consigue una exclusiva sensacional los demás la desmintieran. Y tengo que reconocer que Shumble ha sido muy listo. La idea era magnífica…, aunque la barba le ha sido de gran ayuda… Seguro que se me hubiera ocurrido a mí de no haber estado tan fastidiado por lo del equipaje.

Otros periodistas se amontonaban a su alrededor reclamando sus telegramas. Corker fue entregándoselos a regañadientes. No había tenido tiempo de abrir el de Pigge.

—Toma, hermano —le dijo—. Te lo he guardado. Algunos de esos tipos pretendían leerlo antes que tú.

—No me digas —replicó Pigge con frialdad—. Pues bien, si quieren verlo, aquí está.

Era como todos los demás. DÍCESE MISIÓN BOLCHEVIQUE ASUME CONTROL INFORME URGENTEMENTE.

La cacería ya estaba en marcha. Aquel día nadie tuvo tiempo de almorzar. Estaban todos peinando la ciudad en busca de rusos.

El único que mantuvo la calma fue Wenlock Jakes. Comió en paz y luego llamó a Paleologue.

—Vamos a acabar con este rumor —dijo—. Vete a la Oficina de Prensa y consigue que Benito publique un *démenti* antes de las cuatro de la tarde. Cuídate tú mismo de que lo coloquen en el tablón de anuncios de la central de telégrafos y del hotel. Y haz correr entre los muchachos que la noticia ya no es tal.

El tono en que habló era grave, pues no le gustaba destruir un rumor tan bueno como ese.

Y así fue como se corrió la voz.

En los principales centros europeos de la capital fue expuesto este comunicado oficial:

Desmentimos categóricamente que haya representantes diplomáticos soviéticos ante la República de Ismailía. También es absolutamente falsa la información, difundida por intereses subversivos, según la cual el sábado pasado llegó a Jacksonburg un ciudadano ruso. El tren iba ocupado exclusivamente por representantes de la prensa extranjera, más un empleado del Ferrocarril.

GABRIEL BENITO

Ministro de Asuntos Exteriores y Propaganda

La prensa actuó al unísono, y la sensacional exclusiva de Shumble falleció poco después del parto. William envió su primer telegrama de prensa desde Ismailía: MENTIRA PODRIDA ASUNTO BOLCHEVIQUE SIMPLE REVISOR NECIO LLAMADO SHUMBLE CREYÓ POSTIZA SU BARBA PERO ES AUTÉNTICA CABLEGRAFIARÉ DE NUEVO SI NOTICIAS AQUÍ LLUVIOSO ATENTAMENTE WILLIAM BOOT. Y luego se fue a cenar con el vice-cónsul británico.

*

Jack Bannister, apodado «Burro» cuando tenía diez años, residía en una pequeña villa del recinto de la legación. Él y William cenaron solos en una mesa iluminada con velas. Dos silenciosos muchachos de uniforme blanco les atendían. El animalito de compañía que se había procurado Bannister, un leopardo que distaba mucho de estar completamente domado, ronroneaba junto a la chimenea. Cenaron agachadizas, cazadas recientemente por el primer secretario. Bebieron jerez y también borgoña y oporto, y, para celebrar la llegada de William, diversas rondas más de oporto. Luego se instalaron en sendas butacas y tomaron brandy. Charlaron del colegio y de los

pájaros y las fieras de Ismailía. Bannister le mostró su colección de pieles y huevos.

Hablaron de Ismailía.

—Nadie sabe si este país posee minerales porque nadie ha venido a comprobarlo. El mapa entero es un chiste —le explicó Bannister—. Ningún topógrafo ha estudiado nada; y la mitad de su extensión no ha sido explorada jamás. Por ejemplo; fíjate en esto —dijo, bajando un mapa de los anaqueles y desplegándolo ante William—. ¿Ves esta ciudad que indica aquí, Laku? Está marcada como una urbe de unos cinco mil habitantes, y situada a setenta y cinco kilómetros al Norte de Jacksonburg. Pues bien, esa ciudad jamás ha existido. Laku es una palabra ismailí que significa «No sé». Cuando la comisión de fronteras intentó, en 1898, pasar hacia Sudán, fijó en este lugar su campamento. Alguien le preguntó a uno de los muchachos ismailíes que cómo se llamaba la colina, a fin de registrarlo. El chico contestó, «Laku», y en todos los mapas posteriores han ido copiando esa inscripción errónea. Como al presidente Jackson le gusta que su país parezca importante en los atlas, hizo que en esta edición Laku figurase como una población muy grande e importante. Cuando los franceses llegaron a este país nombraron incluso un cónsul en Laku.

Finalmente pasaron a charlar de política.

—No comprendo por qué se os ha ocurrido venir aquí a todos vosotros —se quejó tristemente Bannister—. No tenéis ni idea de hasta qué punto nos complicáis el trabajo. Al ministro tampoco le ha hecho ninguna gracia. Los del Ministerio de Asuntos Exteriores le van a matar a disgustos.

—Pero ¿no está a punto de estallar una guerra?

—Bueno, suele haber alguna que otra escaramuza todos los años, en cuanto cesan las lluvias. Las montañas están repletas de mala gente. Cuando termina de recaudar la contribución, Gollancz suele salir a cazar a unos cuantos.

—¿Y eso es todo?

—Ojalá lo supiéramos nosotros. Pasan cosas bastante raras. Según nuestras informaciones, lo único que ocurre es que Smiles se peleó con los Jackson la pasada Navidad, y que luego se fue a las colinas. Es lo que suele hacer todo el mundo cuando tiene una pelea con los Jackson. O sea que enseguida nos olvidamos del asunto. Y la siguiente noticia que tuvimos fue que en Europa habían sido establecidos un montón de falsos consulados y que Smiles había formado un gobierno nacionalista. La verdad, nada de eso tiene mucho sentido. En Ismailía jamás ha habido nada que se pareciese a un gobierno fuera de Jacksonburg, y, como has podido comprobar, aquí todo está absolutamente tranquilo. Pero no hay duda de que hay alguien que le está dando dinero a Smiles, y también armas, supongo. Es más, a nosotros no nos cae demasiado bien el presidente. Cada vez se da más aires de superioridad, cuando apenas hace seis meses que comía de nuestra mano. Una empresa británica ha obtenido una concesión para construir la nueva carretera costera. El pasado

noviembre quedó todo listo, a falta solamente de la firma. Pero ahora el Ministerio de Obras Públicas ha empezado a hacerse el remolón, y dicen que cuentan con el apoyo del presidente. No puedo decir que me guste el cariz que está tomando el asunto, pero la llegada de tantos periodistas no contribuye precisamente a hacernos las cosas más fáciles.

—Nosotros nos hemos pasado el día entero ocupadísimos debido a una información según la cual había llegado un agente ruso que estaba a punto de hacerse cargo del control del gobierno.

—Oh —dijo Bannister, mostrándose repentinamente interesado—. ¿Así que os habéis enterado de eso, eh? ¿Qué decía exactamente la noticia?

William se lo contó.

—Sí, parece que os han tomado el pelo.

—¿Quieres decir que esa información era cierta?

Bannister puso cara de diplomático durante unos momentos, y luego dijo:

—Bueno, no veo nada de malo en que tú lo sepas. De hecho, a juzgar por lo que me ha dicho hoy el señor ministro, supongo que nada sería más útil que darle cierta publicidad a la cuestión. De hecho *sí* hay un ruso aquí, un tal Smerdyakev, un judío venido directamente de Moscú. Que, naturalmente, no llegó disfrazado de revisor de trenes. Lleva aquí algún tiempo…, de hecho vino en el mismo tren que Hitchcock y ese periodista norteamericano. Pero ahora se oculta, y vive con Benito. No sabemos exactamente cuáles son sus intenciones; pero, sean cuales sean, seguro que no coinciden con las del gobierno de Su Majestad. Si quieres enterarte de una noticia verdaderamente interesante, trata de seguirle los pasos.

Durante la estación de las lluvias se tardaba media hora en coche desde el barrio de la embajada hasta el centro de la ciudad. Increíblemente excitado, William dejó que el taxi le sacudiera y traqueteara. Durante los últimos días había acabado por contagiarse de la enfermedad profesional de Corker y sus colegas, había sentido la misma consternación que ellos ante la desaparición de Hitchcock, se había regocijado calladamente cuando la exclusiva de Shumble fue barrida por el desmentido oficial. Y ahora era *él* quien escondía algo en la manga; una noticia soplada directamente desde las más altas esferas, un notición de tremenda importancia internacional. Su intervención podía evitar o precipitar una guerra mundial; imaginó que su nombre aparecía en futuros libros de historia: «*… la crisis ismailí de aquel año, cuya verdadera trascendencia fue captada y revelada únicamente gracias a los recursos de un periodista británico llamado William Boot…*». Algo mareado ante semejante perspectiva, y debido también a la cantidad de alcohol que había ingerido y a los horribles rigores del viaje en taxi, se presentó en el Liberty pero vio que las luces del salón ya habían sido apagadas, y que sus colegas se habían ido a acostar.

Con grandes esfuerzos, consiguió despertar a Corker.

—¡Por todos los diablos! Menuda trompa lleva. Acuéstese y déjeme en paz, hermano.

—Despierte, tengo una noticia.

Esta palabra eléctrica bastó para que Corker se despertara y se sentase en la cama.

Rebosante de orgullo, William le contó de cabo a rabo todo lo que había averiguado durante la cena. Cuando terminó, Corker volvió a dejarse caer sobre sus arrugadas almohadas.

—Hubiese tenido que imaginármelo —dijo amargamente.

—Pero ¿no lo comprende? ¡Es una auténtica noticia! Y contamos con el respaldo de la legación. El ministro en persona quiere que se publique la noticia.

Corker se volvió hacia un lado.

—Eso ya no es noticia —dijo.

—Pero es que Shumble se confundió. Ahora ya sabemos cuál es la verdad. En Europa causará sensación.

Corker volvió a hablar, esta vez de modo terminante:

—Sea buen chico y métase en cama. Después de ese desmentido, nadie va a publicar una noticia así. Los agentes rusos han quedado descartados del menú, hermano. Shumble ha tenido muy mala suerte, la verdad. Se enteró de un buen asunto sin tener suficientes datos, y dio un toque precioso con eso de la barba postiza. Su noticia era muchísimo mejor que la nuestra, en todos los sentidos, pero la hemos matado entre todos. Apague la luz.

*

En su habitación del anexo, Sir Jocelyn Hitchcock tapó el agujero de la cerradura con papel grueso y, de modo circunspecto, encendió una lamparita con una pantalla. Hirvió un poco de agua y se preparó una taza de cacao; la bebió; luego se dirigió al mapa que tenía colgado en la pared, sacó la banderita, meditó unos instantes mientras su mano planeaba vacilante sobre unos picos no escalados y unos ríos de curso desconocido, tomó finalmente una decisión, y la clavó con firmeza en el punto marcado con la señal de la ciudad de Laku. Después apagó la luz y se metió felizmente en cama.

Capítulo segundo

Martes por la mañana; lluvia a las seis; la máquina de escribir de Jakes a las seis y cuarto; el primer grito de «chico» pocos minutos más tarde.

—¡Chico! —gritó Corker—. ¿Dónde está el *mío*?

—El suyo estar plisión —dijo el de William.

—¡Voto a tal! ¿Qué ha hecho?

—Policía enfadarse con él —dijo el de William.

—Bueno, quiero un té.

—De acuerdo. Mismo ahora.

El arzobispo de Canterbury que, como es bien sabido, está detrás de la empresa Imperial Chemicals…, escribió Jakes.

Shumble, Whelper y Pigge se despertaron, desayunaron y se vistieron, pero apenas dijeron nada.

—¿Vais a salir? —preguntó Whelper finalmente.

—¿A ti qué te parece? —dijo Shumble, abandonando la habitación.

—Está dolido —comentó Pigge.

—Por lo de su noticia —dijo Whelper.

—Cualquiera lo estaría —dijo Pigge.

Sir Jocelyn se preparó un cacao y abrió una lata de lengua. Recontó las provisiones que le quedaban, y se sintió satisfecho.

A su debido tiempo, Corker y William salieron en pos de noticias.

—Lo mejor será intentarlo primero en la estación —propuso Corker—. A lo mejor ha llegado nuestro equipaje.

Subieron a un taxi.

—¡Estación! —gritó Corker.

—Bien —dijo el taxista, partiendo por la calle mayor a través del diluvio.

—Vaya por Dios, nos lleva otra vez a casa del sueco.

Y allí fue, naturalmente, donde les dejó.

—Buenos días —saludó Erik Olafsen—. Encantado de verles. Siempre estoy encantado de ver a mis colegas. Vienen muy a menudo. Casi siempre que toman un taxi. ¿Se han enterado de la noticia?

—No —dijo Corker.

—Dicen por ahí que el sábado llegó un ruso en el tren.

—Sí, de esa sí nos habíamos enterado.

—Pero eso es un error.

—No me diga.

—En serio. Hubo una confusión porque ese hombre es un revisor suizo. Hace muchos años que le conozco. Pero, háganme el favor de pasar.

William y Corker siguieron a su anfitrión hasta su despacho. Había una estufa en un rincón, y encima una enorme cafetera. El aroma del café llenaba toda la habitación. Olafsen sirvió tres tazas.

—Están ustedes a gusto en el Liberty, ¿verdad?

—¡No! —contestaron William y Corker simultáneamente.

—Era de suponer —dijo Olafsen—. Mrs. Jackson es una mujer muy devota. Cada domingo viene a nuestro oficio religioso de la tarde. Pero ya me imaginaba que no estarían ustedes muy a gusto. ¿Conocen a mis amigos Shumble, Whelper y Pigge?

—Sí.

—Son unos caballeros encantadores, y muy inteligentes. También ellos dicen que no están nada a gusto.

El sueco parecía abrumado de sólo imaginarse tan escaso confort. Alzó la mirada por encima de las cabezas de sus huéspedes con aquellos ojos tan enormes y pálidos que parecían contemplar panoramas infinitamente profundos de incomodidad, como si fuese un nuevo Sansón ciego y aherrojado, con sus vendas y sus biblias y su taza de café humeante y muy cargado, apenas capaz de arrancar una piedrecita de la enorme montaña que oprimía a la humanidad. Soltó un gemido.

Sonó la campanita que había en la puerta de la tienda. Olafsen se puso en pie de un salto.

—Discúlpenme —dijo—. Los aborígenes me roban todo lo que pillan.

Pero no era un aborigen. William y Corker pudieron ver al recién llegado desde sus asientos del despacho. Era una mujer blanca; una joven. Unos empapados mechones rubios se le pegaban a las mejillas. Iba calzada con botas de goma, brillantes y mojadas, salpicadas del barro de las calles. Su impermeable dejaba escurrir los goterones sobre el linóleo, y llevaba también un semiabierto e igualmente goteante paraguas, que mantenía apartado a un lado. Era un paraguas corto y viejo; cuando era nuevo debía de ser muy barato. La joven hablaba en alemán, compró alguna cosa, y volvió a salir a la lluvia.

—¿Quién es esa Greta Garbo? —preguntó Corker cuando regresó el sueco.

—Es una señora alemana. Lleva aquí algún tiempo. Tenía marido, pero me parece que ahora está sola. Él tuvo que salir a realizar no sé qué trabajo fuera de la ciudad, y me parece que ella no tiene ni idea de dónde pueda estar. Imagino que no regresará. Ella vive en la pensión alemana, la de Frau Dressler. Ha venido a por una medicina.

—Por su aspecto, se diría que la necesitaba —dijo Corker—. Bien, tenemos que irnos a la estación.

—Sí. Esta tarde llega un tren especial. Otros veinte periodistas.

—Vaya.

—Es un gran placer para mí conocer a tantos colegas distinguidísimos. Y es un honor trabajar a su lado.

—No es mala gente el tipo este —dijo Corker cuando el taxi les alejaba de allí—. Siempre pienso que los suecos no son del todo extranjeros, sabes. Se nos parecen bastante.

*

Al cabo de tres horas William y Corker se disponían a tomar el almuerzo. El menú del Liberty apenas variaba; sardinas, buey y pollo para comer; sopa, buey y pollo para cenar; duros y homogéneos cubos de buey, a veces con salsa Worcester, otras con ketchup; fibrosos husos de pollo acompañados de guisantes con abolladuras grisáceas.

—No siento ninguna pasión por la comida que me sirven —dijo Corker—. Debe de ser a causa de la altitud.

Todo el mundo estaba desanimado; había sido una mañana inútil; la ausencia de Hitchcock pesaba como una nube tormentosa sobre todos los clientes del Liberty, y había una demora de catorce horas para transmitir desde la central de telégrafos, porque Wenlock Jakes se había dejado llevar por su rumboso estilo en una crónica de color local.

—La carne está asquerosa —dijo Corker—. Dígale a la directora del hotel que venga…

No muy lejos de ellos, Jakes comía con tres negros a los que había invitado. Todo el mundo miraba esa mesa con recelo, y escuchaba todo lo que podía, pero el gran as norteamericano de la prensa no parecía hablar más que de sí mismo. Al cabo de un rato el camarero les sirvió el pollo.

—¿Dónde está la directora? —preguntó Corker.

—No venir.

—¿Qué quiere decir eso de «no venir»?

—Directora sólo decir periodista irse a freír espárragos —dijo el muchacho, más explícitamente.

—¿Qué le dije? Ni el más mínimo respeto por la prensa. *Salvajes*

Abandonaron el comedor. En la sala, apoyándose en un solo pie y en su cayado, se encontraba el anciano guerrero que repartía los telegramas. El de William decía:

SUPONEMOS PREPARARSE GARANTIZAR INFORMACIÓN EN CASO ESTALLIDO HOSTILIDADES GENERALIZADAS.

—No vale la pena contestar —dijo Corker—. De todos modos, no transmitirían la respuesta hasta mañana por la mañana. Pensándolo bien —añadió cariacontecido—, no vale la pena enviar nada. Mire el mío.

TELEGRAFÍE MÁS DETALLADAMENTE FRECUENTEMENTE

RÁPIDAMENTE STOP SUS CRÓNICAS PEORES QUE RESTO CARECEN INTERÉS HUMANO DRAMATISMO COLORIDO PERSONALIDAD HUMOR INFORMACIÓN ROMANTICISMO VITALIDAD.

—No podemos quejamos de falta de franqueza, ¿eh? —dijo Corker—. Así se les lleve el diablo.

Esa tarde ocupó la plaza de Shumble en la partida de cartas. William durmió.

*

El tren especial llegó a las siete. William fue a recibirlo, como todos los demás.

El ministro ismailí de Asuntos Exteriores se presentó en la estación con todo su acompañamiento. («Espera la llegada de algún personaje», dijo Corker). El ministro llevaba sombrero hongo y ancha capa militar. El jefe de estación dispuso una silla dorada para él, y allí se instaló el ministro, tieso como un daguerrotipo, algo así como un negativo de una gran personalidad victoriana, la cara negra, las patillas blancas, las manos negras. Cuando los fotógrafos empezaron a disparar sus cámaras, el personal del ministerio se enzarzó en una pelea por aparecer en primer término, y acabó eclipsando a su jefe. A los fotógrafos les importó un pimiento porque no hacían más que matar el tiempo y no esperaban que sus fotos pudieran tener interés alguno.

Finalmente la pequeña locomotora se asomó por la curva silbando y echando chispas por la chimenea. En cuanto se detuvo, los pasajeros de segunda y tercera clase —aborígenes y mestizos— saltaron al andén y saludaron a sus parientes con besos y lágrimas. La policía de la estación se mezcló con ese grupo y se dedicó a zarandear a los levantinos y a atizar a los aborígenes con sus porras. Los pasajeros de primera bajaron más lentamente; ya habían adquirido la expresión de ansioso resentimiento habitual en todos los blancos de Jacksonburg. Eran, todos y cada uno de ellos, periodistas y fotógrafos.

El visitante distinguido no había llegado. El ministro de Asuntos Exteriores esperó a que la última acalambrada y temerosa figura saliera del vagón de primera, y luego, tras despedirse del jefe de estación, se fue. La policía de la estación abrió con dificultades un pasillo, pero al ministro le costó bastante trabajo llegar a su coche.

Los mozos empezaron a descargar y llevarse el equipaje al barracón de la aduana. Sobre la cabeza del primero de ellos William distinguió su paquete de palos huecos; luego, nuevos bártulos suyos: la canoa plegable, el muérdago, la ropa a prueba de hormigas. Corker, que estaba a su lado, soltó una exclamación de alegría. ¡El furgón perdido había llegado! Misteriosamente, aparecía ahora enganchado a este tren especial. De hecho, ocupaba el lugar del furgón correspondiente a esta composición. El de los viajeros recién llegados debía de estar abandonado en alguna vía muerta, a

varias estaciones de su lugar de destino, con el equipaje de los nuevos visitantes de Jacksonburg. Su desesperación no hizo, pues, sino incrementarse, pero Corker estaba alborozado y esa noche, antes de cenar, colocó su elefante en un lugar destacado del dormitorio. Sin abandonar su buen humor, presentó a William a un par de fotógrafos por los que sentía especial aprecio.

—Parece que no cabremos —dijeron.

—En absoluto —contestó Corker—. Nos encanta vuestra compañía, ¿verdad, Boot?

Uno de ellos se quedó el recién llegado camastro de campaña de William; el otro expresó su voluntad de «echarse en el suelo», al menos durante la primera noche. En el Liberty todo el mundo se conformó con echarse en el suelo. Mrs. Jackson les recomendó que fueran a instalarse en las pensiones de sus amigas, pero todos contestaron lo mismo:

—No, gracias. Preferimos echarnos en el suelo y estar con la pandilla.

La pandilla llenó el hotel a rebosar. Había un total de casi cincuenta muchachos de la prensa. Se instalaron en el salón y el comedor, unos sentados, otros de pie, otros apoyados en las paredes; algunos se hablaban al oído, imaginando que de este modo su diálogo permanecía en secreto; otros compartían las tomaduras de pelo y la ginebra. La factura de estas actitudes tan hospitalarinas las pagaban sus respectivas empresas, pero todo el mundo observó escrupulosamente las normas. «Esta ronda la pago yo». «Qué va, esta me toca a mí…». «Ahora invito yo». «Bien, pero la próxima, yo». Todos, menos Shumble, que seguía su costumbre de beber abundantemente cada vez que alguien invitaba, sin ofrecerse jamás a pagar él.

—¿Para qué diablos has venido? —le preguntó malhumoradamente Corker a uno de los recién llegados—. ¿Se puede saber qué les pasa a los de la central? Además, ¿qué demonios está ocurriendo aquí?

—Es una guerra ideológica. Y hoy sólo hemos venido la mitad. En la costa se han quedado otros veinte que no cabían. No veas lo tristes que se han puesto al ver que nos íbamos. Esa costa es espantosa.

—Pues esto también es de espanto.

—Ya, ya entiendo…

En la habitación de William apenas nadie durmió esa noche. El fotógrafo que se tumbó en el suelo lo encontró húmedo y con corrientes de aire, así como, a medida que transcurrían las horas, insoportablemente duro. Se volvía y revolvía, se tendía de espaldas y luego boca abajo. Cada vez que cambiaba de posición soltaba tales gruñidos, que casi parecía que estuviese agonizando. De vez en cuando daba la luz para buscar más mantas. Al amanecer, cuando la gotera empezó a descargar lluvia cerca de su oreja, había empezado a dormitar muy inquieto, completamente vestido con abrigo y gorra de tweed incluidos, y estaba envuelto en todos los trapos a los que

había podido echar mano, entre otras cosas las cortinas y un par de chales orientales de Corker. Tampoco al otro fotógrafo le fueron mejor las cosas. El camastro de campaña parecía menos estable de lo que le había parecido a William en el momento de comprarlo; a lo mejor estaba mal montado; quizá se habían olvidado de colocar alguna de las piezas más importantes. Fuera por lo que fuese, la cuestión es que se hundía una y otra vez, y William acabó temiendo que su canoa fuese igualmente insegura.

A primera hora de la mañana telefoneó a Bannister y, siguiendo su consejo, se mudó a la pensión de Frau Dressler.

—Me parece un error, hermano —dijo Corker— pero, dado que está decidido, me pregunto si le importaría llevarse allí mis recuerdos. No me gusta nada el modo en que los mira Shumble.

*

La Pensión Dressler se encontraba en una callejuela secundaria y, a primera vista, no tenía aspecto de hotel sino de granja. El cerdo de Frau Dressler, atado de la pata trasera a la jamba de la puerta principal, rondaba por el patio de la fachada disputándose con las aves de corral los restos de comida que echaban allí los cocineros. Era una bestia prodigiosa. Los huéspedes de Frau Dressler lo empujaban a un lado cuando se dirigían al comedor, imaginando lo sabroso que estaría algún día y especulando sobre la fecha en la que llegaría la matanza. La cabra lechera tenía un radio de acción más limitado; los que no se apartaban ni un paso de la calzada no corrían peligro alguno, pero la cabra no se conformaba jamás con las limitaciones que le habían impuesto y, día sí, día no, intentaba lanzar meteóricas arremetidas contra los viandantes, terminando, al llegar al final de la cuerda, con una sacudida que hubiera sido suficiente para provocar la muerte de un animal de cualquier otra especie. Todos temían que algún día se rompiera la cuerda; también lo sabía la cabra, y lo mismo los huéspedes de Frau Dressler.

También había un ganso, propiedad del vigilante nocturno, y un perro con sólo tres patas, que ladraba furiosamente desde la boca de un tonel; según decían, había pertenecido al ya difunto Herr Dressler. Otros animales domésticos —mandriles, gorilas, panteras— iban y venían por entre los huéspedes de Frau Dressler. Todos ellos residían, con diversos grados de libertad, en el patio de la fachada, y se movían con cautela por miedo a la cabra lechera.

A consecuencia quizá del vigor de todo este ganado, el jardín y el huerto apenas habían prosperado. Un pequeño macizo acotado por botellas de vidrio no producía más que una floración anual de las mismas lozanas plantas de flor roja que brotaban

por todo Jacksonburg una vez terminada la estación de las lluvias. Dos plátanos que jamás habían dado frutos crecían junto a la cocina, y entre los dos asomaba una buena mata de hashish que el cocinero cuidaba y cultivaba para su propio solaz. También el vigilante nocturno tenía un pequeño arbusto cuyas vainas poseían según él propiedades intoxicadoras.

Desde el punto de vista arquitectónico, la Pensión Dressler era un engendro. Había tres edificios principales dispuestos irregularmente en los mil y pico de metros cuadrados de terreno: eran todos de una sola planta, con techo de hojalata y construidos con troncos y cascotes, y rodeados de soportales de madera; los dos más grandes estaban divididos en habitaciones; el más pequeño albergaba el comedor, el salón y aquella misteriosa y bien cerrada habitación en la que dormía Frau Dressler. Todos los objetos de valor o interés de la pensión estaban guardados tras el cerrojo de esta habitación, y cada vez que alguien necesitaba algo —dinero, provisiones, sábanas, números atrasados de revistas europeas— siempre podía obtenerlo de debajo de la cama de Frau Dressler. Había una cabaña a la que llamaban «baño» y donde, dando aviso con antelación y tras el reclutamiento de mano de obra adicional, se podía llenar una bañera metálica de agua templada, que luego disfrutaban los huéspedes en la semipenumbra y con la compañía de una colonia de murciélagos. Estaba además la cocina, no lejos de los demás edificios. Era el reino del humo y la ira, en el que solían oírse los gritos de reprimenda de Frau Dressler. Y estaban también las habitaciones del servicio, un grupo de chozas con techo de paja, forma circular y desprovistas de ventanas, que emitían a todas horas del día un acogedor aroma de humo de leña y curry; ese sector era además un centro de voluble hospitalidad que culminaba frecuentemente con canciones y rítmicos palmoteos al anochecer. El vigilante nocturno tenía su propia guarida, donde vivía morosamente con un par de arrugadas esposas. Era un fuerte y viejo guerrero que dedicaba sus escasas horas de vigilia a limarse las plantas de los pies con su daga o a engrasar el cerrojo de su antiguo rifle.

El número de huéspedes de Frau Dressler oscilaba entre tres y una docena. Eran europeos, generalmente de escasos medios y buen carácter. Frau Dressler había vivido toda su vida en África, y tenía muy buen olfato para los desafortunados. Había errado hasta esta ciudad procedente de Tanganika, después de la guerra, y dejando por el camino, nadie sabía dónde, a Herr Dressler. En Jacksonburg había unos cuantos alemanes con empleos humildes en el barrio comercial. El centro de sus vidas era Frau Dressler, que les permitía la entrada en su pensión los sábados por la noche, después de que los huéspedes hubieran cenado, a jugar a los naipes o al ajedrez, y a escuchar la radio. Solían beberse una botella de cerveza por cabeza; a veces sólo tomaban café, pero no se autorizaba la presencia de nadie que no gastara algún dinero. Por Navidad instalaban un árbol adornado en el salón y celebraban una

fiesta a la que asistía —y que financiaba en parte— el embajador alemán. Los misioneros siempre recomendaban el establecimiento de Frau Dressler a los visitantes que buscaban un alojamiento barato y respetable.

Frau Dressler era una mujer grandota y desaseada, poseedora de unas energías ilimitadas. Cuando William fue en su busca, la encontró riñendo a un grupo de campesinos aborígenes desde la escalera que daba acceso al comedor. El significado de sus palabras escapó a William, pues hablaba —pero muy mal— el ismailí, de modo que también se les escapaba a los aborígenes, que sólo conocían el dialecto de sus respectivas tribus. Pero el tono resultaba inconfundible. A los campesinos no les importó. Esta era una característica cotidiana de sus vidas. Cada amanecer se presentaban frente al comedor de Frau Dressler y exponían allí sus productos: pimientos picantes, verduras, huevos, pollos y queso fresco de una variante local. Cada hora aproximadamente Frau Dressler les preguntaba cuál era el precio que pedían por todo aquello, y luego les decía que ya podían largarse. A las once y media, todos los días, cuando le llegaba la hora de empezar a preparar el almuerzo, Frau Dressler hacía las compras necesarias, y a los precios que hacía ya mucho tiempo que todos estaban de acuerdo en que eran los más justos.

—Son unos ladrones y unos impostores —le dijo Frau Dressler a William—. Llevo quince años en Jacksonburg y todavía creen que pueden estafarme. Cuando llegué aquí me hicieron pagar los precios más desorbitados: dos dólares por el cordero; diez centavos por una docena de huevos. Pero ahora estoy mejor enterada de lo que hay que pagar.

William le dijo que quería una habitación. Ella le recibió cordialmente y le condujo al otro extremo del patio. El perro de tres patas ladró furiosamente desde su barril; la cabra lechera salió disparada contra él como el corcho de una escopeta de juguete, y, también como ese tapón, fue bruscamente detenida en cuanto llegó al extremo de su cuerda; el ganso del vigilante nocturno siseó y se esponjó el plumaje. Frau Dressler cogió una piedra Y le dio de lleno en la pechuga.

—Siempre tienen ganas de jugar —dijo—, sobre todo la cabra.

Llegaron a los soportales, donde encontraron cobijo de la lluvia y los animales. Frau Dressler abrió de un empujón una puerta. En el dormitorio había unas maletas, unas medías de mujer colgadas de los pies de la cama, unos zapatos de mujer apoyados contra la pared.

—Ahora hay aquí una chica. Pero se irá.

—Oh…, por favor. No quisiera que tuviese que echar a nadie.

—Se irá —repitió Frau Dressler—. Es mi mejor habitación. Aquí encontrará todo lo que pueda desear.

William pasó revista al escaso mobiliario; y a los adornos, escasos pero, de todos modos, dolorosamente superfluos.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

Una caravana de mozos llevó el equipaje de William desde el Hotel Liberty hasta allí. Una vez reunido todo, daba la sensación de que llenaba la habitación a rebosar. Los porteadores se quedaron en los soportales, esperando su paga. El criado personal de William se ausentó en cuanto percibió los primeros signos de la mudanza. Frau Dressler les echó de allí con unas cuantas monedas de cobre y una cascada de insultos.

—Mejor será que me dé a mí todo lo que sea de valor —le dijo a William—. Estos aborígenes son unos malvados.

William le entregó los objetos artísticos de Corker; y ella se los llevó a su habitación y los dejó bien guardados debajo de su cama. William procedió a deshacer las maletas. Al poco rato oyó que llamaban a su puerta, y esta se abrió. William estaba de espaldas, arrodillado delante de su baúl a prueba de hormigas.

—Por favor —dijo una voz de mujer. William se volvió—. Por favor, ¿podría recoger mis cosas?

Era la chica a la que había visto el día anterior en la tienda del sueco. Llevaba puesto el mismo impermeable, las mismas botas de agua salpicadas. Y parecía tan empapada como entonces. William se puso en pie de un salto.

—Desde luego. Permítame que la ayude.

—Gracias. No hay gran cosa. Pero esta bolsa pesa mucho. Contiene algunas de las cosas de mi marido.

Recogió las medias del pie de la cama. Introdujo el brazo en una de ellas y le mostró dos anchos agujeros; sonrió, las enrolló hasta formar una pelota y se las metió en el bolsillo del impermeable.

—Esto es lo que más pesa —dijo, señalando una bolsa de cuero. William intentó levantarla. Cualquiera hubiera dicho que estaba llena de piedras. La chica la abrió. Y *estaba* llena de piedras—. Son los especímenes de mi marido —dijo—. Él quería que cuidase bien de ellos. Son muy importantes. Aunque no creo que nadie pudiera robarlos. Por lo que pesan.

William consiguió a duras penas arrastrar la bolsa.

—¿A dónde?

—Tengo una habitacioncita junto a la cocina. Está en lo alto de una escalera. Va a resultar bastante difícil subir los especímenes. Le he pedido a Frau Dressler que los guardara en su habitación, pero me ha dicho que no. Dice que carecen de valor. Es lógico. Al fin y al cabo, ella no sabe nada de ingeniería.

—¿Quiere dejar la bolsa aquí mismo?

Su rostro se iluminó.

—¿No le importa? Sería muy amable de su parte. Pensaba que era lo mejor, pero

no sabía qué clase de persona sería usted. Me dijeron que era periodista.

—Y lo soy.

—Ya sé que la ciudad está repleta de periodistas, pero jamás habría dicho que usted lo era.

—No entiendo por qué razón Frau Dressler me ha dado esta habitación —dijo William—. Me hubiera parecido muy bien cualquier otra. ¿Era usted la que quería mudarse?

—No me queda más remedio. Verá usted, esta es la mejor habitación de Frau Dressler. Cuando yo llegué aquí, me acompañaba mi marido. Entonces nos dio su mejor habitación. Pero como él está ahora trabajando, tengo que mudarme. Estando sola, no necesito una habitación tan grande. De todos modos, sería una amabilidad por su parte si estuviera dispuesto a guardar nuestros especímenes.

Había una maleta con las cosas de ella. La joven la abrió y metió dentro los zapatos y demás cosas suyas que había en la habitación. Después de llenarla se quedó mirándola, y luego observó la enorme montaña de cajas de embalaje y baúles, y sonrió:

—Esto es todo lo que tengo. Usted sí que lleva equipaje —dijo.

Se dirigió al montón de clavos.

—¿Para qué sirven?

—Para enviar mensajes.

—¿Me está tomando el pelo?

—Desde luego que no. Lord Copper me dijo que me servirían para enviar los mensajes.

La joven se rió.

—¡Qué gracioso! ¿Todos los periodistas tienen que llevar clavos de estos?

—Bueno, no. A decir verdad, creo que sólo yo los he traído.

—Es usted graciosísimo. —La risa de la joven se transformó en tos. Se sentó en la cama y estuvo tosiendo tanto rato que al final se le llenaron los ojos de lágrimas—. Vaya… Llevaba tanto tiempo sin reír que ahora hasta me duele… ¿Qué es eso?

—Una canoa.

—Ahora sí que está tomándome el pelo.

—De verdad, es una canoa. Eso dijeron al menos los de la tienda. Espere, se la mostraré. Levantaron entre los dos la tapa de la caja y dejaron todo el piso cubierto de virutas y pelotas de papel. Finalmente encontraron un pulcro paquete de varillas de madera y un rollo de lona impermeable.

—Esto es una tienda —dijo ella.

—No, es una canoa. Mire.

Extendieron la lona en el suelo. Con grandes dificultades consiguieron montar el armazón con los palos. En dos ocasiones tuvieron que interrumpir su labor porque las

risas de la joven se convirtieron en un paroxismo de tos. Pero al final terminaron de montarla, y la pequeña canoa quedó dispuesta sobre el mar de virutas.

—Es verdad. Es una canoa —exclamó ella—. Ahora también me creo lo de los clavos. Creeré todo lo que usted me diga. Mire, ahí es donde hay que sentarse. Suba, rápido, suba.

Se sentaron en la canoa el uno frente al otro, con las rodillas tocándose.

Ella rió con una risa clara y fuerte, y esta vez no tosió.

—Es preciosa —dijo—. Y está *nueva*. Desde que llegué a esta ciudad no había visto nada que estuviera nuevo. ¿Sabe nadar?

—Sí.

—Yo también. Nado *muy* bien. De modo que no importará que zozobremos. Si quiere, le llevaré a remo hasta…

—¿Molesto? —preguntó Corker. Se encontraba en los soportales, asomado hacia el interior de la habitación por una de las ventanas.

—¡Madre mía! —exclamó la joven.

Tanto ella como William bajaron del bote y se quedaron en pie en el mar de virutas.

—Estábamos probando la canoa —dijo William a modo de explicación.

—Ya —dijo Corker—. Fantástico. ¿Y por qué no probar también el muérdago?

—Le presento a Mr. Corker, un colega.

—Sí, sí. Ya lo he notado. Ahora tendré que irme.

—No era la Garbo —dijo Corker—. Sino la Bergner.

—¿Cómo dice?

—Corker asegura que usted se parece a una actriz de cine.

—¿En serio? ¿Lo dice verdaderamente en serio? —El rostro de la joven, ensombrecido tras la interrupción de Corker, volvió a brillar—. Me encantaría parecerme a una actriz. Tengo que irme. Mandaré un chico a por la maleta.

Y se fue, subiéndose el cuello del impermeable.

—No está mal, hermano. No está nada mal. Tengo que reconocer que es muy rápido. Siento haberme entrometido en esta escena tan encantadora, pero tenemos jaleo. Por fin sabemos qué estaba tramando Hitchcock. En estos momentos se encuentra en el cuartel general de los fascistas, obteniendo una exclusiva mundial.

—¿Dónde es eso?

—En una ciudad llamada Laku.

—Imposible. Bannister me dijo que esa ciudad no existe.

—Pues ahora ya ha empezado a existir. En este mismo momento ha aparecido en grandes caracteres y a toda plana en la primera página del *Daily Brute*. Y dentro de poco estaremos todos allí, a no ser que encontremos muy buenas razones para quedarnos. Se ha convocado para esta tarde a las seis una reunión de la Asociación de

Corresponsales Extranjeros en el Liberty. Está la pandilla entera exaltadísima.

La joven alemana regresó.

—¿Se ha ido el periodista?

—Sí. Lo siento. Me parece que se ha comportado con muy mala educación.

—Cuando decía que soy como una actriz de cine, ¿bromeaba, o hablaba en serio?

—Estoy seguro de que hablaba en serio.

—Y usted, ¿también lo cree? —Se apoyó en el tocador para estudiar su rostro en el espejo. Apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente; torció la cabeza hacia un lado, se sonrió a sí misma, sacó la lengua—. Y usted, ¿también lo cree?

—Sí, parece una verdadera actriz de cine.

—Me encanta. —Se sentó en la cama—. ¿Cómo se llama usted?

William se lo dijo.

—Yo me llamo Kätchen —dijo ella—. Tendrá que apartar un poco ese bote. Está justo en medio y crea una situación ridícula.

Entre los dos desmontaron el armazón y enrollaron la lona.

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo ella—. ¿Cuál cree que es el valor de los especímenes de mi marido?

—Lo siento, pero no tengo la menor idea.

—Él dijo que eran muy valiosos.

—Supongo que lo son.

—¿Valdrán diez libras esterlinas?

—No me extrañaría.

—¿Quizá más? ¿Veinte?

—Es posible.

—Entonces, se los vendo. Porque usted me ha gustado. ¿Me daría veinte libras por ellos?

—Bueno, verá usted. Ya tengo muchísimo equipaje. Y no sé exactamente de qué me servirían.

—Ya sé qué está pensando…, que no está bien que venda esos especímenes tan valiosos de mi marido. Pero hace ahora seis semanas que él se fue, y no me dejó más que ocho dólares. Frau Dressler se pone más imposible cada día. Estoy segura de que a él no le gustaría que Frau Dressler se pusiera imposible conmigo. De modo que lo que voy a hacer es lo siguiente. Usted me los compra ahora y luego, cuando mi marido regrese y diga que valen más de veinte libras, usted le pagará a él la diferencia. ¿Verdad que así estará bien? ¿Verdad que él no podrá enfadarse conmigo?

—No, me parece que no tendrá motivos para enfadarse.

—Bien. Oh, no sabe cuánto me alegro de que haya venido usted. Por favor, ¿le importaría darme el dinero ahora mismo? ¿Tiene cuenta corriente en el banco?

—Sí.

—Entonces, extiéndame un cheque. Yo misma iré a cobrarlo al banco, y así no resultará ninguna molestia para usted.

Después de que la joven se fuera, William sacó su libreta de gastos y anotó en ella, tal como le habían indicado que hiciera, esta enigmática partida:

Piedras… 20 libras esterlinas.

Con la sola excepción de Wenlock Jakes, que envió a Paleologue como representante suyo, todos los periodistas de Jacksonburg acudieron a la reunión de la Asociación de Corresponsales Extranjeros; y todos se mostraron, en sus diferentes idiomas, absolutamente indignados. Los criados del hotel se abrían paso entre ellos cargados de bandejas con vasos de whisky; la atmósfera creada por el humo del tabaco hacía escocer los ojos. Pappenhacker presidía la sesión y exigía cansinamente orden en la sala.

—Orden, caballeros. Atención, *je vous en prie*. Orden, *por favor. Messieurs*, caballeros…

—Orden, orden —gritaba Pigge, y la voz de Pappenhacker quedó sumergida bajo los gritos que exigían silencio.

—… el secretario leerá el acta de la última reunión.

La voz del secretario asomaba de vez en cuando por encima de las diversas conversaciones:

—… celebrada en el Hotel Liberty… bajo la presidencia de Sir Jocelyn Hitchcock… resolución… aprobada por unanimidad… la más enérgica protesta por el modo… el gobierno ismailí… injerencia en las actividades profesionales… si hay alguien que quiera presentar objeciones o hacer preguntas sobre este acta…

Los corresponsales del *Paris-Soir* y de la agencia Havas presentaron una objeción, y algunos minutos más tarde fue firmada el acta. Pappenhacker se puso de nuevo en pie.

—Caballeros, en ausencia de Sir Jocelyn Hitchcock…

Aquí hubo grandes carcajadas y gritos de:

—¡Es vergonzoso!

—Señor presidente, debo protestar porque me parece que se está tratando esta cuestión con la mayor ligereza.

—Tradúzcalo.

—*On traite toute la question avec une légérite indésirable*.

—Gracias, Mr. Porter.

—¿Les importarría jablar en alemán…?

—Italiano… *piacere*…

—… *tutta domanda con levita spiacevole*…

—… alemán…

—Caballeros, caballeros, el doctor Benito ha accedido a entrevistarse aquí con nosotros, y es de suma importancia que yo pueda conocer la voluntad colectiva a fin de presentarle nuestras peticiones en la debida forma.

Cuando se llegó a este punto, la mitad de los congregados —los que más cerca se encontraban de William— vio desviada su atención de los trabajos de la sesión debido a un altercado que se estaba produciendo entre dos fotógrafos rivales, y que nada tenía que ver con lo que se estaba tratando.

—¿Esquirol yo?

—No he dicho que lo seas, pero acabaré afirmándolo.

—¿Ah sí?

—Sí. Eres un esquirol. ¿Y ahora qué?

—No me llamarás esquirol ahí afuera.

—Te lo llamo aquí.

—Llámamelo afuera y verás lo que te ocurre.

Hubo gritos de «vergonzoso» y «a ver si os calláis».

—… que afecta gravemente a nuestra categoría profesional. Aceptamos toda competencia que sea justa y limpia… nos veremos obligados a poner en práctica medidas coercitivas…

—A ver, pégame.

—No tengo ninguna intención de hacerlo. Pégame tú primero.

—Venga, dale bien fuerte.

—Atrévete a tocarme un pelo y verás la paliza que te vas a llevar.

—*Notre condition professionnelle. Nous souhaitons la bienvenue á toute la competition égal et libre.*

—*Nostra condizione professionale*…

—Tócame un pelo, a ver.

—Oíd chicos, ¿no podríais daros de una vez esa paliza amistosamente y callar de una vez?

—… la resolución adoptada por esta reunión… protestar por el abuso de confianza por parte del gobierno ismailí y exigir que todas las restricciones de movimientos sean suprimidas inmediatamente. Que levanten la mano todos los que

apoyan esta resolución.

—Señor presidente, tengo objeciones que oponer al tono mismo de la resolución tal como usted la ha planteado.

—Quiero proponer una enmienda. Que se prohíba a Sir Jocelyn el uso de las facilidades de transmisión de noticias hasta que le hayamos ajustado las cuentas.

—… exigir que se nos informe de qué modo y quién le concedió la autorización para viajar, y exigir también que el funcionario responsable de estos hechos sea castigado…

—Insisto, señor presidente. Me parece que el tono es excesivamente perentorio y descortés…

—Tras las enmiendas introducidas, la moción dice así…

Por fin llegó el doctor Benito; entró por la puerta principal y los periodistas se apretujaron para abrirle paso. Era la primera vez que William le veía. Era bajito y ágil y seguro de sí mismo; tenía el rostro negro como el ala de un cuervo, y unos ojos penetrantes y muy pequeños y redondos; llevaba un traje completamente negro; la camisa y los dientes eran en cambio deslumbrantemente blancos; traía consigo una cartera ministerial de color negro; y en el ojal de la chaqueta lucía el botón de la Estrella de Ismailía, de cuarta clase. Cuando avanzó entre ellos, los periodistas callaron por fin; era como si la directora del colegio hubiese hecho su aparición en medio de unas alborotadoras colegialas. Llegó hasta la mesa, estrechó la mano de Pappenhacker, y se volvió a su auditorio con un destello de su blanca dentadura.

—Caballeros hablaré primero en inglés —los enviados de Havas y *Paris-Soir* empezaron a protestar— y a continuación en francés.

»Paso a leerles un comunicado del Presidente. El Presidente desea dejar sentado, en primer lugar, que se reserva personalmente el derecho a mantener o derogar las normas dictadas para la mayor comodidad y seguridad de la prensa, tanto en general como individualmente. En segundo lugar, que hasta este momento no se ha hecho ninguna excepción a esas normas. Si, tal como al parecer opinan algunos, cierto periodista ha abandonado Jacksonburg para dirigirse al interior del país, lo ha hecho sin el consentimiento ni el conocimiento del gobierno. En tercer lugar, que las carreteras que conducen al interior se encuentran, en estos momentos, totalmente intransitables, que es imposible obtener provisiones, y que cualquier viajero que se internase por ellas correría el peligro de caer en manos de los elementos descontentos de la población. En cuarto lugar, que, en vista de los deseos expresados por la prensa extranjera, ha decidido derogar las restricciones impuestas hasta este momento. Quienes deseen hacerlo, pueden viajar hacia el interior. Para ello deberán presentar previamente una solicitud en mi Departamento, que facilitará todos los pases y adoptará las medidas necesarias para la protección de esos periodistas. Esto es todo, caballeros.

Después repitió su mensaje en muy buen francés, saludó con una reverencia, y abandonó la reunión en completo silencio. Después de que saliera, Pappenhacker dijo:

—Bien, caballeros, creo que con esto queda cerrado de forma muy satisfactoria el asunto que nos había reunido aquí.

Pero cuando los periodistas salieron del hotel para dirigirse a la central de telégrafos, sus caras reflejaban una profunda insatisfacción.

—Ha sido un triunfo del cuarto poder —dijo Corker—. Se han hundido a la primera.

—Sí —dijo William.

—Parece que tiene usted ciertas dudas, hermano.

—Cierto.

—Ya sé en lo que está pensando…, cierto elemento extraño de la actitud de Benito. También yo me he fijado. No era fácil decir exactamente en qué consistía, pero me ha parecido que adoptaba un exagerado aire de superioridad.

—Exacto —dijo William.

Los dos remitieron sus telegramas. William escribió: ESTAMOS AUTORIZADOS DIRIGIRNOS LAKU Y VAMOS TODOS PERO ESA CIUDAD NO EXISTE ME PREGUNTO SI DEBO IR SIENTO SER ABURRIDO BOOT.

Más sucintamente, Corker se limitó a decir: AUTORIZADA EXPEDICIÓN LAKU.

Aquella noche el telégrafo transmitió un telegrama urgente parecido de cada uno de los periodistas que había en Jacksonburg.

William y Corker regresaron al Hotel Liberty a tomar una copa. Todos los periodistas estaban allí tomando copas. Los dos fotógrafos hacían chocar sus vasos y se daban palmaditas a la espalda. Corker volvió a la cuestión que le preocupaba.

—¿Por qué tiene que sentirse tan superior el negro ese? —preguntó malhumoradamente—. Es curioso que usted también lo notara.

Al día siguiente Corker le llevó a William un telegrama: ABSTÉNGASE VIAJAR LAKU STOP AGENCIAS CUBREN INFORMACIÓN FRENTE PATRIOTA STOP MANTENGA CONTACTOS ROJOS STOP NOTICIAS SUYAS NO RECIBIDAS STOP ESENCIALÍSIMO NOTICIAS DIARIAS STOP RECUERDE TARIFA CARÍSIMA TELEGRAMAS BEAST.

Kätchen estaba a su lado mientras él lo leía.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Que debo quedarme en Jacksonburg.

—¡Oh, qué bien!

William contestó con el siguiente telegrama:

SIN NOTICIAS POR AHORA GRACIAS AVISO TARIFAS PERO ME QUEDA MUCHO DINERO Y CUANDO FUI OFICINA TELÉGRAFOS ENCARGADO DÍJOME NO IMPORTA COBRO REVERTIDO LLUEVE MUCHÍSIMO ESPERO EN INGLATERRA TODO BIEN CABLEGRAFIARÉ SI HAY NOTICIAS.

Después, él y Kätchen se fueron a jugar a ping-pong al Popotakis.

Los periodistas se pusieron en marcha.

Durante tres días la ciudad fue un torbellino. Los periodistas alquilaron y cargaron camiones; contrataron guías, y también, a unas tarifas como jamás se habían visto, cocineros y guardias y muleros y ayudantes de expedición y cazadores, y ayudantes de cocineros y ayudantes de guardias y ayudantes de ayudantes de expedición y ayudantes de cazadores; en toda la ciudad, tanto en los consulados y embajadas como en los hogares de los europeos residentes en Jacksonburg, desaparecieron todos los criados; los seminaristas abandonaron las misiones, los enfermeros abandonaron los hospitales, y los mejor pagados oficinistas de la administración del Estado también dejaron sus puestos, atraídos todos ellos por los sueldos que pagaban los periodistas. De la noche a la mañana el precio de la gasolina se dobló, y luego siguió subiendo a buen ritmo hasta el día del éxodo. En el bazar se llevaron a cabo increíbles transacciones con la comida en lata; primero la acaparó un parsi, que se la vendió a un banja; después la acaparó un árabe, fue revendida y comprada de nuevo, y finalmente llegó a manos de los periodistas. Shumble le compró su rifle a William y vendió a Whelper la opción a compartirlo con él.

Todos imitaron ahora la forma de vestir de los franceses; el Liberty se llenó de sombreros, pantalones de equitación, camisas a prueba de sol y chalecos antibalas, cartucheras, bandoleras, botas de caña alta y media caña, chafarotes. Provistos de sus capas de crin y sus camisas de seda compradas a los cabecillas aborígenes, los miembros del equipo del Noticiario Cinematográfico Sonoro Excelsior acamparon en el jardín del Liberty y se filmaron a sí mismos en diversas actitudes de reposo y vigilancia. Paleologue hizo el agosto.

Hubo una tarde de desbocada indignación cuando corrió el bulo de que Jakes había conseguido del gobierno el préstamo de un globo aerostático para el viaje. Y una tarde de ansiedad cuando, la víspera misma de la fecha señalada para la partida, los periodistas fueron informados de que sus pases no tenían aún el sello del ministerio del Interior. Se convocó apresuradamente una reunión de la Asociación de Corresponsales, la cual aprobó una moción de protesta y fue disuelta de la forma más desordenada. A última hora de esa tarde el doctor Benito en persona repartió los pases convenientemente sellados. Eran unos preciosos documentos ininteligibles, impresos en ismailí y generosamente adornados con sellos de goma, firmas, iniciales y emblemas patrióticos. Benito llevó uno de esos pases a la Pensión Dressler, para

William.

—Yo no voy a irme —le explicó William.

—¿Que usted no va, Mr. Boot? Pero si le he traído su pase, extendido reglamentariamente.

—Siento haberle hecho trabajar por nada, pero mi director me ha ordenado que me quede aquí.

Una expresión gravemente preocupada asomó al afable rostro negro.

—Pero…, sus colegas periodistas lo han dispuesto todo para la partida. Comprenderá que para mi Departamento es muy difícil controlar la situación si los periodistas no van todos juntos. Además, verá usted, su pase para ir a Laku suspende automáticamente su permiso de estancia en Jacksonburg. De modo que, lo siento, Mr. Boot, pero tendrá que irse.

—Mierda —dijo William—. Entre otras cosas, porque Laku no existe.

—Ya veo que está usted muy bien informado sobre mi país, Mr. Boot. A juzgar por el tono que emplea su periódico, jamás lo hubiera dicho.

William empezó a sentir una notable antipatía por el doctor Benito.

—Pues bien, no pienso ir. ¿Tendría usted la bondad de suspender mi pase y renovar mi permiso de estancia en Jacksonburg?

Hubo una pausa; luego, un destello de los dientes anunciando una ancha sonrisa.

—Naturalmente que sí, Mr. Boot. Será un gran placer. Aunque siento no poder ofrecerle ningún entretenimiento durante su estancia aquí. Ya habrá podido comprobar que somos una comunidad muy tranquila. El año académico será inaugurado muy pronto en la Universidad Jackson. El general Gollancz Jackson va a celebrar sus bodas de plata. Pero no creo que nada de todo eso interese en Europa. Estoy seguro de que sus colegas desplazados al interior encontrarán temas mucho más excitantes para sus crónicas. ¿Está convencido de que no cambiaría de planes por nada del mundo?

—Absolutamente.

—Muy bien. —El doctor Benito dio media vuelta. Pero antes de irse hizo una pausa y añadió—: Por cierto, ¿ha comunicado a alguno de sus colegas sus dudas respecto a la existencia de Laku?

—Sí, pero ninguno me ha hecho caso.

—Comprendo. Quizá son profesionales con mayor experiencia. Buenas noches.

A la mañana siguiente, el primer camión arrancó con el amanecer. Lo compartían Corker y Pigge, que iban sentados en la cabina, junto al conductor. Habían bebido una barbaridad la noche anterior, y, a la gris luz de aquellos momentos, se les notaba. Detrás, entre las cajas de embalaje y el mobiliario de las acampadas, dormitaban seis aletargados criados.

William se levantó para despedirles. Habían mantenido en secreto la hora de su partida. Todo el mundo, la noche anterior, había comentado como quien no quiere la cosa que saldría «a eso de las diez», pero cuando William llegó al Liberty, todos estaban en plena actividad. No sólo Pigge y Corker habían imaginado que salir temprano podía suponer cierta ventaja sobre la competencia; además de ellos dos, también lo habían pensado *todos* los demás. Pigge y Corker fueron los primeros en partir, pero con una ventaja despreciable. Uno tras otro, sus demás colegas emprendieron el camino tras ellos. Pappenhacker conducía un pequeño coche de dos plazas que había comprado en la legación británica. En muchos vehículos ondeaban las banderas de Ismailía y del país de cada periodista. Había un camión cuyo tamaño era el doble de cualquiera de los demás; avanzaba gallardamente sobre seis ruedas; llevaba blindaje en los lados; había sido adquirido, de forma irregular y a costa de una enorme cantidad de dinero, en el ministerio de la Guerra, y, escrita en grandes letras todavía húmedas, llevaba esta inscripción: UNIDAD EXPEDICIONARIA NOTICIARIO EXCELSIOR AL FRENTE IDEOLÓGICO ISMAILÍ.

Durante los últimos días las lluvias habían amainado de forma notable, y la primavera parecía inminente. Las nubes flotaban muy altas por encima de la ciudad y revelaron un horizonte más ancho. Cuando la caravana desapareció de la vista, por un momento la carretera de Laku quedó bañada por el sol. William despidió con la mano a sus colegas desde las escaleras del monumento en memoria del primer presidente Jackson y luego se encaminó a la Pensión Dressler, pero a mitad de camino el ciclo se oscureció y empezaron a caer las primeras gotas.

Estaba desayunando cuando su criado le informó:

—Todos regresar.

—¿Quiénes?

—Todos los periodistas regresar. Soldados sorprenderles y llevarles prisión.

William fue a investigar. Efectivamente, los camiones estaban alineados junto a la comisaría de policía, y en su interior, con un guardia armado al lado de cada uno de ellos, estaban los corresponsales. Habían encontrado cerradas las barricadas de la ciudad; el oficial al mando no había sido informado de su partida y, como tampoco sabía leer los pases, los había detenido a todos.

A las diez, cuando el doctor Benito empezó a trabajar en su Oficina de Prensa, les recibió con disculpas.

—Ha sido un error —les dijo—. Lo lamento infinitamente. Yo tenía entendido que pensaban ustedes salir a las diez. De haber sabido que pretendían irse más temprano, lo hubiese dispuesto todo de otro modo. La guardia nocturna tiene órdenes de no autorizar la salida de nadie. Ahora, cuando se vayan, se encontrarán la guardia diurna. Y cuando pasen ustedes les presentarán armas. He dado instrucciones específicas para que se haga así. Adiós, caballeros, y buen viaje.

Una vez más se puso en marcha la caravana de camiones; en este momento caía una intensa lluvia. Corker y Pigge fueron de nuevo los primeros en partir; Wenlock Jakes salió el último, en un elegante turismo. William les despidió con la mano; el populacho mostró su admiración con sus silbidos; cuando la expedición llegó a las puertas de la ciudad, la guardia se cuadró a su paso. Una vez más, William se fue a la Pensión Dressler; los oscuros nubarrones se abrieron sobre su cabeza; las alcantarillas y las húmedas hojas centellearon a la luz del sol, y un anchísimo e iridiscente abanico de colores extendió sus sucesivos arcos por el cielo. Los periodistas se habían ido, y la paz reinaba en la ciudad.

Capítulo tercero

Kätchen fumaba en una tumbona de los soportales.

—Fantástico —dijo—. Fantástico. Dentro de pocos días habrán terminado las lluvias.

Había ido temprano a la peluquería y, en lugar de los húmedos y lacios mechones del día anterior, su dorada cabeza era ahora un penacho de rizos. Llevaba un vestido nuevo; calzaba sandalias rojas y se había pintado las uñas de los pies a juego con ellas.

—El vestido me lo entregaron ayer —dijo—. Lo cosió para mí una señora austríaca. Quería ponérmelo ayer noche, cuando fuimos a jugar a ping-pong, pero me pareció que te gustaría más cuando hubiese pasado también por la peluquería. ¿Te gusta?

—Muchísimo.

—Además tengo esto —dijo—. Es francés. —Y le mostró un neceser esmaltado —. Me lo vendió el peluquero. Es de París. Carmín, polvos, espejo, peine, cigarrillos. Es bonito, ¿verdad?

—Muy bonito.

—Y ahora Frau Dressler se ha enfadado otra vez conmigo, Porque todavía le debo mucho. Pero no me importa. No es asunto suyo que decida vender los especímenes de mi marido. Se los ofrecí a ella y dijo que no tenían ningún valor. No me importa, no me importa. Oh, William, no sabes lo feliz que soy. Mira el arco iris. ¿Sabes qué me gustaría hacer hoy? Me gustaría que nos fuéramos en coche a dar un paseo por las montañas. Podríamos llevarnos una botella de vino y, si se lo pides tú, Frau Dressler nos preparará una canasta de comida. No le digas que es para mí. Vayámonos lejos de esta ciudad, aunque sólo sea por un día…

Frau Dressler preparó comida; el doctor Benito selló un pase; Paleologue les ayudó a alquilar un coche. A mediodía William y Kätchen salieron en dirección a las montañas.

—Te amo, Kätchen. Mi queridísima Kätchen, te amo…

Y lo decía en serio. Estaba enamorado. Por primera vez en veintitrés años estaba empapado e hinchado y borracho de amor. En Boot Magna todo el mundo creía, y todo el mundo comentaba burlonamente de vez en cuando, que William y una vecina, Miss Caldicote, sentían cierta atracción mutua; no era así. William era tan poco dado a las bucólicas excursiones al pajar como a las oscuras y caras expediciones de su tío Theodore. Durante veintitrés años había sido célibe y puro de corazón; un hombre que pisaba en tierra firme. Pero ahora, por primera vez, se encontraba lejos de la costa, sumergido en aguas profundas, fuera del alcance de los vientos y las mareas, en

unas simas en las que enormes árboles alzaban sus esponjosas flores y que estaban pobladas de monstruos sin piel ni plumas, alas ni pies, en plena penumbra submarina. En medio de una auténtica exuberancia.

*

Sir Jocelyn Hitchcock abrió de par en par las persianas de su habitación y le dio la bienvenida al sol. Asomó la cabeza por la ventana y llamó a voz en grito a su criado. Le llevaron una docena de humeantes baldes de agua y llenaron su bañera. Se bañó y afeitó y frotó la cabeza con *eau de quinine* hasta lograr que sus escasos cabellos quedaran coronados de espuma y su cuero cabelludo limpio y reluciente. Se vistió y acicaló, se colocó el sombrero ligeramente inclinado, y se fue a buen paso a la oficina telegráfica.

CONSIDERO CONCLUIDO ASUNTO ISMAILÍA —escribió—. SUGIERO DEJAR MANOS AGENCIAS RESTO NOTICIAS. Después volvió al hotel y tomó el desayuno, consistente en cinco huevos ligeramente pasados por agua.

Hizo las maletas y esperó la contestación. Esta le llegó antes de la puesta de sol, porque aquel día apenas nadie usaba el telégrafo. PROCEDA LUCERNA. CUBRA CONGRESO NO INTERVENCIÓN ECONÓMICA. Esa noche salía un tren hacia la costa. Pagó la factura del hotel y, con tres horas libres, se fue a dar una vuelta por la ciudad.

La prometedora mañana engañó a todo el mundo. A mediodía había empezado a diluviar otra vez; durante toda la tarde había seguido lloviendo y ahora, cuando el sol se estaba poniendo, cesaba por fin; durante unos minutos los remojados techos se convirtieron en un incendio de tonos dorados y rojos.

Caminando a largas zancadas, Erik Olafsen se aproximó a Sir Jocelyn; iba con la cara alzada hacia el luminoso crepúsculo y hubiese podido pasar perfectamente junto a su colega sin apercibirse de su presencia; al principio Sir Jocelyn pensó dejarle pasar sin decirle nada; luego, cambiando de opinión, se adelantó hacia él y le saludó.

—Sir Hitchcock, qué pronto ha regresado. Sus compañeros se llevarán una decepción cuando no le encuentren en Laku. ¿Ha resultado interesante el viaje?

—Sí —contestó escuetamente Sir Jocelyn.

Al otro lado de la calzada, desdeñando el esplendor del cielo, lanzaba sus destellos el cartel luminoso del Salón de ping-pong Popotakis, mientras que, desde su entrada, una vieja contradanza francesa, prodigiosamente amplificada, saludaba el final de la jornada.

—Venga a tomar una copa conmigo —dijo Sir Jocelyn.

—No tomaré una copa, pero me encantará oír las cosas tan interesantes que

seguramente contará de su viaje. Me han dicho que Laku no es una ciudad.

—No lo es —dijo Sir Jocelyn.

Cuando cruzaban la calle el cielo empezó a empalidecer.

Popotakis había probado con un cine, una sala de baile, unas mesas de bacará y hasta un minigolf; ahora tenía cuatro mesas de ping-pong. Y había ganado bastante dinero porque los selectos de Jacksonburg siempre tenían dificultades para soportar el largo período de lluvias; la clase de los profesionales políglotas había convertido el local en su lugar de encuentro; entre sus clientes se contaban incluso agregados de las embajadas y miembros jóvenes de la familia Jackson. Ahora, y durante unos días, se había visto invadido por los periodistas; los precios se habían doblado, las peleas estuvieron a la orden del día, el corresponsal del *Methodist Monitor* había quedado aprisionado en una red, y un fotógrafo había perdido allí un diente. Debido a ello, la vieja clientela de Popotakis había emigrado hacia lugares más tranquilos; los periodistas le habían dejado los muebles rotos, habían insultado a los camareros, y le habían mantenido despierto hasta las cuatro de la madrugada, pero se habían bebido su whisky de fabricación casera a razón de un dólar norteamericano la copa, y habían derramado su champaña de fabricación igualmente casera a razón de diez dólares la botella. Ahora que se habían ido todos, el local estaba casi vacío. Sólo William y Kätchen estaban sentados a la barra. Popotakis tenía una absenta auténtica de sesenta grados; y eso era lo que la pareja tomaba. Estaban tristes, porque la excursión campestre había sido un fracaso.

Olafsen les saludó muy cordialmente.

—Entonces, ¿no se ha ido usted con los demás, Boot? ¿Y ahora es amigo de Kätchen? Bien, bien. Sir Hitchcock, le presento a mi distinguido colega Boot del *Beast* de Londres.

Sir Jocelyn siempre se mostraba cordial con los demás periodistas, aunque su forma de expresión fuese un tanto oscura.

—Bébasela —dijo—. Y pida otra. ¿Muchos cables?

—Nada —dijo William—. Parece que no ocurra nada.

—¿Cómo es que no se ha ido con la pandilla? Se está perdiendo usted un gran viaje. Aunque me parece que no van a sacar grandes noticias de Laku. No me extrañaría que, para cuando ellos llegasen, aquello estuviera ya abandonado. Pero el viaje es magnífico. Grandes paisajes, sabe, y animales salvajes. ¿Qué toma usted, Eriksen?

—Olafsen. Gracias, yo tomaré granadina. Esa absenta es muy peligrosa. Fue así cómo maté a mi abuelo.

—¿Que mató a su abuelo?

—Sí. ¿No lo sabían? Yo creía que se había enterado todo el mundo. Yo era por aquel entonces muy joven, y me había tomado muchas copas de ese líquido de

sesenta grados. Fue con un hacha.

—¿Le importaría decirnos —preguntó escépticamente Sir Jocelyn— qué edad tenía cuando ocurrió?

—Diecisiete años justos. Era el día de mi cumpleaños; por eso había bebido tanto. Fue esa la razón por la que me vine a vivir a Jacksonburg y también para que ahora beba esto. —Y alzó su vaso de jarabe carmesí sin mostrar la menor pasión por él.

—¡Pobre! —dijo Kätchen.

—¿Pobre quién? ¿Yo o mi abuelo?

—Usted.

—Sí. Pobre. De joven solía emborracharme a menudo. Ahora casi nunca. Una o dos veces al año. Y cada vez hago alguna cosa de la que luego me arrepiento. A lo mejor me emborracho esta noche —sugirió, con una expresión mucho más animada.

—No. Esta noche no.

—¿No? Bueno, pues esta noche no. Pero será pronto. Hace bastante tiempo que no me emborracho.

La confesión creó un clima momentáneamente sombrío. Los cuatro permanecieron silenciosos en sus taburetes. Sir Jocelyn se agitó un instante y pidió más absenta.

—También vi loros —dijo, con dificultades—. En toda la carretera de Laku. Jamás había visto loros así. Verdes y azules y rojos y de todos los colores del mundo…, y hablaban como chiflados. También gorilas.

—Sir Hitchcock —intervino el sueco—. Llevo viviendo en este país desde que maté a mi abuelo, y jamás había oído hablar de gorilas.

—Pues yo vi seis —dijo tercamente Sir Jocelyn—. Sentados en fila.

El sueco se puso bruscamente en pie.

—No lo entiendo —dijo—. De modo que…, me parece que me iré.

Pagó su granadina y les dejó.

—Raro personaje —comentó Sir Jocelyn—. Tristón. La gente que vive en los trópicos siempre es así. Me atrevería a decir que lo de su abuelo no ocurrió más que en su propia imaginación.

En el Salón de ping-pong Popotakis servían comida, aunque de dudosa calidad.

—Dado que esta es mi última noche aquí —dijo Sir Jocelyn—, ¿quieren cenar conmigo?

—¿Su última noche?

—Sí. Me reclaman en otra parte del mundo. El interés del público por Ismailía empieza a decaer.

—¡Pero si todavía no ha ocurrido nada!

—Exactamente. No había materia prima más que para una crónica: mi entrevista con el líder fascista. Aunque, claro, los norteamericanos se lo toman de otro modo.

Sobre todo los tipos como Jakes. Tienen un sentido de la noticia que no coincide con el nuestro. Visiones personales y cosas así. El corresponsal británico, por el contrario, sólo se dedica a rastrear la noticia que está buscando, la consigue…, y luego se larga y deja lo demás en manos de las agencias. Las crónicas de la guerra serán rutinarias, seguro. Fleet Street ya ha gastado en este asunto más de la cuenta. Tendrán que buscar el modo de justificarse y enseguida empezarán las economías. Se lo digo yo. En cuanto encuentren cualquier cosa que sirva para lanzar una buena primera página, todos los periódicos empezarán a llamar a sus corresponsales y decirles que regresen. Personalmente, me alegro de haber liquidado tan pronto lo que he venido a hacer. Este país no me gusta.

Cenaron en el salón de Popotakis y fueron a la estación para despedir a Hitchcock. Este se había asegurado el único coche cama, generalmente reservado a las visitas oficiales, y partió de buenísimo humor.

—Adiós, Boot. Deles recuerdos de mi parte a los del *Beast*. Me gustaría saber cómo se sienten ahora que se les ha escapado de las manos la noticia de Laku.

El tren partió y William se encontró con que era el único enviado especial que seguía en Jacksonburg.

*

Él y Kätchen regresaron al centro.

—Frau Dressler —dijo Kätchen— estaba otra vez muy enfadada esta tarde.

—Es una mala bestia.

—¿Te gusto, William?

—Te amo. Llevo diciéndotelo todo el día.

—No debes decir eso. Mi esposo no lo toleraría. Quiero decir si me consideras una amiga.

—Nada de amiga.

—No sabes cómo me entristecen tus palabras.

—Estás llorando.

—No.

—Sí.

—Sí. Estoy triste porque no quieres ser amigo mío. Ahora no podré pedirte una cosa.

—¿Cuál?

—No. No te la puedo pedir. Porque no me tratas como a una amiga. Yo me sentía muy sola, y cuando te vi aparecer pensé que por fin sería feliz. Ahora, en cambio, lo has estropeado todo. Para ti es muy fácil. Piensas: he aquí a una joven extranjera,

cuyo esposo está lejos. A nadie le importará lo que pueda ocurrirle… No, no me toques. ¡Te odio!

William se quedó arrinconado y silencioso.

—William…

—¿Qué?

—Que no está yendo a la pensión. Este taxista nos lleva a casa del sueco.

—Me da igual.

—Pero a mí no. Estoy cansadísima.

—Yo también.

—Dile que vaya a la Pensión Dressler.

—Ya se lo he dicho. No sirve de nada.

—Muy bien, si prefieres seguir comportándote como un bestia…

El sueco estaba todavía en pie, remendando con manos pacientes y torpes las maltrechas encuadernaciones de sus libros de himnos. Dejó la cola y las tijeras, y salió a darle instrucciones al taxista.

—Lo que dijo Sir Hitchcock no es cierto. En este país no hay gorilas. Es imposible que haya visto seis. ¿Por qué lo dijo? —Su ancha frente estaba surcada por multitud de arrugas y sus ojos mostraban, muy abiertos, su preocupación y su desconcierto—. ¿Por qué tuvo que decirlo, Boot?

—A lo mejor estaba bromeando.

—¿Bromeando? No se me había ocurrido. Claro, era una broma. ¡Ja, ja, ja! No sabe cuánto me alegro. Ahora ya lo entiendo. Era una broma.

Y, riendo de alivio, regresó a su taller. Cuando se instaló para seguir trabajando, se puso a tararear una tonadilla. Uno por uno, los maltrechos libros fueron reparados y reforzados, y el sueco siguió riendo el chiste de Sir Jocelyn.

William y Kätchen no despegaron los labios en todo el trayecto de regreso a la pensión. El vigilante nocturno abrió las puertas y alzó su lanza en serial de saludo. Mientras William regateaba con el taxista, Kätchen se fue sigilosamente hacia su habitación. William se desnudó y se tumbó entre sus montañas de equipaje. Poco a poco su ira aminoró hasta convertirse en tristeza y después en melancolía; muy pronto se quedó dormido.

*

En el comedor de la pensión había una mesa muy grande. Kätchen estaba sentada en una de las cabeceras, sola; había apartado de sí el plato y se puso el café delante, entre los codos desnudos; se inclinó sobre la taza, que sostuvo con las dos manos; el platillo estaba lleno a rebosar de café, y debajo de la taza se iban formando gotas que

caían como lágrimas, produciendo salpicaduras. No contestó cuando William le dio los buenos días. Él se dirigió a la puerta y gritó hacia la cocina, reclamando su desayuno. Tardó en llegar unos cinco minutos, pero ella siguió en silencio, aunque no abandonó la mesa. Frau Dressler pasó junto a ellos camino de su habitación, y volvió a salir cargada de sábanas. Le dijo algo a Kätchen, en alemán y con brusquedad. Kätchen hizo un gesto de asentimiento. La taza goteaba sobre el mantel. Kätchen bajó la mano para esconder la mancha, pero Frau Dressler la vio y volvió a decir algo. Kätchen se puso a llorar; no alzó la cabeza, y sus lágrimas cayeron, unas en la taza, otras en el mantel.

—Kätchen… —dijo William—. Kätchen, ¿qué te ocurre?

—No tengo pañuelo.

Él le dio el suyo.

—¿Qué te ha dicho Frau Dressler?

—Está enfadada porque he ensuciado el mantel. Me ha dicho que tendría que ayudarla a lavar la ropa.

Se secó la cara con el pañuelo de William y después hizo lo propio con el mantel.

—Siento haber estado tan desagradable ayer noche.

—Sí, ¿por qué te comportaste de ese modo? Hasta ese momento todo había sido delicioso. Quizá fue el Pernod. ¿Por qué te comportaste de ese modo, William?

—Porque te amo.

—Ya te he dicho que no quiero que digas eso… Hace seis semanas que se fue mi marido. Cuando partió me dijo que regresaría al cabo de un mes o de seis semanas como máximo. Esta mañana se cumplen las seis semanas. Estoy muy preocupada porque no sé qué puede haber sido de él… Hace ya dos años que estamos casados.

—Kätchen, tengo que preguntarte una cosa. Y no te enfades conmigo. Para mí es muy importante. ¿Se trata en realidad de tu marido?

—Pues claro que sí. Sólo que ha tenido que irse a trabajar.

—Quiero decir si os casasteis en la iglesia, como Dios manda…

—No, no fue en la iglesia.

—¿Quizá en una oficina del gobierno?

—No. Verás, no podíamos hacerlo debido a que tiene otra esposa en Alemania.

—¿Así que tiene otra esposa?

—Sí, en Alemania, pero él la odia. Su *verdadera* esposa soy yo.

—¿Sabe Frau Dressler lo de la otra esposa?

—Sí, y por eso me trata tan mal. Después de que mi marido se fuera, el cónsul alemán vino a contárselo. Estaba el asunto de mis papeles. No querían registrarme en el consulado alemán.

—Pero ¿no eres alemana?

—Como mi marido es alemán, yo soy alemana, pero hay problemas con mis

papeles. Mi padre es ruso, y yo nací en Budapest.

—¿Y tu madre, es alemana?

—Polaca.

—¿Dónde se encuentra tu padre actualmente?

—Me parece que se fue a Sudáfrica en pos de mi madre cuando ella desapareció. Pero ¿por qué me haces tantas preguntas en estos momentos en los que me siento tan infeliz? Eres peor que Frau Dressler. Al fin y al cabo, el mantel no es tuyo. No tienes que pagar para que lo laven.

Y dejó a William solo.

*

A unos veinte kilómetros de la ciudad, Corker y Pigge también estaban desayunando.

—No he pegado ojo —decía Corker—. No he dormido en toda la noche. ¿Oíste tú los leones?

—Hienas —dijo Pigge.

—¡Y una mierda! Eso eran leones o lobos. Los teníamos metidos casi dentro de la tienda. —Estaban sentados junto a su camión, bebiendo sifón y comiendo sardinas en lata. El cocinero y el ayudante del cocinero, el conductor y el ayudante del conductor, el criado de Corker y el criado de Pigge, seguían durmiendo pesadamente en el camión, bajo un montón de mantas y lonas.

—Seis condenados criados negros, y nadie nos ha preparado el desayuno —se quejó con amargura Corker.

—Se han pasado toda la noche en vela, divirtiéndose a lo grande junto al fuego. ¿No les has oído?

—Naturalmente. Cantaban y daban palmas. Me parece que se bebieron nuestro whisky. Yo les grité que se callaran de una vez, pero ellos me contestaron: «Necesitar fuego. Muchos animales malos».

—Sí, hienas.

—Leones.

—Tenemos que sacar como sea el camión de este barrizal. Seguro que el resto de la pandilla ya estará a mitad de camino de Laku.

—Jamás hubiera imaginado que serían capaces de portarse así —dijo con amargura Corker—. Nos dejaron atrás sin dirigirnos la palabra. Lo comprendo en el caso de Shumble, pero Whelper y esos del Noticiario Excelsior… Con ese camión tan grande que llevan, hubiesen podido sacarnos de aquí en cinco minutos. ¿Por qué tienen que actuar como si nosotros les hiciéramos la competencia? Y esos dos

fotógrafos a los que les cedí la mitad de mi habitación en el hotel…, se limitaron a sacarnos un par de fotos y se largaron. Dos blancos, solos, en medio de un país salvaje… Cada vez confío menos en la naturaleza humana…

El día anterior habían vivido experiencias muy amargas.

A solamente medio kilómetro de la ciudad, la carretera engravada dejaba paso a una pista de lodo. Durante horas el camión se arrastraba cansinamente, hundiéndose, quedándose pegado al barro, patinando; habían tenido que vadear un río crecido cuyas aguas lavaron la parte inferior de la carrocería; se habían visto lanzados contra los lados de la cabina; los embalajes se rompieron, y la máquina de escribir de Pigge cayó, se sumergió en el barro, y cuando fue recuperada por el sonriente ayudante del cocinero estaba irreparablemente averiada. El viaje no hubiera podido ser más abominable.

Más adelante la pista perdió la escasa unidad que le quedaba y se escindió en una docena de senderos de camello divergentes y convergentes, que serpenteaban según el capricho de los animales que los habían abierto, por entre espinos y rocas y altos nidos de termitas, a lo largo y ancho de una planicie incolora y embarrada. Fue allí donde, sin previo aviso, las ruedas traseras se hundieron hasta los ejes, y allí se quedó el camión mientras el resto de la caravana les dejaba atrás hasta desaparecer de su vista. Dispusieron entonces las tiendas y encendieron una fogata. El cocinero abrió al azar unas cuantas latas y les preparó un guiso de albaricoques, curry en polvo, sopa de tortuga y atún, todo junto, que al final tenía un sabor que recordaba sobre todo al de la gasolina.

Helados de frío, se sentaron a la puerta de su tienda. Pigge intentó en vano reparar su máquina, y Corker, abrumado por la nostalgia, redactó una carta para su esposa; a las ocho se metieron en los sacos de dormir y pasaron toda la noche en ellos, mientras los criados armaban su juerga fuera.

Corker estudió el desnudo paisaje y observó las nubes de tormenta que iban acercándose. Viendo luego el camión frenado por el barro, el grupo de crapulosos criados negros, la cara pastosa y desesperada de Pigge, el vaso de sifón y la mellada lata de sardinas, volvió a decir:

—Cada vez confío menos en la naturaleza humana.

*

Hacía días que William no veía a Bannister, de modo que esa mañana se fue en coche al consulado. Frente a la puerta se había congregado, como siempre, un

montón de desconsolados indios. Bannister les mandó a paseo, cerró la oficina y cruzó con William el jardín que conducía a su casa para invitarle a una copa.

—¿Buscas noticias? —le preguntó—. Bien, el embajador da una fiesta la tarde del jueves. ¿Querrás venir?

—Sí.

—Ya les diré que te manden una invitación. Para nosotros es el peor día del año. Viene todo ciudadano que se crea poseedor de una camisa limpia. Se celebra el final de la temporada lluviosa, y siempre diluvia.

—¿Crees que podrías invitar también a una joven alemana que vive en la misma pensión que yo? Está muy sola.

—Mira, francamente, la esposa del embajador no suele mostrar gran aprecio por las chicas alemanas que se sienten solas. Pero lo intentaré. ¿Es por eso que no participaste en esa expedición de cacería de gansos salvajes en Laku? Has sido muy listo. No me extrañaría nada que, dentro de uno o dos días, se produjesen aquí algunos acontecimientos bastante sensacionales.

—¿La guerra?

—No, de eso nada. Pero el ambiente de la ciudad está enrarecido. No puedo decirte más, pero si quieres una buena pista, busca a ese ruso que te mencioné el otro día, y vigila a tu amigo el doctor Benito. ¿Cómo se llama la joven?

—Bueno, no estoy seguro de cuál es su apellido. Creo que tiene problemas con sus papeles.

—Pues no parece que pueda despertar las simpatías de Lady G. ¿Es guapa?

—Preciosa.

—Entonces, ya puedes estar seguro que no será incluida en la lista de invitados oficiales. Hace semanas que Paleologue intenta que me interese por una joven alemana. Supongo que será ella. Tráela a cenar aquí una noche.

A Kätchen le encantó la invitación.

—Pero tendremos que comprar un vestido —dijo—. Hay una señora armenia que tiene uno muy bonito…, verde brillante. No se lo ha puesto nunca porque lo compró por correo y ha engordado tanto que no le cabe. Me pidió cincuenta dólares norteamericanos. Creo que pagando al contado me lo dejaría más barato. —Volvía a mostrarse animada—. Espera —añadió—: Tengo que enseñarte una cosa.

Corrió a su habitación y regresó con un mojado retal cuadrado de seda estampada india.

—Mira, al final me he dedicado a lavar ropa. Es tu pañuelo. Ya no lo necesito. Por hoy no voy a llorar más. Podemos ir a jugar a ping-pong y a ver el vestido verde de la señora armenia.

Después del almuerzo telefoneó Bannister.

—Hemos recibido un telegrama de Londres que se refiere a ti.

—Dios mío, ¿por qué?

—El *Beast* está dando la lata al ministerio de Asuntos Exteriores. Por lo visto, creen que has sido asesinado. ¿Por qué no les mandas alguna noticia?

—No conozco ninguna.

—Entonces, por todos los santos, invéntate alguna. El embajador se pondrá como un loco si tiene más líos por culpa de los periódicos. Nos llegan seis telegramas diarios desde la costa. Según parece, hay allí un grupo de media docena de periodistas. Quieren venir aquí, pero las autoridades de Ismailía no se lo permiten. Por desgracia, dos de ellos son británicos. Y ahora los liberales han empezado a formular preguntas en la Cámara de los Comunes y están atormentando al embajador porque dicen no sé qué tontería de que hay concentración de tropas fascistas en Laku.

William regresó a su habitación y estuvo largo rato sentado ante su máquina de escribir. Hacía más de una semana que no sostenía la menor comunicación con el periódico, y este fracaso le pesaba en la conciencia. Pasó revista a los acontecimientos de la jornada, de las últimas jornadas. ¿Qué debía estar haciendo Corker?

Por fin, con un solo dedo, mecanografió este mensaje: RUEGO NO SE PREOCUPEN SANO Y SALVO Y DE HECHO DIVIRTIÉNDOME MEJORA EL TIEMPO TELEGRAFIARÉ SI HUBIESE NOTICIAS AFECTUOSAMENTE BOOT.

*

Era media tarde en Londres; en Copper House las secretarias llevaban tazas de té a las secciones menos atareadas; en la oficina de Mr. Salter reinaba la consternación y la tensión.

—*Mejora el tiempo* —dijo Mr. Salter—. *Mejora el tiempo*. Lleva diez días en Jacksonburg y sólo puede decirnos que el tiempo está mejorando.

—Tengo que escribir un editorial sobre la cuestión ismailí —dijo el encargado de los editoriales—. Me lo ha ordenado Lord Copper. Me ha ordenado que deje mal parado al gobierno. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué sé yo de lo que pasa allí? ¿Para qué sirven los enviados especiales? ¿Por qué no le mandas un telegrama a ese Boot, a ver si se despierta?

—¿Cuántas veces hemos telegrafiado a Boot? —preguntó el jefe de internacional.

—Cada día durante los tres primeros días, Mr. Salter —informó su secretaria—. Luego, dos veces al día. Y ayer tres veces.

—Ya ves.

—Y en el último mensaje mencionamos *el nombre de Lord Copper* —añadió la secretaria.

—Siempre me pareció que Boot no encajaba para ese trabajo —insinuó tímidamente Mr. Salter—. Me sorprendió muchísimo que le eligieran a él. Pero es lo único que tenemos. Harían falta otras tres semanas para conseguir que otro enviado llegase allí, y para entonces quizá haya terminado todo.

—Sí, quizá el tiempo haya mejorado más incluso —dijo resentido el editorialista. Luego miró por la ventana; daba a un pequeño patio interior con paredes de azulejos, en el que retumbaban las voces de los diversos departamentos; miró la docena de tuberías de desagüe; miró la ventana de enfrente, donde el director gráfico tomaba el té; alzó la vista hacia el trocito de cielo y después la bajó hacia las profundidades de cemento donde un mozo del taller se lavaba el cuello bajo un grifo de agua fría; y en sus ojos se reflejaba la desesperación.

—Tengo que denunciar con la máxima energía la vacilante actitud del gobierno —afirmó—. Los ministros están perdiendo el tiempo y, mientras, Ismailía arde en llamas. Ha estallado una chispa en la piedra angular de la civilización, y esta acabará estremeciéndose. Eso es lo que tengo que decir, pero lo único que sé es que Boot está sano y salvo y que el tiempo está mejorando…

*

Kätchen y William se dejaron caer por el Liberty para tomar el aperitivo.

Desde su cambio de residencia, era la primera vez que él pasaba por allí.

—¿Alguno de ustedes conoce por casualidad a un caballero que se llama Boot? —preguntó Mrs. Jackson.

—Sí, soy yo.

—Pues hay por ahí un montón de telegramas para usted.

Buscaron los telegramas y se los entregaron. William los fue abriendo de uno en uno. Todos trataban del mismo asunto.

INFORMACIÓN FATAL RIVALES VENCEN.

IMPERATIVO ENVÍO CRÓNICA DETALLADA ESTA TARDE SEIS HORA DE ALLÍ PORQUE NO NOTICIAS QUIZÁ ENFERMEDAD CONTESTE URGENTEMENTE.

TELEGRAMAS NO RECIBIDOS TEMEMOS INTERFERENCIA SUBVERSIVA ACUSE RECIBO NUESTROS INMEDIATAMENTE.

En total había una docena; el primero de la serie estaba modestamente firmado: SALTER; a medida que iban subiendo de tono, iban apareciendo también nombres mas altisonantes: MONTGOMERY MOWBRAY DIRECTOR GENERAL BEAST,

luego ELSENGRATZ DIRECTOR GENERAL PERIÓDICOS MEGALOPOLITAN. El último, que había llegado esa misma mañana, decía: CONFIDENCIAL Y URGENTE STOP LORD COPPER EN PERSONA GRAVEMENTE INSATISFECHO STOP LORD COPPER EXIGE PERSONALMENTE VICTORIAS STOP AL RECIBIR ÉSTE TELEGRAFÍE VICTORIA STOP SIGA TELEGRAFIANDO VICTORIAS HASTA NUEVO AVISO STOP SECRETARIA CONFIDENCIAL DE LORD COPPER.

—¿Qué dicen? —preguntó Kätchen.

—Parece que los de Londres no están muy satisfechos de mí. Se diría que quieren más noticias.

—¡Qué bobada! ¿Estás preocupado?

—No… Bueno, sí, un poco.

—Pobre William. Te daré algunas noticias. Escúchame, he ideado un plan. Hace dos meses que vivo en esta ciudad. Tengo muchos amigos. Bueno, los *tenía*, hasta que mi marido se fue. Pero ahora que saben que tú estás ayudándome, volverán a mostrarse amistosos. Nos beneficiará a los dos. Escúchame bien; todos los periodistas que se fueron de la ciudad pagaban a algunos vecinos de Jacksonburg para que les dieran noticias. Mr. Jakes, el norteamericano, paga a Paleologue cincuenta dólares a la semana. ¿Te gusto a ti más de lo que Paleologue le gusta a Mr. Jakes?

—Mucho más.

—¿El doble?

—Sí.

—Entonces, tú me pagas cien dólares a la semana y así Frau Dressler no volverá a enfadarse conmigo, de modo que los dos saldremos beneficiados. ¿Pensarás que soy muy codiciosa si te pido que me des ahora mismo cien dólares? Ya sabes lo maleducada que se muestra Frau Dressler conmigo… Bueno, mejor doscientos, porque seguro que trabajaré para ti más de una semana.

—De acuerdo —dijo William.

—Mira, te he traído el talonario de cheques que había en tu habitación, por si lo necesitas. Seré una secretaria magnífica.

—¿Estás segura de que conseguirás enterarte de alguna noticia?

—Naturalmente que sí. Por ejemplo, soy muy amiga de un austríaco (su mujer fue la que me hizo este vestido), y su hermana es la institutriz de los hijos del presidente, de modo que se entera de todo lo que pasa. Iré a visitarles mañana mismo, aunque… —añadió con cierta vacilación—, creo que sería muy poco cortés de mi parte ir a su casa y no comprarles nada. ¿Tienes los gastos pagados?

—Sí.

—¿Todos? ¿La canoa plegable, el vermut que nos estamos tomando, y todo lo que

tienes en tu habitación?

—Sí.

—Entonces, también pagarán mis gastos… La austríaca tiene unos camisones que hizo para una dama de la embajada francesa, pero como al marido de esa dama no le gustaron, ahora los vende muy baratos. Tiene cuatro, todos de *crêpe-de-chine*. Está dispuesta a venderlos todos por sesenta dólares. ¿Me los compro?

—¿Crees que si no se los compras se negaría a darte noticias?

—Sería de muy mala educación atreverse siquiera a pedírselas.

—De acuerdo.

—Y mi peluquero…, es el barbero que afeita cada mañana al ministro del Interior. Seguro que sabe montones de cosas. Pero lo malo es que no puedo ir tan pronto a que me lave el pelo otra vez. ¿Te parece bien que le compre un poco de perfume? Y también me gustaría comprarme una alfombra para mi habitación; el piso está muy frío y lleno de astillas; el ruso que vende pieles es amante de una de las hijas de los Jackson. Oh, William, cómo vamos a divertirnos trabajando juntos.

—Pero Kätchen, recuerda que el dinero no es mío. Sabes que si yo fuera rico te daría todo lo que quisieras, pero no puedo gastarme el dinero de mi periódico…

—Tonterías, William. Si puedo usar ese dinero es precisamente porque es del periódico. Sabes perfectamente que no lo aceptaría si fuese *tuyo*. Mi marido no me permitiría que aceptase dinero de un *hombre*, pero de un *periódico*… Creo que Mr. Gentakian también sabe muchas noticias… Es el de esa tienda que hay enfrente del ping-pong… Oh, William, no sabes lo feliz que me siento. No vayamos a cenar a la pensión. Frau Dressler nos mira mal. Podemos comprar caviar enlatado en la tienda de Benakis, y Popotakis nos preparará unas tostadas…

Terminada la cena, Kätchen adoptó una expresión seria.

—Era tan feliz hasta este momento —dijo—. Pero ahora me he puesto a pensar: ¿qué será de mí? Dentro de unas semanas tú te habrás ido. Y hace ya mucho tiempo que espero a mi marido. Quizá no regrese.

—¿Y tú crees que serías capaz de soportar la vida en Inglaterra?

—No sería la primera vez que vivo allí. Por eso aprendí a hablar en inglés. Fue cuando yo tenía dieciséis años, después de que mi padre se fuera a Sudamérica; trabajé en un salón de baile.

—¿Dónde?

—No lo sé. Era junto al mar. Allí conocí a mi marido; estaba encantado de haber encontrado a una persona capaz de hablar en alemán. Y cómo hablaba… Me lo has recordado, y ahora me avergüenzo de estar bebiendo champán cuando quizá él esté en un aprieto.

—¿Cuánto tiempo piensas esperarle, Kätchen?

—No lo sé. —Quitó el dorado papel de estaño que recubría el tapón de la botella

de champán—. No ha sido un buen marido para mí —reconoció—. No está bien que me haya dejado sola tanto tiempo. —Acercó el papel de estaño a su cara y se lo moldeó sobre la nariz.

—Querida Kätchen, ¿te casarías conmigo?

Ella acercó la nariz postiza a la de William.

—Demasiado larga —dijo.

—¿La espera?

—No, tu nariz.

—Maldita sea —dijo William.

—Ahora te has enfadado.

—¿Es que no eres capaz de hablar en serio ni un momento?

—Estoy cansada de hablar en serio. Lo he hecho durante demasiado tiempo y demasiado a menudo. —Pero para darle esperanzas añadió—: Podría irme contigo ahora, y luego, cuando él regrese, volver con él. ¿Te conformas?

—Quiero que vengas a Inglaterra conmigo. ¿Cuánto tiempo tendré que esperar?

—No malogres esta noche con tantas preguntas. Vamos a jugar a ping-pong.

Cuando esa noche llegaron a la Pensión Dressler, atravesaron el patio cogidos del brazo; los animales dormían y sobre sus cabezas el cielo estaba despejado y salpicado de brillantes estrellas.

—No tendrás que esperar mucho tiempo. Muy poco. Cuando tú quieras —dijo Kätchen, y corrió hacia su habitación.

El perro de tres patas se despertó, y en toda la ciudad, en los patios y basureros, los parias se hicieron eco de sus gritos de protesta.

Capítulo cuarto

A la mañana siguiente, William despertó en un mundo nuevo.

Cuando salió a los soportales para llamar a su criado fue tomando lentamente conciencia de los cambios que se habían producido de la noche a la mañana. Las lluvias habían cesado. Notaba en las plantas de los pies que las tablas del piso estaban calientes; al final de los peldaños, las húmedas plantas del jardín de Frau Dressler habían abierto repentinamente sus flores carmesíes; un sol tropical llameaba en el cielo, todavía bajo pero prometiendo ya un brutal mediodía, mientras que, más allá de los techos de hojalata de la ciudad, y allí donde hasta entonces colgaba constantemente un inexpresivo telón de nubes apizarradas, surgía ahora un inmenso paisaje, kilómetros y más kilómetros de iluminados terrenos, vastos prados verdísimos, laderas terraplenadas de tonos pardos y rosados, pueblos y granjas y aldeas, huertos y cultivos y pequeñas capillitas valladas; y una larguísima serie de crestas que se sucedían las unas a las otras hasta llegar a los azules picos del remoto horizonte. William llamó a su criado, pero fue en vano.

—Se ha ido —dijo Frau Dressler, que cruzaba el patio cargada de macetas—. Se han largado todos. Celebran la fiesta del fin de las lluvias. Han venido a ayudarme algunos amigos alemanes.

Pasado un buen rato, un mecánico en paro que le debía a Frau Dressler su regalo de la última navidad, apareció por fin con el desayuno de William.

*

Fue un día rebosante de acontecimientos.

A las nueve se presentó Erik Olafsen para despedirse. En algún punto de la línea férrea había un brote epidémico, y partía para organizar un hospital. No parecía entusiasmado.

—No hay trabajo más estúpido —dijo—. Conozco el paño. ¿Sabe a cuántos curamos la última vez que estuve en uno de esos hospitales?

—No tengo ni la menor idea.

—A ninguno. Absolutamente ninguno. No conseguimos pillar más que a los pacientes que estaban tan graves que no podían moverse. Los demás huyeron hacia los poblados, de modo que cada vez se extendió más la epidemia. A las zonas civilizadas, no envían médicos sino soldados. Cercan completamente el lugar donde está localizada la epidemia, y disparan contra todo aquel que pretende huir. Cuando, algunos días más tarde, ya han muerto todos, prenden fuego a las cabañas. Pero aquí no puedo hacer nada por los pobres. En fin, el gobierno me ha pedido que vaya, de

modo que dentro de un rato me iré. ¿Dónde está Kätchen?

—De compras.

—Bien. Muy bien. Eso de llevar ropa vieja y mojada la entristecía. Me alegro muchísimo de que ahora sea amiga de usted. Despídame de ella.

A las diez regresó Kätchen cargada de paquetes.

—No sabes lo feliz que me he sentido —dijo—. Todo el mundo está excitadísimo ante la llegada del verano, y, además, ahora que saben que tengo un amigo, todos me tratan amablemente. Mira lo que he comprado.

—Precioso. ¿Te han dado alguna noticia?

—Ha sido muy difícil. Había tanto que hablar acerca de lo que estaba comprando que no he tenido tiempo de referirme a la política. Sólo un momento con la austríaca. Ayer tomó el té con el ama de llaves del presidente, pero me parece que vas a llevarte una decepción. Hace cuatro días que el ama de llaves no ve al presidente. Resulta que está encerrado en sus habitaciones.

—¿Encerrado?

—Sí, le han encerrado. Acostumbran a hacerlo siempre que tiene que firmar documentos importantes. Pero al ama de llaves no le hace ninguna gracia. Verás, generalmente son los miembros de su propia familia los que le encierran, y de ordinario vuelven a soltarle al cabo de unas pocas horas. Pero esta vez han sido el doctor Benito y el ruso y los dos secretarios negros venidos de Norteamérica. Fueron ellos quienes lo encerraron hace tres días, y cuando los parientes del presidente quieren verle, les dicen que está borracho. No le han permitido acudir a la inauguración de la Universidad Jackson. El ama de llaves dice que tiene que estar pasando algo.

—¿Crees que tendría que informar de todo esto al *Beast*?

—No lo sé —dijo Kätchen—. Hace una mañana tan preciosa que me parece que tendríamos que aprovecharla para salir.

—No me extrañaría que Corker supiera sacarle partido a lo que me has dicho… Por otro lado, mis jefes parecen estar ansiosos por recibir noticias.

—De acuerdo. Pero apresúrate. Quiero que vayamos a hacer una excursión en coche.

Y dejó a William solo para que pudiera trabajar.

William se sentó a la mesa, se puso en pie, volvió a sentarse, se quedó mirando fija y sombríamente a la pared durante algunos minutos, encendió la pipa y luego, laboriosamente, con la sola ayuda del dedo índice, y con su corazón rebosante de aprensión, mecanografió la primera crónica de lo que sería su meteórica carrera. Nadie que hubiese observado aquella composición tan torpe como vacilante hubiese podido adivinar que este era un momento histórico, un momento legendario cuyo relato sería transmitido de generación en generación entre los miembros de la

profesión periodística, contado una y mil veces en los bares de Fleet Street, citado en libros de memorias, mostrado como modelo a los alumnos de escuelas por correspondencia de las que anunciaban «Hágase rico escribiendo», y que permanecería siempre fresco en el recuerdo de cien directores de periódicos; el momento en el que William empezó a rendir.

BEAST DE LONDRES, escribió.

APENAS OCURRE NADA EXCEPTO QUE EL PRESIDENTE HA SIDO HECHO PRISIONERO EN SU PROPIO PALACIO POR JUNTA REVOLUCIONARIA ENCABEZADA POR IMPORTANTE NEGRO LLAMADO BENITO Y JUDÍO RUSO DEL QUE BANNISTER AFIRMA QUE NO TIENE BUENAS INTENCIONES CUANDO SUS HIJOS QUIEREN VERLE DICEN QUE ESTÁ BORRACHO PERO AMA DE LLAVES AFIRMA QUE ESTO ES POCO CORRIENTE MAGNÍFICO TIEMPO PRIMAVERAL PESTE BUBÓNICA AZOTA EL PAÍS.

Había llegado hasta aquí cuando fue interrumpido.

Frau Dressler entró con un telegrama para él. SU CONTRATO CANCELADO STOP ACEPTE MES DE PLAZO Y ACUSE RECIBO STOP BEAST.

William añadió a su propio mensaje: DESPIDO RECIBIDO SIN PROBLEMAS PIENSO QUE DE TODOS MODOS VALE LA PENA ENVÍE ESTE MENSAJE.

La cabeza de Kätchen se asomó a la ventana.

—¿Has terminado?

—Sí.

William hizo una pelota con el telegrama que había recibido y lo arrojó a un rincón. El patio estaba bañado de sol. Kätchen quería ir de excursión en coche. No era buen momento para comunicarle que pronto tendría que regresar a Inglaterra.

A unos veinte kilómetros de la capital, la llegada del verano no supuso ninguna buena noticia para Corker y Pigge.

—Mira cuántas flores —dijo Pigge.

—Sí. Parece un maldito cementerio —dijo Corker.

El camión seguía en el mismo lugar en donde se había hundido, sepultado de barro hasta los ejes. Por todas partes les rodeaban pruebas de los infructuosos esfuerzos realizados el día anterior: piedras laboriosamente acarreadas desde un cercano cauce fluvial y colocadas junto a los neumáticos traseros; matorrales embarrados y despachurrados que habían arrastrado bajo la lluvia desde los bosques situados a casi dos kilómetros de allí; un enorme canto rodado que parecían haber traído a empujones desde los confines del horizonte, a fin de dar una base sólida al

gato, aunque sin resultados; los montones de barro que las ruedas habían ido creando al patinar, como los que hace un perro escarbando ante una madriguera de conejo. Con la apática ayuda de sus criados, Pigge y Corker se habían pasado trabajando todo el día, con la cara ennegrecida por el humo del tubo de escape, las manos llenas de cortes y arañazos, la ropa empapada por la lluvia, dolorido todo el cuerpo, malhumorados hasta increíbles extremos.

Era esta una mañana de etéreo esplendor: una mañana como la que debió de contemplar Noé cuando se asomó por la borda de su arca para observar las ilimitadas y soleadas aguas, mientras la paloma volaba en círculos, remontaba los aires y acababa perdiéndose en el luminoso cielo; una mañana como la que vieron los ángeles el primer día de aquel temerario experimento cósmico que, de momento, tenía como resultado este aprieto de Corker y Pigge, frenados ahora por el barro, sin afeitar, acalambrados y desconsolados.

Los periodistas se volvieron a contemplar el paisaje que les rodeaba.

—La vista se extiende cientos de kilómetros —dijo Pigge.

—Sí —confirmó Corker—, pero no se ve ni un solo y condenado ser humano.

Sus criados celebraban bailando la nueva estación. Batían palmas, saltaban y cantaban a gritos una canción rítmica y lenta de alabanza.

—¿Por qué diablos están tan contentos?

—Seguro que han vuelto a agarrar nuestro whisky —dijo Corker.

*

Esa tarde se celebraba una fiesta en la legación británica. Como Kätchen no había recibido ninguna invitación, William acudió solo. No llovió. Nada echó a perder la veraniega serenidad de la tarde. Invitados de todas las nacionalidades y colores desfilaron por las avenidas engravilladas, haciendo de vez en cuando una pausa detrás de los macizos de flores para sonarse muy delicadamente —con el pulgar y el índice —, como si hicieran sonar sus trompetas contra los derrotados diablos del invierno.

—El presidente suele acudir —dijo Bannister—, pero parece que no se ha presentado. Es curioso. No veo a un solo Jackson. Me gustaría saber qué ha sido de todos ellos.

—De los demás no sé nada, pero el presidente ha sido encerrado en sus habitaciones.

—¡Santo Dios! ¿En serio? Creo que lo mejor será que se lo cuentes a mi jefe. Espera, voy a ver si le localizo.

El embajador contemplaba la escena con expresión tan alarmada como desesperada; se encontraba en el último peldaño de la terraza, con un pie dentro del

salón y otro fuera, en una posición que solía ser considerada como muy ventajosa cuando, de pequeño, jugaba al escondite; permitía dominar una amplia perspectiva de las fuerzas atacantes, y ofrecía numerosas posibilidades de retirada, tanto hacia el interior del edificio como por los vericuetos de la rosaleda.

Bannister le presentó a William.

El embajador dirigió al vice-cónsul una mirada de leve reproche y sonrió sombríamente, con la torcida sonrisa de quien resiste de forma heroica un casi abrumador sentimiento de repugnancia.

—Me alegro muchísimo de que haya venido —dijo—. ¿Le han cuidado bien? Magnífico, excelente.

Volvió la cabeza por encima del hombro para mirar hacia el oscuro refugio que le brindaba su despacho. Pero justo en ese momento se abrió la puerta y entraron tres obesos indios que caminaban anadeando como patos; todos ellos llevaban un bonete dorado, una camisa larga de color blanco, y una corta chaquetilla negra. Los tres iban comiendo un helado de fresa.

—¿Cómo han conseguido entrar? —dijo malhumoradamente el embajador—. No tienen por qué estar aquí. Échelos. Échelos.

Bannister corrió a echarles, y el embajador se quedó a solas con William.

—¿Es usted del *Beast*?

—Sí.

—La verdad es que no acostumbro a leerlo. No me gusta su línea política. No me gusta ninguna clase de línea política… ¿Le ha parecido interesante este país?

—Sí. Muy interesante.

—¿Ah sí? Ojalá me ocurriera a mí lo mismo. Aunque, claro, su trabajo es más interesante. Y mejor pagado, supongo. Me gustaría saber cómo se consiguen esta clase de trabajos. Seguro que es dificilísimo, que hay que superar exámenes muy duros, ¿no?

—No, no hay exámenes.

—¿Que no hay exámenes? Palabra que eso sí que me resulta interesante. Tengo que contárselo a mi mujer. No sabía que hoy en día se podían conseguir trabajos sin necesidad de examinarse. El sistema no puede ser peor. Cada vez está todo más malogrado. Tengo un hijo en Inglaterra, un chico perezoso, la verdad, que no consigue aprobar ningún examen. No sé qué hacer con él. ¿Cree que podrían darle algún puesto en su periódico?

—Creo que sí. A mí me ha parecido que no hay nada más fácil.

—Caramba, esto sí que es interesante. Tengo que contárselo a mi mujer. Ahí viene. Oye, aquí Mr. Boot dice que le dará un trabajo a Archie en su periódico.

—Siento mucho no poder ayudarle. Esta misma mañana me han despedido.

—¿Ah sí? ¿En serio? Qué pena. En tal caso, no podrá ayudar a Archie.

—Me temo que no.

—Vaya —dijo la esposa del embajador—. Lo siento muchísimo, pero tengo que presentarte a un misionero al que todavía no conoces.

Se llevó al embajador y le presentó a un parpadeante y gigantesco joven; el embajador despidió distraído a William con un gesto.

El doctor Benito, muy pulcro, muy afable, muy dueño de sí mismo, y sonriendo malévolamente a un lado y a otro, había acudido a la fiesta. Ahora se acercó a William.

—Hola, Mr. Boot —le dijo—. Debe de sentirse usted muy solo sin sus colegas.

—Qué va. Lo prefiero.

—Y además debe de aburrirse muchísimo —insistió el doctor Benito, utilizando el tono monótono de un hipnotizador—, sobre todo ante la ausencia de acontecimientos. Por eso he decidido organizar en su honor una pequeña diversión.

—Muy amable, pero aquí me estoy divirtiendo una barbaridad.

—No sea usted tan bueno para con nuestra sencilla y pequeña capital. De todos modos, creo que puedo prometerle algo mucho mejor. Como ya ha llegado el verano, no habrá ningún problema. Hará una pequeña gira por nuestro país y contemplará algunas de sus maravillas: el bosque de Popo, por ejemplo, y las grandes cataratas de Chip.

—Muy amable…, quizá en otra ocasión.

—No, no. Inmediatamente. Tengo un coche aquí. Por desgracia, no puedo acompañarle personalmente, pero le enviaré a un joven encantador, muy culto, universitario, que podrá explicárselo todo tan bien como yo mismo lo habría hecho. Comprobará que este país es muy hospitalario. He organizado las cosas de modo que pase la noche justo a las afueras de la ciudad, en la residencia del director general de Correos y Telecomunicaciones. Así podrá salir mañana a primera hora camino de las montañas. Verá muchas más cosas que sus colegas, que, según tengo entendido, no están teniendo mucha suerte en su viaje a Laku. Incluso es posible que pueda usted participar en una cacería de leones.

—Muchísimas gracias, doctor Benito, pero en este momento no deseo abandonar Jacksonburg.

—Habrá sitio de sobra si quiere llevar a algún acompañante.

—No, gracias.

—Y, naturalmente, será usted huésped del gobierno.

—El problema no es ese.

—Verá danzas interesantísimas, costumbres curiosas —sonrió de forma más horrible incluso que antes—. Algunas tribus son muy interesantes y primitivas.

—Lo siento mucho. No podré ir.

—¡Pero si ya está organizado todo!

—Lo siento muchísimo. Tendría que haberme consultado antes de tomarse tantas molestias.

—Mi gobierno no quiere que usted pierda dinero al aceptar nuestra hospitalidad. Comprendo perfectamente que durante su ausencia no podría desarrollar de forma cabal su trabajo, pero estamos dispuestos a brindarle cualquier compensación sensata que usted…

—Mire, doctor Benito, está usted aburriéndome —dijo William—. No voy a ir.

De repente, el doctor Benito dejó de sonreír.

—Todo el mundo se sentirá decepcionado —dijo.

William le contó esta conversación a Bannister.

—Sí, quieren quitarte de en medio. No quieren que haya periodistas aquí cuando empiece la juerga. Hasta se han tomado la molestia de alejar a Olafsen. Le dijeron que había cólera a mitad de camino de la costa.

—No. Peste.

—Bueno, de todos modos es mentira. Estoy en contacto con nuestro delegado de esa zona. Me ha dicho por teléfono que está todo el mundo en plena forma.

—Quizá Benito no me fastidiaría tanto si supiera que me han despedido.

—No se lo creería. Seguro que ha visto tu telegrama. Antes de ser repartidos, todos los telegramas pasan por su oficina. Y debe de pensar que se trata de un truco. Esa es la desventaja de ser tan listo como él.

—Pareces estar enterado de la mayoría de las cosas que ocurren en esta ciudad.

—Es mi afición favorita. Algo hay que hacer, ¿no? Si me limitara a mi trabajo, me pasaría el día contestando los cuestionarios comerciales que me mandan de Inglaterra. ¿Le has sacado alguna cosa interesante al embajador?

—No.

—Siempre cumple con su deber.

*

Cuando William regresaba en coche de la legación británica a la ciudad, meditó sobre la cuestión de cuándo y de qué modo debería darle a Kätchen la noticia de que había recibido órdenes de volver a su país.

Fue una preocupación inútil.

Para empezar, porque encontró un telegrama esperándole: FELICIDADES POR NOTICIÓN CONTRATO NO SUSPENDIDO MANTÉNGANOS CORRIENTE MÁXIMAS PRONTITUD Y DETALLE.

Y en segundo lugar porque Kätchen ya no estaba en la Pensión Dressler; una

patrulla militar había ido a buscarla esa tarde y se la había llevado en un coche.

—Imagino que debe de ser por lo de sus papeles —dijo Frau Dressler—. Telefoneó al consulado alemán, pero se negaron a ayudarla. Pero no tiene motivos de preocupación. Cuando detienen a un blanco y le meten en prisión, siempre le tratan bien. Estará tan cómoda —añadió con ingenuidad muy poco profesional— como aquí. Ha venido también un tipo de la secreta para hablar con usted. No le he permitido entrar en su habitación. Le espera en el comedor.

William encontró a un acicalado y joven negro que fumaba un pitillo con larga boquilla.

—Buenas tardes —le dijo—. He venido en nombre del doctor Benito para acompañarle a hacer una pequeña excursión por las montañas.

—Ya le he dicho al doctor Benito que no puedo irme.

—Ya, pero él supone que habrá cambiado de opinión.

—¿Porque han detenido a Miss Kätchen?

—Se trata de una medida provisional, Mr. Boot. La están tratando muy bien. Se encuentra en la residencia del director general de Correos y Telecomunicaciones, en las afueras de la ciudad. Me ha pedido que recogiera aquí parte de su equipaje…, un paquete de especímenes minerales que dejó en la habitación que ocupa usted.

—Son de mi propiedad.

—Eso tengo entendido. Creo que pagó por ellos cien dólares. Aquí está esa suma.

William era por naturaleza una persona de carácter pacífico; en las raras ocasiones en las que daba rienda suelta a su ira, los síntomas eran muy evidentes. El negro se puso en pie, extrajo el pitillo del extremo de su boquilla, y añadió:

—Quizá debería advertirle que cuando era alumno de la Universidad Adventista de Alabama fui campeón de los pesos welter de mi promoción… ¿Quiere que le repita mi oferta? El doctor Benito siente enormes deseos de examinar esos especímenes; son propiedad del gobierno, pues fueron recogidos por un extranjero que entró en nuestro país sin haber obtenido previamente una autorización del ministerio de Minería para la realización de prospecciones. Un extranjero que, de momento, y sólo de momento, está protegido por los acuerdos internacionales suscritos por Ismailía. Su caso está siendo estudiado. De todos modos, como usted adquirió esos especímenes sin conocimiento exacto de la ilegalidad de su origen, el gobierno ha tenido la extrema generosidad de hacerle esta oferta de reembolso…

—¡Lárguese! —gritó William.

—Muy bien. Todavía no se ha pronunciado la última palabra sobre este asunto.

Con enorme dignidad, el negro se puso en pie y se fue.

La cabra lechera alzó la vista de su cena de papeles arrugados; su perenne optimismo cobró fuerzas hasta convertirse en una tremenda y madura seguridad; durante todo el día había disfrutado también de la alegría por el cambio de estación, y

su pellejo había brillado bajo el recién nacido sol; en el fondo de su corazón había celebrado también una fiesta, se había desprendido de las vacilaciones invernales y se había regocijado ante el estallido de las rojas flores; ahora, en el transparente atardecer, reunió fuerzas, permaneció rígida un instante, temblando de pies a cabeza; y luego se lanzó a la carga en un movimiento espléndido, irresistible, triunfal; la cuerda se partió, y el campeón de los pesos welter de la Universidad Adventista de Alabama fue a dar de bruces contra las basuras de la cocina.

*

Los acontecimientos de la jornada estaban lejos de haber llegado a su fin.

En cuanto el enviado del doctor Benito se fue, cojeando y hecho un asco, y la cabra se sentó para disponerse pacíficamente a rememorar lo sucedido después de haber sido capturada y atada de nuevo, William se dirigió en coche al consulado británico, cargado con su paquete de minerales.

—La fiesta ha terminado —dijo Bannister—. Ahora queremos descansar.

—Te he traído parte de mi equipaje. Quiero que lo vigiles.

Y le explicó las circunstancias.

—Si supieras la cantidad de trabajo que vas a darnos —dijo Bannister—, no habrías venido aquí. A partir de mañana y durante los próximos seis años recibiré diariamente montañas y montañas de papeles del ministerio ismailí de Minas, y finalmente el tribunal acabará dictando sentencia en contra de tu actuación… Malditas sean las capitulaciones. ¿Qué demonios hay en esa bolsa?

La abrió y examinó las piedras.

—Sí —dijo—, justo lo que me esperaba. Mineral de oro. Abunda muchísimo en las montañas del Oeste. Sabíamos que tarde o temprano esa riqueza crearía problemas internacionales. Hay dos empresas que llevan algún tiempo tratando de obtener un permiso de explotación: una alemana y otra rusa. Y los Jackson, que no tienen ninguna política que merezca ese nombre, sí insisten al menos en conseguir que no haya modo de que las inversiones extranjeras saquen beneficios de este país. El presidente se defiende muy bien en este terreno. Ha estado muchísimos meses utilizando las pretensiones de una empresa contra las de la otra. Luego empezó el problema de Smiles. Estamos casi seguros de que son los alemanes quienes están detrás de ese asunto. La pista de los rusos no puede ser seguida tan fácilmente. Hace sólo un par de días que por fin nos enteramos de que habían comprado a Benito y al Joven Partido Ismailí. Ahora la cosa está entre Smiles y Benito, y me da la sensación de que Benito ha ganado. Es una pena. Los Jackson eran una pandilla de pícaros, pero beneficiaban al país, y también al gobierno de Su Majestad. Si organizan aquí un

estado soviético…, nuestras pérdidas serán bastante considerables. Ahora que ya no eres periodista puedo contarte todas estas cosas.

—De hecho, acabo de convertirme otra vez en periodista. ¿Te importa que telegrafíe todo esto al *Beast*?

—Con tal de que no digas que fui yo quien te lo dijo… En realidad creo que una campaña periodística podría beneficiarnos.

—Otra cuestión. ¿Podrías ayudarme a sacar a una joven amiga de la cárcel?

—¡Naturalmente que no! —dijo Bannister—. Soy un firme defensor del sistema penitenciario local; gracias a él me evito tener la casa llena de gente que viene a buscar nuestra protección. Su único fallo es que se puede salir de la cárcel por cuatro perras.

*

Cuando en Jacksonburg era la hora de cenar, en Londres era la hora del té.

—No hay nuevas noticias de Boot —dijo Mr. Salter.

—No importa, prepara la edición irlandesa con su telegrama de la mañana. Cámbiale la redacción y dalo a toda plana y en primera. Si llega una nueva crónica antes de las seis de la mañana, lanza una edición especial.

*

William regresó a su casa con un propósito: acabar con Benito. Primero de forma confusa, pero luego con la mayor claridad, imaginó una consumación espectacular y cinematográfica en la que su país se levantaba caballerosamente en armas; los Lanceros Bengalíes y los escoceses con sus faldas a cuadros tomarían las colinas de Jacksonburg; con él a la cabeza, abrirían las puertas de la cárcel; agarraría a Benito con sus propias manos, le sacudiría como si fuese un gatito y, dejándole medio asfixiado, le lanzaría a un lado, lejos de su camino; Kätchen se le acercaría aleteando, como un pajarillo herido, y él la llevaría en triunfo a Boot Magna… El amor, el patriotismo y el celo justiciero y el despecho personal ardían llameantes en su corazón cuando se sentó ante su máquina de escribir y empezó a redactar su telegrama. No le bastaba un solo dedo; usó ambas manos. Las teclas eran accionadas simultáneamente, la máquina adoptaba forma de puercoespín, había que detenerse a soltar las palancas, y luego seguir; en la hoja de papel se formaron curiosos anagramas; vulgares signos de puntuación e inesperadas barras se mezclaban con las

letras. Pero no por eso dejó de mecanografiar.

La central de telégrafos cerraba a las nueve; a las nueve menos cinco William dejó su montón de páginas encima del mostrador.

—Enviar mañana —dijo el funcionario.

—Envíelo hoy. Es urgentísimo —dijo William.

—Esta noche no. Esta noche fiesta del verano.

William puso un puñado de billetes encima de las páginas mecanografiadas.

—Esta noche —dijo.

—Bien.

Y después William se fue a cenar solo al local de Popotakis.

*

—Dos mil palabras. Boot —dijo Mr. Salter.

—¿Alguna cosa interesante? —preguntó el redactor jefe.

—Échale una ojeada.

El redactor jefe se la echó. Vio: «*Complot ruso… golpe de Estado… derribar gobierno constitucional… dictadura roja… cabra embiste jefe policía… rubia encarcelada… amenaza contra intereses vitales Gran Bretaña*». Con eso bastaba. Era noticia.

—Esto es noticia —dijo—. Que paren las máquinas en Manchester y Glasgow. Que despejen las líneas con Belfast y París. Tira a la papelera la primera página. Suprime el reportaje sobre el entierro de pobre para la exreina de belleza. Mete una foto de Boot.

—Me parece que no tenemos ninguna foto de Boot en la redacción.

—Llama por teléfono a su familia. Encuentra a su novia. Seguro que tiene que haber alguna foto de él en algún lugar del mundo.

—Le sacaron una para el pasaporte —dijo Mr. Salter, no muy seguro—, pero recuerdo que cuando la vi pensé que se le parecía muy poco.

—Me importa un rábano si parece un mandril…

—Pues es a eso a lo que más se parece…

—Ponla a dos columnas. Es la primera vez en lo que va de mes que sacamos una primera dedicada a internacional.

Cuando la última edición del periódico salió de máquinas para llevar el sensacional mensaje de William a dos millones de apáticos hogares, Mr. Salter abandonó por fin la redacción.

Su esposa estaba todavía despierta cuando llegó a su casa.

—Te he preparado tu Ovaltine —le dijo ella—. ¿Has tenido mal día?

—Horrible.

—¿No habrás tenido que comer con Lord Copper, no?

—No ha sido tan grave. Pero hemos tenido que hacer el periódico entero otra vez cuando ya estaba en máquinas. Todo por aquel tipo, Boot.

—¿Ese que te dio tantos quebraderos de cabeza la semana pasada? Creí que me dijiste que ibais a echarle.

—Y lo hicimos. Pero luego volvimos a contratarle. Lord Copper tenía razón.

Mr. Salter se quitó las botas y Mrs. Salter le sirvió el Ovaltine. Después de tomárselo, Mr. Salter recuperó en parte la calma.

—Sabes una cosa —dijo en tono reflexivo—, trabajar para un hombre como Lord Copper es una gran experiencia. He pensado muchas veces que ya no servía. Pero siempre acaba demostrándome que llevaba razón. ¿Cómo supo que Boot respondería tan bien? Tiene un sexto sentido… Es un genio.

El local de Popotakis estaba vacío y William se sentía agotado. Tomó la cena y se fue paseando a casa. Una vez en su habitación notó que flotaba en el aire el humo del tabaco de uno de sus puros, que además brillaba en la oscuridad. Una voz, de fuerte acento alemán, dijo:

—Cierre las persianas, por favor, antes de dar la luz.

William obedeció. Un hombre se levantó del sillón, se cuadró haciendo sonar sus tacones, y emitió un sonido gutural. Era un hombre alto y rubio de porte militar pero bastante maltrecho. Llevaba pantalones cortos de color kaki, camisa abierta y botas salpicadas de barro. Su cabeza, que debía de haberse afeitado completamente hacía algún tiempo, estaba cubierta, al igual que su mentón, de un somero rastrojo de pelo, como un tejo recortado en un jardín descuidado.

—Usted dirá —dijo William.

El hombre volvió a hacer sonar sus tacones y repitió el extraño sonido de antes, añadiendo esta vez:

—Este es mi nombre.

—Oh —dijo William. Luego se cuadró también y dijo—: Boot.

Se estrecharon las manos.

—Discúlpeme por haber utilizado su habitación. En tiempos la ocupé yo. No lo he sabido hasta que he encontrado su equipaje aquí. Dejé algunos especímenes de minerales. ¿Sabe por casualidad qué ha sido de ellos?

—Los he llevado a un lugar seguro.

—Bien, ahora no tiene importancia… También dejé aquí a mi esposa. ¿La ha visto usted?

—Está en la cárcel.

—Ya —dijo el alemán sin revelar sorpresa—. Era de esperar. Y a mí también van

a encarcelarme Acabo de pasar por mi consulado. Dicen que no tienen intención de protegerme. Y no puedo protestar. Antes de que todo empezara ya me advirtieron que si fracasaba no podrían protegerme…, y he fracasado… Si no le importa, me sentaré. Estoy muy cansado.

—¿Ha cenado?

—Llevo dos días sin comer. Acabo de regresar del interior. No podía detenerme para comer ni para dormir. Querían matarme. Han pagado a los bandidos para que me persiguieran. Estoy muy cansado y muy hambriento.

William retiró una caja de uno de los montones de equipaje. Estaba atada con cuerdas, muy bien forrada y preparada para resistir toda clase de emergencias. Durante un buen rato estuvo peleando por librarla de todos sus envoltorios, mientras el alemán permanecía sentado y sumido en un estupor melancólico; por fin le dijo:

—Aquí hay comida, si consigue abrirla.

—Comida. —La palabra hizo que el alemán volviera en sí. Con asombrosa destreza introdujo la hoja de su navaja debajo de la tapa de la caja; hizo palanca, la abrió, y dejó al descubierto la cena de Navidad de William.

La extendieron sobre la mesa: pavo, budín de ciruelas, ciruelas glaseadas, almendras, pasas, champán y galletas. El alemán soltó unos cuantos sollozos nostálgicos y teutones. A continuación empezó a tragar, primero en silencio y luego, llegado a los postres, locuazmente.

—… me dispararon tres veces en la carretera, pero los bandidos no tienen más que rifles muy viejos. No son como los que le proporcionamos a Smiles. A él le dimos de todo: ametralladoras, tanques, consulados; le compramos dos diarios de París, una columna diaria durante semanas y semanas. Y usted sabe muy bien lo que cuesta eso. Había cinco mil voluntarios dispuestos a zarpar. Smiles hubiese podido plantarse en Jacksonburg en cosa de un mes. Todo el mundo detesta aquí a los Jackson. Son una pandilla de necios. Durante un año hemos intentado hacer negocios con ellos. Y primero contestaban una cosa, y luego otra. Les dimos dinero; todo el dinero; ¡cuantísimos Jackson hay! Pero ni siquiera así querían entrar en el negocio…

—Creo que tengo el deber de advertirle que soy periodista.

—Me parece muy bien. Cuando escriba sobre todo este asunto, deje bien claro que la culpa no fue mía. Sino de Smiles. Le dimos dinero, montones de dinero, pero él huyó al Sudán. Y pretendía que yo me fuera con él.

—¿No hubiera sido mejor?

—Había dejado a mi esposa en Jacksonburg… Además, no me convenía ir al Sudán. Una vez tuve problemas en Jartum. Hay muchos países a los que es mejor que no vaya. A menudo me he comportado de forma atolondrada.

El recuerdo de su esposa y el de sus pasados errores pareció sumirle una vez más en la melancolía. Se quedó en silencio. William temió que se durmiera.

—¿A dónde irá ahora? —le preguntó—. Ya sabe que no puede quedarse aquí. Le detendrían.

—No puedo quedarme —dijo el alemán—. Lo sé. —E inmediatamente se quedó dormido, con la boca abierta, la cabeza caída hacia atrás y una galleta a medio comer en la mano, roncando sonoramente.

Pero la jornada aún no había concluido.

Hacía sólo unos instantes que los primeros ronquidos y convulsiones y gorgoteos del alemán se habían transformado en el ronquido monótono, automático y más tranquilo de quien duerme profundamente, cuando William se vio importunado otra vez.

El vigilante nocturno se asomó a la puerta, señalando hacia la entrada de la pensión, sonriendo y murmurando incomprensiblemente. El alemán no se enteró de nada; sus ronquidos siguieron a William por todo el patio.

Un automóvil le esperaba en la calle. Sus faros estaban apagados. Tanto el patio como la calzada estaban a oscuras. Una voz procedente del interior del coche dijo:

—¿Eres tú, William?

Kätchen salió y corrió hacia él…, tal como William había imaginado: como un pájaro herido.

—Amor mío, amor mío —dijo él.

Se abrazaron. William pudo percibir en la oscuridad, por encima del hombro de Kätchen, la figura del vigilante nocturno. Parecía, sostenido en un solo pie y con la lanza en ristre, una cigüeña.

—¿Llevas dinero encima? —preguntó Kätchen.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—Le he prometido cien dólares al conductor. ¿Te parece exagerado?

—¿Quién es?

—El chófer del director general de Correos y Telecomunicaciones. El director general está detenido. Era un Jackson. Todos los Jackson están siendo detenidos. Mientras los soldados cenaban, se hizo con la llave de la habitación. Le he dicho que le daría cien dólares si me traía aquí.

—Dile que espere. Iré a por el dinero a mi habitación.

El chófer se envolvió en su manta y se sentó en el guardabarros. Kätchen y William entraron en el patio.

—Tengo que huir —dijo Kätchen—. Lo he pensado mientras venía hacia acá. Tienes que casarte conmigo. Entonces seré británica y nadie podrá hacerme nada. Y nos iremos inmediatamente de Ismailía. Se acabó el periodismo. Nos iremos juntos a

Europa. ¿Querrás?

—Sí —dijo William sin asomo de duda.

—¿Y te casarás conmigo de verdad… en una oficina?

—Sí.

—Será la primera vez que me case de verdad. —La pesada y potente respiración llegó hasta ellos desde el otro lado del patio—. ¿Qué es eso? William, ese ruido viene de tu habitación.

—Sí, se me había olvidado. Tú hiciste que se me olvidara. Ven y verás quién es.

Subieron los peldaños cogidos de la mano, cruzaron los soportales y llegaron a la puerta de la habitación de William.

Kätchen soltó su mano y, con un grito, se adelantó corriendo. Se arrodilló junto al alemán y le cogió y le sacudió. Él se movió un poco, gruñó y abrió los ojos. Se hablaron en alemán; Kätchen se hizo un ovillo junto a él; él apoyó la mejilla en su frente y volvió a quedarse en coma.

—Qué feliz soy —dijo ella—. Temí que no volviera nunca, que hubiese muerto o me hubiera abandonado. Cómo duerme. ¿Se encuentra bien? ¿Tiene hambre?

—No —dijo William—. Por ese lado, creo que no hay motivos de preocupación. En la última hora, y en mi presencia, se ha tomado toda una cena de Navidad con raciones para cuatro niños o seis adultos.

—Seguro que ha pasado muchísimo hambre. ¿No le encuentras delgado?

—Francamente no —dijo William—. Yo no diría que le encuentro delgado.

—Tendrías que haberle visto antes de que se fuera… Cómo ronca. Esa es buena señal. Cuando se encuentra bien siempre ronca así. —Kätchen se quedó mirando la figura dormida—. Pero está sucísimo.

—Sí —confirmó William—. Verdaderamente sucio.

—Te noto enfadado de repente, William. No parece que te alegres de que mi esposo haya regresado junto a mí.

—¿Junto a *ti*?

—¿No estarás celoso, verdad, William? No hay nada más despreciable que los celos. Es imposible que estés celoso de mi marido. He vivido con él dos años, antes de haberte conocido a ti. Ya sabía yo que no iba a abandonarme. Pero ¿qué podemos hacer ahora? Tengo que pensar…

Los dos se pusieron a pensar, aunque en cosas bastante diferentes.

—Tengo un plan —dijo por fin Kätchen.

—¿Sí? —preguntó sombríamente William.

—Me parece que saldrá bien. Como mi marido es alemán, los ismailíes no podrán hacerle nada. En mi caso es distinto, por lo de mis papeles. Así que me casaré contigo. Así seré inglesa, y mi marido y yo podremos irnos juntos. Tú mismo nos comprarás los billetes de regreso a Europa. No te saldrá muy caro, viajaremos en

segunda… ¿Qué te parece?

—Hay varias objeciones importantes; para empezar, la legación alemana no protegerá a tu amigo.

—¡Vaya por Dios! Yo siempre había creído que si tenías los papeles en regla no corrías peligro en ningún país… Tendré que inventarme otro plan… Si, después de casarme contigo, me caso con mi marido, entonces él sería inglés, ¿verdad?

—No.

—Vaya por Dios.

Tenían que hablar casi a gritos para oírse por encima de los ronquidos del alemán.

—¿Estaría feo despertar a mi marido? Él tiene siempre muchísimas ideas. Y una gran experiencia en toda clase de situaciones difíciles.

Kätchen consiguió despertarle, y dialogaron en alemán.

William se puso a recoger los repugnantes restos del banquete de Navidad; metió las galletas que quedaban en su caja y fue dejando las latas y cajas vacías junto a sus botas, en la puerta de la habitación.

—Nuestra única esperanza es el chófer del director general de Correos —dijo finalmente Kätchen—. Los guardias de la ciudad le conocen. Si no se han enterado aún de que el director general de Correos ha sido detenido, podrá atravesar las barricadas sin ningún problema. Pero no llegaría a la frontera. Mandarían un telegrama avisando que le detuviesen allí. Y en el tren es imposible.

—Queda el río —dijo el alemán—. Está crecido. Podríamos meternos en el agua más allá de las cataratas que están a veinte kilómetros de aquí. Y, luego, seguir por vía fluvial hasta territorio francés. Pero para eso necesitamos una embarcación.

—¿Cuánto costaría un bote? —preguntó Kätchen.

—Una vez me construí un bote yo mismo. Era en el Matto Grosso —dijo el alemán con voz soñadora—. Quemé el núcleo de un árbol de leña muy recia. Tardé diez semanas en tenerlo listo. Y luego se hundió como una piedra.

—Un bote… —dijo Kätchen—. ¡Pero si tenemos uno! ¡*Nuestra* canoa!

*

Atravesaron en coche las calles de la ciudad dormida. El alemán iba delante, junto al chófer del director general de Correos, y detrás se instalaron Kätchen y William con la canoa plegable. Desde los montones de basuras, algunas hienas lanzaron hacia ellos los rojos destellos de sus ojos, para después volverles sus huesudas grupas y desaparecer en la noche.

Los guardias de la barricada les saludaron militarmente y les permitieron salir a campo abierto. Avanzaron en silencio.

—Te mandaré una postal —dijo al fin Kätchen— para decirte que estamos sanos y salvos.

Cuando llegaron al río, empezaba a amanecer; se lo encontraron de repente, negro y rápido, fluyendo entre orillas bajas. Montaron la canoa; William y Kätchen se encargaron de hacerlo, tal como en la ocasión anterior; ya sabían cómo se hacía; esta vez no tuvieron problemas. El alemán se sentó en el capó del coche, aturdido aún por la falta de sueño; tenía los ojos abiertos, y también la boca. Una vez preparado el bote, le llamaron.

—Es muy pequeño —constató.

William se metió entre los juncos, con el agua hasta las rodillas, sujetando el bote a duras penas; la corriente tiraba de él, lo absorbía. Kätchen se subió al bote, a punto de perder el equilibrio, y agarrándose con una mano al brazo de William; luego subió el alemán; el bote se hundió casi hasta la regala.

—No cabrán las provisiones —se lamentó Kätchen.

—Mi bote del Matto Grosso medía seis metros de eslora —dijo amodorrado el alemán—. Pero volcó y se fue directamente al fondo. Dos de mis criados se ahogaron. Ya me habían advertido que aquello no iba a flotar.

—Si llegamos sin problemas a la frontera del territorio francés —dijo Kätchen—, te dejaremos allí el bote para que puedas recuperarlo.

—No lo necesito para nada.

—Pues lo venderemos y te mandaremos el dinero.

—Bien.

—Aunque…, también podríamos guardar el dinero hasta llegar a Europa. Desde allí será más fácil enviarlo.

—Eso no son más que especulaciones abstractas —dijo el alemán, que de repente parecía despierto e impaciente—. Son asuntos de interés meramente académico. No llegaremos a la frontera francesa. Larguémonos de una vez.

—Adiós —dijo Kätchen.

Las dos figuras se sentaron la una frente a la otra, tocándose las rodillas, expectantes, como si fuesen a zarpar por el lago ornamental de una feria; como amantes en un día de fiesta que, tras haber hecho cola un buen rato, dudaran antes de lanzarse rumbo a la mayor intimidad que pronto les ofrecerían las grutas y transparencias.

William soltó el bote; este giró sobre sí mismo una o dos veces, muy lentamente, y fue acercándose al centro de la corriente; allí fue atrapado por el tremendo impulso de la riada y, vertiginosamente, al punto desapareció de la vista.

William regresó a su vacía habitación. El criado había recogido los restos del banquete navideño y los había depositado ordenadamente en la mesa que William

usaba como escritorio. Encima de la cama yacía uno de los clavos ardiendo, desprovisto de mensaje. William se sentó a la mesa y, con la mirada fija en la etiqueta de la lata del pavo, empezó a redactar su crónica.

—Lleva esto a la central de telégrafos —le ordenó al criado—. Quédate sentado en la escalera hasta que abran. Luego, vuelve aquí y espérate sentado en la escalera de los soportales. No permitas que nadie entre. Quiero dormir mucho.

Pero no pudo dormir mucho.

A las diez y media el criado le sacudió.

—No enviar —dijo, agitando en la mano la crónica.

William se despertó a duras penas.

—¿Por qué?

—No Jacksons. No gobierno. No enviar.

William se vistió y fue a la central de telégrafos. Una desenvuelta cara negra le sonrió desde el otro lado de la ventanilla; cuello almidonado, pajarita, larga boquilla de marfil: el peso welter.

—Buenos días —saludó William—. Espero que no esté muy dolorido después de su encuentro con la cabra. ¿Dónde está el encargado del telégrafo?

—Se ha tomado unas vacaciones. Ahora soy yo quien ocupa su puesto.

—Me ha informado mi criado que se han negado a transmitir el telegrama que le di.

—Efectivamente. Estamos demasiado ocupados con los asuntos gubernamentales. Creo que seguiremos así todo el día. E incluso varios días. Habría sido mucho mejor que hubiese emprendido usted la gira que le habíamos organizado. De todos modos, seguramente le interesará a usted leer el manifiesto que vamos a publicar. ¿Conoce nuestro idioma?

—No.

—Es un idioma muy bárbaro. Yo no he llegado a aprenderlo. Dentro de muy poco el idioma oficial del país será el ruso. Tenga, una copia en inglés.

Entregó a William una hoja de papel rojo, con el siguiente título: OBREROS DE ISMAILÍA, UNÍOS. Y, hecho esto, cerró de golpe la puerta de la ventanilla.

William salió a la calle. Un negro encaramado a una escalera estaba tachando a brochazos el nombre de la calle, que era la calle Jackson. En la fachada de la central de telégrafos habían pintado una hoz y un martillo, y en lo alto colgaba inerte una bandera roja. Mientras regresaba a la pensión, William leyó el manifiesto.

… desarrollo de los recursos minerales de los obreros por los obreros y para los obreros… los Jackson serán llevados prontamente ante un tribunal… procesados por delito de alta traición contra la Revolución… liquidados… Nuevo Calendario. Año Uno del Estado Soviético de Ismailía…

Cuando llegó al patio hizo una pelota roja con el papel y se la tiró a la cabra, que

se la tragó como si fuera una ostra.

William se quedó en los soportales contemplando el horrible altillo desde el que Kätchen acostumbraba a saludarle, aproximadamente a esta hora de la mañana, y a proponerle que fueran juntos al Salón de ping-pong de Popotakis.

—«No veo a mi alrededor más que transformación y decadencia» —canturreó, casi afectadamente. Era la canción favorita de su tío Theodore.

Inclinó la cabeza hacia abajo.

—Oh somormujo cuellirrojo —rezó—, difamada ave, ¿acaso no he pagado con creces el daño que te hizo mi hermana? ¿Cuánto tiempo tendré que seguir exiliado de las verdes praderas que me vieron nacer? ¿Acaso no había, incluso en el implacable destino de la antigüedad un dios salido de la máquina?

Pero no había esperanza en su plegaria.

Y entonces, por encima de los multitudinarios ruidos de la Pensión Dressler, le llegó un leve sonido, monótono y cada vez más insistente. Los criados que estaban en el patio alzaron la cabeza. El sonido fue aumentando de volumen y en lo alto del despejado cielo, acercándose rápidamente, apareció un aeroplano. El sonido cesó al parar el motor. La máquina describió algunos círculos y descendió silenciosamente. Se encontraba justo encima de sus cabezas cuando de repente salió de él una manchita negra que empezó a caer; por encima de ella se desplegó una cosa blanca, muy grande. El motor reanudó su canción; el aparato remontó el vuelo y se alejó de allí, hasta desaparecer de la vista y el oído. La pequeña tienda en forma de redonda cúpula fue cayendo lentamente, como si estuviera inmersa en las profundidades de un mar de transparentes aguas.

—Como caiga sobre el techo de mi casa —dijo Frau Dressler—. Como me rompa alguna cosa…

El paracaidista cayó sobre el techo de la pensión; pero no rompió nada. Aterrizó delicadamente sobre las puntas de los zapatos; la enorme vela se arrugó y hundió detrás de él, que, con enorme destreza, se libró de las correas y se apartó. Sacó un peine del bolsillo y se peinó el levemente desordenado cabello castaño rojizo, sobre todo en las sienes. Luego echó una ojeada a su reloj, saludó a Frau Dressler con una reverencia, y pidió una escalera, con la máxima cortesía, en cinco o seis idiomas. Le llevaron lo que pedía. Peldaño a peldaño, apoyándose delicadamente en las puntas de los pies, descendió al patio. La cabra lechera le abrió reverentemente paso. Vio a William y le dirigió una sonrisa. Sólo entonces este le reconoció.

—¡Caramba! —exclamó—, pero si es mi compañero de viaje, el periodista. Qué agradable encontrar a un compatriota británico en este rincón tan apartado.

Capítulo quinto

El sol se hundió tras los árboles del caucho, y el primer día del Estado Soviético de Ismailía concluyó de forma esplendorosamente roja. El desierto salón-bar del local de Popotakis ardía arrebolado a la luz del fulgurante ocaso.

—En realidad no sé cómo agradecérselo —dijo William.

—Por favor —dijo su acompañante, apoyando levemente su mano en la de él—, por favor, no me turbe. Las palabras que acaba de pronunciar parecen perseguirme obsesivamente a dondequiera que vaya. Desde aquella auspiciosa tarde en la que tuvo usted la amabilidad de cederme una plaza en su avión he estado temiendo que, tarde o temprano, oiría estas palabras de sus labios. Si no me equivoco, ya se lo dije en su momento.

Mr. Popotakis encendió las luces de la mesa de ping-pong y preguntó:

—¿Quiere jugar, Mr. Baldwin? —pues este era el nombre con el que el amigo de William quería ahora que le llamasen.

(«Es un nombre muy práctico —le explicó—. Poco comprometido, británico y, sobre todo, fácil de recordar. A menudo me veo obligado a hacer mis negocios ocultándome tras un seudónimo. Me los elige siempre Cuthbert, mi criado. Suele adivinar el más adecuado para cada circunstancia, aunque a veces se recrea más de la cuenta en sus invenciones. En algunas ocasiones sus más fantasiosos inventos han eludido mi memoria en momentos muy importantes. Por eso ahora me limito a ser Mr. Baldwin. Le ruego que no abuse de mi confianza»).

Mr. Baldwin reanudó su pequeña disertación.

—En la confusión y violencia propias de la vida comercial —dijo—, siempre me esfuerzo por pagar los favores que se me hacen. Últimamente, los favores son cada vez más profusos y el pago más oneroso… Pero estoy convencido de que usted es un benefactor perfectamente desinteresado. Me alegro de haber podido contribuir al desarrollo de su carrera profesional de forma tan barata.

»No sé si sabe que la primera impresión que tuve de usted no me indujo a creer que estaba destinado a alcanzar grandes éxitos en la carrera periodística. Más bien pensé lo contrario. De hecho, para serle franco, dudé de su identidad cuando me aseguró que el destino de su viaje era este. Temí que viniera aquí con algún objetivo de otra clase. Debe usted perdonarme si en los primeros días de nuestra (espero que no le moleste que la llame así) amistad me mostré evasivo.

»Bien, y ahora Mr. Popotakis nos ofrece una partida de ping-pong. Por mi parte, creo que sería estimulante.

Mr. Baldwin se quitó la chaqueta y se arremangó su camisa de *crêpe-de-chine*. A continuación tomó su pala y se colocó expectante al otro extremo de la mesa. William hizo el saque. Cero, quince; cero, treinta; cero, cuarenta, juego; quince, cero; treinta,

cero; cuarenta, cero, juego. Aquel hombrecito era ubicuo y ambidextro. Se agachaba, brincaba, saltaba, respondía de revés y de volea; tan pronto se colgaba sobre la red como se alejaba cinco metros de la mesa; tan pronto conseguía alzar la pelota desde la altura de sus rodillas como saltaba hasta los cables eléctricos para picarla desde arriba; y en todo momento seguía sosteniendo una brillante y bromista conversación en griego demótico con Mr. Popotakis.

Una vez terminada la partida con su abrumadora victoria, se puso de nuevo la chaqueta y dijo:

—Seis y cuarto. Seguro que estará usted impaciente por mandar su segunda crónica…

Porque uno de los nuevos alicientes de la jornada para William era el transmisor privado de radio al que tenía acceso desde la llegada de su compañero de viaje.

Jacksonburg, o Marxville, como se llamaba desde primera hora de esa mañana, era una ciudad de insospechados recursos desde la aparición de Mr. Baldwin.

—Tengo un pequeño *pied á terre* en esta ciudad —explicó Mr. Baldwin cuando William le insinuó que comieran en la Pensión Dressler—. Cuthbert lo ha estado ordenando. Todavía no he pasado por allí, y me temo lo peor, pero es un hombre sensible y podría sentirse ofendido si, el día de mi llegada, no fuera a comer allí. ¿Le importaría vivir conmigo la aventura de este almuerzo?

Fueron andando, pues Mr. Baldwin se quejó de agarrotamiento de las piernas debido al vuelo. Cogió a William del brazo y le condujo por los menos frecuentados atajos de la ciudad, sin dejar de preguntarle vehementemente por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

—¿Dónde están sus colegas? Me temía que trataran de importunarme en cuanto llegase.

—Se han ido todos al interior, en pos de Smiles.

—¡Excelente! Usted será el único espectador del último acto de esta pequeña representación escénica.

—Será inútil. Han cerrado la central de telégrafos.

—Pronto la abrirán otra vez. Entretanto, no me cabe la menor duda de que Cuthbert podrá ayudarle. Él y un suizo que es socio mío han montado un artilugio improvisado que, al parecer, funciona. He podido mantener contactos diarios con ellos.

Incluso en las calles menos importantes había constantes pruebas de la nueva situación política; en dos ocasiones se vieron obligados a buscar refugio ante el atronador paso de camiones de la policía cargados de glaucos detenidos. El Café Wilberforce se llamaba ahora Café Lenin. Se habían distribuido numerosísimas banderas rojas que ahora, ingeniosamente anudadas o retorcidas, habían creado rápidamente una nueva moda en tocados de señora entre las mujeres del mercado.

—Hubiese tenido que llegar ayer —dijo malhumoradamente Mr. Baldwin—. Así habríamos podido ahorrarnos en buena parte los esfuerzos de reorganización. Vaya por Dios, ahí viene otro de esos camiones de la policía.

Saltaron a un portal. Rodeado de una patrulla de hombres armados con ametralladoras, William reconoció a Mr. Earl Russell Jackson.

Finalmente, su recorrido por las calles les llevó a las afueras de la ciudad. Era una desagradable zona ferroviaria en la que, tras una valla de troncos y alambre de espinos, discurrían las vías muertas y asomaban los tinglados y almacenes. Cruzaron una verja y se acercaron a un bungalow.

—Pertenece a M. Giraud —dijo Mr. Baldwin—. Y ese es M. Giraud, aunque creo que en estos momentos sobran las presentaciones.

El barbudo revisor suizo les saludó con deferencia desde el umbral.

—M. Giraud está a mi servicio desde hace algún tiempo —dijo Mr. Baldwin—. De hecho, consultó conmigo cuando usted tuvo el placer de viajar con él desde la costa. Seguí su breve período de importancia pública con sumo interés y, para serle franco, también con ansiedad. Si no le ofende que critique la profesión a la que usted pertenece (y que en este momento practica con un éxito casi incomparable), le diría que ese viaje sin importancia realizado por M. Giraud escondía una noticia que ninguno de ustedes supo captar. Leí los periódicos de aquellas fechas, ¿sabe? No es frecuente que la prensa se equivoque de medio a medio, que no dé ni una a derechas. Eso es lo que suele creer el vulgo. Pero solamente los enterados pueden discernir el embrión de verdad, el pequeñísimo dato real en torno al que, como si se tratase del grano de arena sobre el que crece la perla, han sido depositadas las sucesivas capas de adornos. En este caso, por ejemplo, es cierto que había un agente ruso que estaba organizando un golpe de Estado; y era cierto que M. Giraud era un importante intermediario. Pero no era el ruso. El funcionamiento del comercio y la política es muy sencillo, sencillísimo, pero no tanto como lo suelen representar sus colegas. Cuthbert, mi mayordomo, también iba en ese mismo tren con todos ustedes. Él hubiera podido permitirles adivinar un poco lo que ocurría, pero no le reconocieron. Era el maquinista. Y fue por culpa de su desconocimiento de las costumbres locales que esos equipajes que se perdieron fueron finalmente recobrados.

—¿Le importaría que le preguntase —interrumpió William tímidamente—, ya que me cuenta tantas cosas, qué intereses representa usted?

—Los míos propios —dijo con sencillez el hombrecito—. Labro un solitario surco… Bien, veamos qué han podido organizar a modo de almuerzo.

Habían conseguido pescado fresco del río, que luego habían guisado con vino blanco y berenjenas; y también una rara ave del país en el que se combinaban el tierno sabor de la perdiz con la enorme masa del pavo; la habían asado y rellenado de plátanos, almendras y pimientos; y, además, una gacela casi recién nacida que habían

empapado con la leche de su madre y cocinado con acompañamiento de trufas. Finalmente, la comida se completaba con una bandeja de pasteles árabes y una montaña de frutas exóticas.

—Bien —dijo Mr. Baldwin suspirando tristemente—. Espero que no nos haga daño tan tosco manjar. Así apreciaremos en mayor grado los placeres de la civilización… Pero mi descenso en paracaídas me ha dado mucho apetito. Yo esperaba un menú más imaginativo.

Se tomó sus pastillas digestivas, alabó el café, y luego expresó su deseo de dormir.

—Cuthbert cuidará de usted —dijo—. Dele a él lo que quiera enviar a su periódico.

El transmisor de radio estaba escondido en el garaje; su antena se elevaba por encima del techo, ingeniosamente disfrazada de eucalipto. William vio cómo las primeras palabras de su rechazada crónica emprendían su camino por el éter hasta oídos de Mr. Salter. Luego, también él decidió irse a dormir.

A las cinco de la tarde, cuando reapareció, Mr. Baldwin se había puesto un traje nuevo, más llamativo, pero se mostraba tan educado y benévolo como antes.

—Vamos a visitar la ciudad —dijo, y, como no podía ser menos, se dirigieron al local de Popotakis y contemplaron el crepúsculo desde el vacío bar.

—… ya sé que debe de estar usted impaciente por enviar su nuevo mensaje. Espero que el misterio de la situación le resulte a estas alturas perfectamente claro.

—Bueno…, no del todo…

—¿No? ¿Todavía hay cosas que no entiende? Ay, ay, Mr. Boot… El enviado especial de un gran periódico debería ser capaz de ordenar el rompecabezas por sí solo. Es muy simple. Ha habido una gran competencia por obtener los derechos de explotación minera de Ismailía, unos derechos que, en mi categoría de propietario de los mismos, puedo decir que han sido ridículamente sobrevalorados. Los gobiernos alemán y ruso estaban especialmente dispuestos a pagar por ellos unas cifras extravagantes…, pero en especie. Por desgracia para ambos, los bienes que podían ofrecer, sus tesoros de los palacios imperiales, madera, juguetes, etcétera, carecían de demanda en Ismailía, al menos en los círculos presidenciales. El presidente Jackson deseaba desde hace algún tiempo preparar su retiro, y yo me encontraba en la posición adecuada para poder ofrecerle oro a cambio de la concesión de sus minas de oro; mis rivales se vieron enfrentados a la alternativa de abandonar sus ambiciones, o derribar al presidente Jackson. Los dos eligieron esta segunda posibilidad, que es mucho más romántica, naturalmente. Los alemanes, con muy poca vista, decidieron poner en su lugar a un aborigen de poca firmeza de carácter, un tal Smiles. Jamás temí seriamente que ese tipo pudiera ofrecer peligro. Los rusos fueron más astutos y

compraron al Joven Partido Ismailí y, tal como ha podido comprobar, ahora están en franca ascensión política. Espero que todo esto le dé material suficiente para una crónica.

—Desde luego —dijo William—. Muchas gracias. Estoy seguro de que Mr. Salter y Lord Copper le estarán muy agradecidos.

—Dios mío, parece que no domina usted en absoluto las prácticas corrientes en su profesión. Debería preguntarme ahora si tengo algún mensaje especial que transmitir al público británico. Porque lo tengo. Es el siguiente: *El poderío acabará dominando la situación*. No digo «la fuerza». Recuérdelo. Los británicos sólo empleamos nuestro «poderío». Sólo hay una cosa capaz de enderezar la situación: la violencia más extrema y repentina, o, mejor incluso, la amenaza de su empleo. He invertido sumas bastante considerables en todo este asunto y, por desgracia, nuestros compatriotas son dolorosamente tolerantes hoy en día ante las pérdidas de sus grandes financieros. Las cosas ya no son como antaño. Yo no poseo apenas influencias en las esferas políticas, pero utilizaré las que tengo para provocar una guerra en defensa de mis intereses. Cierta apariencia de apoyo popular para tal decisión, como el que podría proporcionar su periódico, sería muy valiosa… Pero no me gusta mezclar mis negocios con los problemas internacionales. Preferiría que todo esto pudiera quedar resuelto pulcra y definitivamente, aquí y ahora.

Cuando terminaba de hablar se oyó desde el vestíbulo un tremendo y confuso tumulto; el rugido de un motor que, en la calma del bar, parecía una escuadrilla de aeroplanos pesados, una serie de explosiones como de bombas muy potentes, chillonas voces políglotas que lanzaban inarticulados gritos de alarma, y, por encima de todo ello, un grave canto retumbante entre marino y litúrgico. La frágil estructura del local se estremeció desde sus cimientos hasta su techo de asbesto; las puertas se abrieron para revelar, en primer lugar, a un par de conserjes, y luego, empujándoles, a un tipo enorme que montaba en motocicleta. La condujo lentamente por entre las mesas de ping-pong, apoyó luego el pie en el suelo y soltó el manillar. La máquina salió disparada entre sus piernas, cargó contra la barra y quedó tumbada de lado; su rueda trasera giró vertiginosamente en una nube de humo del tubo de escape, mientras que su piloto, balanceándose pesadamente hacia los lados como un oso bailón, inspeccionaba la sala con aspecto sorprendido pero amistoso.

Era el sueco; pero estaba transfigurado, apenas reconocible como el amable apóstol de la cafetera y el consulado. Su cabello estaba erecto, a modo de penacho en forma de dorado matojo de césped ornamental; un fulgor vinoso iluminaba la mitad superior de su rostro, los pronunciados pómulos, los inexpresivos ojos bovinos; en las amplias concavidades de su frente destacaban las venas como gruesas varices. Sin dejar de cantar su endecha nórdica, dirigió un saludo a las vacías sillas y se acercó pomposamente al mostrador.

Mr. Popotakis había abandonado el edificio en cuanto cundió la primera alarma. El sueco pasó revista a la barra y luego metió la cabeza detrás de ella. William y Mr. Baldwin le observaron fascinados. Una tras otra, el sueco levantó las botellas, se las acercó a la nariz, las olisqueó, y las arrojó desconsoladamente a su espalda. Por fin encontró lo que estaba buscando: la absenta de sesenta grados. Partió el gollete de la botella de un poco preciso golpe y acercó a sus labios el mellado cristal; su nuez ascendió y descendió. Después, una vez refrescado el gaznate, volvió a mirar a su alrededor. La motocicleta, que seguía agitándose y haciendo ruido a sus pies, llamó su atención, y la silenció de una sola y tremenda patada.

—Poderío —dijo con reverencia Mr. Baldwin.

Los ojos del sueco recorrieron lentamente el local, se detuvieron en William, se le salieron de las órbitas, bizquearon, y dieron ciertas serias de reconocimiento. De forma aparatosa y tambaleante cruzó la sala y agarró la mano de William con paralizadora fuerza; agitó el partido gollete de la botella ante el rostro de William y finalmente le habló largo y tendido en sueco.

Mr. Baldwin contestó. El sonido de su propio idioma en tierras extrañas dejó a Olafsen profundamente afectado. Se sentó y rompió a llorar mientras Mr. Baldwin, sin abandonar la lengua sueca, trataba de consolarle.

—Hay ocasiones en las que hay que disimular nuestra verdadera nacionalidad —le explicó a William—. Le he hecho creer a este amigo que soy compatriota suyo.

El terrible momento pasó. Olafsen soltó un grito y enarboló peligrosamente la botella de absenta.

Luego presentó a William a Mr. Baldwin.

—Este es Boot, mi gran amigo —dijo—, un famoso periodista. Y sigue siendo amigo mío a pesar de que me han tomado el pelo —añadió sollozando a voz en grito y cada vez más enfurecido—. Me han tomado el pelo una pandilla de negros. Me mandaron lejos de aquí con la excusa de que había una epidemia, y fui el hazmerreír de todo el mundo. Pero pienso contárselo al presidente. Es una buena persona, y él les castigará. Ahora mismo iré a su residencia y se lo contaré todo.

Se puso en pie y se dobló sobre la motocicleta. Mr. Popotakis se asomó a la puerta de servicio y, viendo que el sueco controlaba todavía la situación, desapareció de nuevo.

—Dígame —preguntó Mr. Baldwin—. ¿Sabe si su amigo se calma, o se vuelve más agresivo, con la bebida?

—Creo que se vuelve más agresivo.

—En tal caso, vamos a mostrarnos generosos con él.

Con sus propias manos Mr. Baldwin cogió una segunda botella de absenta. Mostrándose tolerante con las costumbres del lugar, le rompió el gollete de un golpe y tomó un buen trago; luego se la pasó al sueco. Al poco rato ya estaban los dos

entonando fragmentos de lúgubres tonadas bálticas, el sueco con su bajo profundo y Mr. Baldwin con un melódico timbre de tenor. Entre canción y canción seguían bebiendo, y entre trago y trago Mr. Baldwin le explicó, concisamente pero repitiéndolo muchas veces, los cambios constitucionales ocurridos en las últimas veinticuatro horas.

—Los rusos son mala gente.

—Muy mala gente.

—Se llaman príncipes, pero siempre andan pidiendo dinero.

—Eso.

—El presidente Jackson es una buena persona. Me regaló un armonio para mi misión. Algunos de los Jackson son tipos muy necios, pero el presidente es un gran amigo mío.

—Exacto.

—Creo —dijo el sueco, poniéndose en pie— que voy a ir a visitar a mi amigo Jackson.

*

En este primer —y, tal como luego resultó, último— anochecer del Estado Soviético de Ismailía, la residencia presidencial estaba ceremoniosamente iluminada, aunque no con magníficos focos ocultos, como ocurre en las dictaduras que ya han alcanzado la mayoría de edad, sino, a falta de otra cosa mejor, con una enorme cantidad de bombillitas de colores, las que los Jackson solían encender a lo largo de los soportales del edificio con motivo de los frecuentísimos cumpleaños familiares; las diez ventanas de la fachada estaban abiertas, y las potentes lámparas del interior de la residencia permitían entrever encajes de Nottingham, elegantes cortinajes y fotografías ampliadas. Una bandera roja colgaba como una mancha negra contra el cielo nocturno. El doctor Benito, respaldado por un grupo de miembros del Joven Partido Ismailí, había salido al balcón principal. Junto al edificio se había congregado una enorme muchedumbre para contemplar las luces.

—¿Qué está diciendo? —preguntó William.

—Ha proclamado la abolición del domingo, y pide voluntarios para una semana laboral de diez días y cincuenta horas. Creo que no ha tenido mucho tacto a la hora de elegir el momento para anunciarlo.

El sueco les había abandonado, y seguramente trataba de llevar a cabo en solitario su intento de liberación del presidente. William y Mr. Baldwin se quedaron al final de la muchedumbre. La gente se mostraba más bien apática. Todos disfrutaban viendo el palacio iluminado. Les gustaba la oratoria, fuera cual fuese el tema, pues gozaban

tanto de los sermones como de las conferencias educativas, los programas políticos, los panegíricos de los vivos y de los muertos, los alegatos en favor de la caridad, en fin, de todo parlamento con cualidades soporíferas. Les gustaba la voz humana en todos sus aspectos, pero muy especialmente cuando alguien la ejercía en un sostenido esfuerzo atlético. Demasiadas veces habían oído profecías no cumplidas desde ese mismo balcón como para temer excesivamente los rigores del nuevo régimen. Al cabo de un rato, mientras Benito estaba en plena demostración de elocuencia, un susurro de interés atravesó la masa. Todos los cuellos se estiraron. El sueco había aparecido en una de las ventanas de la planta baja. Benito, al notar que su auditorio manifestaba mayor atención, alzó la voz, puso los ojos en blanco y les regaló un blanco destello de su dentadura. El público, rebosante de expectación, se puso de puntillas. Porque los espectadores veían algo que estaba fuera del alcance de Benito: el sueco, que, de modo letárgico pero eficaz, se dedicaba a la destrucción del salón de la fachada. Tiró de las cortinas, barrió con el brazo los catorce jarrones ornamentales que había en la repisa de la chimenea hasta hacerlos caer, arrojó con gran estrépito una maceta de helechos por una ventana. Y el público aplaudió extasiado. Los «Jóvenes Ismailíes» que se encontraban detrás de Benito empezaron a consultarse entre sí, pero el orador, que sólo tenía conciencia de su propia elocuencia, siguió lanzando al aire nocturno sus preceptos marxistas.

Para los espectadores del fondo de la muchedumbre, a los que no llegaban los ruidos menos fuertes, la secuencia se fue desarrollando con la alegre falta de lógica de una comedia de cine mudo. El Comité revolucionario abandonó a su líder y desapareció, para reaparecer, huyendo a la desbandada y hacia atrás, ante la presencia del sueco, que acababa de llegar al primer piso y blandía sobre su cabeza una silla dorada.

Del balcón al suelo había unos tres metros. El tradicional e inerradicable pánico que inspiraba el hombre blanco, combinado con el obvio e inmediato peligro del torbellino de las patas de la silla, les ayudaron a tomar una decisión. Todos a una se lanzaron por encima de la barandilla. Benito fue el último en tirarse, no sin dejar de proclamar con su último aliento audible la lucha de clases.

El sueco se dirigió a la feliz muchedumbre en ismailí.

—Dice que está buscando a su amigo el presidente Jackson —explicó Mr. Baldwin.

Unos vítores saludaron su anuncio. «Jackson» era una de las palabras del vocabulario ismailí que siempre producía la mayor hilaridad; era un nombre que, para todos los ciudadanos y desde su infancia, estaba relacionado con los momentos más excitantes de la vida ismailí. A todos les había encantado saber que aquella misma mañana los Jackson habían sido detenidos; pero ahora sería divertidísimo volverles a ver. Para que los ismailíes se apasionaran por la política bastaba con que a los

Jackson les ocurriese algo, fuese bueno o malo. De modo que inmediatamente se pusieron a gritar:

—Jackson, Jackson, Jackson.

—Jackson, Jackson —gritó Mr. Baldwin, al lado de William—. Podemos estar seguros de que la contra-revolución ha triunfado.

Una hora más tarde William estaba sentado en su habitación de la Pensión Dressler, y empezó a redactar su crónica para el *Beast*.

En la calle mayor, no muy lejos de allí, sonaban los gritos de júbilo del populacho. El presidente Jackson había sido encontrado: estaba encerrado en una cabaña de troncos. Ahora, deslumbrado y acalambrado, era llevado a hombros por toda la ciudad; otras procesiones similares se habían formado con otros miembros de la familia igualmente liberados. De vez en cuando, dos procesiones rivales acababan en peleas a puñetazos. Mr. Popotakis había cerrado su local, pero varias tiendas indias de bebidas alcohólicas habían sido asaltadas y saqueadas, y la ciudad se aprestaba a disfrutar de una noche de juerga.

CABALLERO LLAMADO MR BALDWIN HA COMPRADO PAÍS, empezó William.

—No —dijo una voz amable a su espalda—. Si no le molesta que le eche una mano, creo que puedo preparar una crónica que seguramente complacerá mucho más a mi buen amigo Copper.

Mr. Baldwin se sentó a la mesa de William y se acercó la máquina de escribir. Puso una nueva hoja de papel, se dobló los puños de la camisa hacia arriba, y empezó a escribir a tremenda velocidad:

MISTERIOSO FINANCIERO EMULA HAZAÑAS RHODES LAWRENCE ASEGURANDO HOY CONCESIÓN A INTERESES BRITÁNICOS EN ÁFRICA ORIENTAL DERROTANDO OPOSICIÓN BOLCHEVIQUE ARMADA HASTA DIENTES…

—Dará para unas cinco columnas —dijo al terminar—. A juzgar por mi experiencia de la prensa, puedo garantizarle que saldrá toda la crónica en primera. No creo que lleguemos a tiempo para la edición de mañana por la mañana, pero no tenemos competencia que temer. Me encantaría disfrutar de su compañía en mi viaje de regreso.

El tumulto de la fiesta se acercó un poco más, e inmediatamente se convirtió en un tremendo griterío en la calle de la pensión.

—¡Santo Dios! —exclamó Mr. Baldwin—. ¡Qué sorpresa! Me temo que me han localizado.

Pero en realidad se trataba de un grupo de ismailíes que rondaba por la ciudad detrás del coche del general Gollancz Jackson. Poco después los pasos de los pies

descalzos y los gritos de alegría se alejaron en la oscuridad.

Sonó una llamada a la puerta.

Cuthbert informó que, dado que la ciudad era víctima de aquellos desórdenes, se había tomado la libertad de llevar las sábanas de su amo a la Pensión Dressler a fin de prepararle su cama allí mismo.

—Has hecho bien, Cuthbert… Y ahora, si no te importa, me acostaré. He tenido un día extraordinariamente movido.

LIBRO TERCERO

El banquete

Capítulo primero

Las campanas de St. Bride doblaron sin que su sonido llegara a escucharse por encima del estruendo habitual de las tardes en el edificio Megalopolitan. La redacción encargada de la edición nacional había ido a acostarse; por debajo del nivel de la circulación, con la iluminación azulada propia de las grutas, leguas y más leguas de papel se deslizaban ruidosamente por las máquinas; encima de estos sótanos se elevaba de la penumbra de las calles a la luminosidad solar de las alturas una serie interminable de pisos, mientras las puertas de cristal se abrían y cerraban sin cesar; figuras con tirantes deshilachados y raídos entraban y salían de los despachos; los reporteros discutían cien temas distintos con colegas que no les escuchaban; los redactores estaban atareadísimos tratando de reducir a inexpresivas insensateces las montañas de informaciones erróneas que iban amontonando junto a ellos unos pilletes que corrían silbando de un lado para otro; al lado de cien máquinas de escribir yacían abandonados otros tantos bollos húmedos y fríos en sucios platos. En el solemne y quieto centro de toda esta animación, Lord Copper permanecía sentado tranquilamente en su butaca. Su enorme cabeza, vacía de todo pensamiento, reposaba escultóricamente en su puño izquierdo. Con la otra mano empezó a dibujar una vaca en su cuaderno de notas.

Cuatro patas terminadas en pezuñas, una gruesa cola, un par de hinchadas ubres con pezones modestamente pequeños, un pecho y una cabeza que recordaban un mármol de Elgin. Esta era la parte más sencilla. Pero entonces surgió el problema: ¿qué era más alto, las orejas o los cuernos? Lo probó de una manera, lo probó de la otra; ambas parecían poco convincentes; probó orejas de formas diferentes: diminutas, triangulares como en los felinos, asnales mechones de pelo y cerda, e incluso, cuando ya desesperaba de encontrar la solución, unas orejas caídas que recordaba de un conejillo de indias que tenía en el patio trasero de su hogar paterno; probó también diversos tipos de cuernos: elegantes antenas como las del ibis, enormes armaduras como las del alce y el búfalo. Muy pronto, la hoja que tenía ante sí pareció el salón de un cazador que se dedicara a coleccionar cabezas monstruosas. Ninguna de ellas parecía una cabeza de vaca. Volvió a estudiarlas, y se quedó tan insatisfecho como antes.

Fue en este maditabundo estado como lo encontró Mr. Salter.

Mr. Salter no quería ir a ver a Lord Copper. No tenía nada que decirle. No había sido llamado. Pero tenía derecho a que su amo le recibiese en su presencia, y sólo así, pensaba el pobre, por medio de la más terca y antipática agresividad, podía conseguir que algún día le cambiaran de puesto.

—Quería consultarle sobre lo de Bucarest —dijo.

—Ah.

—Jepson ha enviado una crónica muy larga que habla de un pogrom. ¿Tenemos alguna línea editorial en torno a los asuntos de Bucarest?

Lord Copper abandonó su abstraído estado.

—Por fuerza tiene que haber en este periódico alguien que entienda de vacas —murmuró malhumoradamente.

—¿Vacas, Lord Copper?

—¿No tenemos a un redactor que escribe sobre el campo?

—Oh. Sí, era Boot, Lord Copper.

—Habrá que decirle que venga a verme.

—Ya, pero le hemos enviado al África.

—Pues le diremos que regrese. ¿Qué diablos está haciendo allí? ¿Quién le envió?

—Ya ha emprendido el viaje de regreso. Fue Boot el que consiguió esa magnífica crónica sobre Ismailía, el día en que le pisamos la exclusiva mundial al mismísimo Hitchcock —añadió, porque Lord Copper había empezado a mostrar una amenazadora expresión ceñuda.

Lentamente, su noble rostro recobró el buen humor.

—Ah, sí. Un tipo listo ese Boot. Era justo la persona que necesitábamos para ese asunto.

—Fue usted quien le descubrió, Lord Copper.

—Claro, naturalmente…, hace algún tiempo que me había fijado en él. Me alegro de que lo haya hecho bien. En el *Beast* siempre damos oportunidades a los que poseen verdadero talento, ¿no es cierto, Salter?

—Sin duda, Lord Copper.

—¿Han empezado los preparativos para el recibimiento de Boot?

—Hasta cierto punto.

—Veamos, ¿qué fue lo que decidimos hacer?

—Me parece, Lord Copper, que no llegamos a concretarlo.

—¡Qué bobada! Este es un asunto que me he tomado muy en serio. El comportamiento de Boot ha sido admirable. Es un ejemplo para el personal…, para *todo* el personal. Y quiero demostrarle mi agradecimiento de forma señalada. ¿Cuándo dice que estará de regreso?

—A finales de la semana próxima.

—Le daré las gracias personalmente… Usted, Salter, nunca confió en ese muchacho.

—Bien…

—Lo recuerdo perfectamente. Usted quería que le hiciésemos regresar. Pero yo sabía que la sangre del periodista corría por sus venas. ¿Acerté?

—Sin duda, Lord Copper.

—Pues bien, se acabaron estos ridículos celos entre colegas. La redacción está

infestada de celos. Voy a encargarme personalmente de que Boot reciba un substancioso premio. ¿Qué podría ofrecerle…? Algo que estuviese a la altura de las circunstancias… —Indeciso, Lord Copper hizo una pausa. Su mirada se posó en la página que había estado llenando de dibujos, y la tapó con el papel secante—. Supongamos —dijo finalmente— que le diéramos otra buena oportunidad de lucimiento como enviado especial. Está por ejemplo esa expedición al Polo Sur, la que estará integrada exclusivamente por mujeres… Seguro que ahí habrá noticias. ¿Le parece adecuado?

—Hasta cierto punto, Lord Copper.

—¿Verdad que no sería exageradamente dispendioso?

—Sin duda.

—Imagino que los gastos de una expedición como esa deben de ser tremendos. Habría que contratar un barco especial para él solo… Tengo entendido que no puede haber ningún hombre a bordo. —Hizo una pausa, poco satisfecho de su idea—. Lo malo es que esa clase de noticia puede tardar unos dos años, y para entonces será necesario volver a recordarles a nuestros lectores quién es Boot. Habría que hacer algo ahora mismo, antes de que la noticia se haya olvidado. A ese analfabeto de Hitchcock le di un título nobiliario por mucho menos. —Por primera vez desde que surgiera el problema de la vaca, Lord Copper sonrió—: La verdad es que a Hitchcock se la dimos con queso en Ismailía.

Hizo una nueva pausa, y su sonrisa se ensanchó al recordar su triunfo de diez días atrás, cuando el *Brute* tuvo que rehacer toda su primera página a las siete de la mañana y preparar una edición especial muy tardía con una crónica falsa que no engañó a nadie.

—No quiero empezar a regalar honores al personal del periódico —dijo—, pero estoy completamente decidido a darle a Boot un título honorífico. ¿Qué le parece, Salter?

—¿No cree usted, Lord Copper, que Boot es todavía un hombre bastante inexperimentado…?

—No, no lo creo. Y deploro esta cicatería por su parte, Salter. Debería alegrarse del éxito de sus subordinados. Un título honorífico es una forma de reconocimiento muy adecuada. No nos costará ni un penique. Como le decía, esta clase de honores deben ser distribuidos con especial discreción pero, utilizados de la forma adecuada, confieren al periódico el aire de autoridad que le corresponde.

—Eso significará un aumento de sueldo.

—Y se lo daré. Y además, le ofreceremos un banquete. Dígale a mi secretaria de acontecimientos sociales que venga a verme. Voy a organizarlo todo ahora mismo.

*

En el número 10 de Downing Street andaban faltos de personal; el secretario privado estaba en Escocia; el segundo secretario se había ido al Lido; el Parlamento estaba de vacaciones, pero el primer ministro no había podido descansar; se veía obligado a salir del paso como podía, con la sola ayuda de su tercer y su cuarto secretario: una pareja de jovenzuelos emparentados con su esposa que no gozaban en absoluto de su confianza.

—Otro nombre para la lista de Caballeros del Imperio Británico —dijo malhumoradamente—. Boot.

—Sí, tío Mervyn. ¿Querrás explicar el motivo concreto por el que se le concede?

—Es uno de los chicos de Copper. Pon: «Por sus servicios a la literatura». Hace tiempo que Copper no nos pedía nada…, ya empezaba a ponerme nervioso. Le enviaré una nota personal para decirle que me parece muy bien. Tú mándale una carta a Boot.

—De acuerdo, tío.

Más tarde este secretario le dijo a un colega de menor importancia:

—Más fiestas de cumpleaños. Boot…, escritor. ¿Sabes algo de él?

—Sí, come a menudo con tía Agnes. Escribe novelas obscenas.

—Bien, pues, escríbele, y dile que ya está todo arreglado. ¿De acuerdo?

Dos días más tarde, John Courteney Boot encontró entre las facturas, una carta que decía:

«Siguiendo instrucciones del primer ministro tengo a bien informarle que su nombre ha sido recomendado a Su Majestad el Rey para que le incluya en la Orden de Caballeros de Bath».

—¡Canastos! —exclamó Boot—. Debe de ser cosa de Julia.

Mrs. Stitch se encontraba alojada en la misma casa. John Courteney Boot fue verla y se sentó en su cama mientras ella desayunaba. Al poco rato le dijo:

—Por cierto, ¿qué te parece? Van a darme un título.

—¿Quién?

—El rey y el primer ministro. Ya sabes, un título de verdad… Sir John Boot.

—*Caramba*…

—¿Es cosa tuya?

—*Caramba*… No sé qué decir, John. ¿Estás contento?

—Todavía no lo sé…, me ha pillado por sorpresa. Pero creo que… De hecho estoy… Pensándolo bien, estoy muy satisfecho.

—Magnífico —dijo Mrs. Stitch—. Yo también estoy muy satisfecha. —Y añadió —: Creo que he tenido algo que ver con el asunto.

—Eres un ángel. Pero ¿por qué?

—Ya sabes que Mrs. Stitch nunca falla. Me había parecido que estabas decepcionado por lo de ese empleo en el periódico.

Más tarde, cuando Algernon Stitch regresó de pasarse el día en pos de las perdices, su esposa le dijo:

—¿Se puede saber, Algie, que le ocurre a tu primer ministro? Va a darle un título a John.

—¿John Gassoway? Ese está haciendo cola desde que ganamos las elecciones.

—No. John Boot.

Algernon Stitch no acostumbraba a manifestar sorpresa casi nunca. Pero esta vez la manifestó.

—¡Boot! —dijo—. ¡Santo Dios! —Y, tras una larga pausa, añadió—: Trabaja más de la cuenta. Ya no sabe lo que se hace. Una pena.

John Boot no sabía si tomárselo como una broma. Confió su secreto a una tal Lady Greenidge y a Miss Montesquieu. A la hora de cenar toda la mansión comentaba la noticia. Ninguno de los demás albergaba duda alguna respecto a si era una broma o iba en serio.

*

—¿Tiene algo que declarar?

—No.

—¿Que no? ¿Con todo ese equipaje?

—Lo compré en Londres, el pasado junio.

—¿Todo?

—Y más cosas. Había también una canoa…

El funcionario de aduanas agarró la caja de embalaje que tenía más a mano, y que destacaba sobremanera entre el resto de equipaje de los turistas que regresaban de vacaciones. Entonces leyó la etiqueta, y de pronto su actitud cambió.

—Disculpe si pregunto, señor, pero ¿no será usted por casualidad ese Mr. Boot que escribe en el *Beast*?

—Sí, creo que sí.

—Ah. Entonces, no quiero molestarle, caballero… Mi mujer estará encantada cuando sepa que le he conocido. Últimamente hemos leído muchas cosas sobre usted.

Todo el mundo parecía haber leído muchas cosas sobre William. Desde el momento en que se acercó al mundo angloparlante en el tren de lujo de Marsella, William se encontró convertido en objeto de no disimulada curiosidad. Cuando pasaba por París se compró un ejemplar del *Beast*. La primera página estaba casi totalmente dedicada a hablar de los preparativos para la expedición femenina a la Antártida, pero, recuadrada en el centro, leyó esta nota:

BOOT HA REGRESADO

El hombre que recientemente escribió una brillante página de la historia del periodismo, Boot, del Beast, *contará mañana con su inimitable estilo el secreto de su meteórica ascensión a la fama. ¿Qué siente el enviado especial que revela la verdad a dos millones de lectores? ¿Qué sensación produce verse elevado en una sola semana hasta el más alto pináculo de la gloria? Boot se lo contará.*

Era el diario del día anterior. En Dover, William se compró el del día. Y allí, encima de una reproducción facsimilar de su firma y de una imagen formada por su foto de pasaporte sobreimpresionada en un paisaje ismailí, y con unos tipos del tamaño que el *Beast* reservaba para sus más cotizados colaboradores, aparecía el artículo prometido.

«Hace dos meses —decía—, *cuando Lord Copper me hizo arrancar de mi mesa en la redacción del* Beast, *y me encargó personalmente que informase sobre la mayor noticia del siglo, yo no había estado nunca en Ismailía. Ni estaba muy enterado de los asuntos de la política internacional. Me enfrentaba, pues, no solamente a los más brillantes cerebros, sino también a la mayor experiencia, a los grandes conocimientos que sobre el mundo tenían mis rivales. Yo no tenía otra arma que mi juventud, mi voluntad de triunfar, y lo que —a falta de otra palabra mejor— tengo que llamar mi instinto. Durante los dos meses que duró esa batalla de ingenio…».*

William fue incapaz de seguir leyendo. Abrumado por la vergüenza, se encaminó al tren. En el andén vio a un mozo de telégrafos que emitía unos gritos monótonos, monosilábicos, quejumbrosos, como los de las gaviotas, que, en el perturbado estado en que William se encontraba, le sonaban: «Boot. Boot. Boot». William se volvió, muy culpabilizado, hacia él; el muchacho llevaba un cartel en el que, en caracteres inconfundibles, decía: «*Boot*».

—Creo que ese aviso debe de ser para mí —dijo William.

—Le están esperando montones de telegramas.

Parecía que el tren estaba a punto de partir. William cogió los telegramas y los abrió una vez instalado en el vagón, ante las miradas curiosas de sus compañeros de

compartimiento.

PERSONALMENTE JUBILOSO POR SU REGRESO SANO Y SALVO COPPER.

REPRESENTANTE BEAST LE RECOGERÁ EN VICTORIA STOP INFORME PRONTAMENTE LLEGADA Y PERSÓNESE AQUÍ STOP NO HABLE NEGOCIOS CON NADIE SALTER.

OFRECÉMOSLE CONTRATO CINCO AÑOS CINCO MIL AL AÑO CORRESPONSAL VOLANTE DIRECTOR BRUTE.

TELEGRAFÍE AUTORIZACIÓN PARA NEGOCIAR DERECHOS LIBRO SERIALIZACIÓN CINE AUTOBIOGRAFÍA AGENCIA LITERARIA PAULS.

Había otros, con textos similares. William fue arrojándolos de uno en uno, conforme los iba leyendo, por la ventana. El viento los hacía revolotear en espiral desde el terraplén ennegrecido por la carbonilla hacia los campos de rastrojos y niaras de trigo.

En la estación Victoria, William fue traicionado, una vez más, por su equipaje. Cuando se encontraba rodeado de maletas y cajas de embalaje y esperaba un taxi, un jovencito se le acercó y le dijo:

—Eh, oiga, ¿no será usted William Boot? —E1 joven tenía una expresión muy seria en una cara llena de granos.

—Lo soy.

—Me mandan del *Beast*. Me han dicho que viniera a recogerle. Me lo dijo Mr. Salter.

—Muy amable de su parte.

—Supongo que después del viaje le apetecerá tomar una copa.

—No, gracias.

—Mr. Salter me ha dicho que se lo insinuara.

—Muy amable de su parte.

—Oiga…, tómese una copa, por favor. Mr. Salter me ha dicho que pague la cuenta y lo apunte a mi lista de gastos.

El joven parecía tomarse las cosas muy en serio.

—De acuerdo —claudicó William.

—Usted no me conoce —dijo el joven cuando se acercaban a la barra—. Soy Bateson. Sólo llevo tres semanas en el periódico. Esta es la primera vez que me permiten cargar algo en mi cuenta de gastos. De hecho, es la primera vez que le saco algún dinero al *Beast*. Estoy «a prueba», sabe.

—Ah.

Una vez en la barra, Bateson pidió whisky.

—Oiga —le dijo—, ¿pensaría usted que tengo la cara muy dura si le pidiera una

cosa?

—¿Cuál?

—Se trata de su fantástica crónica. Tengo un ejemplar de la primera edición. —Sacó un manoseado periódico del bolsillo—. ¿Le importaría firmármelo?

William se lo firmó.

—Muchísimas gracias, oiga. Lo haré enmarcar. Lo llevo encima desde el día en que se publicó. Estoy estudiándolo, sabe. Es lo que me recomendaron que hiciera en la Escuela por Correspondencia. ¿Ha seguido usted algún curso por correspondencia?

—No.

Bateson pareció sentirse decepcionado.

—Vaya. De todos modos, ¿no le parece que esos cursos son magníficos? Y, además, muy caros.

—Supongo que están muy bien.

—¿Verdad que sí? Tengo un título de la Escuela Aircastle. Pagué quince chelines al mes y me dieron un diploma con recomendación especial. Por eso he entrado en el *Beast*. Es una gran oportunidad, estoy convencido. Todavía no he podido publicar nada, pero algún día empezaré. ¿Verdad que es una profesión maravillosa?

—Sí, en cierto modo puede decirse que sí.

—Seguro que es maravilloso ser como usted —dijo Bateson melancólicamente—. ¡Estar en la cumbre! Ha sido para mí una gran suerte poder conocerle. Casi no podía creérmelo cuando Mr. Salter me eligió. «Ve a buscar a Boot —me dijo—. Invítale a una copa. Y tráetelo para acá antes de que firme contrato con el *Brute*». Usted no firmaría en la vida con el *Brute*, ¿a que no?

—No.

—¿Verdad que usted cree que el *Beast* es el mejor de todos? ¿Verdad que no hay ninguna oportunidad comparable a la de trabajar en el *Beast*?

—Cierto.

—Estoy muy contento de trabajar en este periódico. A veces es un poco deprimente. Pasan los días sin que ninguno de mis reportajes llegue a ser publicado. Me gustaría ser corresponsal en el extranjero, como usted. Oiga, ¿le parecería mucha cara dura por mi parte si le enseñase algunas de las cosas que he escrito? Lo hago en mi tiempo libre. Imagino un notición y entonces lo escribo pensando en cómo lo haría si me lo encargasen. Ayer noche, en la cama, imaginé que le habían rajado la garganta a una gran actriz. ¿Quiere que se lo enseñe?

—Desde luego —dijo William—, algún día podrías enseñármelo. Pero creo que lo mejor será que nos vayamos de aquí ahora mismo.

—Sí, seguramente será lo mejor. Pero ¿le parece que es un buen método de aprendizaje este de inventarse uno mismo noticias imaginarias?

—No lo hay mejor —dijo William.

Abandonaron el bar. Un mozo estaba guardándoles el equipaje.

—Necesitarán dos taxis —dijo.

—Sí… Bateson, ¿qué te parece si tú te vas con uno y cargas con lo más pesado, y yo te sigo en otro con las maletas? —Y, efectivamente, metió al jovencito en medio de la montaña de equipaje tropical—. Entrégaselo todo a Mr. Salter, y di que no voy a volver a necesitarlo.

—¿No viene usted?

—Te seguiré en otro taxi —dijo William.

Salieron por Victoria Street. Cuando el taxi de Bateson tomó cierta delantera, William se acercó a la ventanilla y le dijo a su taxista:

—He cambiado de idea. Diríjase a la estación de Paddington.

Todavía tenía tiempo, antes de subirse al tren con destino a Boot Magna, de telegrafiar a su casa: «*Regreso esta noche. William*».

—Boot me ha dicho que ya no volverá a necesitar nada de esto.

—Ya —dijo Mr. Salter, inspeccionando con poca simpatía la montaña de maltrecho equipo tropical que llenaba a rebosar su despacho—. Supongo que así será. ¿Y dónde está Boot?

—Viene pisándome los talones.

—No hubieses tenido que separarte de él.

—Disculpe, Mr. Salter.

—Ya puedes irte.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

—Estaba pensando…, ¿pensaría que tengo una cara muy dura si le pidiese un recuerdo?

—¿Un recuerdo?

—De mi encuentro con Boot. ¿Podría quedarme con uno de esos clavos?

—Llévatelos todos.

—No le importa, ¿verdad? Muchísimas gracias, oiga.

—¿Qué le pasa a ese Bateson, es tonto o qué?

—Yo diría que sí.

—¿Y qué diablos hace aquí?

—Nos lo mandaron de la Escuela Aircastle por Correspondencia. Garantizan un empleo a sus mejores alumnos. Y como nos ponen una enorme cantidad de anuncios, a veces aceptamos «a prueba» a uno de los chicos, aunque sólo durante una temporada.

—Pues ha perdido a Boot. Supongo que nadie me impedirá ahora que le despida.

—Seguro que no.

Brillante e inmensa, la media luna colgaba sobre los chopos. En las carreteras que rodeaban Boot Magna, las motocicletas y los coches decrépitos regresaban ruidosamente a casa después de la partidita de whist; Mr. Coggs, un tipo con muy mala fama, cargaba sus bolsillos para sus pasatiempos nocturnos; en los setos se notaba todavía el olor a gasolina, pero una vez en el interior del recinto del parque el ambiente era aromático y tranquilo. Los faros del coche iluminaban una corta zona de tenue amarillo, pero más allá los cálidos terrenos estaban tan blancos como bajo una helada, y, cuando emergieron del túnel negro de vegetación de hoja perenne, rodearon la verja y salieron a los despejados pastos, cualquiera hubiese podido confundir las claramente definidas roderas y los baches de la avenida con un fragmento de paisaje lunar, con una zona volcánica que no hubiese vuelto a agitarse desde el día de la creación.

Algunas ventanas estaban todavía iluminadas; sólo tío Theodore se encontraba todavía levantado. Fue él quien le abrió la Puerta a William.

—¡Ah! —dijo—. ¿Se ha retrasado el tren?

—Creo que no.

—Ah —dijo—. Recibimos tu telegrama.

—Ya.

—¿Has tenido buen tiempo?

—Sí, bastante bueno.

—Tienes que contárnoslo todo mañana. Tu abuela querrá que se lo cuentes. ¿Has cenado?

—Sí, en el tren. Gracias.

—Bien. Ya nos lo habíamos imaginado. No te hemos guardado nada. Estamos un poco mal de personal en estos momentos. James no se ha encontrado bien últimamente. Está demasiado viejo. Pero en el comedor quedan algunas galletas.

—Muchas gracias —dijo William—. Pero no me apetece nada.

—Bien. Me parece que yo iré a acostarme. Me alegro de que hayas tenido buen tiempo. No te olvides de contárnoslo todo. La verdad es que no he leído tus artículos. Para cuando me llegaba el periódico ya los había recortado alguien. El aya Price dice que no le gustaban. Tengo que conseguir que me los dejen. Me encantaría leerlos…

Estaban subiendo juntos la escalinata; llegaron al rellano en el que sus caminos se separaban. William se llevó la bolsa de viaje a su habitación y la puso encima de la cama. Luego se dirigió a la ventana y, asomándose, contempló el parque bañado por la luz de la luna.

En una noche como esta, hacía menos de cuatro semanas, los techos de hojalata

de Jacksonburg brillaban bajo el cielo; un perro de tres patas se despertó, salió disparado de su barril del patio de la Pensión Dressler, y en toda la ciudad, en las calles cubiertas de basura, los parias habían lanzado sus gritos de protesta.

—Bien —dijo Mr. Salter—. He tenido noticias de Boot.

—¿Buenas?

—No. Malas.

Y le entregó al subdirector la carta de William que había recibido esa mañana. Decía lo siguiente:

Querido Mr. Salter:

Le estoy muy agradecido por su carta y por la invitación. Me parece una gran amabilidad por parte de Lord Copper, y quiero que le dé las gracias en mi nombre, pero, si no les importa, no iré al banquete. Verán, queda muy lejos de aquí, y tengo mucho que hacer en mi casa, y soy incapaz de pronunciar un discurso. De vez en cuando no me queda más remedio que pronunciar alguno en el pueblo…, y son malísimos. En un banquete quedaría peor incluso.

Espero que le haya llegado la tienda y el resto de cosas. Siento lo de la canoa. Se la di a un alemán. Y lo mismo ocurrió con la cena de Navidad. Todavía me queda parte del dinero que me dieron ustedes. ¿Quieren que se lo devuelva? Dígale al jefe de la sección correspondiente que el miércoles le mandaré mi artículo de la serie Exuberancia.

Le saluda atentamente,
William Boot.

P. S. Lo siento. Se me olvidó echarla al correo. Hoy es sábado, o sea que le llegará el lunes.

—O sea que tú imaginas que ya está en tratos con el *Brute*.

—A no ser que ya haya firmado el contrato.

—¡Qué oficio tan horrible, Mr. Salter! Nadie muestra la menor gratitud.

—Ni lealtad.

—Desde que estoy en Fleet Street, he visto casos de estos a montones. No es de extrañar que acabemos siendo todos tan escépticos.

—¿Qué dice Lord Copper?

—No sabe qué pensar. De momento, por fortuna, parece haberse olvidado del asunto. Pero es posible que vuelva a plantearlo cualquier día.

Y eso fue lo que hizo, esa misma mañana.

—… ah, Salter. Ayer noche estuve charlando con el primer ministro. La lista de títulos honoríficos se publicará el próximo miércoles. ¿Qué tal van los preparativos para el banquete de Boot? Creo que es el jueves.

—Esa *era* la fecha, Lord Copper.

—Bien. Brindaré a la salud de nuestro invitado de honor. Por cierto, ¿no ha venido a verme Boot?

—Hasta cierto punto, Lord Copper.

—He mandado llamarle.

—Sí, Lord Copper.

—Entonces, ¿cómo es que no me lo han traído? De una vez por todas, Salter, no pienso permitir que nadie construya una muralla que me separe de mi redacción. Quiero seguir siendo una persona accesible hasta para el más humilde… —Lord Copper hizo una pausa, a fin de darse tiempo para encontrar un ejemplo— … para el más humilde recensionador de libros. No pienso aceptar que haya favoritos en el *Beast*. ¿Queda bien entendido?

—Sin duda.

—Bien, pues, tráigame a Boot.

—Sí, Lord Copper.

Fue un poco auspicioso comienzo para la jornada laboral de Mr. Salter; pero aún le aguardaban cosas peores.

Esa misma tarde, cuando estaban desconsoladamente sentados en el despacho del subdirector, fueron interrumpidos por la llegada de un joven cuyo rostro mostraba el aspecto hinchado, consecuencia de las muchas horas pasadas en el bar del club de golf, que caracterizaba a la mayoría de los mejor pagados redactores del *Beast* a su regreso de las vacaciones del verano. Destinado por su familia a hacer carrera como miembro del Regimiento de Caballería de la Casa Real, este joven había cumplido últimamente veinticinco años y se había zambullido en el periodismo con un celo verdaderamente difícil de entender para Mr. Salter. Al principio estuvo charlando con los dos de asuntos relacionados con su propia y desventajosa situación. Luego les dijo:

—Por cierto, no sé si es noticia, pero la semana pasada estuve en casa de mi tía Trudie. Entre otros invitados se encontraba también allí John Boot, ya sabéis, el novelista. Pues bien, acababa de recibir una carta del Rey o algo así, diciéndole que iban a concederle un título honorífico. —La expresión perpleja y preocupada de los dos periodistas le impidió continuar—. Ya veo que no os parece importante. Bueno, pensé que valía la pena mencionarlo por si acaso. Ya sabéis, «El Nuevo Reinado brinda grandes oportunidades a los jóvenes», o algo así.

—*John Boot*… el novelista.

—Sí. Es bastante bueno. Yo siempre leo sus obras. Pero es extraño que el primer ministro…

—¡No! —dijo el primer ministro con desacostumbrada determinación.

—¿No?

—No. A estas alturas resulta absolutamente imposible cambiar la lista. Ese caballero ya ha sido notificado oficialmente. Y no se puede dar dos títulos a dos caballeros del mismo apellido en un mismo día. La oposición se nos echaría encima. Y con razón. Sonaría a chanchullo.

—*Dos Boot*.

—Lord Copper tiene que enterarse.

—Lord Copper no debe enterarse jamás… No nos queda más que un consuelo. Aún no hemos dicho a qué Boot íbamos a homenajear el próximo miércoles.

Mr. Salter señaló la tarjeta de invitación que esa semana había sido colocada en la mesa de los redactores más importantes del periódico.

EL VIZCONDE COPPER

y

los Directivos de la Empresa Periodística Megalopolitan esperan verse honrados con su presencia en la cena que se celebrará el miércoles dieciséis de septiembre, en el Hotel Braganza, a fin de dar la bienvenida a BOOT del BEAST

7.45 para las 8 en punto.

—Tuvimos una pelea con el encargado de relaciones sociales por culpa de este asunto. Él decía que no era correcto. Al final ha sido una suerte.

—Así la cosa no es tan grave.

—No tanto.

—Salter, me parece que la mejor solución en este caso es utilizar el contacto personal. Tenemos que contratar a este nuevo Boot y a todos los Boot que puedan presentarse al banquete, y así podremos darle la bienvenida a uno de ellos. Pero para que todo salga bien, Salter, es necesario que des un paso. Que te vayas al campo y hables con Boot. Yo lo arreglaré todo con el otro.

—¿Al campo?

—Sí. Esta misma noche.

—Oh, esta noche es imposible.

—Entonces, mañana.

—¿Es imprescindible?

—O eso, o contarle a Lord Copper la verdad.

Salter se estremeció.

—Pero ¿no sería mejor —insinuó— que fueras *tú* al campo?

—No. Yo me entrevistaré con el novelista y me aseguraré de que firme un contrato con nosotros.

—Y de que se largue de aquí.

—No. Tenemos que darle la bienvenida. Y tú le ofrecerás al otro Boot una suma razonable, a fin de que se quede quietecito y sin salir de casa.

—Una suma razonable.

—Oye Salter, ¿se puede saber qué te ocurre? ¿Por qué repites lo que yo digo?

—No es nada. Es sólo que…, viajar…, siempre me trastorna.

Se tomó una taza de té muy fuerte y después telefoneó al consejero de contactos internacionales a fin de averiguar cuál era el mejor método para desplazarse a Boot Magna.

Capítulo segundo

Cuando estalló la guerra de mil novecientos catorce, tío Roderick insistió en que tenían que hacer economías.

—Todos los que estamos por encima de la edad militar tenemos el deber de hacer cuanto esté en nuestra mano. Hemos de suprimir todos los gastos superfluos.

—¿Por qué? —le preguntó la tía abuela Anne.

—Por patriotismo y porque vivimos una emergencia nacional.

—¿Cómo va a perjudicar a los alemanes el hecho de que vivamos con más incomodidades? Eso es precisamente lo que ellos quieren.

—Todo tiene que ser para el frente —explicó la madre de William.

Durante varios días se prolongó esta enconada discusión; cada uno de los ahorros que iban siendo insinuados parecía castigar injustamente a uno de los miembros de la familia. Finalmente decidieron suprimir el teléfono. A veces tía Anne se refería amargamente a aquella época en la que «mi sobrino Roderick ganó la guerra aislándome de las pocas amistades mías que aún sobrevivían», pero jamás volvieron a instalar teléfono en la casa. La anticuada caja de caoba seguía colgada al pie de la escalinata, polvorienta y silenciosa, y los telegramas que llegaban al pueblo después del té no eran entregados hasta el día siguiente con el correo de la mañana. Fue así cómo William encontró el telegrama de Mr. Salter esperándole junto a su desayuno.

Priscilla, su madre, y sus tres tíos ya estaban sentados a la mesa. Habían terminado de comer pero seguían allí, tal como solían hacer durante una hora aproximadamente, todos los días, perdiendo el tiempo. La única que estaba ocupada ahora era Priscilla, que mataba a las avispas comatosas que habían quedado atrapadas en la miel de su plato.

—Hay un telegrama para ti —dijo su madre—. No sabíamos si abrirlo o enviártelo a tu cuarto.

El telegrama decía: DEBO VERLE INMEDIATAMENTE ASUNTO URGENTE LLEGO APEADERO BOOT MAGNA MAÑANA SEIS DIEZ TARDE SALTER.

El mensaje fue pasado de mano en mano en torno a la mesa.

—¿Quién es Mr. Salter —preguntó Mrs. Boot—, y qué asunto urgente puede tener que resolver aquí?

—No podrá quedarse a dormir por la noche —dijo tío Roderick—. No hay cama.

—Telegrafíale —dijo tío Bernard— y dile que no venga.

—Una vez conocí a un tipo que se llamaba Salter —dijo tío Theodore—, pero no creo que sea el mismo.

—Parece que piensa venir hoy —dijo Priscilla—. El telegrama lleva fecha de ayer.

—Es el jefe de internacional del *Beast* —les explicó William—. Ese que os conté

que me mandó al extranjero.

—Debe de ser un tipo muy impetuoso. A quién se le ocurre invitarse a sí mismo a venir aquí de esta manera. De todos modos, como dice Roderick, no tenemos habitación para él.

—Podríamos enviar a Priscilla a casa de los Caldicote para que pase la noche allí.

—Me gusta la idea —dijo Priscilla, que, con absoluta falta de lógica, añadió—: ¿Por qué no mandamos allí a William? Al fin y al cabo, ese hombre es amigo de él.

—Sí —dijo Mrs. Boot—. Priscilla podría ir a casa de los Caldicote.

—Mañana tengo que ir a cazar, y justamente en la dirección opuesta —señaló Priscilla—. No puedo pedirle a Lady Caldicote que me lleve en coche a las ocho de la mañana a un lugar que está a casi cincuenta kilómetros de su casa.

Durante más de una hora discutieron sobre la cacería de Priscilla. Quizá pudiera enviar su caballo por la noche a aquella granja próxima al lugar donde se realizaría la cacería; o podía salir de casa de los Caldicote al amanecer, recoger su caballo en Boot Magna y cabalgar hasta allí; podía pedirle prestado el remolque al mayor Watkins y llevarse el caballo por la noche, cuando se fuera a casa de los Caldicote, y luego ir también con el remolque, por la mañana, hasta casa del mayor Watkins, y cabalgar desde allí; si tía Anne le prestaba el coche familiar y el mayor Watkins su remolque, quizá Lady Caldicote le prestara también su propio coche para llevar el remolque a casa del mayor Watkins, y quizá tía Anne le permitiese que su coche permaneciese toda la noche allí; podía llevárselo asimismo sin pedirle permiso, aunque quizá lo descubriría. Discutieron el asunto exhaustivamente, desde todos los puntos de vista; Troutbeck les lanzó un par de miradas furiosas desde la puerta, y finalmente decidió despejar la mesa; Mr. Salter y el objeto de su visita no fueron mencionados ni una sola vez.

*

Esa tarde, poco después de la hora anunciada, Mr. Salter bajó del tren en el apeadero de Boot Magna. Una hora antes, en Taunton, había abandonado el expreso para tomar un tren de los que él hubiera dicho que sólo existían en la imaginación de sus corresponsales en los países balcánicos; un único vagón, como de tranvía, y de clase única, que recorrió traqueteante y apático todo un sistema de estrechos y escasamente poblados vallecitos. Hizo ocho paradas, y en cada estación hubo un gran ajetreo de pasajeros seguido por una prolongada y silenciosa pausa, antes de que el tren arrancara de nuevo. Habían subido al vagón algunos hombres que, en lugar de escurrirse y colarse hasta un rincón para después ocultarse tras la pantalla de su periódico, que es lo que hacen las personas civilizadas cuando viajan en tren, se

habían sentado casi encima de Mr. Salter y, con las manos apoyadas en las rodillas, se habían dedicado a mirarle fija y acríticamente, para de repente ponerse a hablar con él del tiempo, utilizando acentos casi incomprensibles. Subieron además hombres y mujeres viejísimos y muy poco higiénicos, de los que nunca se ven en el metro, y que hacía muchísimo tiempo que hubieran debido ser internados en alguna institución pública. Y también mujeres cargadas de una multitud de atroces cestos y paquetes que amontonaban en los asientos; una de ellas colocó una jaula que contenía un pavo vivo bajo los pies de Mr. Salter. El viaje no habría podido ser más espantoso.

Finalmente, y aliviado, Mr. Salter llegó a su destino. Alzó su maleta de entre los siniestros paquetes de la rejilla, y se fue con ella hasta el centro del andén. Era el único pasajero que tenía que bajar del tren en Boot Magna. Mr. Salter había confiado en que William estaría esperándole, pero la pequeña estación se encontraba vacía, con la sola excepción de un único mozo que, apoyado en la cabina de la locomotora, sostenía una extraña conversación muda, quizá telepática, con el maquinista, más un joven aborigen con aspecto de cretino que se encontraba al otro lado de la valla, apoyado en ella y dedicándose a arrancar con la enorme uña de su pulgar las burbujas de pintura seca de las tablas. Cuando Mr. Salter le miró, el joven desvió la vista y dirigió una malévola sonrisa a sus botas.

El tren observó sus acostumbrados dos minutos de silencio y luego, rodeado de un aura de vapor, se alejó lentamente. El mozo cruzó las vías y desapareció en un barracón en el que un cartel anunciaba: «Luces». Mr. Salter se volvió hacia la valla; el jovencito seguía apoyado contra ella, sonriendo; bajó la mirada y repitió la mueca. Tres veces, por turnos, alzaron y bajaron la vista alternativamente, hasta que, con impaciencia urbana, Mr. Salter se cansó del coqueteo e inició la conversación.

—Oiga.

—Hum.

—¿Sabe usted por casualidad si Mr. Boot ha mandado un coche a recogerme?

—Hum.

—¿Sí?

—Ca. Se lo ha llevado ella con el caballo.

—Creo que no me ha entendido bien —dijo Mr. Salter con una voz que sonaba curiosamente aflautada y quejumbrosa en contraste con los graves acentos del patán —. He venido a visitar a Mr. Boot. ¿Sabe si ha enviado un coche a recogerme?

—Me ha enviado a mí.

—¿Con el coche?

—Ca. El coche está en casa de Lady Caldicote, con el caballo. El bayo —explicó, viendo que Mr. Salter seguía sin comprender nada—. Tenía que ser el bayo porque la yegua está mala… El bayo viejo sigue enfermo —añadió como si así quedara todo aclarado.

—Ya, ¿y cómo voy a ir hasta la casa?

—Hombre, pues conmigo y Bert Tyler.

—Ah, ¿es que ese Mr. Tyler tiene coche?

—Ca. Ya le digo que el coche está en casa de Lady Caldicote, con Miss Priscilla y el bayo… Tenía que ser el bayo —insistió— porque la yegua está mala.

—Sí, sí, eso ya lo he entendido.

—Y el bayo viejo sigue hinchado de hierba. De modo que tendrá que montar con nosotros.

—¿Montar…, a caballo? —Una espantosa visión abrumó a Mr. Salter.

—Ca. Montar conmigo y Bert Tyler y la escoria.

—¿Escoria?

—Sí. Mr. Roderick ha mandado recoger escoria para los pajares de poniente. Necesitamos mucha.

Mr. Salter sintió un tremendo alivio.

—¿Quiere decir que ahí afuera tiene un vehículo cargado de escoria?

—Sí. Ahora es mucho más barata que cuando Mr. Roderick la necesite.

Mr. Salter bajó la escalera que daba al patio en donde, invisible desde el andén, aguardaba una camioneta; un viejo sentado junto al asiento del chófer se llevó la mano a la gorra; la camioneta estaba cargada hasta los topes de grandes sacos; tanto en el capó como en la parte de atrás se distinguían sendas placas maltrechas con la «L» de conductor poco experimentado. El joven tomó la maleta de Mr. Salter y la levantó para arrojarla entre la escoria.

—Usted irá ahí detrás —dijo.

—Si no le importa —dijo Mr. Salter en tono bastante seco—, preferiría ir delante.

—A mí no me importa, pero no me atrevo. La policía prefiere que vaya yo.

—¡Santo Cielo!, ¿por qué?

—Bert Tyler tiene que ir a mi lado, por los examinadores.

—¿Examinadores?

—Sí. La policía sólo me deja conducir si Bert Tyler se sienta a mi lado. Bert Tyler tiene permiso desde hace veinte años. Entonces no había exámenes. Pero a mí la policía me llevó a Taunton y me hizo un examen.

—¿Y le suspendieron?

Una sonrisa muy ancha iluminó el rostro del joven.

—Le rompí una pierna al que me examinaba —dijo con orgullo—. Le empujé contra una pared. No se imagina el porrazo que se pegó.

—Vaya por Dios. ¿No sería mejor que condujera su amigo Bert Tyler?

—Ca. Tiene muy mala vista y ya no puede conducir. No tenga miedo. Yo sí que veo bien. Lo malo son las curvas.

—¿Y hay muchas curvas de aquí a la casa?

—Unas cuantas.

Mr. Salter, que había apoyado el pie en el tapacubos para montar en la camioneta, lo retiró apresuradamente. Su sangre fría, que nunca había sido notable, llevaba toda una tarde siendo puesta a prueba; y ahora le abandonó por completo.

—Iré andando —dijo—. ¿Está muy lejos?

—Bueno, depende de si se conoce el camino. Atajando por los sembrados hay unos cinco kilómetros. Por la carretera, muchos más.

—¿Tendría la amabilidad de enseñarme el atajo?

—La verdad es que no puede decirse que haya un camino. Tiene que seguir en línea recta.

—Seguro que no me perderé. Si…, si por casualidad llegan ustedes a la casa antes que yo, ¿querría decirle a Mr. Boot que he preferido hacer un poco de ejercicio?

El aprendiz de conductor lanzó una mirada de no disimulado desdén hacia Mr. Salter.

—Le diré que ha tenido miedo de ir en la camioneta conmigo y Bert Tyler —dijo.

Cuando la camioneta se puso en marcha, Mr. Salter se retiró hacia el edificio de la estación para resguardarse del polvo. Fue una suerte que tomara esa precaución porque, cuando empezaba a subir la cuesta, el conductor se confundió y puso la marcha atrás, de modo que el vehículo acabó frenado por la pared junto a la que, hasta pocos momentos antes, se encontraba Mr. Salter. El segundo intento salió mejor y la camioneta llegó a la carretera sin más daños que un golpe que se llevó el guardabarros al dar contra el poste de la puerta.

Después, con paso rápido pero vacilante, Mr. Salter emprendió el camino hacia la casa.

*

Eran las ocho cuando Mr. Salter llegó a la puerta principal de la mansión. Había recorrido sus buenos diez kilómetros bajo el sol poniente, atravesando un sembrado tras otro; había tenido que saltar vallas y zanjas; una vez, cuando cruzaba un enorme pastizal, un rebaño de ganado se le acercó silenciosamente y le siguió pisándole los talones —la res más próxima a sólo un metro de distancia—, con la cabeza gacha y la respiración pesada; Mr. Salter se puso a correr y el rebaño trotó sin perder distancia; cuando llegó a la escalera que permitía salvar la cerca de piedra y se volvió a mirarlas, las reses se pusieron a pastar mansamente por donde él había pasado; las tres veces que entró en el patio de otras tantas alquerías para preguntar el camino, los perros de las casas se le echaron encima, y, además, las instrucciones que le dieron los campesinos sólo contribuyeron a que se desviase más aun del camino recto;

finalmente, cuando creyó que ya no le quedaban fuerzas y decidió que no le quedaba más remedio que tenderse en tierra y perecer de frío al raso, superó una nueva cerca de piedra y cayó rodando en la carretera, a cien metros de la verja de la mansión; los dos últimos kilómetros por la avenida del parque fueron los más dolorosos.

Y ahora se encontraba en el porche, sudoroso, dolorido por las ampollas, picado por las ortigas, jadeante, sofocado, mareado, aturdido y desmelenado, con su sombrero hongo en una mano y el paraguas en la otra, apoyado contra una pilastra de estuco y esperando a que alguien saliera a abrirle la puerta. No apareció nadie. Volvió a tirar de la palanca del timbre; parecía que aquello no accionara ningún muelle, ni oyó tampoco eco alguno en el vestíbulo. Ningún ruido rompió el silencio del anochecer, con la sola excepción del graznido de las grajas que estaban posadas en los sombríos y altos chopos que se alzaban enfrente, y de otro sonido que recordaba bastante al anterior y parecía más próximo, justo encima, aparentemente, de la cabeza de Mr. Salter: una potente voz de barítono que entonaba fragmentos de música religiosa.

—«Basta en tu Reino con el sol de día y la luna de noche» —cantaba alegremente tío Theodore mientras se ponía los pantalones; recordaba perfectamente esta misma frase cantada por una solitaria voz infantil de soprano que resonaba en las altas bóvedas de la capilla del colegio, y que era capaz de conmover hasta al más frío corazón de adolescente; recordaba el himno sólo en parte, pero con profunda emoción.

Mr. Salter, nulamente conmovido, siguió escuchando. Desesperado, empezó a aporrear la puerta con el paraguas. El canto se interrumpió, y la misma voz, en un tono más pastoso y prosaico, preguntó:

—Eh, ¿quién anda ahí?

Mr. Salter bajó a trompicones los peldaños, se separó del edificio, y, enmarcada en la hiedra de una ventana del primer piso, vio una cara germánica y rubicunda, y un torso rollizo y desnudo.

—Buenas noches —saludó, muy educadamente.

—Buenas noches. —Tío Theodore asomó el cuerpo todo lo que podía, hasta casi correr el riesgo de caerse, y miró fijamente a Mr. Salter a través de un monóculo.

—Desde donde está usted, quizá ha imaginado que voy completamente desprovisto de prendas de vestir —dijo—. Pero permítame que me apresure a asegurarle que no es así. Un pantalón muy serio de color negro me cubre de cintura para abajo. Imagino que es usted el amigo que William esperaba.

—Sí… He llamado al timbre.

—A mí me ha parecido —dijo con severidad tío Theodore— que estaba golpeando la puerta con un bastón.

—La verdad es que sí. Mire usted…

—Llegará usted tarde para la cena, sabe, como siga armando este alboroto ahí abajo. Y lo mismo me ocurrirá a mí como continúe de palique con usted. Ahora mismo volveremos a vernos en circunstancias más adecuadas. Así que, de momento… *A rivederci*.

La cabeza desapareció, y nuevamente se llenó el crepúsculo de una melodía que ascendió hasta las copas de los árboles del jardín para después remontarse y unirse al coro de hogareñas grajas.

Mr. Salter accionó el picaporte. Se abrió sin dificultad. Era la primera vez en su vida que se introducía por su propia cuenta y riesgo en una casa ajena. Pero ahora lo hizo, y se encontró en un pasillo atestado de instrumentos deportivos, abrigos, mantas de paseo, un par de bicicletas y un oso disecado. Enfrente, unas puertas de cristal daban paso al vestíbulo. Confusamente, Mr. Salter creyó percibir una sombría escalinata doble que se elevaba y ensanchaba ante él, al otro lado de un embaldosado a cuadros blancos y negros y desprovisto de alfombra, con alguna que otra isla de mobiliario y unas cuantas plantas en maceta. Muy cerca de las puertas de cristal había una butaca que jamás utilizaba nadie; en ella se hundió Mr. Salter, y en ella fue localizado al cabo de veinte minutos por la madre de William cuando bajó a cenar. Lo último que había hecho el periodista antes de hundirse en un profundo coma fue quitarse los zapatos.

Mrs. Boot observó con notable repugnancia aquella figura, y siguió su camino hacia el comedor. Era uno de los escasos días en los que James se había levantado de la cama; Mrs. Boot pudo oírle al otro lado de la puerta, llevando con mano temblorosa la bandeja de tintineantes platos.

—James —le llamó, antes de abrir las puertas dobles.

—Diga, señora.

—Ya ha llegado el amigo de William. Creo que querrá ir a adecentarse un poco.

—Muy bien, señora.

Mr. Salter no estaba en realidad dormido; llegó a tener conciencia, remota e impersonalmente, de la mirada escrutadora que le había dirigido Mrs. Boot; ahora tuvo conciencia de que James cruzaba lentamente el vestíbulo.

—Ahora mismo serviremos la cena, señor. ¿Me permite que le acompañe a su habitación?

Durante un momento Mr. Salter creyó que jamás sería capaz de volver a dar un paso; luego, doloridamente, se puso en pie. Se fijó en los zapatos que se había quitado; también James los vio; ninguno de ellos estaba dispuesto a agacharse; ambos respetaban los motivos del otro; de modo que Mr. Salter acabó subiendo descalzo la escalinata en pos del lacayo.

—Lamento decirle, señor, que todavía no podemos darle su equipaje. Tres de nuestros jornaleros están excavando para ver si lo localizan.

—¿Excavando?

—Con el mayor ahínco, señor. Ha quedado sepultado bajo la escoria en el momento del accidente.

—¿Accidente?

—Sí señor. La camioneta que lo traía de la estación ha sufrido un percance; lo atribuimos a la inexperiencia del conductor. Ha metido la marcha atrás y la camioneta ha dado una vuelta de campana.

—¿Se ha hecho daño?

—Desde luego, señor; está gravemente herido. Esta es su habitación, señor.

Una lámpara de petróleo rodeada de insectos otoñales y mariposas nocturnas iluminaba desde la mesita de noche de Priscilla una acogedora habitación de jovencita. Aparte de retirar el camisón y la esponja del tocador, apenas habían hecho nada para adaptarla de modo que fuera más adecuada para que la usase un varón. En los estantes y repisas había una veintena aproximadamente de animalitos de porcelana, junto con pezuñas de ciervo, colas de zorro, patas de nutria, una pezuña de caballo y otros trofeos de caza; desde debajo de la cama le llegó a Mr. Salter un grave y bronquítico gruñido.

—Miss Priscilla ha pensado que no le importaría a usted cuidar de Amabel por esta noche, señor. Es una perra que está haciéndose muy vieja y no le gusta que la lleven de acá para allá. Ya verá que es muy tranquila. Si la oye ladrar por la noche, lo mejor es que le dé de comer.

James señaló un par de platos con leche y carne troceada que se encontraban en la mesilla de noche, y que ya había llamado la atención de Mr. Salter.

—¿Necesita alguna cosa más, señor?

—Gracias —dijo débilmente Mr. Salter.

James se fue tras cerrar cuidadosamente la puerta que, debido a un antiguo defecto de la cerradura, volvió a abrirse con suavidad en cuanto soltó el picaporte.

Mr. Salter vertió un poco de agua en la bonita jofaina floreada del palanganero.

James vovió a presentarse.

—Se me olvidó decirle, señor, que el retrete de este piso no funciona. Los caballeros utilizan el que está junto a la biblioteca.

—Gracias.

James repitió la pantomima de quien cierra la puerta.

La enfermera Granger era siempre la primera en llegar a la sala. Era costumbre servir la cena a las ocho y cuarto, y durante quince años ella había sido siempre la más puntual. Se encontraba sentada allí, remendando un tapete de lana con dibujo modernista, cuando entró Mrs. Boot. Después de darle órdenes a James con respecto a Mr. Salter, dirigió una sonrisa a la enfermera y le preguntó:

—¿Qué tal se encuentra esta noche su paciente?

Y la enfermera Granger contestó lo mismo que había contestado a lo largo de los últimos quince años:

—Un poco abatida.

—Sí —dijo Mrs. Boot—, por las noches suele sentirse abatida.

Las dos mujeres permanecieron en silencio. La enfermera Granger seguía dándole tijeretazos y tirones a la lana color magenta; Mrs. Boot, por su parte, se puso a leer una revista de jardinería a la que estaba suscrita. Sólo cuando entró en la sala Lady Trilby decidió Mrs. Boot expresar sus sombríos presentimientos.

—Los muchachos se están retrasando —dijo Lady Trilby.

—Ese amigo de William —dijo gravemente Mrs. Boot— ha llegado en *un estado francamente raro*.

—Ya lo sé. Le he visto subir por la avenida. Iba tambaleándose de mala manera.

—Se ha metido en casa por su cuenta y se ha quedado durmiendo en el vestíbulo sin saludar a nadie.

—Seguro que lo necesitaba.

—Quieres decir que… ¿No insinuarás que…?

—Seguro que estaba achispado —dijo tía Anne—. No podía ocultarlo.

La enfermera Granger emitió un malicioso chasquido de desaprobación.

—Menos mal que Priscilla no está en casa. ¿Qué podemos hacer?

—Ya se encargarán de él los muchachos.

—Aquí llega Theodore. Voy a preguntárselo inmediatamente. Theodore, ese amigo de William que ha venido de Londres ya ha llegado, y tanto tía Anne como yo nos tememos que haya bebido más de la cuenta.

—¡Por todos los santos! ¿En serio? —dijo tío Theodore con indudable envidia—. Ahora que lo dices, no debería sorprenderme. He hablado con ese tipo desde mi ventana. Estaba aporreando la puerta como si pretendiese derribarla.

—¿Qué podemos hacer?

—Ya se le pasará —dijo tío Theodore, hablando por su larga experiencia. Tío Roderick entró en la sala en aquel momento—. Oye Rod, ¿tú qué opinas? Ese periodista amigo de William…, está como una cuba.

—¡Me parece repugnante! ¿Está en condiciones de venir a cenar?

—Mejor será que le vigilemos, no vaya a ser que siga bebiendo.

—Sí. Se lo diré a James.

Tío Bernard se reunió con el círculo familiar.

—¡Buenas noches, buenas noches! —saludó con su habitual cortesía—. Veo que soy casi el último.

—Bernard, tenemos que decirte una cosa.

—Y yo tengo algo que deciros a vosotros. Hace apenas un par de minutos, estaba

yo sentado en la biblioteca cuando un hombrecillo que iba sucísimo ha empezado a rondar por allí. ¡E iba descalzo!

—¿Estaba bebido?

—Pues, ahora que lo dices, yo diría que sí.

—Es el amigo de William.

—Pues habrá que hacerse cargo de él. ¿Dónde está William?

William estaba jugando al dominó con el aya Bloggs. Era esta costumbre de jugar al dominó con ella todas las tardes de seis a siete lo que le había impedido ir a recibir a Mr. Salter a la estación. Esta tarde la partida se había prolongado mucho más de lo corriente. En tres ocasiones había intentado William retirarse, pero la anciana se mostró inflexible.

—Quédate ahí donde estás —le había dicho ella—. Siempre has sido un chico testarudo y egoísta. Peor que tu tío Theodore. Has estado zascandileando por toda África con un montón de paganos, y ahora que has vuelto a casa no tienes ni un minuto para tu aya.

—Pero, aya, es que de un momento a otro tiene que llegar un invitado.

—*Invitado*. Tendrás tiempo de sobra para él. Además, seguro que no viene por ti. Seguro que anda en pos de mi preciosa Priscilla. Déjales en paz… Esta vez me jugaré medio soberano.

Sólo cuando sonó el gong que anunciaba la cena le permitió irse de allí.

—Cámbiate aprisa. Lávate las manos —dijo el aya— y cepíllate el pelo como Dios manda. Y acuérdate de subirme luego al joven pretendiente de Priscilla. Jugaremos una partidita de naipes. Bueno, ahora me debes treinta y tres chelines.

Mr. Salter no tuvo oportunidad de hablar durante la cena del asunto que le había llevado hasta allí. Se sentó entre Mrs. Boot y Lady Trilby; jamás había sido persona parlanchina, y todavía lo fue menos esta noche, sitiado entre tan formidables damas; confiaba, sin embargo, que recobraría fuerzas y ánimos en cuanto se pudiese tomar un vaso de vino.

James se desplazó pesadamente por el comedor cargando con las jarras; clarete para las señoras, William y tío Bernard, y whisky con agua para tío Theodore, y sidra medicinal para tío Roderick.

—¿Agua, señor? —dijo una voz al oído de Mr. Salter.

—Bueno, la verdad es que preferiría…

Una cascada fría y transparente cayó en su vaso, y James se retiró de nuevo al aparador.

Notando que su invitado se estremecía, William se inclinó hacia él desde el otro

lado de la mesa.

—Por cierto, Salter, ¿no le han invitado todavía a una copa?

—Bueno, la verdad es que…

Mrs. Boot miró ceñudamente a su hijo; un gesto como el que hubiese podido provocar un repentino y doloroso espasmo.

—Mr. Salter *prefiere* agua.

—Nada mejor que el agua —corroboró tío Theodore—. Es una elección que merece todos mis respetos.

—Bueno, la verdad es que…

Las dos damas se dirigieron a él simultánea y apremiantemente:

—Es usted muy andarín, Mr. Salter —dijo Lady Trilby en tono de desafío.

—Seguro que para usted habrá sido como un día de fiesta eso de dejar el trabajo y salir al campo —comentó con un poco más de amabilidad Mrs. Boot.

Cuando Mr. Salter contestó educadamente a estas dos equivocadas afirmaciones, el tema del vino ya había sido olvidado.

La cena se alargó durante casi una hora, pero no a causa de la profusión o variedad de la comida. Fue una cena más bien mala; muy poco mejor que la que Mr. Salter hubiese tomado sentándose a la infame mesa de Lord Copper; y muy inferior a los platos cuidadosamente aderezados que le servían en su casa. Con el paso del tiempo, cada uno de los miembros de la familia Boot había adquirido una forma personal de comer; delante de cada plato se alineaba toda una serie de condimentos y complementos, marcados en todos los casos con las iniciales de cada comensal: sal de cebolla, pescado indio en conserva, pepinillos, vinagre al ajo, mostaza de Dijon, manteca de cacahuete, azúcar de alcorza, diversas variedades de galletas, desde las de Bath hasta las de Tunbridge Wells, queso parmesano, y una docena más de jarras y frascos y latas que se entremezclaban de la forma menos armoniosa con la pesada vajilla georgiana; tío Theodore tenía un hornillito de petróleo y un escalfador con el que se preparó una salsa. Los platos que llegaban de la cocina no traían la cena propiamente dicha sino simplemente la base sobre la que cada uno se preparaba su menú personal. Como era de esperar, Mr. Salter los encontró tristes y servidos con increíble lentitud. La conversación fue general e intermitente.

Al igual que los boletines de noticias internacionales, la conversación familiar de los Boot a la hora de las comidas no era tanto una discusión plural como una serie de afirmaciones antitéticas.

—Priscilla se ha llevado consigo a Amabel a casa de los Caldicote —dijo Lady Trilby.

—No. Se la ha dejado aquí —corrigió Mrs. Boot.

—No es más que una perra vieja y sucia —constató tío Bernard.

—Demasiado vieja para ir de visita con ella —dijo tío Roderick.

—Yo diría más bien que demasiado sucia.

—Amabel dormirá con Mr. Salter —informó Mrs. Boot.

—A Mr. Salter le gusta mucho —dijo Lady Trilby.

—¡Pero si todavía no la conoce! —señaló tío Bernard.

—A Mr. Salter le gustan todos los perros —dijo Mrs. Boot.

Hubo una pausa que James aprovechó para anunciar:

—Discúlpeme usted, señora, pero los jornaleros han mandado recado diciendo que ya es muy de noche para seguir revolviendo la escoria.

—¡Qué fastidio! —dijo tío Roderick—. El camino de atrás ha quedado cortado.

—Y Mr. Salter no tendrá pijama —dijo Mrs. Boot.

—William le prestará uno de los suyos.

—A Mr. Salter no le importará. Es muy comprensivo.

—Pero seguro que lamenta haber perdido sus pertenencias.

Por fin Mr. Salter acabó comprendiendo la fórmula.

—Hay un largo trecho desde la estación —se aventuró a decir.

—Se detuvo usted por el camino.

—Sí, a preguntar… Me había perdido.

—Se detuvo varias veces.

Finalmente la cena llegó a su conclusión.

—Hacia el final de la cena ya se había recuperado un poco —dijo Lady Trilby una vez en el salón.

—Prácticamente puede decirse que ya está sobrio —dijo Mrs. Boot.

—Roderick se encargará de que no le eche mano al oporto.

—Supongo que no le apetecerá un oporto —dijo tío Roderick.

—Bueno, la verdad es que…

—Sea buen chico y páseselo a Bernard.

—Usted y William tienen asuntos de los que hablar.

—Sí —dijo Mr. Salter con vehemencia—. Sí, asuntos de la mayor importancia.

—Podrían ir a la biblioteca.

—Sí.

William condujo a su pequeño invitado en esa dirección.

—Un tipejo la mar de corriente —comentó tío Roderick.

—El nombre le cuadra a la perfección —dijo tío Bernard—. Es una antigua corrupción de sotuer, ya sabes, la banda y la barra cruzadas que sin duda debe de

llevar en su escudo. Aunque es probable que haya tomado ese apellido de forma ilegítima.

—Yo siempre había creído que los auténticos Salter quedaron extinguidos en el siglo XV…

Una vez en la biblioteca William pudo por fin disculparse por sus nulas atenciones para con su invitado.

—Naturalmente, naturalmente. Ya comprendo que viviendo en un lugar así es lógico que haya muchas distracciones… Jamás se me habría ocurrido entrometerme en su casa. Pero se trataba de un asunto importantísimo…, tenía que obedecer un deseo personal del mismísimo Lord Copper, comprende.

»Quiero tratar dos cuestiones. En primer lugar, Boot, su contrato con nuestra empresa —dijo Mr. Salter con vehemencia—. Espero que no haya decidido abandonar el barco, ¿no?

—¿Qué?

—Bueno, fue el *Beast* el que le dio su gran oportunidad. Espero que no lo olvide nunca.

—Claro que no.

—Supongo que la oferta del *Brute* es muy interesante. Pero, créame, Boot, conozco Fleet Street desde mucho antes que usted. He visto a varios de nuestros redactores pasarse a la competencia. Pensaban que las cosas les irían mejor, pero no fue así. Para un periodista con sentido de la responsabilidad, trabajar para el *Brute* es un infierno. Sería como si vendiese usted su alma, Boot… Espero, por cierto, que no la haya vendido todavía…

—No lo he hecho. Me mandaron un telegrama. Pero a decir verdad, estaba tan contento de haber regresado a casa que ni siquiera les contesté.

—Gracias a Dios. He traído conmigo un contrato y las copias. Sólo hace falta su firma. Menos mal que no lo llevaba en la maleta. Un contrato vitalicio, por dos mil libras anuales. ¿Quiere firmar?

William firmó. Tanto él como Mr. Salter doblaron su copia y se la guardaron en el bolsillo; y ambos con profundísima satisfacción.

—En segundo lugar está la cuestión del banquete. Ahora ya no habrá ningún problema. Comprendo muy bien que mientras la oferta del *Brute* estaba todavía en el aire… Bien, me alegra mucho que eso haya quedado resuelto. Lo mejor será que mañana por la mañana venga conmigo a Londres. Lord Copper querrá seguramente hablar con usted antes del banquete.

—No.

—Pero, amigo Boot… No se preocupe por el discurso. La secretaria personal de

Lord Copper se lo ha escrito en su nombre. Será muy sencillo. Apenas unos cinco minutos de alabanzas para Lord Copper.

—No.

—Todo el mundo hablará del banquete. Incluso es posible que hagan una filmación.

—No.

—La verdad, Boot. No le comprendo.

—Mire —dijo William con dificultades—, me sentiría como un zopenco.

—Ya —dijo Mr. Salter—. Eso puedo entenderlo muy bien. Pero no es más que una velada.

—Hace semanas que me siento como un zopenco. Desde el día en que fui a Londres. Me han tratado como a un zopenco.

—Sí —dijo Mr. Salter—. Para eso nos pagan.

—Una cosa es hacer el zopenco por África. Pero si acudo al banquete se enterará todo el mundo.

—Sin duda.

—Hasta el aya Bloggs y el aya Price y todos.

Mr. Salter no se sentía con ánimos de discutir, y lo sabía. Se había quedado sin fuerzas. Estaba sucio y le dolían las ampollas y todos los miembros, ni siquiera había podido echar un trago e iba muy mal vestido para la ocasión. Estaba en territorio enemigo. Aquella gente no pertenecía a su misma raza, y sus leyes no coincidían con las que él conocía. Se sentía como un legionario romano, armado hasta los dientes, abrumado por el peso de los aceros y bronces de la civilización, y hostigado por silenciosos e ilusos salvajes, como la vanguardia de un ataque que había avanzado más de la cuenta y había perdido contacto con la base…, a no ser que en realidad él fuera la abandonada retaguardia de una retirada. ¿Habían zarpado ya las legiones de regreso a Roma?

—Me parece —dijo— que lo mejor será que telefonee a la redacción y pida consejo.

—No podrá hacerlo —dijo muy animado William—. El teléfono más cercano está a cinco kilómetros de distancia; tampoco hay coche; y, de todos modos, la central cierra a las siete.

La biblioteca quedó en silencio. De nuevo Mr. Salter reunió fuerzas para lanzarse al ataque. Esta vez probó el sarcasmo.

—No dudo que esas damas a las que usted ha mencionado son personas muy importantes. Pero no me negará, Boot, que palidecen en comparación con Lord Copper.

—No es cierto —dijo William—. Aquí, al menos, no lo es.

Permanecían todavía sentados y en silencio cuando, al cabo de unos minutos, se presentó allí Troutbeck.

—Dice Miss Bloggs que le está esperando arriba para la partida de naipes.

—Espero que no le importe —le dijo William a Mr. Salter.

A este ya no podía importarle nada. Fue conducido al primer piso, tuvo que atravesar largos pasillos iluminados por lámparas, cruzar puertas forradas de desteñida bayeta verde, y finalmente llegó ante la presencia del aya Bloggs. Tío Theodore ya había empezado a preparar la mesa de juego que había junto a la cama de la anciana.

—Así que se trata de este caballero —dijo el aya—. ¿Por qué no lleva los zapatos puestos?

—Es muy largo de contar —dijo William.

Los acuosos y ancianos ojos estudiaron el preocupado rostro de William; luego el aya se puso las gafas y volvió a estudiarlo.

—Demasiado viejo —comentó.

Viniendo de quien venía, esta crítica parecía un tanto injusta. A pesar de lo deprimido que estaba, Mr. Salter sintió un gran resentimiento.

—¿Demasiado viejo para qué? —preguntó secamente.

El aya Bloggs, aunque para asuntos de dinero y teología fuese dura como el ágata, había adquirido con los años cierta debilidad por los enamorados.

—Bueno, bueno —dijo—, no lo he dicho con mala intención. Los cuerpos viejos esconden a veces corazones jóvenes. Siéntese. Y usted, Mr. Theodore, corte. Ya sé que se ha llevado una decepción al ver que ella no estaba en casa. Desde muy pequeña siempre le ha gustado llevar la contraria. ¿No dicen que cuanto más difícil es el galanteo, más se disfruta la conquista? El dos de picas. Y también que hay muchos matrimonios felices entre abril y diciembre. No se empeñe en espiar mis cartas, Mr. Theodore. Y en el fondo es muy buena chica, aunque a veces se olvide de lavarse el cuello, tres de picas, o salga del baño tan sucia como ha entrado, me gustaría saber a qué se dedica cuando está allí dentro…

A los tres juegos Mr. Salter ya había perdido veintidós chelines, y terminaron la partida. Cuando se levantaban para irse, el aya Bloggs, que, siguiendo su inveterada costumbre, había sostenido un monólogo más o menos ininterrumpido de principio a fin, dijo:

—No se rinda, muchacho. Si no fuera porque empieza a escasearle el cabello, nadie le echaría más de treinta y cinco años. La verdad es que esa muchacha no sabe lo que quiere.

Se fueron. William y tío Theodore acompañaron a Mr. Salter a su habitación. William se despidió, pero tío Theodore se quedó un momento más junto a él.

—Es una pena que haya doblado usted nuestros corazones.

—Sí.

—Por eso nos pegaron la paliza.

—Sí.

Una solitaria vela iluminaba la habitación desde la mesilla de noche, y gracias a ella Mr. Salter pudo ver, colocado sobre la cama, el pijama que le habían prestado. El sueño estaba invadiéndole el espíritu como una enorme masa de rápida niebla espesa que bajara de Ludgate Hill hacia Fleet Street. No sentía ningún deseo de discutir la partida de bridge.

—Teníamos todas las cartas —dijo Theodore con magnanimidad, sentándose en la cama.

—Sí.

—Supongo que en Londres deben de acostarse ustedes tardísimo.

—Sí… Bueno, no… A veces.

—Cuesta mucho acostumbrarse a los horarios del campo. Seguro que no tiene usted ni pizca de sueño.

—Bueno, la verdad es que…

—Cuando yo vivía en Londres… —empezó a contar tío Theodore.

La vela se había casi agotado.

—Es curioso que…

Mr. Salter se despertó sobresaltado. Estaba sentado en la butaca tapizada de cretona; tío Theodore seguía instalado en la cama, en posición reclinada, como si fuese un ahíto aristócrata de la época de Heliogábalo…

—Naturalmente, eso sería impublicable. Pero conozco un montón de historias que sí *podría* publicar. Cientos de historias. Me preguntaba si son de las que suele publicar su periódico…

—Siento decirle que este asunto no es de mi incumbencia. Verá usted, yo soy el jefe de internacional.

—La mitad de ellas ocurren en París. *Más* de la mitad. Por ejemplo…

—Me encantaría oírselas contar, todas, pero en otro momento porque ahora…

—Tengo entendido que pagan ustedes muy bien…

—Sí.

—¿Qué le parece si escribo una serie de artículos…?

—Mr. Boot —dijo Mr. Salter con desesperación—. Ya lo discutiremos mañana por la mañana.

—Jamás estoy en buena forma por las mañanas —dijo no muy convencido tío Theodore—. En cambio, después de cenar soy capaz de hablar sin parar todas las horas que sea necesario.

—Venga a Londres. Vea al jefe de la sección de cotilleos.

—Lo haré —dijo tío Theodore—. Pero no me gustaría escandalizarle. Preferiría que antes me diese usted su opinión.

La niebla se levantó por fin en el cerebro de Mr. Salter; le llegaron una o dos palabras sueltas, pero luego volvió a perderse en las tinieblas… «Las habitaciones de Willis… “Conejito” Gresham… Romano’s… aunque le cueste creerlo, fueron mil quinientas *libras*…». Luego, el silencio.

Cuando despertó, Mr. Salter estaba helado y agarrotado y completamente vestido, aunque descalzo; la vela se había apagado. Un amanecer otoñal refulgía en la ventana, y Priscilla Boot, en traje de equitación, revolvía el armario en busca de la corbata que había extraviado.

No era fácil conseguir que el subdirector del *Beast* se apiadara de nadie.

—Caray, Salter —dijo, casi en tono reverente—, tienes un aspecto horrible.

—Sí —dijo Mr. Salter doblando con dificultades el cuerpo para sentarse en una silla—. Exactamente eso.

—Así que es cierto que esos aristócratas campestres beben como cubas, ¿eh?

—No. No ha sido eso.

—Supongo que Boot ya es nuestro, ¿no?

—Sí y no. ¿Y tú, conseguiste al tuyo?

—Sí y no. Pero logré que firmara.

—También yo logré que firmara el mío. Pero dice que no quiere venir al banquete.

—Yo he mandado al mío hacia el Antártico. Me dijo que necesitaba irse inmediatamente al extranjero. Parece ser que hay una mujer que le persigue.

—El mío —dijo Mr. Salter— teme perder la estima de su aya.

—*Mujeres* —dijo el subdirector.

Los dos periodistas pensaban en lo mismo:

—¿Qué va a decir Lord Copper?

La secretaria de Lord Copper, consultada por ambos, no les sirvió de gran ayuda.

—Lord Copper está encantado con su discurso —dijo—. Lleva toda la tarde ensayándolo.

—Quizá pudiera usted cambiarlo un poquitín —dijo el subdirector—. «Incluso en el momento del triunfo tuvo que obedecer la llamada del deber. Hoy aquí, mañana quién sabe dónde… honramos ese asiento vacío… la gran aventura del periodismo moderno…».

Pero al subdirector le temblaba la voz.

—Nada de eso —dijo la secretaria—. Lord Copper no tiene intención de pronunciar esta clase de discurso. Oígale usted mismo, está ahí dentro, aprendiéndoselo de memoria.

Efectivamente, un sordo sonido retumbante, como el fragor de los rompientes en una playa de cantos rodados, salía del otro lado de las puertas de nogal labrado.

Los dos periodistas se retiraron entristecidos a su departamento.

—Llevo quince años trabajando, en diversos puestos, para la empresa Megalopolitan —dijo Mr. Salter—. Y tengo que pensar en mi esposa.

—Tú tienes la suerte de que al menos podrías conseguir otro empleo —dijo el subdirector—. Tienes estudios. Yo, en cambio, no sirvo para absolutamente nada que no sea dirigir el *Beast*.

—La culpa fue tuya desde el primer momento. No sé por qué tuviste que contratar a Boot. No era un especialista en internacional.

—Pero fuiste tú quien le envió a Ismailía.

—Lo que *yo* quería hacer era despedirle. *Tú* le convertiste en un héroe. Fuiste tú el que se inventó ese artículo que le trastornó.

—Y *tú* eres el que animó a Lord Copper a darle un título honorífico.

—Y *tú* el que sugirió lo del banquete.

—Los dos tenemos la culpa —dijo el subdirector—. Pero no tiene sentido que padezcamos los dos, Echemos a suertes quién es el culpable.

La moneda dio vueltas en el aire, cayó, rodó, y desapareció de la vista.

—Un Boot, un Boot, mi reino por un Boot.

Mr. Salter se había arrodillado y trataba de encontrar la moneda, cuando el jefe de la sección de cotilleo se asomó al despacho.

—¿Alguno de los dos sabe quién es un tal Boot? —preguntó—. No consigo echarle de mi despacho. Lleva sentado ahí desde que regresé de comer, y no para de contarme historias obscenas. Dice que le mandó venir Salter.

—Salvados.

—Tráele inmediatamente.

—Y trae de paso un impreso de contrato.

Y así fue como tío Theodore fue conducido ante la presencia de los dos periodistas, aportando consigo luz y calor eduardianos que aliviaron la pesadumbre de aquel cochambroso cuartucho.

Capítulo tercero

Lord Copper acostumbraba a dar banquetes con bastante frecuencia; se quedaría corto quien afirmara que nadie disfrutaba de ellos más que él, porque no había nadie que los disfrutara, mientras que Lord Copper se deleitaba en cada uno de los minutos que duraban. Sus banquetes satisfacían para él todo cuanto se pudiera pedir de una agradable velada; al igual que todo cuanto gustaba a Lord Copper, eran prolongadísimos y concurridísimos; los celebraba siempre en restaurantes cuya existencia estaba sólo justificada gracias a ellos, y que estaban decorados de forma que Lord Copper pudiera recordar su execrable casa de campo de East Finchley; las provisiones eran muy copiosas, muy malas y muy caras; el único motivo por el cual se reunían los invitados era porque así lo había dispuesto Lord Copper; ninguno de ellos celebraba las cosas que inducían a Lord Copper a organizar sus celebraciones; acudían a los banquetes o bien porque haciéndolo cumplían su deber o bien porque aprovechaban la ocasión de cenar gratis. Muchos de ellos eran asalariados de Lord Copper y, en consecuencia, veían prolongarse sin compensación su jornada laboral tres horas más de lo corriente, con el agravante de que aumentaban sus gastos en ropa, y desplazamientos, ya que siempre perdían el último tren de regreso a casa; los demás, que eran esclavos de otros amos, se convertían por una noche, desde el punto de vista de Lord Copper, en esclavos suyos. Les había comprado y atado, de pies y manos, con su consomé y su crema de pollo, su rodaballo y su solomillo, su pato y su *péche melba*, y después, cuando todos se habían guardado furtivamente el puro en su bolsillo y las copas de brandy habían sido llenadas de un horrible líquido pardo que Lord Copper pagaba a dos libras la botella, llegaba el momento dorado en el que se ponía en pie para hablar todo el tiempo que le apeteciera y sobre cualquier tema, sin temer interrupciones ni rivales.

Frecuentemente lo que se celebraba sólo tenía relación con las actividades del propio Lord Copper: una permutación de puestos entre los directivos de su empresa, la absorción de otros periódicos, o la emisión de nuevas acciones; a veces, alguna celebridad agotada y resentida que acababa de ser adoptada por el *Beast*, tenía que sentarse a la derecha de Lord Copper como invitado de honor, y ese era el asiento que ocupaba esta noche, a las ocho y media, Mr. Theodore Boot. Había recogido a su espalda la cola de su frac, abierto la servilleta sobre sus rodillas y, a diferencia de todos los anteriores (y también futuros) invitados a los banquetes de Lord Copper, se disponía a disfrutar de lo lindo.

—Me parece que es la primera vez que vengo a este restaurante —dijo.

—Sí —dijo Lord Copper—, seguramente. Creo que es el mejor de su categoría.

—En mis tiempos también los había muy buenos —dijo tío Theodore—. Pero cada día inauguran alguno nuevo. Y cierra alguno de los antiguos. El mundo va

cambiando, ¿no es cierto?

—Lo es —dijo fríamente Lord Copper.

No era esta la clase de conversación que estaba acostumbrado a sostener con los reporteros que apenas empezaban su carrera, por muy prometedores que fuesen. Lord Copper se había enterado de que, por culpa de los elogios que recibió, hubo un tipo que acabó siendo intratablemente presuntuoso. Es cierto que tío Theodore no parecía pertenecer a esa clase de periodistas. De hecho, no había nada más difícil que explicar a qué clase pertenecía.

Lord Copper, bastante malhumorado, se volvió hacia el otro lado e inició una conversación con su vecino de la izquierda —un empobrecido y olvidado exvirrey que, a falta de otras invitaciones, dedicaba tres o cuatro veladas semanales a esta clase de banquetes—, pero tenía la cabeza en otras cosas; se sentía perturbado. Se había sentido perturbado toda la tarde, desde que, puntualmente, apareció en la sala de recepción donde iban siendo segregados los invitados más distinguidos. Tío Theodore se encontraba entre Mr. Salter y el subdirector. Llevaba un frac muy anticuado, chaleco negro y cuello muy alto; su purpúreo rostro de patricio lanzó una sonrisa deslumbrante en dirección a Lord Copper, pero el saludo de este último no mostró parecida cordialidad. Boot resultaba una sorpresa. A Lord Copper le costaba bastante trabajo formarse y retener imágenes de las personas, pero recordaba muy bien la de Boot, y tío Theodore no se correspondía con ella. ¿Cómo era posible que *este tipo* fuese el protegido de Mrs. Stitch? ¿Cómo era posible que este hombre maduro fuese el más joven inscrito en la lista de nuevos títulos honoríficos? ¿Cómo era posible que Lady Cockpurse hubiese comentado favorablemente la forma de vestir de un hombre así? ¿Acaso —poco a poco empezó a plantearse la cuestión— era este el mismo caballero con el que él mismo había hablado hacía apenas dos meses, y que luego salió urgentemente camino de Ismailía? Lord Copper le dirigió otra mirada y se encontró con una sonrisa tan educada, tan paternalista, tan intolerablemente sabionda, que le volvió apresuradamente la espalda.

Alguien había metido la pata hasta el cuello.

Lord Copper se volvió hacia su secretaria, que se encontraba en pie detrás de él, junto al hombre encargado de anunciar la intervención de los oradores.

—Wagstaff.

—Dígame, Lord Copper.

—Anota esto para mañana. «Hablar con Mr. Salter».

—Perfectamente, Lord Copper.

El banquete debe proseguir, pensó Lord Copper.

El banquete prosiguió.

El murmullo general de las conversaciones fue haciéndose cada vez más sonoro.

Era un ruido más apreciado por Lord Copper que el de los sabuesos cuando han encontrado la pista. Intentó olvidarse de la enigmática y, cada vez estaba más convencido, detestable presencia de su derecha. Oyó la voz untuosa que se alzaba y bajaba, cobraba y perdía intensidad, y que de vez en cuando se transformaba en una risita entre dientes. Después de haber tratado sin fortuna toda una serie de temas, tío Theodore había finalmente encontrado un terreno que también interesaba al distinguido invitado de su derecha; los dos habían conocido, en otras épocas, a un tipo que se llamaba Bertie Wodehouse-Bonner.

Tío Theodore se dedicó a disfrutar de sus recuerdos y a disfrutar de su champán, pero al final su cortesía le indujo a dirigirse, aunque fuese a regañadientes, a Lord Copper, que, aunque fuese un perro triste, era, al fin y al cabo, su anfitrión.

Se inclinó hacia él y le habló en tono confidencial:

—Dígame usted —le preguntó—, ¿a dónde se suele ir después?

—¿Cómo dice?

Tío Theodore esbozó una sonrisa impúdica.

—Ya sabe, a redondear la velada.

—Personalmente —dijo Lord Copper—, tengo intención de irme a la cama sin perder ni un momento.

—Eso es *exactamente* lo que estaba insinuándole. ¿A dónde suelen ustedes ir?

Lord Copper se volvió hacia su secretaria.

—Wagstaff.

—Dígame, Lord Copper.

—Toma nota de esto para mañana: «Despedir a Salter».

—Perfectamente, Lord Copper.

Tío Theodore sólo volvió a dirigirse una vez más a su anfitrión. Le aconsejó que, para el bien de su hígado, aderezara su pato con mostaza. Lord Copper fingió no haberle oído. Se apoyó en el respaldo de su silla, escrutó la sala, aquella sala que, durante esta noche, era *suya*. El banquete tenía que proseguir. En las cuatro mesas alargadas que formaban un ángulo recto con la que él presidía, las caras que asomaban por encima de las blancas pecheras estaban adoptando tintes cada vez más rojos; el volumen del coro de voces masculinas seguía ascendiendo, Lord Copper empezó a verse a sí mismo desde otro punto de vista: se sintió como un líder abandonado por sus seguidores, forzado a cargar él solo con la pesada carga del Deber. Bastó esta idea para consolarle. Había estudiado las biografías de otros grandes hombres; todos ellos habían pagado el mismo precio: la soledad. Ninguno de ellos, reflexionó, había disfrutado de la adoración a la que se había hecho acreedor; bastaba recordar a César y Bruto, a Napoleón y a Josefina, a Shakespeare y…, sí, seguro que había habido alguien que traicionó a Shakespeare.

Se estaba aproximando el momento en que iba a tener que pronunciar su discurso.

Lord Copper notó la familiar e infinitamente agradable sensación de bienestar que siempre precedía sus intervenciones. En él no se daba esa nerviosa inspiración, esa desesperación y exaltación que acostumbran a sentir otros oradores. Lo suyo era esa profunda e incomunicable satisfacción que produce el monólogo. Se sintió inundado de una dulce emoción; se sintió magnánimo.

—Wagstaff.

—¿Lord Copper?

—¿Qué decía esa última nota que te he dictado?

—«Despedir a Salter», Lord Copper.

—Mal, muy mal. Toma nota de mis palabras con más exactitud. Escribe: «Cambiar de puesto a Salter».

Finalmente llegó el gran momento. El encargado de anunciar a los oradores golpeó atronadoramente el suelo con su bastón, y su impresionante mensaje se difundió por toda la sala:

—Milores, reverendos caballeros, caballeros todos. Les ruego que se haga un momento de silencio para escuchar a su señoría el vizconde Copper.

Lord Copper se puso en pie y se enfrentó a la cerrada ovación. Incluso los camareros, notó con aprobación, aplaudieron diligentemente. Apoyándose con los puños en la mesa, se inclinó hacia delante, tal como tenía por costumbre hacer en estas felices situaciones, y esperó a que se hiciera silencio. Su secretaria ajustó ligera e inútilmente el micrófono. El montón de hojas escritas a máquina que contenían el texto de su discurso fue discretamente colocado delante de él. Tío Theodore murmuró unas palabras de estímulo.

—Ánimo —dijo—. Total, será sólo un momento.

—Caballeros —empezó Lord Copper—, son numerosos los deberes que recaen sobre los hombres que ocupan una posición como la mía. Algunos son onerosos, otros agradables. Pues bien, es un agradabilísimo deber dar esta noche la bienvenida a un colega que —y Lord Copper vio las palabras «todavía muy joven», que le miraban amenazadoras; de modo que las modificó—, aunque todavía es joven en su historial al servicio de Megalopolitan, ya ha sido capaz de añadir brillo a la gran empresa que tan cara es para nuestros corazones. Me refiero a Boot, del *Beast*.

Tío Theodore, que llevaba sólo seis horas formando parte de la redacción del *Beast*, sonrió afectadamente como diciendo que no había para tanto, y empezó a modificar la opinión que de Lord Copper se había formado; en realidad se trataba de un muchacho extraordinariamente cortés, pensó tío Theodore.

En cuanto se oyó el nombre de Boot estalló una salva de aplausos y, mientras esperaba a que amainase, Lord Copper lanzó una sombría mirada a las hojas que tenía ante sí. Hacía una temporada que su periódico había lanzado una campaña en defensa

de una nueva forma de examen de conducir que consistiría en que el candidato a la obtención del permiso se sentara en una silla estática mientras se proyectaba ante él una película con un horrendo recorrido repleto de obstáculos. Lord Copper había inspeccionado personalmente una de estas máquinas, y esa era la forma que en estos momentos había adoptado para él el discurso que tenía que pronunciar. El tema tenía que ser el de las dificultades y oportunidades que aguardan a los jóvenes. Lord Copper desvió la mirada de las dolorosas frases para dirigirla hacia el invitado de honor que tenía a su lado (el cual, en este momento, había sumergido la nariz en su copa de brandy y lo olisqueaba con estertores pero de forma desaprobadora), y se envalentonó ante las dificultades. El banquete tenía que proseguir.

Terminaron los aplausos y Lord Copper reanudó su discurso. Sus oyentes se hundieron en sus asientos y se entretuvieron de diversas formas; haciendo dibujitos en el menú, jugando a cara o cruz sobre el mantel, cruzando modestas apuestas sobre quién era capaz de sostener más tiempo la ceniza de sus cigarros; y, entretanto, por encima de sus cabezas siguió retumbando la marea tropical de la oratoria, para romper estruendosa y espumeante sobre la calva y reclinada cabeza de tío Theodore. Por el reloj de Mr. Salter, duró treinta y ocho minutos.

—Caballeros —terminó Lord Copper—, les pido que brinden conmigo por Boot, que es lo mismo que decir que les pido que brinden por el Futuro…

El Futuro… Un tranquilo y alcohólico optimismo tomó posesión de la sala.

Un futuro que para Lord Copper estaba lleno a rebosar de cosas que ningún hombre cuerdo desearía para sí: largos años de ininterrumpida oratoria en otros banquetes y por otras causas; pagos anuales de superimpuestos coronados a su muerte por derechos reales sobre la herencia de una magnitud sin precedentes; deferentes asalariados que abrirían y cerrarían puertas a su paso, asordinados timbres telefónicos, y máquinas de escribir casi insonoras.

Un futuro que para tío Theodore era lo que en el fondo siempre le había parecido que estaba a su alcance. Dos mil libras al año, un coquetón apartamento de soltero, la oportunidad de recrearse en inagotables reminiscencias; soleados paseos matutinos por St. James’s Street, idas y venidas del sombrerero al zapatero y al club; felinas rondas nocturnas; una flor en el ojal, un sombrero hongo con el ala ligeramente arqueada, un magnífico bastón de bambú, una palabra amable para con el taxista y el conserje.

Un futuro para Mr. Salter en calidad de jefe de la sección de *Labores*; puntuales cenas en casa; domingos familiares.

Un futuro para Sir John Boot entre las amazonas del Antártico.

Un futuro para Mrs. Stitch, rebosante de los pecios de todos los continentes y todos los siglos, con bronces del Egeo y artículos modernos de Nueva York, nuevas amistades y amistades de siempre.

Un futuro para Corker y Pigge; a estas alturas ya habían viajado novecientos kilómetros y estaban acercándose a la frontera del Sudán. Muy pronto serían amablemente recibidos por un comisario de distrito que les lavaría, les reavituallaría y les mandaría de regreso a su país.

Un futuro para Kätchen. En este momento estaba sentada en el salón de segunda de un buque que navegaba con rumbo a Madagascar, y estaba escribiendo una carta.

Querido William:

Estamos yendo a Madagascar. Mi marido tiene un amigo que vive allí, y dice que es más cómodo ese país que Europa, de modo que, por favor, envíanos el dinero a Madagascar. No lo remitas a nombre del cónsul, puesto que no nos iría bien, sino a la lista de correos. Dice mi marido que no hubiese debido vender los especímenes, pero yo le expliqué que tú estabas dispuesto a pagar lo que valen realmente, así que ahora ya le parece bien. Su valor real es de cincuenta libras esterlinas. Será mejor que nos lo mandes en francos, porque te darán mejor cambio a ti que a nosotros. Tenemos muchas ganas de recibir el dinero, así que mándalo por el medio más rápido. Casi no nos dieron nada por la canoa cuando llegamos a territorio francés. Yo me encuentro en perfecto estado.

Con cariño, como siempre
Kätchen.

Un futuro para William…

… bajo el dorado esplendor de las gavillas, avanzan pesadamente las carretas por el camino —escribió—. *Con maternal espíritu, las hembras de los roedores conducen a sus peludas crías por los rastrojos…*

Dejó su pluma. No hacía falta que terminase su artículo de la sección *Exuberancia* hasta la tarde del día siguiente.

El resto de la familia ya había subido a sus habitaciones. William cogió la última vela de la mesa y apagó las lámparas del vestíbulo. Cuando subía a su dormitorio, las tablas de la escalera crujieron bajo la raída alfombra.

Antes de meterse en cama descorrió la cortina y abrió la ventana de par en par. La luz de la luna se filtró en la habitación.

Afuera las lechuzas se dedicaban a cazar a roedores de maternal espíritu y a sus peludas crías.

FIN

Stinchcombe, 1937

Notas

[1] En inglés «boot», corno el apellido del personaje. <<

[2] «Eduardo VIII, auténtico whisky escocés añejo». Eduardo VIII de Inglaterra fue rey durante un breve período en 1936. Para el lector de la Primera edición de la novela (en 1938), es evidente el chiste, pues en modo alguno puede ser muy añejo un whisky que lleva el nombre de quien fue rey tan sólo un par de años antes. <<

[3] Tipperary (Irlanda) es un símbolo del deseo del soldado de que termine la guerra y pueda volver a su casa. La canción más popular de las Fuerzas expedicionarias británicas durante la Primera Guerra Mundial decía: «Queda aún mucho trecho para Tipperary». <<